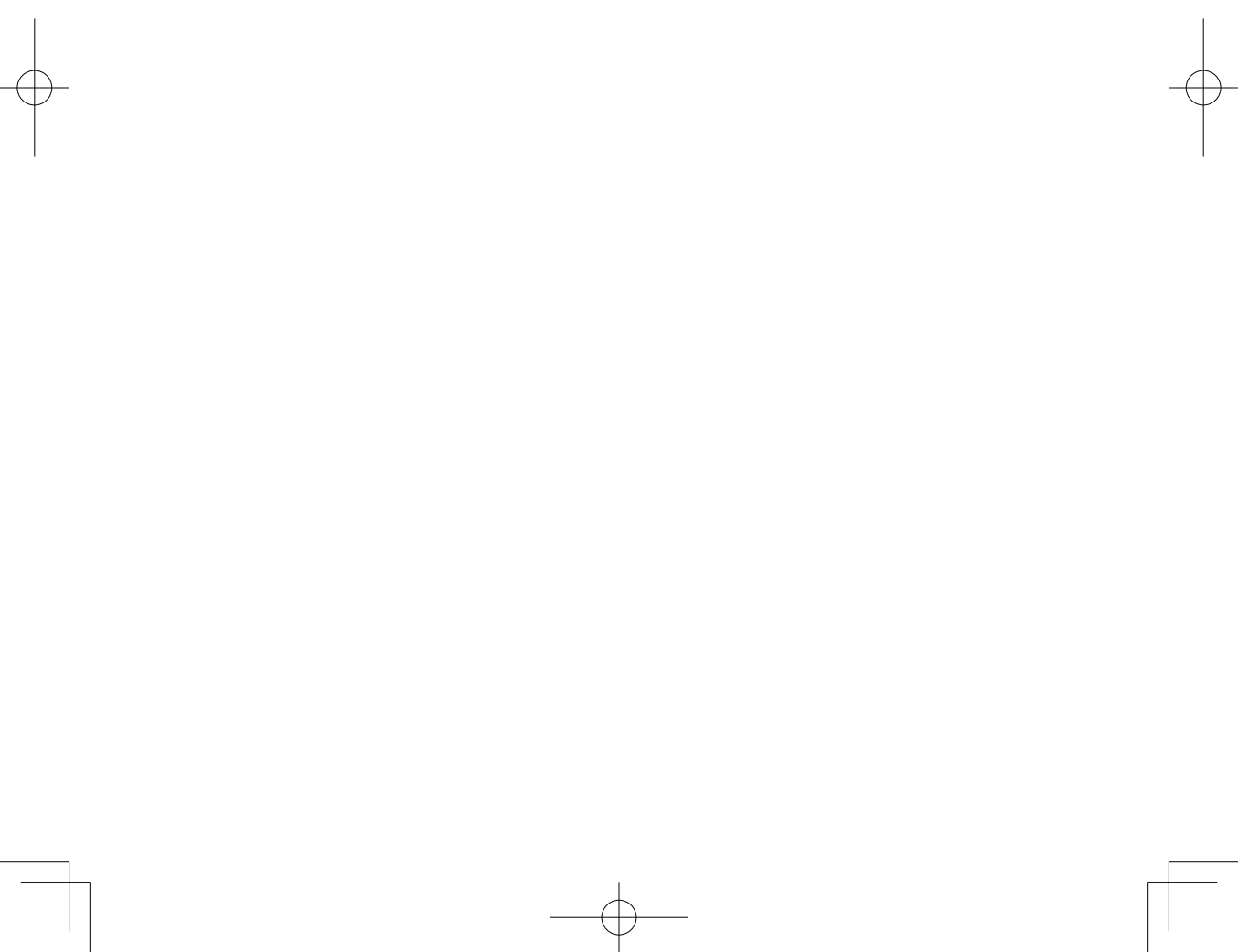
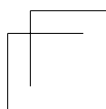
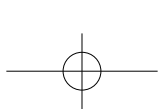
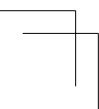
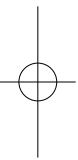
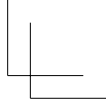
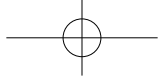
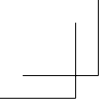


EL CIUDADANO GLOBAL QUE AMA LA PAZ

Reverendo Sun Myung Moon





ÍNDICE

ix Prefacio

Capítulo I

EL ALIMENTO ES AMOR

- 2 Lo que aprendí acerca de la paz cuando mi padre me cargaba en su espalda
- 8 La alegría de alimentar a otros
- 12 Ser amigo de todos
- 16 Una clara brújula en mi vida
- 23 Un niño testarudo que jamás se daba por vencido
- 29 Amar a la naturaleza y aprender de ella
- 37 Hablar sobre el universo con los insectos
- 40 “Japoneses, vuelvan a su país”

Capítulo II

EL RÍO DEL CORAZÓN FLUYE CON LÁGRIMAS

- 46 Entre el miedo y la inspiración
- 51 Cuanto más duele, tanto más deberías amar
- 56 Un cuchillo desafilado se vuelve opaco
- 60 Una llave para abrir un gran secreto
- 65 Como una bola de fuego ardiente
- 68 Haciendo amistad con los trabajadores al compartir su sufrimiento
- 74 El tranquilo mar del corazón
- 78 “No mueras, por favor”
- 84 Una orden que debe ser obedecida
- 93 Un grano de arroz es más grande que la Tierra
- 99 La cárcel de Heungnam en la nieve
- 104 Fuerzas de la ONU abren la puerta de la prisión

Capítulo III

EL HOMBRE CON EL ESTÓMAGO MÁS LLENO

- 110 “Tú eres mi maestro espiritual”
- 115 El loco apuesto que vive junto al pozo de agua
- 119 Una iglesia sin denominaciones, una iglesia que no es iglesia
- 124 Despidos y expulsiones en las universidades de Ewha y Yonsei
- 128 En ramas chamuscadas también crecen nuevos brotes
- 132 Las heridas nos entrenan
- 135 Lo más importante es tener un corazón sincero

Capítulo IV

POR QUÉ TRABAJAMOS GLOBALMENTE

- 142 Pagando el precio final para seguir el camino de Dios
- 145 El dinero ganado honradamente, usado preciosamente
- 148 El poder de la danza mueve al mundo
- 151 Los Ángeles abren un camino a través de un bosque oscuro
- 155 Nuestro futuro reside en el mar
- 162 Último avión a Estados Unidos
- 167 El Reverendo Moon, la semilla para una nueva Revolución Americana
- 171 Monumento a Washington, 1976
- 177 No llores por mí sino por el mundo
- 180 “¿Por qué mi padre va a prisión?”

Capítulo V

FAMILIAS VERDADERAS FORMAN GENTE VERDADERA

- 186 Mi esposa, Hak Ja Han Moon
- 191 Una belleza interior incomparable
- 196 Promesas que nunca deben romperse
- 201 Amar es dar y olvidar
- 205 La familia pacífica es la piedra angular del Cielo
- 208 Diez años de lágrimas derriten el corazón de un suegro
- 212 El verdadero significado del matrimonio
- 216 El verdadero amor reside en una verdadera familia
- 220 Dejando un legado de amor

Capítulo VI

EL AMOR TRAERÁ LA UNIFICACIÓN

- 228 El poder de la religión para cambiar a la gente hacia la bondad
- 233 El río no rechaza las aguas que fluyen hacia él
- 237 “Concedan libertad de cultos en la Unión Soviética”
- 244 La unificación de Corea traerá la unificación mundial
- 249 Mi encuentro con el Presidente Kim Il-sung
- 255 La tierra puede ser dividida, pero no su gente
- 262 Ni por pistolas ni espadas, sino por el amor verdadero

Capítulo VII

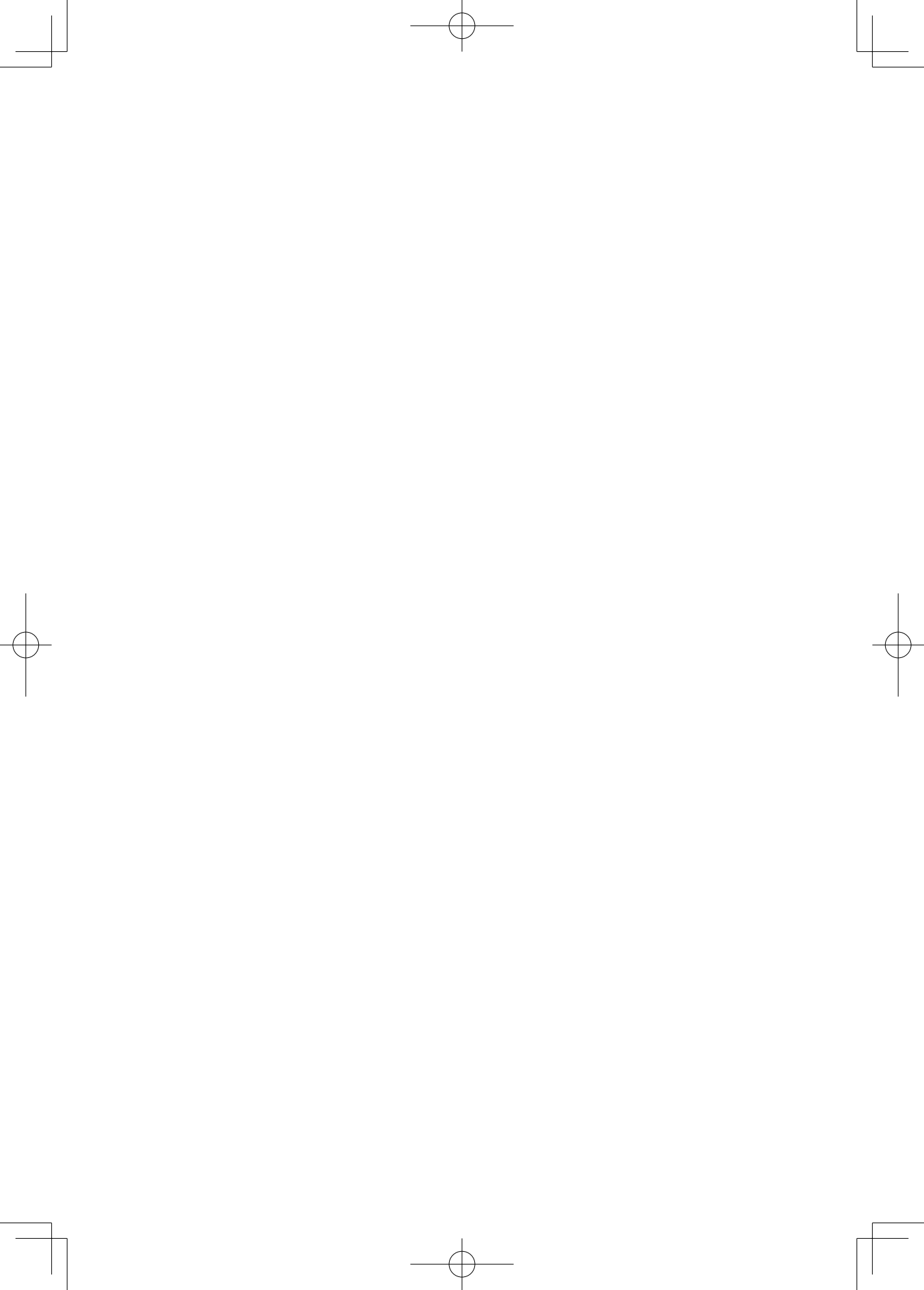
EL FUTURO DE COREA, EL FUTURO DEL MUNDO

- 268 La península coreana reescribe la historia de la humanidad
- 274 De tierra de sufrimiento y lágrimas, a tierra de paz y amor
- 278 El objetivo último de la religión del siglo XXI
- 283 La obra de la Creación se expresa mediante actividades culturales
- 289 El dueño de los mares controla el mundo
- 293 La era oceánica nos da una gran oportunidad
- 298 Un simple diente de león es más precioso que el oro
- 303 Una solución sabia a la pobreza y al hambre
- 308 Antes que dar pan, mejor es enseñar a hacerlo

Capítulo VIII

MENSAJE PARA JÓVENES

- 314 Descubrir sus metas cambiará sus vidas
- 318 Abracen al mundo
- 323 Todo lo que tenemos es prestado del Cielo
- 327 La felicidad está en vivir por los demás
- 331 Soñando con un mundo sin conflictos



Prefacio



Una lluvia de primavera que cayó durante la noche puso fin a la prolongada sequía invernal. Me sentí tan complacido por ello que me pasé la mañana caminando por el jardín. Del suelo subía ese fragante olor a tierra húmeda que había extrañado durante todo el invierno. En los sauces llorones y en los cerezos aparecían signos claros de los próximos brotes primaverales. Parecía escuchar el sonido intenso de esa nueva vida, que brotaba aquí y allá por todo el jardín. Mi esposa, que había salido detrás de mí sin que yo lo notara, recogía retoños de artemisa que habían logrado asomar sus cabezas por encima de la hierba seca. La lluvia de la noche anterior había convertido al mundo entero en un balsámico jardín de primavera.

No importa cuánta conmoción haya en el mundo: con marzo comienza a llegar la primavera. Cuanto más envejezco, más valoro su llegada al término del invierno y más aprecio a la propia naturaleza, que trae con esa estación la plenitud de toda su gama de flores. Pero... ¿quién soy yo para que Dios, en cada estación del año, me obsequie esta vívida alegría, la de ver que todo florece o la de ver caer la nieve?

Ante ese solo pensamiento brota en mí un desbordante amor. Nace en lo más profundo de mí ser y forma un nudo en mi garganta. Me conmuevo

hasta las lágrimas al pensar que he recibido lo verdaderamente valioso de mi vida sin pagar nada por ello. He dado varias veces la vuelta al planeta en mis esfuerzos por lograr un mundo de paz, pero es aquí, en este jardín primavera, donde puedo saborear la verdadera paz. Ésta también nos fue dada gratuitamente por Dios, pero la hemos perdido en alguna parte y ahora -no sé por qué- pasamos la vida buscándola en los lugares equivocados.

Para lograr un mundo de paz he pasado mi vida yendo a los lugares más humildes y apartados de los grandes centros urbanos. Conocí a esas madres africanas que no pueden sino miran con impotencia cómo sus hijos mueren de hambre. También me encontré con padres sudamericanos que viven junto a ríos de pesca abundante pero no pueden alimentar a sus hijos porque no la saben aprovechar. Todo lo que hice fue compartir con ellos un poco de comida, y a cambio ellos me brindaron su amor. Embriagado por la fuerza del amor he cultivado selva virgen, he plantado, he cortado árboles para construir escuelas y he pescado para alimentar a niños hambrientos. He sido feliz pescando toda la noche mientras los mosquitos no cesaban de picarme, e incluso cuando me hundía hasta las rodillas en el lodo, porque veía desaparecer la tristeza de los rostros de mis solitarios vecinos.

En búsqueda del atajo que nos lleve a un mundo pacífico me dediqué a inspirar cambios en el pensamiento político y en el modo de discurrir de la gente. Me encontré con el entonces Presidente Gorbachov, de la ex Unión Soviética, como parte de mis esfuerzos para lograr la reconciliación entre el comunismo y la democracia. También me reuní con el entonces Presidente Kim Ilsung, de Corea del Norte, para debatir seriamente sobre la manera de traer la paz a la península de Corea. También cumplí el rol de un bombero para un Estados Unidos que se derrumba moralmente, con la intención de revivir el espíritu puritano. Me concentré en la solución de diversos conflictos en el mundo. No dudé en entrar en Palestina

en momentos en que el terrorismo era rampante, en aras de la reconciliación entre musulmanes y judíos. He reunido a miles de judíos, musulmanes y cristianos en un mismo lugar -proporcionándoles un campo para la reconciliación- y he organizado con ellos marchas por la paz, si bien los conflictos continúan.

Sin embargo, ahora veo la esperanza de que en Corea se abran de par en par las puertas hacia un mundo pacífico. Puedo sentir en cada célula de mi cuerpo que en esta península coreana, forjada en interminables sufrimientos y en la tragedia de la división, existe, almacenada y a punto de estallar, una energía lo suficientemente poderosa como para conducir al mundo en lo cultural y en lo económico. Así como nadie puede impedir que vuelva la primavera, ningún poder humano puede evitar que la fortuna celestial venga a la península de Corea. Es tiempo de que el pueblo coreano se prepare en cuerpo y mente para elevarse junto con la ola de la fortuna celestial.

La sola mención de mi nombre genera revuelo en el mundo. Soy una persona controversial. Nunca busqué dinero ni fama. He pasado la vida hablando únicamente de la paz, pero el mundo agregó diferentes calificativos a mi nombre, me rechazó y me apedreó. Muchos de ellos no están interesados en saber lo que digo ni lo que hago. Simplemente se me oponen.

He sido encarcelado, acusado de cargos falsos, seis veces en mi vida, por diferentes gobiernos y dentro de distintas fronteras: bajo el colonialismo del imperio japonés, por el régimen comunista de Corea del Norte, durante el gobierno de Sungman Rhee en Corea del Sur e incluso en los Estados Unidos. Pasé por el dolor de ser abandonado con laceraciones en carne viva y derramando sangre.

Hoy, sin embargo, no guardo ni la más pequeña herida en mi corazón. Ante el verdadero amor, las heridas no son nada; si uno siente amor verda-

dero, hasta los enemigos se derriten sin dejar rastro. El verdadero amor es el impulso del corazón de dar, dar y querer seguir dando. El verdadero amor es un amor que incluso se olvida del amor que ya dio, y vuelve a dar. He vivido toda mi vida embriagado por ese amor. No deseé nada que no fuese amor y di todo de mí para compartirlo con mis vecinos pobres. El camino del amor es muy difícil, pero aunque estallase en lágrimas y se me doblasen las rodillas, fui feliz en dedicar mi corazón a amar a la humanidad.

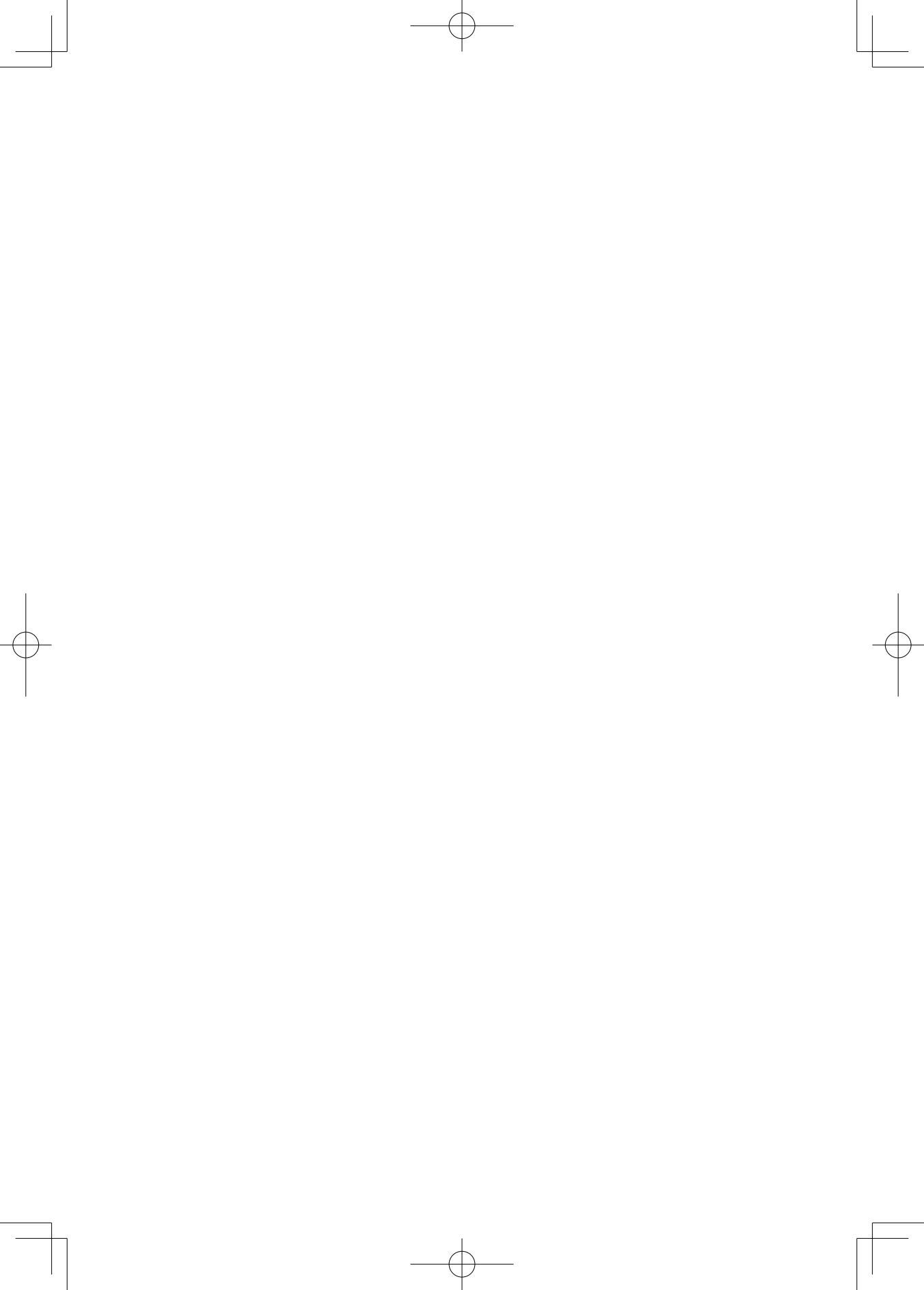
Todavía hoy me siento lleno de un amor que no he podido entregar totalmente. Al compartir este libro con el mundo, oro para que dicho amor se convierta en un río de paz que riegue la árida tierra. Recientemente, un número creciente de personas ha estado tratando de saber más sobre mí; para que les sirva de ayuda. Vuelco entonces, en este libro, un relato sincero de recuerdos vívidos, pero debido a obvios e inevitables límites de espacio, anhelo poder brindarles en otra oportunidad todo lo que me haya quedado por decir aquí.

Quiero enviar infinito amor a quien creyó en mí, se quedó a mi lado y compartió su vida conmigo, superando tantos momentos difíciles: mi esposa, Hak Ja Han Moon, a quien le estoy profundamente agradecido. Por último quisiera expresar mi más sincero agradecimiento a la Señora Eunju Park, presidente de la Editorial Gimm-Young, que ha volcado toda su sinceridad y dedicación para llevar este libro a su publicación, así como a todo su equipo, que derramó mucho sudor para hacer más comprensibles al lector algunas complejidades de mi relato.

Sun Myung Moon

Cheongpyeong, Corea del Sur

1º de marzo de 2009





Capítulo I

EL ALIMENTO ES AMOR

Lo que aprendí acerca de la paz cuando mi padre me cargaba en su espalda



He vivido desde siempre con un solo pensamiento: lograr un mundo de paz, un mundo sin guerras ni disputas, un mundo en el que todos conviviésemos en amor. Quizá alguien pueda decir: “¿Cómo es posible que hayas pensado en la paz desde que eras un niño?” Pero... ¿acaso es tan asombroso que un niño sueñe con un mundo pacífico?

En 1920, cuando nací, Japón ocupaba a Corea por la fuerza. Después de la liberación, sufrimos la Guerra de Corea, la crisis financiera asiática y otras numerosas crisis agudas, con las cuales, durante mucho tiempo, mi tierra estuvo lejos de tener paz. Pero tal dolor y caos no eran algo exclusivo de ella. Las dos guerras mundiales, la guerra de Vietnam y las guerras en el Medio Oriente demuestran que la gente se odió constantemente y siempre apeló a las armas y a los bombardeos. Para quienes experimentaron la tribulación de sentir su carne desgarrada y sus huesos astillados, quizás la paz no sea más que un sueño con el que podían fantasear. Sin embargo, lograr la paz no es algo tan difícil. Podemos hallarla en el aire, en el ambiente natural y en la gente que nos rodea.

Cuando niño sentía que el campo era mi hogar. Vaciaba en segundos el

pote de arroz del desayuno y salía a corretear el día entero por las colinas y los arroyos. Podía pasar toda la jornada deambulando por el bosque, donde vivía una enorme variedad de aves y animales; comiendo hierbas y frutos silvestres. Nunca pasaba hambre. Aun siendo un niño sentía que mi mente y mi cuerpo se sentían a gusto en cuanto ingresaba al bosque.

Muchas veces, después de corretear y jugar, me quedaba dormido allí. Cuando eso sucedía mi padre tenía que venir a buscarme. Escuchaba su voz entre sueños, gritando mi nombre a la distancia: “¡Yong Myung! ¡Yong Myung!” Aún dormido, yo sonreía complacido. De pequeño, mi nombre era Yong Myung. Si bien el sonido de su voz me despertaba, yo fingía dormir para que él me cargase en su espalda de vuelta a casa y disfrutar así de la sensación de ir con la mente tranquila, sintiéndome seguro y libre de preocupaciones. Eso era la paz. Es así como aprendí lo que ella era: viajando sobre la espalda de mi padre.

Yo también amaba al bosque porque toda la paz del mundo habitaba allí. Las formas de vida que lo habitaban no luchaban entre sí. Por supuesto, se comían unos a otros, pero era porque inevitablemente tenían hambre y la necesidad de mantenerse a sí mismos, no porque se odiaran. Ni las aves, ni las bestias, ni los árboles, se odian entre sí. Para que haya paz no debe existir el odio. El odio entre seres de la misma especie solamente se ve en la raza humana. La gente odia a los demás porque su país, su religión o su manera de pensar son diferentes.

Hasta el día de hoy he recorrido cerca de doscientos países, pero al aterrizar en sus aeropuertos, no fueron muchos los lugares donde pensé “este lugar es tranquilo y acogedor”. Había muchos lugares en los que, a raíz de la guerra civil, soldados con sus armas en alto vigilaban las terminales aéreas y bloqueaban las calles. Allí, día y noche se escuchaba el sonido de disparos. Más de una vez estuve a punto de perder la vida en lugares don-

de fui a hablar de paz. En el mundo en que vivimos, grandes o pequeños, los conflictos y enfrentamientos no cesan. Decenas de millones de personas sufren de hambre por falta de alimentos, pero se gastan miles de millones de dólares en armamento militar. Si se ahorrara el dinero empleado en armas y bombas, se podría aliviar el hambre y el dolor de toda esa gente.

He dedicado mi vida a construir puentes de paz entre países que están enemistados y se odian por causas ideológicas y religiosas. He creado foros donde el islam, el cristianismo y el judaísmo pudieron reunirse en armonía. He trabajado para conciliar las opiniones de los Estados Unidos y la Unión Soviética cuando estaban en desacuerdo sobre Irak. He ayudado en el proceso de reconciliación entre Corea del Norte y Corea del Sur. No lo hice para buscar dinero o fama. Desde el momento en que tuve edad suficiente para saber lo que sucedía en el mundo, mi objetivo ha sido uno solo: un mundo unido y pacífico. No deseo nada más. No ha sido fácil vivir día y noche por el propósito de la paz, pero es el único trabajo que me hace feliz.

Durante la Guerra Fría experimentamos el dolor de ver a nuestro mundo dividido ideológicamente en dos. Parecía entonces que, si sólo el comunismo desapareciese, la paz sería alcanzada. Sin embargo, ahora que la Guerra Fría terminó, tenemos más conflictos que entonces. Nos hemos fracturado en pedazos por causas raciales y religiosas. Como si no alcanzara con las hostilidades en las fronteras, en algunos países se producen separaciones internas por causas raciales, religiosas y regionales. Las personas, así separadas y enemistadas unas con otras, se resisten a abrir sus corazones.

Cuando observamos la historia humana vemos que las guerras más brutales y crueles no han sido las guerras entre naciones, sino las interraciales. De éstas, las peores han sido aquellas en que la religión se usó como

pretexto. En la guerra civil de Bosnia, uno de los peores conflictos étnicos del siglo XX, se llevó a cabo una cruenta “limpieza” en un esfuerzo por “secar las semillas” de la sangre musulmana. Más de siete mil musulmanes, niños incluidos, fueron masacrados.

Recordamos el atentado terrorista del 11 de setiembre de 2001, donde los 110 pisos de las dos torres del World Trade Center de Nueva York fueron hechos pedazos tras ser estrellados dos aviones contra ellas. Recientemente, en la Franja de Gaza de Palestina, cientos de seres humanos perdieron sus vidas como resultado de ataques israelíes con misiles. Dejando a mucha gente temblando de frío, padeciendo hambre y viviendo bajo el temor a la muerte. Todo esto es el trágico resultado de conflictos entre grupos étnicos y religiosos.

¿Qué hace a la gente odiarse y matarse unos a otros de esta manera? Razones superficiales hay muchas, pero cuando miramos detrás de la membrana para encontrar las causas subyacentes, descubrimos que la religión está infaliblemente presente en casi todos los casos. Ese fue el caso de la Guerra del Golfo en torno al petróleo, y también lo es el conflicto árabe-israelí sobre el control de Jerusalén. Cuando el racismo utiliza a la religión como pretexto, el problema se vuelve extremadamente complejo. Los fantasmas del mal de las guerras religiosas, que creíamos desaparecidos con la Edad Media, siguen acechándonos en el siglo XXI.

La razón de que las guerras religiosas sigan estallando es que muchos políticos utilizan la enemistad entre religiones para satisfacer sus ambiciones egoístas. Ante objetivos políticos, las religiones pierden la brújula y vacilan. Han perdido de vista su propósito esencial. Las religiones existen originalmente para el bien de la paz. Todas ellas tienen la responsabilidad de promover la paz mundial. Lamentablemente vemos que, por el contrario, se convierten en la causa de algunos conflictos. Detrás de este mal se

esconde la política “negra”, con poder y dinero en sus puños. La responsabilidad principal de un líder, por encima de todo, es mantener la paz, pero a menudo hace lo contrario y lleva al mundo hacia la confrontación y la violencia.

A menos que los líderes enderecen sus corazones, los países y los pueblos perderán su dirección y deambularán presas de la confusión. Hay dirigentes que utilizan la religión y el nacionalismo para satisfacer ambiciones tan oscuras como desmedidas. La religión y el amor a la nación no son malos en esencia, pero únicamente tienen valor cuando contribuyen al bienestar de la comunidad global. Cuando alguien afirma que solamente su propia religión o grupo étnico son los correctos, cuando desprecia y culpa a otras religiones y grupos étnicos, su fe y su nacionalismo pierden todo valor. En efecto, cuando al profesar una religión se atropella a los demás y se menosprecia a otras confesiones, eso ya deja de ser bondad. Lo mismo sucede cuando se trata de justificar a la raza y al país propios, descalificando a los demás.

Vivir reconociéndose y ayudándose unos a otros es la verdad del universo. Hasta el animal más insignificante lo sabe. Perros y gatos se llevan mal, pero si se crían en el mismo hogar, uno cuida de los cachorros del otro y conviven bien. También podemos observar esto en los vegetales. Hay enredaderas que crecen apoyándose en el tronco de los árboles, pero el árbol no le dice: “¿Qué crees que estás haciendo, que me enroscas para subir?” Convivir cuidándose unos a otros es un principio universal. Quien se desvíe de este principio, tarde o temprano termina mal. Si las diferentes razas y religiones continúan acusándose y peleando entre sí, la humanidad no tiene futuro. Si insisten en el terror y las guerras, algún día desaparecerán como el polvo. Pero no es que no haya esperanza. Evidentemente, la hay.

He vivido toda mi vida soñando con la paz sin soltar la cuerda de la esperanza. Lo que anhelo es derribar por completo los muros y cercas que encierran y dividen al mundo para hacer de éste un ámbito unido. Anhelo abatir las barreras religiosas, superar las barreras interraciales y rellenar la brecha entre ricos y pobres para que luego podamos restablecer el escenario de paz que Dios creó en el principio. Estoy hablando de un mundo donde nadie pase hambre y nadie viva derramando lágrimas. Para curar un mundo donde no hay esperanza y se carece de amor, debemos volver a tener el corazón puro que tuvimos de niños. El camino para despojarnos de la ambición de poseer cada vez más y recuperar nuestra hermosa esencia humana es revivir el aliento del amor y el principio de paz que recibimos cuando nuestros padres nos cargaban en sus espaldas.

La alegría de alimentar a otros



Mis ojos son muy pequeños. Dicen que cuando yo nací, mi madre exclamó: “¡Mi bebé no tiene ojos!” Y con sus dedos procuró abrírmelos. Ni bien parpadeé, dijo con alegría, “¡Oh, sí, tiene, tiene ojos!”. Por tener ojos tan pequeños, me pusieron de apodo “Osan Chip Chocúm Nuni” que significa “los ojos pequeños de la casa de Osan”. Osan era el nombre de la ciudad natal de mi madre.

Aun así, nunca escuché decir que mis ojos pequeños me hicieran menos atractivo. Por el contrario, quienes sabían algo de fisonomía decían que en mis ojos pequeños encerraban la predisposición a ser un líder religioso. Creo que es porque, al igual que el diafragma de una cámara fotográfica -que se achica para enfocar mejor los objetos más alejados- un líder religioso debe ser capaz de ver más allá que los demás. Mi nariz es bastante inusual también. A simple vista parece obvio que es la nariz de un hombre terco, que no obedece a nadie. Debe haber algo de cierto en la fisonomía, porque cuando miro hacia atrás en mi vida se me ocurre que nací con estos rasgos para vivir como viví.

Nací en el número 2221 de Sangsa-ri, distrito de Deok-eon, Jeongju, provincia de Pyong-an, como el segundo hijo de Kyung-yu Moon, del clan de Nampyung y de Kyung-gye Kim, del clan Kim de Yeon-an. Vi la luz en

el sexto día del primer mes del calendario lunar, en 1920, un año después del movimiento de la independencia de 1919. Dicen que nuestra familia se estableció en la localidad de Sangsa-ri en tiempos de mi bisabuelo, quien trabajó la tierra construyendo la fortuna de la familia con sus propias manos y nunca probó tabaco ni alcohol. Por el contrario prefirió, con ese dinero, comprar alimentos a los necesitados. Cuando murió, sus últimas palabras fueron: “Bendiciones de todos los valles de Corea irán hacia quien alimente a gente de todas las regiones”. Por eso, la sala de nuestra casa estaba siempre llena de gente. A tal punto lo estaba, que incluso personas de otros lugares sabían que si pasaban por nuestra casa, se les daba comida. Mi madre jamás se quejó por tan agotadora tarea.

Mi bisabuelo, tan diligente que tenía por regla no descansar, aprovechaba los ratos libres para fabricar calzados de paja que luego vendía en la feria. Cuando viejo compró unos patos y los soltó, pidiendo en oración que les fuese bien a sus descendientes. También contrató a un maestro de caracteres chinos para que enseñara gratis a los jóvenes del pueblo. Por eso los pobladores lo llamaron “Sun-ok” (joya de bondad) y se referían a nuestro hogar como “la casa que será bendecida”.

Luego mi bisabuelo falleció y, mientras yo crecía, aquella riqueza -que solía ser mucha- se fue esfumando. Nos quedó apenas algo de arroz para comer. Sin embargo, la costumbre familiar de compartir nuestra comida continuaba intacta. Alimentábamos primero a los otros, aunque no quedase suficiente para los miembros de la familia. Gracias a ello, lo primero que aprendí, después de empezar a caminar, fue servir comida a los demás.

Durante la ocupación japonesa, el paso obligado de los que huían del país a refugiarse en Manchuria atravesaba Seon-cheon, en la Provincia de Pyong-an Norte. Nuestra casa estaba situada al borde de la carretera prin-

cial que iba a Seon-cheon. Aquellos a quienes los japoneses les habían quitado todo, sus casas y sus tierras, y se dirigían a Manchuria buscando comenzar una nueva vida, pasaban delante de mi casa. Mi madre siempre dio de comer a los que pasaban, provenientes de todas las regiones de Corea. Si un mendigo venía a pedir comida y mi madre no reaccionaba con la suficiente rapidez, mi abuelo recogía su plato y salía a darlo. Será porque nací en esa familia que también yo he pasado mi vida alimentando gente. Para mí, dar alimento a las personas es más valioso y precioso que cualquier otra cosa. Si estoy comiendo y veo a alguien que no come, me duele el corazón y mi mano deja los cubiertos.

Sucedió cuando yo tenía once años. Se acercaba el último día de diciembre y todos en el pueblo estaban ocupados preparando masas de arroz para las fiestas de fin de año. Unos vecinos atravesaban una situación difícil y no tenían nada para comer. No podía borrar sus rostros de mi mente. Estaba tan preocupado e inquieto que daba vueltas y vueltas dentro de la casa sin saber qué hacer hasta que finalmente recogí una bolsa de ocho kilos de arroz y salí corriendo. Estaba tan apurado para sacar el arroz sin que me vieran que no encontraba un hilo para atarlo. Cargué la bolsa al hombro y corrí cuesta arriba por un camino pronunciado durante casi ocho kilómetros, hasta la casa de los vecinos. Me sentía tan bien al pensar que podía satisfacer el estómago de gente con hambre, que mi pecho agitado latía con fuerza.

El granero estaba al lado de nuestra casa. Tenía sus cuatro costados muy bien cubiertos, para que el arroz triturado no saliese hacia afuera y en invierno no se filtrase el viento y su interior se mantuviese a la temperatura adecuada. Si llevaba brasas de la estufa de casa, el granero era más cálido que una habitación con calefacción. Algunos mendigos que viajaban por todo el país pasaban el invierno allí. Estaba tan fascinado por

las historias que ellos contaban sobre el mundo exterior, que cada vez que podía iba al granero. Mi madre me llevaba la comida y también traía lo suficiente para que comiesen mis amigos los desposeídos. Comíamos del mismo plato, sin importar cuál cuchara era la de quién y pasábamos algunas noches de invierno compartiendo la misma frazada. Cuando llegaba la primavera y ellos partían hacia lugares lejanos, yo me quedaba esperando el próximo invierno, ansioso de que volviesen. Sus cuerpos estarían males vestidos, pero no sus corazones. Sentían, claramente, un amor profundo y cálido. Yo les daba alimento y ellos compartían conmigo su amor. La profunda amistad y el cálido afecto que ellos me transmitieron sigue siendo un fuerte estímulo para mí.

Cada vez que viajo por el mundo y veo niños padeciendo hambre y dolor, me viene a la memoria mi bisabuelo, quien nunca vaciló en alimentar a otros.

Ser amigo de todos



Si decido hacer algo, tengo que ponerlo en acción de inmediato; de lo contrario, no puedo dormir. Si por alguna razón debía esperar hasta que aclarase el día, pasaba la noche en vela, raspando la pared. De tanto raspar estropeaba el tabique divisorio, al punto que una pila de polvo se acumulaba en el piso. Si alguien me mortificaba, me despertaba en medio de la noche, salía corriendo de la casa, llamaba al culpable y lo desafiaba a pelear; de modo que también fue agobiante para mis padres criar un hijo así.

No podía, especialmente, dejar pasar las injusticias. Como si yo fuese el justiciero del barrio, me entrometía en todas las peleas de los chicos, decidía quién estaba en lo correcto y quién equivocado y solía reprender al que había obrado mal. Una vez fui a ver al abuelo de un niño violento y caprichoso del barrio y le advertí con firmeza: “Abuelo, su nieto ha hecho tal y tal cosa. Por favor, tiene que controlarlo más”.

Podía parecer tosco en mi conducta, pero era un niño con mucho corazón. Me gustaba quedarme hasta tarde y dormirme con una mano sobre los senos caídos de mi abuela, pero ella no cuestionaba mis chiquilladas. Cuando iba a visitar a mi hermana mayor -después de que se casó- si los adultos de la familia de mi cuñado no me odiaban, aunque los molestaba

para que me preparasen masas de arroz o que mataran un pollo para comer, era porque ellos sabían que yo tenía afecto.

Yo ponía un énfasis muy especial en el cuidado de los animales. Hacía un charco para que pudiesen beber agua las aves que anidaban en un árbol que crecía frente a mi casa. Traía mijo del galpón y lo desparramaba en el patio para que comiesen. Los pájaros, que al principio huían cuando alguien se acercaba, pronto se dieron cuenta de que la persona que les daba de comer los amaba y dejaron de huir cuando me veían.

Una vez, con la intención de criarlos, atrapé unos peces, los puse en un charco y les di un puñado de ración, pero al levantarme a la mañana siguiente me encontré con que habían muerto todos. ¡Tenía tantos deseos de criarlos bien! Me quedé tan estupefacto al verlos flotar inertes sobre el agua, que lloré todo el día.

Mi padre tenía centenares de colmenas. Si a una enorme colmena de madera se le clavaba una tabla prensada, las abejas depositaban su cera para anidar allí y almacenar su miel. Yo era tan curioso que una vez fui a ver cómo las abejas construían su casa y metí la cara en el centro de la colmena: me picaron todo y mi cara se hinchó de manera tal que parecía un almohadón.

Una vez quité las bases de las cajas de las colmenas y recibí una fuerte reprimenda. Cuando las abejas terminaban de construir sus colmenas, mi padre juntaba las bases y las apilaba. Las bases estaban cubiertas de cera que podía usarse en lugar del aceite para encender las lámparas, pero, en mi impericia, yo deshacía las valiosas bases por querer compartirlas con hogares que no tenían para comprar aceite. Por querer ser generoso a mi manera, fui duramente amonestado por mi padre.

Sucedió cuando yo tenía doce años. En aquellos días no había un pasatiempo satisfactorio. Las opciones eran el “yut”, el “jang-gi” (similar al aje-

dre) y juegos de naipes coreanos. Siempre me gustó ver gente agrupada divirtiéndose. Durante el día me gustaba jugar “yut” o remontar mi cometa, y al atardecer recorría las rondas de juegos de naipes del pueblo. Eran juegos donde el ganador podía obtener 120 wones (unidad monetaria coreana) en una mano, y yo generalmente podía ganar por lo menos una vez en cada tres manos.

En vísperas de Año Nuevo y en la primera luna llena de enero era cuando más se jugaba. En esos días la policía venía a mirar pero hacía la vista gorda y no detenía a nadie. Yo iba a los lugares donde jugaban los mayores, dormía un rato y me metía en las últimas tres partidas de la madrugada. Con el dinero que ganaba compraba almíbar hecho de granos y le daba un poco a cada uno de los niños del barrio. Jamás usé ese dinero para mí ni para hacer algo malo. Cuando nos visitaban mis cuñados tomaba dinero de sus carteras, con previo permiso y con él compraba caramelos y almíbar para niños carenciados.

En cualquier pueblo es natural que haya gente que vive bien y gente que vive mal. Al ver que las viandas de mis amigos pobres apenas tenían miijo cocido, no podía comer mi propio almuerzo de arroz. Por lo tanto, me gustaba cambiarles mi arroz por su miijo. Intimaba más con los niños de familias pobres que con los de familias ricas e influyentes, y haría cualquier cosa para que no pasaran hambre. Ese era precisamente mi pasatiempo favorito. Yo era pequeño todavía, pero quería ser amigo de todos. De hecho quería ser más que amigo: sentía deseos de llegar a compartir algo más profundo que la amistad.

Uno de mis tíos era muy ambicioso. En medio del pueblo su familia poseía una huerta de melones, y en verano la dulce fragancia de ese fruto hacía que los niños que pasaban cerca se pusiesen ansiosos por comerlo. Mi tío se sentaba al costado del camino, en una especie de atalaya, para

vigilar su huerta y no compartía un solo melón con nadie.

Un día le pregunté: “Tío, ¿puedo comer todos los melones que quiera?” “Claro, por supuesto”, respondió él con franqueza. Entonces avisé a todos los niños que el que deseara comer melón debía venir al frente de mi casa a las doce de la noche con una bolsa de arpillera. A medianoche nos fuimos hacia la huerta y les dije: “Quiero que cada uno de ustedes elija a gusto y recoja un surco de melones; no se preocupen por nada.” Los niños lanzaron una exclamación de alegría, corrieron hacia la huerta y en pocos minutos limpiaron varias hileras. Esa noche se sentaron en un campo de tréboles y comieron melón hasta que sus estómagos quedaron a punto de estallar.

Al día siguiente hubo conmoción en la casa de mi tío. Cuando llegué allí vi que parecía una colmena agitada, y él, ni bien me vio, me gritó: “¡Bandido! ¿Es obra tuya?” ¿Fuiste tú el que arruinó todo mi esfuerzo?”. Sin amedrentarme por sus retos le retruqué: “Tío, ¿no se acuerda? ¿Acaso no me dijo que podía comer todos los melones que deseara? El deseo de esos niños de comer un melón era precisamente mi deseo. ¿Es justo que tenga un melón cada uno, o que no les dé absolutamente nada?”. Al oír esto se aplacó su enojo y me dijo: “Está bien. Tienes razón”. Y se retiró.

Una clara brújula en mi vida



El clan Moon se originó en Nampyung, cerca de Naju, en la provincia de Cholla, a unos 320 kilómetros al sur de Seúl, en la región suroeste del país. Mi bisabuelo Jung-heul Moon era el menor de los tres hijos de mi tatarabuelo Sung-hak Moon y él, a su vez, tuvo también tres hijos: Chiguk, Shin-guk y Yoon-guk. Mi abuelo, Chiguk Moon, era el mayor de ellos.

El abuelo era analfabeto. Nunca asistió a la escuela formal ni al centro de estudios de la villa. Pero tenía una capacidad de concentración tal que, de sólo escucharlo, prácticamente se memorizó el SamGukChi (libro de historia de los tres reinos). Y no fue únicamente el SamGukChi. Si alguien contaba algo muy interesante, lo recordaba íntegramente y lo recitaba tal cual. Lo que fuere, lo recordaba con escucharlo una sola vez. También mi padre, asemejándose al abuelo, cantaba de memoria un cancionero de himnos cristianos de más de 400 páginas.

El abuelo siguió fielmente las últimas palabras del bisabuelo: vivir brindándose a otros incondicionalmente. Pero fue incapaz de cuidar la fortuna familiar, ya que su hermano menor, Yun-guk, pidió un préstamo hipotecando las propiedades de la familia, y, de golpe, todo se hizo humo. A partir de entonces la familia atravesó todo tipo de sufrimientos, pero ni el

abuelo ni mi padre le guardaron rencor, ya que mi tío abuelo Yun-guk no había derrochado la fortuna en el juego. Todo el dinero que había pedido prestado contra la hipoteca lo envió al gobierno provisional, que tenía su sede en Shanghái. En aquellos días 70,000 wones eran mucho dinero, y el tío abuelo Yun-guk lo había donado al movimiento por la independencia.

Graduado del Seminario de Pyongyang, Yun-guk era un intelectual. Hablaba con fluidez el inglés y era muy versado en estudios chinos. Sirvió como pastor principal de tres iglesias, incluyendo la Iglesia de Deok Heung en Deokeon-myeon. Junto al Maestro Namsun Choi participó en la redacción de la Declaración de Independencia de 1919.

Cuando se encontró, sin embargo, con que tres de los dieciséis líderes cristianos firmantes estaban asociados con la Iglesia de Deok Heung, el tío abuelo dio un paso al costado y se retiró voluntariamente de la lista de representantes del pueblo. Seung-heung Lee, uno de los signatarios restantes que había aunado voluntades con mi tío abuelo para fundar la escuela de Osan, tomó ambas manos de Yun-guk y le pidió con lágrimas que se hiciera cargo del movimiento independentista en caso de que ellos fracasaran. Más tarde Lee falleció a manos de las autoridades coloniales japonesas.

De regreso a nuestra ciudad natal, el tío abuelo Yun-guk imprimió miles de banderas de Corea y las repartió, al grito de ¡mansei! (¡viva!), a la multitud que se volcaba a las calles a exclamar su apoyo a la independencia. El 8 de marzo de ese año fue detenido mientras encabezaba una manifestación en la colina detrás de la oficina administrativa de Aipo-myeon. A la manifestación en apoyo a la independencia asistieron el director, los profesores y cerca de dos mil estudiantes de la escuela de Osan, unos tres mil cristianos y unos cuatro mil residentes de la zona. Lo sentenciaron a dos años y fue encarcelado en la prisión de Eui-ju, de la que fue liberado al año siguiente como parte de un indulto especial. Aun así, la persecución

que sufría por parte de la policía japonesa era tal que no podía permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Siempre andaba huyendo de un lugar a otro. Habiendo sido torturado por la policía japonesa con una lanza de bambú, tenía una enorme cicatriz reveladora de que le habían arrancado pedazos de carne. También le habían perforado las piernas y uno de los flancos, pero nunca claudicó. Cuando los japoneses se dieron cuenta de que no podían quebrarlo, trataron de apaciguarlo ofreciéndole el cargo de jefe del condado si dejaba de manifestar. Su respuesta fue, en tono de reprimenda a los japoneses y en voz alta: “¿Creen que trabajaría para ustedes, ladrones?”

En una ocasión, cuando yo tenía unos siete u ocho años -y sabiendo que el tío abuelo Yun-guk estaba de paso en nuestra casa- vinieron a verlo algunos miembros del ejército independentista. Estaban faltos de fondos y habían caminado en la oscuridad bajo una fuerte nevada para venir a pedir ayuda. Mi padre nos cubrió a todos para que no nos despertásemos, pero yo, ya despabilado, me quedé allí, bajo la frazada, con los ojos bien abiertos, prestando oídos a la charla que compartían los adultos. Aunque era tarde, mi madre mató un pollo e hirvió unos fideos para servirlos a los combatientes. Todavía llevo en mis oídos las palabras que escuché del tío abuelo Yun-guk mientras yo contenía la respiración bajo las frazadas: “Aunque mueran, si lo hacen por el bien del país, esa muerte se convierte en una bendición”. Y a continuación les dijo: “Lo único que se ve ahora ante nuestros ojos es la oscuridad, pero ciertamente la mañana brillante llegará”. A consecuencia de las torturas recibidas, su cuerpo siempre le causaba molestias, pero su voz resonó con firmeza. Tampoco olvido que me preguntaba a mí mismo: ‘¿Por qué alguien tan maravilloso como el tío abuelo tiene que ir a la cárcel? Si fuésemos más fuertes que el Japón, esto no habría sucedido.’

El tío abuelo Yun-guk continuó vagando por el país. Eludía la persecución de la policía japonesa y no fue hasta 1966, cuando yo estaba en Seúl, que volví a oír de él. El tío abuelo apareció en un sueño a uno de mis primos más jóvenes y le dijo: “Estoy enterrado en Jeongseon, en la provincia de Gang-won”. Fuimos a la dirección recibida en el sueño y descubrimos que había fallecido nueve años antes. Encontramos el montículo de la tumba cubierto de maleza. Tuve que trasladar sus restos a Paju, en la provincia de Gyeonggi, cerca de Seúl.

En los años siguientes a la liberación de Corea del colonialismo del Japón en 1945, los comunistas de Corea del Norte asesinaron a ministros cristianos y a combatientes independentistas en forma indiscriminada. El tío abuelo Yun-guk, temiendo que su presencia pudiese causar daño a la familia, escapó de los comunistas cruzando hacia el sur del paralelo 38, bajando hacia Jeongseon sin que nadie de nuestra familia tuviera siquiera idea de ello. Allí, en la profundidad de las montañas de Jeongseon sobrevivía vendiendo pinceles y más tarde abrió un taller de estudio de caracteres chinos. Según sus discípulos, disfrutaba al componer, espontáneamente, poemas en chino. Sus estudiantes transcribieron unos 130 poemas, incluido el siguiente:

La Paz entre el Norte y el Sur

南北平和

Diez años han pasado desde que salí de casa para ir al sur

在前十载越南州

El flujo del tiempo acelera el blanco de mi cabello

流水光阴催白头

Me gustaría regresar al Norte, pero... ¿cómo?

故园欲去安能去

Lo que pretendía ser una breve estadía se ha prolongado

别界薄游为久游

Vistiendo ropa de cáñamo de verano

衫絺长着知当夏

Me ventilo con un abanico de seda y me preocupa lo que el otoño traerá

纨扇动摇畏及秋

La paz entre Sur y Norte se acerca

南北平和今不远

Los niños que esperan bajo el alero, no necesitan preocuparse tanto.

候簷兒女莫深愁

Aunque estaba separado de su familia y viviendo en Jeong-Seon, una tierra desconocida para él en todos los sentidos, el corazón del tío abuelo Yun-guk estaba lleno de preocupaciones por su país. También dejó esta frase: “Una vez que te fijes una meta, prométete mantener el estándar más alto; no te permitas el más mínimo deseo personal (厥初立志自期高 私欲未尝容一毫)”.

Las contribuciones de mi tío abuelo al movimiento de la independencia fueron reconocidas póstumamente, por el gobierno de la República de Corea, en el año 1977 con el Premio Presidencial y en 1990 con la Orden

de Mérito de la Fundación Nacional. Aún recito esos versos que surgieron de un corazón embebido de amor por su país, aun en medio de intensas tribulaciones.

Cuanto más envejezco, más pienso en el tío abuelo Yun-guk. Sus sentimientos de preocupación por su suelo patrio penetran en mi alma. He enseñado a nuestros miembros la canción DaeHanJiRiGa (Canto a la geografía de Corea), cuya letra fue escrita por él. Cuando la canto, desde el Monte Baekdu hasta el Monte Halla, siento una gran paz interior y es también con esa sensación que nuestros miembros la disfrutan.

Canto a la geografía de Corea

*La península de Corea emerge en el Oriente
Se afianza en el corazón de tres países orientales.
Al Norte, las extensas llanuras de Manchuria
Al Este, el profundo y azul mar Oriental,
Al Sur, un mar de islas,
Al Oeste, el profundo y calmo Mar Amarillo
Productos de los mares apilados en sus tres lados,
Nuestro tesoro es la variedad de sus peces.
El imponente Monte Baekdu se erige al norte
Suministrando aguas a los ríos Amrok y Tumen
Que fluyen a los mares del este y el oeste
Delineando un nítido borde con los soviéticos.
El Monte Kumgang brilla en el centro,
Una reserva para el mundo, orgullo de Corea.
El Monte Halla se eleva sobre el azul del Mar del Sur
Un hito para los pescadores marinos.*

*Las cuatro praderas de Daedong, Hangang, Geumgang, y Jeonju
Alimentan y visten a nuestro pueblo.*

*Las cuatro minas de Woonsan, Soon-an, Gaecheon, y Jae-ryung
nos dan los tesoros de la Tierra.*

*Las cuatro ciudades de Kyungsung, Pyong-yang,
Daegu y Kaesung brillan sobre la tierra*

*Los cuatro puertos de Busan, Wonsan, Mokpo e Incheon
Acogen a las naves extranjeras.*

*Los ferrocarriles se expanden desde Kyungsung,
Conectando las dos líneas principales de Kyung-Eui y Kyung-Bu
Los ramales de Kyung-Won y Honam van de norte a sur,
Cubriendo la península.*

*Nuestros sitios nos cuentan historias.
Pyongyang y la ciudad de 2,000 años de Dangun,
Kaesung, capital del reino de Koryo,
Kyungsung, por 500 años capital del reino de Chosun,
Kyungju, resplandeciendo 2,000 años de
cultura del reino de Shilla, cuna de Pak-Hyuk-keo-sae,
Chungchong tiene a Buyo,
la capital histórica del reino de Baekje.*

*Hijos de Corea abriendo caminos al futuro, las olas de
de la civilización lavando nuestras costas.
¡Salid de las colinas, y marchad hacia adelante con
ímpetu hacia el mundo del futuro!*

Un niño testarudo que jamás se daba por vencido



Si bien mi padre era bueno prestando dinero irrecuperable a la gente; no lo era a la hora de cobrarlo. Por otra parte, si pedía dinero prestado honraría el compromiso firmado, aunque tuviera que vender las vacas de la familia o remover una de las columnas de nuestra casa y venderla en el mercado. Él siempre decía: “Una pequeña artimaña no puede cambiar la verdad. Lo verdadero no se deja avasallar por un pequeño engaño. Todo lo que surja de un engaño, tarde o temprano sale a la luz”. Mi padre era corpulento, tan fuerte que no le costaba subir un tramo de escaleras cargando una bolsa de arroz sobre sus hombros. El hecho de que yo, a la edad de noventa años, todavía pueda viajar por el mundo y mantenerme activo, se debe al físico que heredé de mi padre.

Mi madre, cuyo himno cristiano favorito era “Higher Ground” (“La tierra más elevada”), también fue una mujer impetuosa. He sacado de ella no sólo su amplia frente y su rostro redondo sino también su carácter directo y su espíritu optimista. También tengo un toque de testarudez y, sin duda alguna, soy hijo de mi madre.

Cuando era niño recibí el apodo de “Haruuri” (llorón por todo el día). Me lo gané porque una vez que comenzaba a llorar lo hacía desde la ma-

ñana a la noche. Cuando lloraba, además, lo hacía tan fuerte que la gente pensaba que algo terrible había ocurrido. Los que estaban durmiendo salían a ver qué sucedía. No era que yo llorase sentado. De ninguna manera. Yo saltaba por toda la habitación y armaba un notorio lío. Saltaba contra las paredes y objetos de la habitación, lastimándome todo el cuerpo al punto de dejar manchas de sangre. Desde niño mostré este intenso aspecto de mi personalidad.

Una vez que me determinaba a algo jamás me rendía, aunque terminase con algún hueso quebrado. Por supuesto, todo eso ocurrió antes de que yo madurara. Cuando mi madre me regañaba por haber hecho algo incorrecto, yo le retrucaba: “¡No, de ninguna manera!” Todo lo que tenía que hacer era admitir que estaba equivocado, pero yo prefería morirme antes que pronunciar las palabras de reconocimiento de ello. Mi madre también tenía un carácter muy fuerte.

Ella me castigaba y me decía “¿Cómo te atreves a responderle a tu madre?” Una vez me golpeó tan fuerte que me noqueó, pero cuando me recuperé tampoco cedí a ella, que se quedó frente a mí llorando a gritos. Aun así, yo no admitía que estaba equivocado. Mi espíritu combativo era tan fuerte como mi terquedad. No soportaba perder en ninguna situación. Los adultos de la villa decían: “Una vez que Ojos Pequeños se decide a hacer algo, lo hace”

No recuerdo cuántos años tenía cuando un muchacho me dejó la nariz sangrando y huyó. Después de ello me pasé todo un mes frente a su casa, esperando a que saliera, hasta que finalmente los padres del muchacho se disculparon conmigo y encima me dieron un paquete de galletas de arroz. Esto no significa que siempre tratase de ganar por obstinación. Físicamente yo era más grande y más fuerte que los otros niños de mi edad; ninguno de ellos podía ganarme una pulseada. Una vez perdí una pelea con un

chico tres años mayor que yo. Quedé tan mortificado que, cada noche, iba a una montaña cercana. Allí le quité la corteza a un árbol de acacia y me entrené en él para, luego de seis meses, poder derrotar al niño.

En nuestra familia nacieron muchos hijos. Yo tenía un hermano mayor, tres hermanas mayores y tres hermanas menores. Era realmente bueno tener tantos hermanos, y si nos reuníamos con nuestros primos cercanos y lejanos éramos tantos que sentíamos que podíamos hacer cualquier cosa. Con el paso del tiempo, me siento como si me hubiese quedado solo en el mundo.

Hacia fines de 1991 hice una corta visita a Corea del Norte y fui a mi ciudad natal por primera vez en 48 años. Allí me enteré de que mi madre y la mayoría de mis hermanos habían fallecido. Sólo una hermana mayor y una hermana menor vivían. Mi hermana mayor, que había sido como una madre para mí cuando yo era niño, se había convertido en una abuela de más de setenta años. Mi hermana menor, a quien recordaba tan simpática, ya tenía más de sesenta y su rostro estaba cubierta de arrugas. Cuando éramos niños, yo molestaba mucho a mi hermana menor. Le gritaba: “¡Eh, Hyoseon, te vas a casar con un cíclope!”, y ella me respondía: “¿Qué dijiste? ¿Qué te hace pensar que ya lo sabes?” Entonces me corría y me golpeaba la espalda con sus pequeños puños.

El año en que cumplió 18, Hyoseon tuvo una cita con vistas al matrimonio, arreglada por una de nuestras tías. Esa mañana se levantó temprano, peinó su cabello y se maquilló el rostro; limpió nuestra casa a fondo por dentro y por fuera, y esperó a que su posible novio llegara.

“Hyoseon -le dije para tomarle el pelo- ¿tantas ganas tienes de casarte?”

Eso la hizo sonrojarse. Todavía recuerdo lo hermosa que estaba con el rubor que se dejaba ver debajo del polvo blanco. Han pasado más de diez años desde que visité Corea del Norte y me enteré de que mi hermana

mayor, que tan melancólicamente lloraba al verme, ya falleció, dejando sola a la menor, lo que me llena de una congoja tal, que siento como si mi corazón se fuese a derretir.

Yo tenía habilidad con las manos y solía confeccionarme las medias y la ropa. Cuando hacía frío enseguida me hacía una gorra. Lo hacía mejor que las mujeres y hasta les enseñaba a mis hermanas mayores. Una vez tejí una bufanda para Hyoseon. Mis manos eran grandes y gruesas como la garra de un oso, pero me gustaba coser y hacerme la ropa interior. A veces tomaba un trozo de tela, lo doblaba a la mitad, realizaba los cortes según el diseño adecuado, lo cosía, me lo ponía y me quedaba a la medida justa. Una vez hice un par de calcetines tradicionales de Corea para mi madre y ella expresó cuánto le gustaron diciendo: “Bueno, bueno... ¡y yo que creía que el segundo hijo sólo se la pasaba jugando! ¡Pero miren: me quedan perfectas!”.

Además de Hyoseon tuve cuatro hermanos menores. Mi madre tuvo trece hijos, pero cinco no sobrevivieron. Su corazón debe haber estado profundamente atormentado. Debe haber sufrido mucho al tener que criar a tantos hijos en una situación poco holgada. En aquellos días se necesitaba hilar telas de algodón como parte de los preparativos para el matrimonio de un hijo o una hija. Mi madre tomaba el algodón de las plantas, lo colocaba en la rueca e hilaba cada hebra. Esto se llamaba to-kkaeng-i (en el dialecto de la provincia de Pyung-an).

Cada vez que un hijo se casaba, una tela de algodón tan suave y bella como el satén era creado por las ásperas manos de mi madre. Sus dedos trabajaban increíblemente rápido; mientras otros hilaban apenas unas tres o cuatro piezas del material to-kkaeng-i en un día, mi madre podía hilar hasta veinte. Cuando estaba muy apurada para completar los preparativos del matrimonio de una de mis hermanas mayores, fue capaz de hilar un

rollo entero de tela en un día. Era naturalmente impaciente: una vez que se decidía a hacer algo trabajaba con rapidez para consumarlo. En eso me parezco a ella.

Desde mi infancia he disfrutado comer una gran variedad de alimentos. Cuando era niño me gustaba comer maíz, pepino, papa y frijoles, todos crudos. En una ocasión en que visitamos a mi familia materna, que vivía a unos 8 kilómetros de nuestra casa, me percaté de que algo redondo crecía en el campo. Pregunté qué era y me respondieron “ji-gwa”, o “fruta de la tierra”. En ese vecindario la gente se refería a las papas dulces como la “fruta de la tierra”. Alguien desenterró una y la cocinó para mí al vapor, así que me la comí. Tenía un sabor tan delicioso que llené una cesta y me las comí todas. A partir del año siguiente, no pude mantenerme lejos de la casa de mi familia materna por más de tres días. Yo gritaba: “Mamá, voy a salir un rato,” corría hasta donde ellos vivían, y comía papas dulces.

En mi pueblo natal, en mayo, existía lo que llamábamos “el paso de la papa”. Enfrentábamos al invierno con papas hasta que llegase la primavera y pudiésemos comenzar la cosecha de la cebada. Mayo era un período crítico, porque si nuestro almacén de papas se agotaba antes de que la cebada pudiera cosecharse, la gente comenzaba a morir de hambre. Sobrevivir a la época en la cual los almacenes de papa se iban agotando, y la cebada aún no se podía cosechar, se parecía a subir una montaña empinada. Por eso, a ese lapso lo llamaban “el paso o la cima de la papa”.

La cebada que comíamos en aquel tiempo no era la de grano laminado y sabroso que conocemos hoy. Los granos eran de forma cilíndrica, pero eso estaba bien para nosotros. Para poder cocinar la cebada teníamos que dejarla dos días en remojo. Cuando nos sentamos a comer, yo presionaba la cebada con mi cuchara, tratando de hacer que los granos se pegaran, pero eso no servía de nada. El resultado era que se dispersaban como si

fueran granos de arena. Yo lo mezclaba con pasta de judías rojas (gochujang) y tomaba un bocado. Al masticar, los granos de cebada se escurrían entre los dientes, por lo que tenía que mantener la boca bien cerrada.

También solíamos atrapar y comer ranas verdes. En aquellos días, en las zonas rurales, a los niños con sarampión se les alimentaba con ranas verdes. Sus rostros habían quedado delgados por la pérdida de peso. Solíamos atrapar tres o cuatro ranas que estuvieran bien grandes y con bastante carne en las patas; las asábamos y envolvíamos en hojas de calabacín, por lo quedaban muy tiernas y sabrosas, como si hubieran sido cocidas al vapor en una arrocería. Hablando de cosas sabrosas, tampoco puedo olvidar la carne de gorrión y de faisán. Recorriendo las colinas y los campos fue como llegué a comprender que había abundancia de alimentos en la naturaleza creada por Dios.

Amar a la naturaleza y aprender de ella



Mi personalidad me exigía saber todo de cada cosa que veía. Yo no podía pasar algo por encima o conocerlo de manera superficial. Por el contrario, comenzaba a pensar: “Me pregunto cuál es el nombre de esa montaña. Me pregunto qué hay allá arriba”. Y tenía que ir y verlo yo mismo. Cuando todavía era niño subí a las cimas de todas las montañas que se encontraban dentro de un radio de 20 li (8 km) de nuestra casa. Fui por todas partes, incluso más allá de las montañas. De esa manera, cuando veía que una de ellas brillaba con la luz de la mañana, podía ver en mi mente lo que había allí y contemplarlo a gusto. Odiaba siquiera ver lugares que no conocía. Yo tenía que saberlo todo sobre lo que podía ver e incluso sobre lo que estaba más allá. De lo contrario, mi mente se tornaba más inquieta de lo que podía soportar.

Cuando iba a las montañas me gustaba tocar todas las flores y los árboles. Yo no estaba satisfecho con sólo ver las cosas con mis ojos. Tenía que tocar las flores, olerlas e incluso colocarlas en mi boca y masticarlas. Disfrutaba tanto de las fragancias, el tacto y el gusto que no me habría importado si alguien me hubiera dicho que metiera la nariz y la dejara ahí durante todo el día. Amaba tanto a la naturaleza que cada vez que salía me pasaba el día paseando por las colinas y los campos y olvidaba que tenía

que regresar a casa. Cuando mis hermanas mayores iban a las colinas a recoger verduras silvestres, yo les señalaba el camino colina arriba y escogía las plantas. Gracias a esta experiencia sé mucho acerca de numerosos tipos de vegetales silvestres que saben bien y tienen alto valor nutritivo. Estaba particularmente encariñado con un miembro de la familia del girasol llamada sseum-ba-gwi (nombre científico: *ixeris dentata*). Se podía mezclar con pasta de frijoles sazonados y colocarlo en un plato de gochu-
jang bibimbap, y el sabor sería maravilloso. Cuando uno come sseum-ba-gwi tiene que colocarlo en su boca y contener la respiración por unos segundos. Este es el tiempo que tarda el sabor amargo en desaparecer y en aflorar otro diferente, el dulce. Es importante lograr el ritmo correcto para disfrutar del maravilloso sabor de la sseum-ba-gwi.

También me gustaba trepar a los árboles. Por lo general subía a un enorme castaño de 200 años de edad que estaba en nuestro patio. Me gustaba la vista desde las ramas superiores de aquel vegetal porque la vista rebasaba la entrada de la aldea. Una vez en el tope, no quería bajarme. En ocasiones me encontraba subido en el árbol hasta bien entrada la noche, y la menor de mis hermanas mayores salía y armaba un alboroto acerca de lo peligroso que era e intentaba persuadirme de que me bajara.

“Yong Myung, por favor, bájese de ahí”, decía. “Es tarde, y tiene que venir a acostarse a dormir.”

“Si me da sueño, puedo dormir aquí”, respondía yo.

No importaba lo que argumentara. Yo no me movía de mi rama en el árbol de castaño. Finalmente perdía la paciencia y me pegaba un grito.

“¡Oye, mono! ¡Bájate de ahí ahora mismo!”

Quizás la razón de que me gustara tanto trepar los árboles era haber nacido en el año del mono. Cuando las rebabas de castañas colgaban en racimos, yo tomaba una rama rota y saltaba una y otra vez golpeándolas

para derribarlas. Recuerdo que eso era muy divertido. Me da lástima que los niños de estos días no crezcan en el campo y experimenten este tipo de diversión.

Las aves que volaban libres también eran objeto de mi curiosidad. De vez en cuando, pájaros particularmente hermosos pasaban por aquí. Yo trataba de saber todo lo que pudiera acerca de ellos, como por ejemplo distinguir al macho de la hembra. En ese entonces no había libros con información acerca de los diferentes tipos de árboles, arbustos y aves, de manera que tenía que examinarlos yo mismo uno por uno. A menudo me salteaba una comida porque me encontraba explorando las montañas en busca de los lugares adonde iban las aves migratorias. Una vez allí me encaramaba y me bajaba de un árbol cada mañana, durante varios días seguidos, para observar un nido de urraca. Quería ver cómo una urraca pone sus huevos. Finalmente llegué a presenciar este suceso, y, a la vez, me hice amigo del ave.

Las primeras veces, la urraca emitía un fuerte graznido y armaba un gran alboroto cuando notaba que me acercaba. Posteriormente, sin embargo, pude acercarme y se quedaba tranquila.

Los insectos de la zona también eran mis amigos. Cada año, a finales del verano, una chicharra de color claro cantaba en las ramas altas de un árbol de níspero que estaba justo afuera de mi habitación. Cada fin de verano agradecía cuando los irritantes e intensos sonidos de los otros tipos de chicharra, que hacían ruido durante todo el verano, repentinamente cesaban y eran reemplazados por el canto de la chicharra de color claro. Su canción me hacía saber que la temporada del húmedo verano pronto pasaría y que el fresco de otoño le seguiría.

Su sonido era algo así como “¡sulu sulululululu!”.

Cada vez que oía cantar así a la chicharra de color claro, miraba hacia

la parte alta del árbol de níspero y pensaba: “Por supuesto: por el tiempo que va a cantar, tiene que hacerlo desde un lugar alto para que todos en el pueblo puedan escucharla y sentir alegría. ¿Quién podría escucharla si cantara dentro de un pozo?

Pronto me di cuenta de que tanto las chicharras de verano y las de color claro hacían sonidos para el amor.

Ya sea que cantaran, “mem mem mem” o “suluk suluk”, estaban haciendo sonidos con el fin de atraer a su pareja. Una vez que me di cuenta de esto, no podía dejar de reír cada vez que escuchaba a un insecto iniciar su canto.

“Oh, ¿usted quiere amor, no? Adelante: cante y encuentre una buena pareja”.

Poco a poco, aprendí a establecer una relación de amistad con cada parte de la naturaleza, de manera que pudiéramos compartir nuestros corazones unos con otros.

La costa del Mar Amarillo estaba a apenas unos 10 li (4 km) de nuestra casa; lo suficientemente cerca como para que yo pudiera verla fácilmente desde cualquier lugar alto cercano a la vivienda. Había una serie de pozos de agua a lo largo de la ruta de acceso al mar y un arroyo que fluía entre ellos. A menudo excavaba alrededor de los pozos que tuvieran un olor a añejo para atrapar anguilas y cangrejos de lodo de agua dulce. Solía hacer agujeros en la periferia de todos los lugares para poder atrapar diferentes tipos de vida acuática y así saber dónde vivía cada uno. A la anguila, por naturaleza, no le gusta acostarse sobre su cara; por eso se esconde dentro de un hueco. Sin embargo, a veces el cuerpo entero no le cabe dentro del hoyo, por lo que una parte de la cola queda afuera. Por esta razón se me hacía muy fácil atraparlas: simplemente las halaba por la cola. Las anguilas escondían sus largos cuerpos en los agujeros de cangrejo y en otros

lugares similares, pero con mucha frecuencia les quedaba la cola afuera. Si llegaba una visita a casa y querían comer anguila al vapor, a mí no me costaba nada recorrer los 15 li (6 km) hasta los pozos de agua y traer unos cinco ejemplares. Durante las vacaciones de verano, podía atrapar más de 40 anguilas en un día.

Había una tarea que no me gustaba hacer: alimentar a la vaca. A menudo, cuando mi padre me pedía que lo hiciera, yo la llevaba al prado de la aldea vecina, donde la ataba y salía corriendo. Después de correr un rato me empezaba a preocupar por el animal. Volteaba y podía ver que todavía estaba allí, justo donde la había amarrado. Sólo se quedaba allí, la mitad del día o más, mugiendo y esperando que alguien viniera a alimentarla. Cuando escuchaba su mugido a cierta distancia, me sentía mal por ella y pensaba “¡Caramba, esa vaca! ¿Qué voy a hacer con ella?” Quizá puedan imaginarse cómo me sentía al ignorar el reclamo del bovino. Pese a todo, cuando regresaba con ella en la noche, no estaba enojada ni trataba de herirme con sus cuernos. Por el contrario, parecía feliz de verme. Esto me hacía darme cuenta que la perspectiva de una persona con respecto a un objetivo importante en la vida debe ser como la de una vaca: hay que esperar con paciencia el tiempo que sea necesario, que algo bueno le llegará.

En casa vivía un perro que yo quería mucho. Era tan inteligente que, cuando llegaba el momento en que yo volvía a casa desde la escuela, corría a recibirme cuando aún estaba muy lejos. Cada vez que me mostraba su alegría le acariciaba el lomo con mi mano derecha; de manera que, cuando esto ocurría -y estando él de mi lado izquierdo- daba la vuelta hasta mi lado derecho y frotaba su carita contra mí, rogando ser acariciado. Entonces, con mi mano derecha le acariciaba la cabeza y el lomo; si no lo hacía, gimoteaba y corría en círculos a mí alrededor mientras yo bajaba por la carretera.

“Bandido”, le decía. “Tú sabes de amor, ¿no? ¿Te gusta el amor?” Los animales saben de amor. ¿Alguna vez han visto una gallina sentada sobre sus huevos hasta que nacen? La gallina mantiene sus ojos bien abiertos y patea contra el suelo para que nadie se le acerque. Yo entraba y salía del gallinero sabiendo que eso haría enojar a la gallina. Cuando entraba al gallinero el ave estiraba el cuello en son de amenaza y yo, en lugar de retroceder, también asumía una actitud de confrontación. Después de entrar varias veces al gallinero, la gallina fingía no verme; pero se mantenía erizada con las uñas largas y afiladas. Parecía que quería saltar y atacarme, pero no podía moverse por los huevos. Por ello se quedaba sentada allí, angustiada. Yo me acercaba y le tocaba sus plumas, pero no se movía. Parecía que estaba decidida a no moverse de ese lugar hasta que sus polluelos hubieran nacido, incluso si eso significaba dejar que le arrancaran todas las plumas de su pecho. Como está firmemente unida a sus huevos por el amor, la gallina tiene una autoridad que incluso impide al gallo hacer lo que quiera. Ella ejerce la autoridad completa sobre todas las cosas bajo el cielo, como si dijera: “No me importa quién sea. ¡Es mejor que no perturbe los huevos!”

También surge una demostración de amor cuando un cochino da a luz a los cochinitos. He seguido a una mamá cochino para poder presenciar cuando da a luz a su camada. En el momento del nacimiento, da un impulso emitiendo un fuerte gruñido y un cerdito se desliza hasta el suelo; seguidamente, emite otro gruñido fuerte y un segundo cochinito sale. Es tal como ocurre con los gatos y los perros. Me sentía muy feliz al ver a estos animales bebé, que ni siquiera habían abierto sus ojos, venir al mundo. No podía controlar mi risa de tanta alegría.

Por otra parte sentía una gran angustia al presenciar la muerte de un animal. Había un matadero cerca de la aldea. Una vez que una vaca se

encontraba en su interior, un carnicero aparecía de la nada y golpeaba a la vaca con un martillo de hierro más o menos del tamaño del antebrazo de una persona. La vaca caía y seguidamente era despojada de su piel y sus piernas cortadas. La vida se aferra tan desesperadamente que el resto de los tocones que quedaban en la vaca -después de que sus piernas habían sido cortadas- seguían estremeciéndose. Las lágrimas inundaban mis ojos al ver esto y un fuerte grito salía de mi boca.

Desde niño he tenido una peculiar cualidad: puedo saber cosas que otros no saben, como si tuviera alguna capacidad paranormal. Si decía que iba a llover, con seguridad llovía. Yo podía estar sentado en nuestra casa y decir: “El señor tal de la aldea vecina no se siente bien hoy.” Y siempre era así. Desde que tenía ocho años, yo era bien conocido como un casamente-ro campeón. Con solo ver las fotografías de los futuros novia y novio, me daba cuenta de todo. Si decía: “Este matrimonio no es bueno”, y de todos modos se casaban, siempre se rompía más tarde. He estado haciendo esto hasta los noventa años de edad, y actualmente puedo decir todo acerca de una persona sólo con ver cómo se sienta o se ríe.

Si concentraba mis pensamientos podía saber lo que mi hermana mayor estaba haciendo en un momento determinado. Así, a pesar de que mis hermanas más grandes me querían, también me temían. Sentían que yo sabía todos sus secretos. Puede parecer que tengo un poder paranormal increíble, pero en realidad no es nada para sorprenderse. Hasta las hormigas, a las que consideramos criaturas insignificantes, saben cuándo se acerca la temporada de lluvias y se trasladan adonde puedan permanecer secas. La gente también debería ser capaz de saber lo que se avecina. No es tan difícil.

Uno puede saber hacia dónde va a soplar el viento con sólo observar cuidadosamente el nido de una urraca. La urraca pondrá la entrada de su

nido en el lado opuesto a la dirección del viento. Toma las ramas y las teje de manera compleja para luego recoger barro con el pico y aplicarlo desde la parte superior hasta la inferior del tejido para que la lluvia no entre en lo que ya es un nido. Esta ave arregla los extremos de las ramas de forma que todas tengan la misma dirección. Así como un canal encauza la lluvia que cae en un techo, la ingeniería de este pájaro hace que la lluvia fluya hacia un solo lugar. Si las urracas tienen tal sabiduría para ayudarse a sobrevivir, ¿no sería natural que la gente tenga también este tipo de capacidad?

Si estaba en un mercado de vacas con mi padre, podía decir: “Padre, no compre ese animal; una buena vaca debe tener buen aspecto en la nuca, patas delanteras fuertes y el trasero y la espalda firmes. Y esta vaca no es así”. Con seguridad, esa vaca no se vendía. Mi padre decía: “¿Cómo sabes todo esto?” y yo respondía: “Lo he sabido desde que estaba en el vientre de mi madre”. Por supuesto, sólo bromeaba. Si uno ama a las vacas, puede saber mucho acerca de ellas.

La fuerza más poderosa del mundo es el amor, y la más temible es una mente y un cuerpo unidos. Si usted se calma y concentra su mente, existe un lugar profundo en el que la mente es capaz de clarificarse. Se necesita dejar que la mente vaya a ese lugar. Cuando usted pone su mente en ese lugar y se queda dormido, cuando despierte estará extremadamente sensible. Ese es el momento en que debe rechazar todos los pensamientos extrínsecos y enfocar su conciencia. Luego será capaz de comunicarse con todo. Si no me cree, inténtelo ahora mismo. Cada forma de vida en el mundo trata de conectarse con aquello que le brinda más amor. De manera que si alguien tiene algo que no ama verdaderamente, entonces su posesión o dominio es falso y se verá obligado a renunciar a ello.

Hablar sobre el universo con los insectos



Pasar tiempo en el bosque limpia la mente. El sonido de las hojas crujiendo, el ulular del viento soplando entre los bejucos, el croar de las ranas en los estanques. Lo único que se puede escuchar son los sonidos de la naturaleza. Los pensamientos extraños no invaden la mente. Si uno vacía ésta y recibe a la naturaleza con todo su cuerpo, no queda separación entre uno y la naturaleza, que entra en uno. Uno queda en completa unicidad con la naturaleza. En el momento en que la frontera entre uno y la naturaleza desaparece, se tiene una profunda sensación de alegría. Entonces la naturaleza es uno, y uno es la naturaleza.

Siempre he atesorado tales experiencias en mi vida. Incluso ahora cierro los ojos y entro en un estado en el cual soy uno con la naturaleza. Algunos llaman a este fenómeno anātman, o “no-ser-uno-mismo”, pero para mí es mucho más que eso porque la naturaleza entra y se instala en ese lugar, donde se produce un vacío. Mientras estoy en ese estado, escucho los sonidos que la naturaleza me entrega. Los sonidos de los pinos, los sonidos de los insectos. Y nos hacemos amigos. Yo podía ir a un pueblo y saber, sin conocer a nadie, la disposición de las mentes de las personas que lo habitaban. Yo iba al prado del pueblo y pasaba la noche allí para escuchar a los cultivos de esos campos. De esa manera podía saber si los

cultivos estaban tristes o felices, así como el tipo de personas que allí vivía.

La razón por la cual podía estar en la cárcel -en Corea del Sur, en los Estados Unidos e incluso en Corea del Norte- y no sentirme solo y aislado es que, incluso en la reclusión, podía escuchar el sonido del viento y hablar con los insectos que estaban allí conmigo.

Me pueden preguntar: “¿De qué habla con los insectos?” Incluso el más pequeño grano de arena contiene los principios del mundo, e incluso una mota de polvo que flota en el aire contiene la armonía del universo. Todo cuanto nos rodea se originó y nació gracias a la combinación de fuerzas tan complejas que ni siquiera las podemos imaginar. Dichas fuerzas están estrechamente relacionadas entre sí. Nada en el universo ha sido concebido fuera del corazón de Dios. El movimiento de una sola hoja lleva en sí mismo el aliento del universo.

Desde niño he tenido el don de poder vibrar con los sonidos de la naturaleza, mientras transito las colinas y praderas. La naturaleza crea una armonía única y produce un sonido que es magnífico y hermoso. Nadie trata de exhibirse y nadie es ignorado: sólo hay una armonía suprema. Siempre que he estado en dificultades, la naturaleza me ha consolado; siempre que he caído en la desesperación, ella me puso de nuevo en pie. En la actualidad, los niños son criados en zonas urbanas y no tienen la oportunidad de familiarizarse con la naturaleza, pero desarrollar sensibilidad hacia ella es ciertamente más importante que aumentar el conocimiento. ¿De qué sirve proveer de educación universitaria a un niño que no puede sentir la naturaleza en su ser íntimo y cuya sensibilidad está adormecida? En la mayoría de los casos, una persona así sólo albergará conocimientos que se fijarán aquí y allá. Se convertirá en una persona individualista, que adora los bienes materiales.

Necesitamos sentir la diferencia entre el sonido de la lluvia de prima-

vera que cae como un suave susurro y la de la lluvia de otoño que cae con chasquidos y crujidos. Sólo de la persona que puede disfrutar su resonancia con la naturaleza puede decirse que tiene buen carácter. Un diente de león floreciendo a un lado de la carretera es más valioso que todo el oro del mundo. Debemos tener un corazón que sepa amar a la naturaleza y a la gente, porque quien no pueda hacerlo no es capaz de amar a Dios. Todo en la creación encarna a Dios en el nivel simbólico y los seres humanos son seres sustanciales, creados a imagen de Dios. Sólo una persona capaz de amar a la naturaleza puede amar a Dios.

“Japoneses, vuelvan a su país”



Esto no quiere decir que pasé mi vida vagando y jugando por las colinas y praderas. También trabajé duro ayudando a mi hermano mayor a manejar la granja. En una granja hay muchas tareas que deben completarse durante una temporada en particular: hay que arar los campos de arroz, trasplantar las plántulas de este grano y arrancar las malezas. Respecto a esta tarea, lo más difícil era eliminar las malezas de los campos de mijo. Después de que se siembran las semillas, los surcos deben ser limpiados de malezas por lo menos tres veces; era un trabajo demoledor, especialmente para la espalda. Cuando terminábamos, no podíamos enderezarla por un rato.

Las papas dulces no tienen buen sabor si se siembran en arcilla. Necesitan ser plantadas en una mezcla de un tercio de arcilla y dos tercios de arena si se desea producir papas dulces más gustosas. Ayudando en la granja aprendí lo que se necesitaba para hacer frijoles y cultivarlos bien, cuál era el mejor tipo de suelo para la soja y cuál para el frijol rojo. Yo soy el agricultor entre los agricultores.

Para trasplantar las plántulas de arroz tomábamos un palo con 12 marcas -espaciadas exactamente por la misma distancia para indicar dónde irían las filas- y lo colocábamos a lo ancho del campo. Entonces dos perso-

nas caminaban a lo largo del palo y cada una plantaba seis hileras de plantas de semillero. Posteriormente, cuando fui a la parte sur de Corea, vi que los lugareños ponían una cuerda a lo largo del campo de arroz y docenas de personas rociaban por todas partes. Parecía una manera muy ineficiente de hacerlo. Lo que yo hacía era abrir las piernas al doble del ancho de mis hombros para poder sembrar las plantas de semillero más rápidamente, y así fue cómo lograba ganar suficiente dinero, durante la temporada de siembra, para costear por lo menos mis estudios.

Cuando cumplí diez años mi padre me hizo asistir a una escuela tradicional en nuestro pueblo, donde un anciano enseñaba los clásicos chinos. Lo único que teníamos que hacer allí era memorizar un librito cada día. Yo me concentraba y completaba la memorización en media hora. Si tenía la oportunidad de pararme frente al maestro de la escuela y recitarle la lección, daba por completado el día. Si el maestro se quedaba dormido por la tarde, me iba de la escuela a las montañas y las praderas. Mientras más tiempo pasaba en las colinas, más sabía dónde encontrar plantas comestibles. Había momentos en que comía tanto de dichas plantas que podía saltarme las comidas y dejar de almorzar en casa.

En la escuela, leíamos las Analectas de Confucio y las obras de Mencio. También nos enseñaban los caracteres chinos. Yo me destaqué en la escritura y, para el momento en que tenía doce años, el maestro me indicaba que hiciera el modelo de los caracteres para que otros estudiantes los aprendieran. En realidad yo quería asistir a una escuela formal y no a la tradicional de la aldea. Sentía que no debía estar simplemente memorizando a Confucio y a Mencio cuando otros estaban construyendo aviones.

Esto ocurrió en abril. Mi padre ya había pagado la matrícula del año completo por adelantado. A pesar de saber eso, decidí dejar la escuela del pueblo y trabajé para convencer a mi padre de que me enviara a una

escuela formal. Traté también de disuadir a mi abuelo, e incluso a mi tío. Para ingresar a la escuela primaria tuve que rendir un examen. Para estudiar para ese examen tuve que asistir a una escuela preparatoria. Convencí a uno de mis primos más jóvenes de ir conmigo. Ambos entramos en la Escuela Preparatoria Wonbong y comencé mis estudios para dar el examen que me permitiría ser transferido a la escuela primaria.

Al año siguiente, cuando tenía 14 años, pasé el examen y fui transferido al tercer grado de la Escuela de Osan. El inicio fue tardío, pero estudié mucho y pude saltar al quinto grado. La Escuela de Osan quedaba a 20 li (8 km) de nuestra casa, pero no falté ni un día ni jamás llegué tarde. Cada vez que subía una colina -camino al instituto- un grupo de estudiantes esperaba por mí. Yo caminaba tan rápidamente que a ellos les costaba mantener mi paso. Esa era la forma en que viajaba por ese camino montañoso que, se rumoreaba, era un lugar en el que a veces aparecían tigres.

La Escuela de Osan era una escuela nacionalista fundada por Sunghun Lee, miembro activo del movimiento de independencia. No sólo no enseñaba japonés sino que los estudiantes tenían prohibido hablarlo. Yo tenía una opinión diferente respecto a esto. Sentía que teníamos que saber más sobre Japón para poder derrotarlo. Por esta razón tomé otro examen de transferencia y entré en el cuarto grado de la Escuela Pública Normal de Jungju. En las escuelas públicas, todas las clases eran en japonés. Entonces pude aprender de memoria katakana e hiragana la noche antes de mi primer día de clase. Como yo no sabía nada de japonés, tomé todos los libros de texto -desde primero hasta cuarto grado- y los memoricé en dos semanas. Finalmente comenzaba a ser capaz de comprender el idioma.

Cuando me gradué en la escuela pública normal, hablaba japonés fluidamente. El día de mi graduación me ofrecí para dar un discurso ante una audiencia compuesta por todas las personas importantes de Jungju.

Normalmente, en esa situación, se espera que el estudiante exprese su gratitud por el apoyo que recibió de sus maestros y de la escuela. En su lugar invoqué a cada uno de mis maestros por su nombre, los critiqué y señalé problemas generados por la forma en que el centro educacional era conducido. Después hablé acerca del tipo de determinación que debe tener la gente que ocupa posiciones con cierta responsabilidad en ese momento de la historia. Este discurso lo pronuncié completamente en japonés.

“Los japoneses deben hacer sus maletas lo más pronto posible y volver a Japón”, dije. “Esta tierra fue entregada a nosotros por nuestros antepasados, y las futuras generaciones de nuestro pueblo, todas ellas, deben vivir aquí”.

Dije todo esto delante del jefe de Policía, del jefe del condado y del alcalde de la ciudad. Estaba heredando el espíritu del tío abuelo Yun-guk y dije cosas que nadie más se atrevía a decir. El público quedó impactado. Cuando bajé del escenario noté que los rostros habían palidecido. Ese día no me pasó nada, pero hubo problemas poco después. Ese día, la policía japonesa me señaló como una persona que requiere seguimiento. Comenzaron a vigilarme y a convertirse en una molestia para mí. Posteriormente, cuando intenté ir a Japón para continuar mis estudios, el jefe de Policía se negó a estampar su sello en una planilla que yo necesitaba, y esto me ocasionó ciertos problemas. Me consideraba una persona peligrosa, a quien no se le debía permitir viajar a Japón. Tuve una gran discusión con él pero, finalmente, lo convencí de sellarme el formulario. Sólo entonces pude ir a Japón.



Capítulo II

EL RÍO DEL CORAZÓN FLUYE CON LÁGRIMAS

Entre el miedo y la inspiración



A medida que crecía y me volvía más maduro, empezó a preocuparme la pregunta de qué iba a ser cuando fuera mayor. Disfrutaba con la observación y el estudio de la naturaleza, por lo cual pensé en llegar a ser un científico, pero cambié de opinión después de ver la tragedia de la gente saqueada por las autoridades coloniales japonesas, sufriendo tanto que ni siquiera podía alimentarse a sí misma. Ser un científico, aunque me llevara a ganar un Premio Nobel, no me parecía una salida válida para enjugar las lágrimas de las personas que necesitaban ser vestidas y alimentadas.

Quería ser alguien que enjugara las lágrimas que fluían de los ojos de la gente y quitar el dolor que había en sus corazones. Cuando estaba en el bosque escuchando el canto de los pájaros, yo pensaba: “El mundo necesita ser tan cálido y tierno como esas canciones. Yo debería convertirme en alguien que hace que la cara de la gente se vuelva tan fragante como las flores”. No sabía qué carrera debería seguir para lograr eso pero me convencí de que debería ser una persona que diera felicidad al mayor número posible de seres.

Cuando yo tenía diez años, nuestra familia se convirtió al cristianismo por gracia del tío abuelo Yun-guk, que era pastor y llevaba una ferviente

vida de fe. A partir de ese momento asistí a la iglesia fielmente, sin perder ni una semana. Si llegaba apenas un poco tarde al servicio, quedaba tan avergonzado que no podía ni siquiera levantar la cara. No sé cuánto habría podido entender, a una edad tan joven, para ser así, pero Dios era ya una presencia enorme en mi vida. Yo pasaba más y más tiempo luchando con cuestiones relacionadas con la vida y la muerte y el sufrimiento y los pesares de la existencia humana.

Cuando tenía doce años fui testigo del traslado de la tumba de mi bisabuelo a una ubicación nueva. Sólo se permitía a los adultos del clan asistir en esas ocasiones, pero yo tenía muchas ganas de ver por mí mismo lo que ocurría a la gente después de su muerte. Así que, con gran esfuerzo, logré que me llevaran. Cuando se desenterró la tumba y vi los restos que eran removidos, me invadieron el sobresalto y el miedo. Cuando mis mayores abrieron la tumba con solemne ceremonia, lo que llegó a mis ojos no era más que la imagen de un esqueleto descarnado. No había ni rastro de las características de mi bisabuelo que mi padre y mi madre me habían descrito. Era sólo la espantosa vista de huesos blancos.

Me tomó un tiempo superar el impacto de haber visto los huesos de mi bisabuelo. Me dije a mí mismo: “El bisabuelo debió haberse visto como nosotros. ¿Quiere decir esto que mis padres también se convertirán en un puñado de huesos blancos después de morir? ¿Es esto lo que me va a pasar cuando me muera? Todo el mundo muere, pero, después de morir, ¿yace-mos simplemente allí, sin poder pensar en nada?” No podía sacarme estas preguntas de mi cabeza.

Alrededor de ese tiempo hubo una serie de acontecimientos extraños en nuestra casa. Tengo el vivo recuerdo de uno en particular. Cada vez que nuestra familia tejía ropa, tomábamos fragmentos de hilo de la rueca y los guardábamos en un recipiente de barro hasta tener suficiente como para

hacer una pieza de tela. La tela hecha partir de estos fragmentos -llamados yejang- era especial y se utilizaba cuando un hijo de la familia se iba a casar. Una noche, estos fragmentos fueron encontrados esparcidos por todas las ramas de un castaño viejo, en un pueblo vecino, de manera que el árbol parecía haberse vuelto blanco. No podíamos entender quién habría tomado los fragmentos de hilo del frasco, llevarlo todo el camino hasta el castaño -que estaba bastante lejos de nuestra casa- y luego extenderlo por todo el ramaje. No parecía hecho por manos humanas, y todos en el pueblo se asustaron mucho.

Cuando tenía dieciséis años experimentamos una gran tragedia: cinco de mis hermanos menores murieron en pocos meses. No hay palabras para describir la angustia desgarradora de nuestros padres por la pérdida de cinco de sus trece hijos en tan poco tiempo. Esta serie de acontecimientos dolorosos comenzó en nuestra casa, pero se extendió a otras casas en el clan. En una de ellas, la vaca murió de repente aunque gozaba de perfecta salud. En otra, murieron varios caballos, uno tras otro. En una tercera murieron siete cerdos en una noche.

El sufrimiento de una familia parecía conectado al sufrimiento de la nación y del mundo. Yo estaba cada vez más preocupado al ver la miserable situación del pueblo coreano bajo el régimen tiránico, cada vez más infame, del Japón. La gente no tenía lo suficiente para comer. A veces se veían obligados a buscar hierbas, cortezas de árbol o lo que podían encontrar, y hervirlo para comer. Las guerras por todo el mundo no parecían tener fin. Entonces, un día, leí en el diario un artículo acerca del suicidio de un estudiante de escuela media. Tenía la misma edad que yo.

“¿Por qué murió?, me pregunté. “¿Qué podría haber conducido a una persona a la muerte a una edad tan temprana?” Estaba devastado por la noticia, como si le hubiera ocurrido a alguien cercano a mí. Lloré en voz

alta durante tres días y noches, con el periódico abierto en la página de ese artículo. Las lágrimas seguían brotándome y no podía hacer que se detuvieran.

Yo no podía comprender la razón de tantos acontecimientos extraños en nuestro clan ni el hecho de que los trágicos sucesos le estaban ocurriendo a gente buena. Ver los huesos de mi bisabuelo durante la reubicación de su tumba me había impulsado a empezar a hacer preguntas sobre la vida y la muerte. Asimismo, esa serie de misteriosos sucesos en nuestra casa y alrededor de ella me llevó a aferrarme a la religión. Pero la Palabra de Dios que escuchaba en la iglesia no era suficiente, por sí sola, para darme las respuestas claras que yo estaba buscando sobre la vida y la muerte. Para aliviar la frustración en mi corazón, comencé a sumergirme naturalmente en la oración.

“¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Qué sucede a la gente cuando muere? ¿Existe un mundo del alma eterna? ¿Existe realmente Dios? ¿Es Dios realmente todopoderoso? Si lo es, ¿por qué se queda parado mirando los pesares del mundo? Si Dios creó este mundo, ¿creó también a quienes generan el sufrimiento? ¿Cuál será el final de la tragedia de Corea tras haber sido tomado el país por Japón? ¿Cuál es el significado del sufrimiento del pueblo coreano? ¿Por qué los seres humanos se odian, luchan y guerrear?”

Mi corazón rebosaba de estas preguntas graves y fundamentales. Nadie podía responderme fácilmente, por lo que mi única opción fue rezar. La oración ayuda a encontrar consuelo. Cuando estaba delante de Dios desaparecían los problemas que me causaban angustia en mi corazón. Todo mi sufrimiento y dolor se desvanecían y yo me sentía a gusto. Empecé a pasar cada vez más tiempo en oración hasta el punto de que, finalmente, empecé a orar en la noche más y más a menudo. Un día, al fin, tuve una

experiencia rara y preciosa, en la que Dios respondió a mis plegarias. Ese día será siempre el recuerdo más valioso de mi vida. Fue un día que nunca podré olvidar, ni aún en mis sueños.

Era la noche de la víspera de Semana Santa del año en el que cumplí dieciséis. Yo estaba en el monte Myodu, rezando y pidiendo, en lágrimas, respuestas a Dios. ¿Por qué había creado un mundo tan lleno de dolor y desesperación? ¿Por qué el omnisciente y todopoderoso Dios había dejando al mundo en el dolor? ¿Qué debía hacer por mi patria sumida en la tragedia? Lloraba con lágrimas mientras me hacía estas preguntas repetidamente.

Temprano en la mañana de Pascua, después de haber pasado toda la noche en oración, Jesús se apareció ante mí. Lo hizo en un instante, como una ráfaga, y me dijo: “Dios siente un gran pesar por el dolor de la humanidad. Debes tomar una misión especial en la Tierra, que tiene que ver con el trabajo del Cielo.”

Ese día vi claramente el rostro doliente de Jesús y escuché su voz con claridad. La experiencia de presenciar su manifestación hizo que mi cuerpo se sacudiera violentamente, como las hojas en un árbol de álamo temblón. Yo estaba simultáneamente invadido por el miedo -tan grande que sentía que podía morir- y una gratitud tan profunda que me parecía que podría explotar. Jesús habló claramente sobre el trabajo que debería realizar. Sus palabras fueron extraordinarias, relacionadas con salvar a la humanidad de su sufrimiento y llevar alegría a Dios.

“No puedo hacer esto. ¿Cómo puedo hacer esto? ¿Por qué me da una misión de tal suprema importancia?” Estaba realmente asustado. Quería de alguna manera evitar esta misión. Me aferré al borde de su ropa y lloré.

Cuanto más duele, tanto más deberías amar



Caí en una confusión extrema. No podía abrir mi corazón a mis padres y compartir mi gran secreto con ellos. Pero tampoco podía guardarlo sólo para mí. No sabía qué hacer. Lo único que estaba claro era que yo había recibido una misión especial del Cielo. Era tan enorme y tremenda esa responsabilidad, que me estremecía de miedo al pensar que podría no ser capaz de arreglármelas por mi cuenta. Me aferré a la oración, aún más que antes, en un intento de calmar mi corazón perdido en la confusión, pero esto tampoco surtió efecto. No importa cuánto lo intentaba: no podía librarme, ni por un momento, del recuerdo de haberme encontrado con Jesús. En un esfuerzo para calmar mi corazón, que continuaba desbordado en llanto, compuse el siguiente poema:

*Cuando la gente duda, siento dolor.
Cuando juzgo a las personas, es insoportable.
Cuando odio a la gente, no hay ningún valor en mi existencia.*

*Sin embargo, si creo, soy engañado.
Si amo, soy traicionado.
Sufrimiento y pesar en esta noche, mi cabeza en mis manos.
¿Me equivoco?*

*Sí, estoy equivocado.
A pesar de ser engañados, todavía creer,
A pesar de ser traicionados, aún perdonar.
Amar completamente, incluso a quienes te odian.*

*Límpiate las lágrimas y da la bienvenida con una sonrisa
a aquellos que no conocen más que el engaño,
y a aquellos que traicionan sin remordimiento.*

*¡Oh, Maestro!, el dolor de amar.
Mira mis manos.
Coloca tu mano sobre mi pecho.
Mi corazón está estallando, tal agonía.*

*Pero cuando amo a quienes actuaron contra mí,
traje victoria.
Si tú has hecho las mismas cosas,
te daré la Corona de Gloria.*

El encuentro con Jesús cambió mi vida completamente. Su expresión triste quedó impresa en mi corazón como si hubiera sido acuñada allí, y yo no podía pensar en otra cosa. Desde ese día me sumergí por completo en la Palabra de Dios. A veces me vi rodeado por una oscuridad hondísima y por un dolor tal que era difícil respirar. En otras ocasiones mi corazón estaba lleno de alegría, como si estuviera viendo el sol del amanecer en el horizonte. Experimenté una serie de días como estos, que me llevaron a un mundo de oración cada vez más profundo. Abracé nuevas palabras de la verdad que Jesús me estaba dando directamente. Quedé completamente cautivado por Dios. Llevaba una vida radicalmente diferente a la anterior. Tenía muchas cosas en qué pensar y, poco a poco, me convirtió en un muchacho de pocas palabras.

Cualquiera que siga el camino de Dios debe buscar su objetivo con todo su corazón y dedicación. Es un camino que requiere tenacidad de propósitos. Soy testarudo de nacimiento, por lo que siempre he tenido mucha persistencia. Utilicé esa cualidad, que me fue dada por Dios, para superar las dificultades y seguir el camino que se me había indicado. Cada vez que empezaba a vacilar, podía encontrar el equilibrio al recordar este hecho: “He recibido la palabra de Dios directamente”. No era fácil, sin embargo, ofrecer el período de mi juventud, que sólo se vive una vez, con el fin de elegir este camino. A veces sentía que preferiría evitarlo.

Una persona sabia pondría esperanza en el futuro y seguiría avanzando, no importa cuán difícil fuera la senda. Una persona necia, a su turno, hipotecaría su futuro en aras de una felicidad inmediata. Yo también tenía algunos pensamientos estúpidos cuando era muy joven, pero al final elegí el camino de la persona sabia. Con mucho gusto ofrecí mi vida con el fin de seguir el camino que Dios deseaba. No podría haberme escapado si hubiera tratado: este era el único camino que podía haber elegido.

Entonces, ¿por qué Dios me llamó a mí? Aún ahora, a los noventa años de edad, me hago esa pregunta cada día. De todas las personas del mundo, ¿por qué me eligió a mí? No fue porque yo tuviera un aspecto particularmente bueno, o un carácter excepcional, o una convicción profunda. Yo era sólo un joven poco notable, terco y necio. Si Dios vio algo en mí, debe haber sido un corazón que Le buscaba con profunda sinceridad y un amor siempre lleno de lágrimas por Él. Cualquiera sea el momento o lugar, el amor es lo más importante. Dios estaba buscando a una persona que viviera con un corazón de amor y que, cuando se enfrentara con el sufrimiento, pudiera cortarlo con un cuchillo de amor, y esto lo llevó a mí. Yo era un niño de una aldea rural, con nada para mostrar por mí mismo. Incluso ahora insisto, sin compromisos, en apostar mi vida para vivirla por el amor de Dios y nada más. No había nada que pudiera saber por mi cuenta, de manera que llevaba todas mis preguntas a Dios. Le preguntaba: “Dios, ¿existes realmente?” y así fue como llegué a saber, efectivamente, que existía. Le pregunté: “Dios, ¿tienes deseos atesorados? Así fue como llegué a saber que Él tenía deseos atesorados. Yo le preguntaba: “Dios, ¿me necesitas?” y así fue como descubrí que Él tenía dispuesto hacer algún uso de mí.

En esos días, en que mis oraciones y dedicación se conectaban al Cielo, Jesús se me aparecía sin fallar y me transmitía mensajes especiales. Si estaba deseando saber algo fervientemente, traía una expresión amable y me entregaba las respuestas sobre la verdad. Sus palabras estaban siempre en la marca y golpeaban profundamente en mi pecho, como flechas afiladas. Estas no eran meras frases. Eran revelaciones que abrían un mundo nuevo y enseñanzas sobre la verdad acerca de la creación del universo. Cuando Jesús hablaba parecía una suave brisa, pero yo tomaba sus dichos en mi pecho y rezaba con un fervor suficiente como para arrancar un árbol.

Poco a poco llegué a darme cuenta de cuál era el origen del universo y los principios del mundo.

Durante el verano de ese año hice una peregrinación por todo el país. No tenía dinero. Iba a los hogares y pedía algo de comer. Si tenía suerte podía conseguir un viaje en camión. Así fue como visité todos los rincones del país. En todas partes donde fui, mi patria era un crisol de lágrimas. No había fin para los dolorosos suspiros de las personas que sufrían de hambre. Sus funestos lamentos se volvían lágrimas que corrían como ríos.

“Esta desdichada historia debe terminar tan pronto como sea posible”, me dije. “Nuestra gente no debe ser dejada en el dolor y la desesperación. De alguna manera tengo que encontrar el modo de ir a Japón y a Estados Unidos para hacer que el mundo conozca la grandeza del pueblo coreano”.

A través de esta peregrinación descubrí que necesitaba llevar a cabo otra tarea, y pude redoblar mi determinación para el trabajo futuro. “Voy a salvar absolutamente a nuestro pueblo y a traer la paz de Dios en esta tierra.” Al apretar mis dos puños, mi mente se volvió sólida y pude ver claramente el camino que tenía que seguir.

Un cuchillo desafilado se vuelve opaco



Después de terminar la escuela normal pública me mudé a Seúl y viví solo en el barrio de Heukseok-dong mientras asistía al Instituto Kyongsong de Comercio e Industria. El invierno en Seúl era extremadamente frío. Es normal que la temperatura baje a 20 grados bajo cero y, cuando ello ocurría, el río Han se congelaba. La casa donde yo vivía estaba en una cresta y no había agua corriente. Sacábamos nuestra agua de un pozo tan profundo que eran necesarios más de diez longitudes de brazo de cuerda para que el balde llegara al agua. La cuerda se solía romper, de manera que hice una cadena y la amarré a la cubeta. Cada vez que levantaba agua, sin embargo, mis manos se congelaban pegadas a la cadena y tenía que mantener el calor soplando sobre ellas.

Para combatir el frío usaba mis talentos y tejía mucho. Hice un suéter, calcetines gruesos, un gorro y guantes. El sombrero era tan elegante que, cuando lo usaba, la gente de la ciudad podía pensar que yo era una mujer.

Nunca calentaba mi habitación, incluso en los días más fríos de invierno. Una de las razones era que no tenía dinero para hacerlo. También sentía que tener un techo sobre mi cabeza cuando dormía era un lujo, teniendo en cuenta a las personas sin hogar que se veían obligadas a encontrar maneras de mantenerse calientes en la calle. Un día hacía tanto frío que

me dormí mientras sostenía una bombilla de luz contra mi cuerpo bajo el edredón, como si fuera una botella de agua caliente. Durante la noche me quemé con la bombilla caliente, pelándoseme la piel. Aún ahora, cuando alguien menciona a Seúl, lo primero que viene a mi mente es el frío de ese entonces.

Mis comidas consistían en un cuenco de arroz y nunca más de un plato de acompañamiento. Siempre era una comida, un plato. Un plato era suficiente. Incluso hoy, debido a la costumbre que formé cuando vivía solo, no necesito muchos platos accesorios de comida. Prefiero tener un solo plato bien elaborado. Cuando veo una comida preparada con muchos platos accesorios -según el estilo coreano- me parece problemático. Nunca comí el almuerzo mientras fui a la escuela en Seúl. Me acostumbré a comer sólo dos comidas al día sin tener la sensación de hambre. Lo hice cuando niño, mientras andaba alrededor de las colinas, y seguí este estilo de vida hasta que tuve casi treinta años. Mi estadía en Seúl me dio una buena comprensión sobre cuánto trabajo lleva mantener una casa.

Volví a Heukseok-dong en la década de los 80 y me sorprendí al encontrar en pie la casa donde había vivido una vez. Aún estaban allí la habitación donde vivía y el patio donde solía colgar mi ropa. Sin embargo me entristeció ver que ya no estaba el pozo donde tenía que soplar sobre mis manos mientras me esforzaba por sacar los baldes de agua.

Durante mi tiempo en Heukseok-dong, el lema que adopté para mí mismo fue: “Antes de buscar dominar el universo, perfecciona tu habilidad para dominarte a ti mismo”. Esto significaba que para tener la fuerza de salvar a la nación y al mundo, primero debía entrenar mi propio cuerpo. Me entrenaba con oración, meditación, deportes y programas de ejercicio para no dejarme llevar por el hambre o cualquier otra emoción o deseo del cuerpo físico. Aún cuando gustara una comida, yo diría: “Arroz, quie-

ro que te conviertas en el abono para el trabajo que me estoy preparando para hacer.” Aprendí boxeo, fútbol y técnicas de defensa personal. Debido a esto, aunque he ganado algo de peso, todavía tengo la flexibilidad de una persona joven.

El Instituto de Comercio e Industria Kyongsong tenía un régimen en cuya virtud los estudiantes nos turnábamos para higienizar las aulas. En mi clase, me tomé la tarea de limpiar el salón todos los días.

Yo era un estudiante excepcionalmente callado. A diferencia de mis compañeros, no participaba en chismes y muchas veces pasaba un día entero sin decir una palabra. Esto puede haber sido la razón de que, aunque nunca intervine en episodios de violencia física, mis compañeros me trataban con respeto y cuidaban su conducta en mi presencia. Si iba al baño y había una fila de estudiantes esperando su turno para utilizar los urinarios, me dejaban de inmediato pasar primero. Si alguien tenía un problema, me buscaban a menudo en busca de consejo.

Era muy persistente en hacer preguntas durante la clase. Varios profesores me evadían porque los dejaba perplejos con preguntas que no podían contestar. Por ejemplo, cuando estábamos aprendiendo una nueva fórmula en la clase de matemáticas o de física, yo solía preguntar: “¿Quién hizo esta fórmula? Por favor, explíquenos paso a paso para poder entender exactamente”, y rehusaba volver atrás hasta tener respuestas claras. No podía aceptar ningún principio hasta que lo hubiera desarmado minuciosamente y averiguado por mí mismo. Mi carácter obstinado, el que me había hecho llorar noches enteras cuando era niño, también estaba haciendo su aparición en mis estudios. De la misma forma que cuando oraba, me volqué por completo a mis estudios e invertí toda mi sinceridad y dedicación.

Toda tarea que hacemos requiere sinceridad y entrega, y no sólo durante un día o dos. Es necesario que sea un proceso continuo. El cuchillo que sólo

se usa una vez se vuelve opaco. Lo mismo es cierto con la sinceridad y la dedicación. Necesitamos continuar con nuestros esfuerzos en una base diaria, con el pensamiento de que estamos afilando diariamente nuestra hoja de cuchillo. Cualquiera sea la tarea, si continuamos haciendo el esfuerzo con sinceridad y persistencia, llegaremos eventualmente a un estado místico. Si tomas un pincel y concentras tu sinceridad y dedicación en la mano y dices para ti mismo: “Un gran artista va a venir y va a ayudarme”, y concentras tu mente, puedes crear un cuadro que va a sorprender al mundo.

Me dediqué a aprender a hablar más rápido y con más precisión que nadie. Solía ir a una antesala donde nadie me podía oír y practicaba trabalenguas en voz alta. Practicaba cómo verter muy rápidamente lo que quería decir. Eventualmente pude ser capaz de decir diez palabras en el tiempo que otros empleaban para decir sólo una. Incluso ahora, a pesar de ser anciano, puedo hablar muy velozmente. Algunos dicen que hablo con tanta rapidez que tienen dificultades para entenderme, pero mi corazón lleva tanta prisa que no puedo soportar hablar con lentitud. Mi mente está llena de cosas que quiero decir. ¿Cómo se puede frenar?

En ese sentido soy muy parecido a mi abuelo, que disfrutaba en hablar con la gente. Podía estar tres o cuatro horas hablando con otras personas, en la sala de estar de nuestra casa, explicándoles sus puntos de vista sobre los acontecimientos del día. Yo soy igual. Cuando estoy con gente con la que tengo una buena comunicación de corazón, pierdo la noción del tiempo y no me doy cuenta si se está haciendo tarde o si está por salir el sol. Las palabras en mi corazón forman un flujo imparable. Cuando estoy así no quiero comer; sólo quiero hablar. Es difícil para las personas que escuchan, y comienzan a aparecer gotas de sudor en sus frentes. El sudor resbala también por mi cara a medida que sigo hablando, y no se atreven a excusarse e irse. A menudo terminamos quedándonos toda la noche junta.

Una llave para abrir un gran secreto



Del mismo modo en que subí hasta la cumbre de las montañas que rodeaban mi ciudad natal, exploré también cada rincón de Seúl. En aquellos días había una línea de tranvía que iba de un extremo a otro de la ciudad. El precio del pasaje era de sólo 5 yens, pero yo no quería gastar ese dinero y caminaba todo el trayecto hasta el centro de la ciudad. En los días calurosos goteaba, bañado de sudor, mientras caminaba, y en los de invierno helado marchaba casi corriendo, como si mi paso perforara el viento ártico que me cortaba la carne. Caminaba tan rápido que podía ir de Heukseok-dong, a través del río Han, hasta la tienda Hwashin en Jongno, en sólo 45 minutos. A la mayoría de la gente le tomaría una hora y media, de manera que es fácil imaginar cuán rápido caminaba. Me ahorrraba el precio de un boleto de tranvía. Pero entregaba el dinero a las personas que lo necesitaban más que yo. Era una cantidad tan pequeña que era algo embarazoso, pero lo daba con un corazón que en realidad deseaba ofrecer una fortuna. Lo daba con una oración, para que ese dinero fuera una semilla capaz de hacer crecer, para esa persona, muchas bendiciones.

En abril de cada año mi familia me mandaba dinero para la matrícula. No podía quedarme al margen, observando a la gente que me rodeaba y

se encontraba en dificultades financieras, de modo que el dinero de casa no llegaba a durar ni hasta mayo. Una vez, cuando estaba en camino hacia la escuela, me encontré con una persona tan enferma que parecía a punto de morir. Me sentí tan mal por él que no podía pasar de largo. Lo cargué en mi espalda unos dos kilómetros, hasta un hospital. Justo tenía dinero en el bolsillo, con la intención de utilizarlo para pagar mi matrícula. Una vez que pagué el hospital, no me quedó nada. Durante los días siguientes, la escuela me solicitó en repetidas ocasiones que pagara mi matrícula. Mis amigos se compadecieron de mí e hicieron una colecta. Nunca podré olvidar a quienes me ayudaron a superar esa situación.

El acto de dar y recibir ayuda también es una relación que se corresponde con las cosas del Cielo. Puede que no te des cuenta en ese momento, pero reflexionando más tarde es posible que comprendas, “¡Ah, por eso Él me envió allí en ese momento!” Si una persona que necesita ayuda aparece de repente ante ti, debes saber que el Cielo te envió a esa persona para que la ayudes y para que des lo mejor de ti. Si el Cielo quiere dar a la persona diez unidades de tu ayuda, no será suficiente si sólo le das cinco. Si el Cielo te dice que le des diez, debes darle cien. Cuando ayudas a alguien debes estar dispuesto, si es necesario, a vaciar tu billetera por esa persona.

En Seúl me encontré con las Baramddok, literalmente “galleta de arroz de viento” (“inflada”), por primera vez en mi vida. Son coloridas galletas de arroz, con un diseño hermoso. Cuando vi una por primera vez, estaba asombrado de lo estupendas que se veían. Cuando mordí una, sin embargo, descubrí que no tenían relleno sino solamente aire. Simplemente se desmoronaban en mi boca. Esto me hizo darme cuenta de algo.

“Oh, ya veo. Seúl es como una galleta de arroz de viento”. Entendí porque la gente de Seúl era considerada, a menudo, como avara por otros coreanos. En la superficie, Seúl parecía un mundo lleno de gente rica e

importante, pero en realidad estaba llena de gente pobre. Muchos mendigos, vestidos sólo con harapos, vivían bajo el puente del río Han. Yo los visitaba, les cortaba el pelo y compartía mi corazón con ellos. Las personas pobres tienen muchas lágrimas. Tienen una gran cantidad de tristeza reprimida en sus corazones. Sólo al decirles algunas palabras rompían a llorar. A veces alguno de ellos me convidaba con el arroz que le habían dado cuando pedían. Me lo entregaban con sus manos cubiertas de suciedad. Nunca, sin embargo, rechacé la comida. La recibía con un corazón contento.

Yo había asistido a la iglesia, cada domingo, en mi ciudad natal, y continué esta práctica en Seúl. Asistía principalmente a la Iglesia Myungsudae de Jesús, situada en Heukseok-dong, y a la Iglesia Pentecostal Seobinggo, que celebraba los servicios en un tramo de arena a orillas del río Han, en la orilla opuesta. En los fríos días de invierno, al caminar por el río congelado a Seobinggo-dong, el hielo crepitaba bajo mis pies. En la iglesia servía como maestro de la Escuela Dominical. Mis lecciones eran muy interesantes y los niños disfrutaban mucho. Debido a que me he vuelto viejo, ya no soy muy bueno para contar chistes, pero entonces podía contar historias divertidas. Los niños disfrutaban de ellas. Cuando lloraba, lloraban conmigo, y cuando reía, conmigo reían. Era tan popular con ellos que me seguían a todas partes.

Detrás de Myungsudae está el monte Seodal, también conocido como monte Darma. Subía a menudo a una gran roca de esta elevación y pasaba la noche en oración. Ya fuera en tiempo frío o caluroso, me sumergía cada día, sin fallar, en mis preces. Una vez que entraba en oración, lloraba y mi nariz empezaba a chorrear. Oraba durante horas a partir de palabras que había recibido de Dios. Eran como mensajes codificados. Ellos me hacían sumergirme aún más profundamente en oración. Pensando ahora en ello

me doy cuenta de que, incluso entonces, Dios puso en mi mano la llave para abrir la puerta a secretos, pero no podía abrir la puerta porque mis oraciones eran insuficientes. Estaba tan preocupado que, cuando comía, no sentía estar ingiriendo alimentos. A la hora de dormir cerraba los ojos, pero no podía dormirme.

Otros estudiantes, viviendo en la misma casa, no se daban cuenta de que iba al cerro a orar. Deben haber pensado que yo era diferente, pero se relacionaban conmigo con respeto. En general nos llevábamos bien, haciéndonos reír unos a otros con el relato de historias divertidas. Puedo relacionarme bien con cualquiera. Si una mujer anciana viene a mí, puedo ser su amigo. Si vienen niños, puedo jugar con ellos. Uno puede tener comunicación de corazón con cualquiera, relacionándose con amor.

La señora Giwan Lee llegó a hacerse cercana a mí después de haber sido inspirada por mis oraciones durante los servicios matutinos en la iglesia. Mantuvimos nuestra amistad por más de 50 años hasta que dejó este mundo a los 80 años. Su hermana menor, la señora Gi-bong Lee, estaba siempre ocupada administrando la pensión, pero se relacionaba conmigo con calidez. Ella decía que no se sentía bien a menos que pudiera encontrar algo que hacer por mí. Trataba de darme platos extra en las comidas. Yo no hablaba mucho y no era muy divertido, así que no sé por qué deseaba tratarme tan bien. Algún tiempo después, cuando la policía colonial japonesa me detuvo en la estación de policía de la provincia de Gyeonggi, ella me trajo ropa y alimentos. Aún ahora, mi corazón se vuelve cálido al pensar en ella.

Conocí también a una señora Song, que tenía una pequeña tienda cerca de mi pensión y también me ayudó mucho durante ese tiempo. Solía decir que todo aquel que vive lejos de su ciudad natal siempre tiene hambre, y me traía de su tienda artículos que no había podido vender. Era una tien-

da pequeña, con la que apenas hacía dinero para mantenerse a sí misma, pero siempre se ocupó de mí con corazón bondadoso.

Esto es algo que ocurrió un día en que celebramos el servicio en el tramo de arena a orillas del río Han. Llegó la hora del almuerzo y todo el mundo encontró lugares para sentarse y comer. Yo tenía el hábito de no almorzar, pero no me sentía cómodo sentado allí, sin hacer nada, mientras los demás comían. Así que, calladamente, me alejé del grupo y me senté sobre una pila de rocas. La señora Song me vio allí y me trajo dos pedazos de pan y dos tortas heladas. ¡Sentí tanta gratitud! Estas cosas costaban muy poco dinero pero nunca he podido olvidar el agradecimiento que sentí en ese momento.

Siempre recuerdo, cuando alguien me ayuda, no importa cuán pequeña dicha ayuda es. Incluso ahora, que tengo noventa años, puedo recitar de memoria todas las veces que la gente me ayudó y lo que hicieron por mí. Nunca podré olvidar a las personas que no dudaron en meterse en problemas en mi nombre y me ofrecieron el favor de sus bendiciones.

Si recibo un favor, es importante para mí retribuirlo. Si no puedo encontrarme con la persona que me hizo un bien, es importante para mí recordar a esa persona en mi corazón. Necesito vivir con el pensamiento sincero de que volveré a pagarle ayudando a otra persona.

Como una bola de fuego ardiente



Después de graduarme en el Instituto Kyongsong, viajé a Japón -en 1941- para continuar mis estudios. Fui porque sentía que tenía que tener un conocimiento exacto de ese país. En el tren a Busan, no podía contener las lágrimas. Me cubría con mi abrigo y lloraba en voz alta. No podía dejar de llorar; tanto lloré que mi nariz chorreaba y se me hinchó la cara. Me entristecía dejar mi país, al que veía como un huérfano, ya que sufría bajo el yugo colonial. Miraba por la ventana mientras lloraba y podía ver que las colinas y los ríos lloraban aún con más tristeza que yo. Veía con mis propios ojos las lágrimas que fluían de la hierba y los árboles. Hice una promesa a la naturaleza de mi país, al lamentar mi partida.

“Hago esta promesa a los cerros y quebradas de mi patria. Volveré, llevando conmigo su liberación. Así que no llores, sino espera por mí”.

Me embarqué en el ferry de Busan-a Shimonoseki a las dos de la madrugada del primero de abril. Había un fuerte viento esa noche, pero yo no podía dejar la cubierta. Me quedé allí, observando cómo las luces de Busan se hacían más y más distantes. Permanecí en cubierta hasta la mañana. Al llegar a Tokio entré en la Waseda Koutou Kougakko, una escuela superior de ingeniería técnica afiliada a la Universidad de Waseda, y estudié en el departamento de ingeniería eléctrica. Elegí esta especialidad

porque sentía que no podía establecer un nuevo pensamiento religioso sin conocer la ingeniería moderna.

El mundo invisible de las matemáticas tiene algo en común con la religión. Para hacer algo grande, una persona necesita sobresalir por su capacidad de razonamiento. Tal vez por mi cabeza grande era bueno en matemáticas, cosa que muchos encuentran difícil, y he disfrutado estudiando. Mi cabeza era tan grande que me era difícil encontrar sombreros que encajaran. Tuve que ir a la fábrica dos veces para tener sombreros hechos a mi medida. El tamaño de mi cabeza también puede tener algo que ver con mi capacidad para concentrarme en algo y terminar en tres años lo que a otros puede llevar diez.

Durante mis estudios en Japón desbordaba, como en Corea, a mis profesores con preguntas. Si tenía alguna duda acerca de una cuestión, no podía quedar satisfecho sino hasta llegar a la raíz y resolverla. No estaba tratando deliberadamente de avergonzar a mis maestros. Sentía que si iba a estudiar un tema, debía estudiarlo por completo.

En mi escritorio de la pensión siempre he tenido tres Biblias, abiertas una al lado de otra. Una de ellas estaba impresa en coreano, otra en japonés y la otra en inglés. Leía los mismos pasajes en los tres idiomas, una y otra vez, subrayando partes y escribiendo notas en los márgenes hasta que las páginas se llenaron de manchas y eran difíciles de leer.

Poco después de comenzar la escuela asistí a un evento organizado por la Asociación de Estudiantes Coreanos para dar la bienvenida a los nuevos estudiantes de nuestro país. Allí canté una canción patriótica con gran fervor, mostrando a todos mi amor por mi pueblo. La policía japonesa estaba presente. Este era un tiempo en que se esperaba que los coreanos quedaran asimilados por la cultura japonesa. No obstante, canté la canción de Corea con orgullo.

Dongmoon Eom, que entró en el departamento de ingeniería arquitectónica ese año, se conmovió al verme cantar esta canción y desde ese día nos hicimos amigos de por vida. Los estudiantes coreanos inscriptos en diversas escuelas en el área de Tokio habían formado un movimiento de independencia subterráneo. Esto era natural, ya que nuestro suelo gemía de dolor bajo el dominio colonial japonés. Como “la Gran Guerra del Asia Oriental”, así llamada entonces por los japoneses, creció en intensidad, éstos comenzaron a reclutar inocentes alumnos coreanos como “soldados estudiantes”, y enviarlos al frente de guerra. El trabajo del movimiento de independencia subterráneo fue estimulado por esas acciones. Teníamos extensos debates sobre qué hacer acerca de Hirohito, el emperador japonés. Yo tomé una posición importante en el movimiento al tener que llevar a cabo diversas acciones. Se trataba de trabajar en estrecha relación con el Gobierno Provisional de la República de Corea que se encontraba en Shanghái y era dirigido por Kim Gu. Mis responsabilidades en esta posición podían haberme exigido que renunciara a mi vida. Esto no me hizo dudar, sin embargo, porque sentía que, si moría, sería por una causa justa.

A la derecha de la Universidad de Waseda funcionaba una comisaría. La policía japonesa se enteró de mi trabajo y me mantenía bajo estrecha vigilancia. Cuando estaba por regresar a Corea -durante las vacaciones escolares- los agentes obtuvieron esa información rápidamente y me seguían hasta el muelle o a la estación de tren para verme partir. No puedo ni recordar el número de veces que fui detenido por la policía, golpeado, torturado y encerrado en una celda. Aún bajo la peor tortura, sin embargo, me negué a darles la información que buscaban. Cuanto más me pegaban, tanto más audaz me volvía. Una vez me peleé, en la barandilla del llamado Puente de Yotsugawa, con la policía que me perseguía. Arranqué un pedazo de reja y la usé como arma en la lucha. En aquellos días yo era una bola de fuego.

Haciendo amistad con los trabajadores al compartir su sufrimiento



Como en Seúl, en Tokio tomé la decisión de ir a todas partes. Cuando mis amigos iban a lugares como Nikko para ver el hermoso paisaje, yo prefería quedarme y recorrer los barrios de la capital. Descubrí que era una ciudad que parecía lujosa en lo exterior pero en realidad estaba llena de gente empobrecida. Hubiera dado a la gente pobre todo el dinero que había recibido de casa.

En aquel entonces todo el mundo tenía hambre. Entre los estudiantes de Corea había muchos que estaban en dificultades financieras. Cuando yo recibía mis vales de comida cada mes, los daba todos a los estudiantes que no podían pagarlos y les decía: “Come, come todo lo que quieras”. No me preocupaba por ganar dinero. Podía ir a cualquier parte, trabajar como jornalero y así alimentarme. Disfrutaba tener ingresos y utilizarlos para ayudar a pagar la matrícula de los estudiantes que carecían de ellos. Ayudar a los demás y darles de comer me llenaba de energía.

Después de haber dado todo el dinero que tenía, solía trabajar como repartidor utilizando un carro tirado a bicicleta. Iba a todos los distritos de Tokio con él. Una vez, en Ginza -plena de luces encandilantes- yo cargaba un poste de teléfono en mi carro cuando volqué en medio de una inter-

sección. Todos salieron corriendo para salvar sus vidas. Debido a mi experiencia de entonces, todavía conozco Tokio como la palma de mi mano.

Yo era un trabajador entre trabajadores y un amigo de éstos. Al igual que los obreros, que olían a sudor y a orina rancia, solía ir a los sitios de trabajo y trabajar hasta que el sudor me corría por el cuerpo. Eran mis hermanos, y por eso no me importaba el terrible hedor. Compartía con ellos colchas tan sucias, que los piojos negros las recorrían en formación. No dudaba en dar la mano a quienes estaban cubiertos de suciedad. Su sudor, mezclado con la mugre, estaba lleno de una irresistible calidez de corazón. Era ese corazón cálido el que me resultaba tan atractivo.

Trabajaba principalmente como obrero en la fábrica de acero y el astillero de la empresa Kawasaki. En el astillero operaban barcazas utilizadas para transportar carbón. Formábamos equipos de tres obreros cada uno y trabajábamos hasta la una de la madrugada para llenar un barco con 120 toneladas de ese combustible. Nosotros, los coreanos, podíamos cumplir en una noche lo que a los japoneses insumía tres días. Trabajábamos duro para demostrarles lo que éramos capaces de hacer.

Había gente, en los lugares de trabajo, que se lucraba con el sudor y la sangre de los obreros. A menudo los capataces gestionaban retener hasta el 30% del dinero ganado por los obreros a los que dirigían, y lo guardaban para sí. Los trabajadores parecían impotentes para hacer algo al respecto. Los capataces explotaban a los débiles pero se ganaban el favor de los fuertes. Llegué a enojarme tanto con un capataz que finalmente me acerqué a él, con dos amigos, y le exigí que pagara a los trabajadores sus salarios completos.

“Si usted hace trabajar a alguien, páguele exactamente lo que ha ganado”, le dije. Se negaba aún después de un día, así que fuimos a él un segundo día y hasta un tercero. Estábamos decididos a mantener la presión

hasta que cediera. Por último le di un puntapié y lo hice caer. Soy una persona tranquila y pasiva, pero cuando me enoja, vuelve a mí el carácter testarudo de mis años juveniles y puedo patear a alguien.

La fábrica de acero de la Kawasaki contaba con recipientes utilizados para almacenar ácido sulfúrico. Los obreros que los limpiaban entraban en ellos para hacer que el flujo de materias fluyera hacia afuera. Los vapores del ácido sulfúrico son sumamente tóxicos: ninguna persona debía permanecer allí por más de 15 minutos. Aún en tales deplorables condiciones de trabajo, los obreros arriesgaban sus vidas para hacer su tarea y tener qué comer. La comida era tan importante que la gente estaba dispuesta a arriesgar su existencia por ella.

Yo siempre tenía hambre, pero me cuidaba de comer sólo por mi propio bien. Sentía que era necesario tener un motivo concreto para degustar una comida en particular. Así que, a cada comida que me sentaba, me preguntaba las razones de mi hambre. “¿Trabajé realmente duro? ¿Trabajé para mí mismo o para un propósito público?”. Frente a un plato de arroz, le diría: “Estoy comiéndote para poder hacer tareas más gloriosas, y más para el bien público, de las que hice ayer”. Entonces el arroz me devolvería la sonrisa con su aprobación. En esos casos, el tiempo dedicado a comer era místico y alegre. Cuando no me sentía capacitado para hablar de esa manera salteaba esa ingesta, no importa lo hambriento que estuviera. Como resultado, no hubo muchos días en que tuviera dos comidas.

No me limitaba a dos comidas al día por la razón de que tuviera poco apetito. De hecho, una vez que empezaba a comer no había límite a la cantidad que podía consumir. En una ocasión comí 11 platos grandes de udon en una sola sesión. Otra vez comí siete tazones de un plato compuesto de carne de pollo y un huevo frito sobre el arroz. A pesar de este apetito seguí mi costumbre de eludir el almuerzo y limitarme a dos comi-

das diarias hasta que tuve más de treinta años.

La sensación de hambre es un tipo de nostalgia. Conocía muy bien la nostalgia del hambre, pero creía que lo menos que podía hacer era sacrificar una comida al día por el bien del mundo. Tampoco me permití nunca usar ropa nueva. No importa cuánto frío pudiera llegar a hacer: no calentaría mi habitación. Cuando hacía mucho frío me gustaba utilizar un periódico para cubrirme. Así me calentaba como si tuviera una colcha hecha de seda. Estoy muy familiarizado con el valor de una hoja de periódico.

A veces iba simplemente a vivir por un tiempo en un área de Shinagawa, donde vivía la gente pobre. Me acostaba con ellos, utilizando trapos para cubrirnos. En días cálidos y soleados les quitaba piojos y compartía el arroz. Había muchas prostitutas en las calles de Shinagawa. Las escuchaba contarme acerca de sí mismas y me convertía en su mejor amigo, sin haber bebido jamás una gota de alcohol. Algunas personas dicen necesitar embriagarse para revelar con franqueza lo que está en su mente, pero eso es sólo una excusa. Cuando se daban cuenta de que yo era sincero en mi compasión por ellas, aún sin beber alcohol, estas mujeres abrían sus corazones y me contaban sus problemas.

Trabajé en diferentes lugares durante el lapso de mis estudios en Japón. Fui portero en un edificio de oficinas. Escribí cartas para personas analfabetas. Trabajé en varios sitios de trabajo y fui capataz. Fui adivino. Cuando necesitaba dinero rápidamente, escribía caligrafía y la vendía. Nunca, sin embargo, me atrasé en mis estudios. Pensaba que todas estas cosas eran parte de mi proceso de formación. Hice todo tipo de trabajos y me reuní con todo tipo de personas. En el proceso aprendí mucho sobre la gente. Debido a esta experiencia puedo ahora, sólo con echar un vistazo a una persona, tener una buena idea de lo que hace para ganarse la vida, y si es una buena persona. No tengo que sopesar varios pensamientos en mi ca-

beza porque mi cuerpo me lo va a informar primero.

Sigo creyendo que para que una persona desarrolle un buen carácter necesita experimentar muchas dificultades antes de cumplir los treinta años. Tiene que descender hasta el crisol de desesperación que existe en el fondo de la existencia humana y experimentar lo que es. Tiene que descubrir nuevas posibilidades en medio del infierno. Sólo entonces puede exclamar: “¡Ajá! Si yo no hubiera experimentado la desesperación, yo no habría podido llegar a esta determinación de mi vida”. Es sólo cuando una persona grita de esta manera, en las profundidades de la desesperación, que puede renacer como posible pionera de un nuevo futuro.

Una persona no debería mirar sólo en una dirección. Debe saber mirar a los que están más altos que ella, así como a aquellos que están más abajo. Debería saber mirar hacia el este, oeste, sur y norte. La gente no vive su vida toda en el mismo camino. Sólo se vive una vez, pero que vivamos una vida exitosa o no depende de que el ojo de la mente tenga buena vista. Para ver bien con el ojo de la mente necesitamos muchas experiencias diferentes. Incluso en las situaciones más difíciles tenemos que mantener nuestra compostura y demostrar calidez hacia los demás y una independencia que se adapte bien a las circunstancias que enfrentamos.

Un hombre de buen carácter debe acostumbrarse a elevarse a una posición alta y luego rápidamente caer a una posición baja. La mayoría de la gente tiene miedo de caer desde una posición alta, y por ello que hace todo lo posible para mantenerla. Sin embargo, el agua que no fluye se pone en mal estado. Una persona que se eleva a una posición alta debe ser capaz de volver a bajar y esperar a que llegue su tiempo. Cuando llega la oportunidad puede elevarse a una posición aún más alta que la de antes. Este es el tipo de persona que puede adquirir una grandeza admirada por muchas personas y ser un gran líder. Estas son las experiencias que una

persona debería tener antes de cumplir los treinta años.

Hoy digo a los jóvenes que experimenten todo lo que puedan en el mundo. Necesitan experimentar directa o indirectamente todo, como si estuvieran devorando una enciclopedia. Es sólo entonces que pueden formar su propia identidad, que es la de su clara naturaleza subjetiva. Una vez que una persona tiene confianza para decir: “Yo podría andar por todo el país y nunca encontrar a una persona capaz de derrotarme”, está lista para asumir su tarea con confianza y llevarla a cabo con éxito. Cuando una persona vive su vida de esta manera, su éxito está asegurado. Esta es la conclusión a la que llegué mientras vivía como un mendigo en Tokio.

Compartí las comidas y dormí con los obreros de Tokio, dividí el pesar del hambre con los mendigos, conocí la vida dura y obtuve el doctorado en filosofía del sufrimiento. Sólo entonces pude ser capaz de comprender la voluntad de Dios a medida que Él obra para traer la salvación a la humanidad. Es importante llegar a ser el rey del sufrimiento antes de los 30 años. La forma de obtener la gloria del Reino de los Cielos es, como acabo de señalar, convertirse en rey del sufrimiento y ganar el doctorado en filosofía del sufrimiento.

El tranquilo mar del corazón



La situación de Japón en la guerra se hizo cada vez más desesperada. En su urgente necesidad de recomponer las raleadas filas de su ejército, el país comenzó a dar graduaciones tempranas a los estudiantes y a enviarlos al frente. Por esta razón, yo también me gradué seis meses antes. Una vez que la fecha de mi colación se fijó para el 30 de septiembre de 1943, envié un telegrama a mi familia diciendo: “Volveré en el Konron Maru”. Era el nombre del buque que, según lo previsto, saldría de Shimonoseki hacia Busan. Sin embargo, el día en que iba a dejar Tokio para viajar de regreso a Corea tuve una experiencia en la que mis pies quedaron pegados al suelo, impidiéndome moverme. Por más que lo intentaba, no podía levantar mis pies de la tierra para ir a la estación de trenes de Tokio.

Me dije: “Debe ser que el Cielo no me quiere a bordo de ese buque”. Así que decidí quedarme en Japón un poco más y me fui con mis amigos a escalar el monte Fuji. Cuando regresé a Tokio unos días más tarde, encontré al país alborotado por la noticia de que el buque Konron Maru, el cual había programado embarcarme, se había hundido en camino a Busan. Me dijeron que murieron más de 500 estudiantes universitarios. El Konron Maru, un barco por el cual Japón sentía mucho orgullo, había sido hundi-

do por un torpedo norteamericano.

Cuando mi madre escuchó la noticia de que el buque había sido hundido, salió corriendo de la casa sin siquiera ponerse los zapatos. Corrió descalza 20 li (8 km) hasta la estación de trenes y se dirigió directamente a Busan. Cuando llegó a la seccional de Policía Marítima en Busan descubrió que mi nombre no figuraba en la lista de pasajeros. La pensión en Tokio, sin embargo, le dijo que yo había preparado las maletas y me había marchado. Esto le generó una confusión y agonía totales. Siguió invocando mi nombre sin darse cuenta de que tenía grandes astillas en sus pies.

Puedo imaginar fácilmente cómo se puso fuera de sí por la preocupación de que algo podía haber ocurrido a su hijo. Puedo entender el corazón de mi madre, pero desde el día que elegí seguir el camino de Dios fui un hijo terrible para ella. Ya no podía permitirme el lujo de estar atado a emociones personales. Por tanto, no le había mandado decir que no había abordado el barco hundido, aunque sabía que iba a estar profundamente angustiada.

Al regresar finalmente a Corea noté que nada había cambiado. El gobierno tiránico de Japón empeoraba día tras día. El país entero estaba empapado en sangre y lágrimas. Volví a Heukseok-dong en Seúl y asistí a la Iglesia Myungsudae. Mantenía, cada día, diarios detallados de las nuevas cosas que había comprendido. Los días en que disponía de un gran número de tales expresiones de concientización, llenaba un diario entero. Recibía respuestas a muchas de las preguntas con las que había luchado por años. Era como si mis años de oración y búsqueda de la verdad estuvieran siendo recompensados. Sucedió en un tiempo corto, como si una bola de fuego estuviera pasando a través de mí.

Tuve esta percepción: “La relación entre Dios y nosotros es la de un padre y sus hijos. Dios está profundamente triste al ver el sufrimiento de

la humanidad”. En ese momento, todos los secretos del universo fueron resueltos en mi mente. Fue como si, repentinamente, alguien hubiera encendido un proyector de películas. Todo lo que había sucedido desde el tiempo en que la humanidad rompió el mandamiento de Dios y comenzó a ir hacia la caída, se mostraba claramente ante mis ojos. Lágrimas ardientes fluían continuamente de éstos. Caí de rodillas e incliné la cabeza hacia el suelo. Durante mucho tiempo no pude levantarme. Así como, cuando yo era niño, mi padre me llevaba a casa en su espalda, puse mi cuerpo en el regazo de Dios y dejé que fluyeran las lágrimas. Nueve años después de mi encuentro con Jesús, mis ojos habían sido finalmente abiertos al verdadero amor de Dios.

Dios creó a Adán y Eva y los envió a este mundo para ser prolíferos y prósperos, multiplicarse y hacer surgir un mundo de paz, el mundo en el que iban a vivir. Pero no pudieron esperar al tiempo de Dios. Cometieron fornicación y tuvieron dos hijos, Caín y Abel. Los hijos que nacieron a partir de la caída no confiaban unos en otros, y eso provocó un incidente en el que un hermano asesinó al otro. La paz de este mundo cayó en el caos. El pecado cubrió al mundo y comenzó el dolor de Dios. Luego la humanidad cometió otro pecado terrible al matar a Jesús, el Mesías. De manera que el sufrimiento que la humanidad experimenta hoy es un proceso de expiación por el que debe atravesar, y el dolor de Dios continúa hasta la actualidad.

Dios se me apareció siendo un joven de dieciséis años porque Él quería que yo conociera la raíz del pecado original que la humanidad había cometido y para hacer surgir un mundo de paz donde el pecado y la caída ya no existan. Había recibido la palabra formal de Dios para expiar los pecados de la humanidad y hacer que surja ese universo de paz que Dios había creado originalmente.

El mundo de paz al que Dios aspira no es un lugar al que iremos después de la muerte. Dios quiere que este mundo, el mundo en que vivimos ahora, sea el mundo completamente pacífico y feliz que Él creó en el principio. Ciertamente, Dios no envió a Adán y Eva para que sufrieran. Yo tenía que hacer saber al mundo estos increíbles sentimientos.

Después de descubrir los secretos de la creación del universo, mi corazón se transformó en un mar en calma. Me vestía con harapos y caminaba con la cabeza gacha. Mi corazón estaba lleno de la palabra de Dios. Sentía como si el corazón me fuera a explotar y mi cara estaba siempre reluciente de alegría.

“No mueras, por favor”



Seguí dedicándome a la oración y llegué a sentir intuitivamente que había llegado el momento de casarme. Debido a que había decidido seguir el camino de Dios, todo en mi vida tenía que hacerse de conformidad con Su voluntad. Una vez que llegaba a conocer algo a través de la oración, no tenía más remedio que seguirlo. Así que fui a visitar a una de mis tías -que tenía mucha experiencia en concertar matrimonios- y le pedí que me presentara una esposa adecuada. Así es como conocí a Seon-gil Choi, la hija de una prominente familia cristiana de Jungju.

Era una mujer frugal, nacida y criada, en un entorno de rectitud. Sólo había asistido a la escuela primaria pero, por su carácter, le disgustaba tener que provocar el más mínimo problema a los demás. Su personalidad era tan fuerte y su fe cristiana tan profunda, que había sido encarcelada a los 16 años por negarse a cumplir con un requisito colonial japonés: todos los coreanos debían adorar en santuarios sintoístas. Me dijo que yo era el vigésimo cuarto hombre en ser considerado como su novio: era, por lo tanto, muy selectiva a la hora de decidir con quién se casaría. Sin embargo, una vez que regresé a Seúl me olvidé completamente de haberla conocido.

Mi plan -para después de terminar mis estudios en Japón- era viajar a Hailar, China, una ciudad en la frontera entre este país, Rusia y Mongolia.

Después de graduar la escuela en Japón, mi plan era ir a trabajar en Hailar durante unos tres años. Trabajando en la Compañía Eléctrica de Manchuria, aprendería los idiomas ruso, chino y mongol. De la misma forma en que antes había buscado una escuela que me enseñara japonés para poder superar a los japoneses, quería ir a esta ciudad fronteriza y aprender una serie de lenguas extranjeras como forma de prepararme para el futuro. Era cada vez más evidente, sin embargo, que Japón iba hacia la derrota en la guerra. Decidí que sería mejor, para mí, no ir a Manchuria, de manera que me detuve en una sucursal de la Compañía Eléctrica de Manchuria en Andung (actual Dandong) y presenté documentos para cancelar mi trabajo. Entonces me dirigí a mi ciudad natal. Cuando llegué, encontré a la tía a quien había pedido que concertara mi matrimonio en un estado de gran angustia. Al parecer, la mujer que había conocido se negaba a considerar a cualquier otro que no fuera yo como su pareja, causando grandes problemas a su familia. Tan pronto como llegué, mi tía me tomó del brazo y me condujo a la casa de la familia Choi. Allí expliqué a Seon-gil Choi, claramente, qué tipo de vida tenía yo la intención de seguir.

“Aún si nos casáramos ahora, deberías estar preparada para vivir sin mí por lo menos siete años”, le dije.

“¿Por qué debería hacer eso?”, preguntó.

“Porque tengo una tarea que es más importante que el matrimonio. En efecto, mi razón para casarme tiene que ver con mi habilidad para cumplir la voluntad de Dios. Nuestro matrimonio debe desarrollarse más allá de la familia, hasta el punto en que podamos amar a la nación y a toda la humanidad. Ahora que sabes que esta es mi intención, ¿quieres realmente casarte conmigo?”

Ella respondió con voz firme: “No me importa. Después de que te conocí, yo soñé con un campo de flores a la luz de la luna. Estoy segura de

que tú eres el esposo que me ha enviado el Cielo. Puedo soportar cualquier dificultad”.

Todavía seguía preocupado. La presioné varias veces. Cada vez que yo lo hacía, ella trataba de tranquilizar mi mente diciendo: “Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa, siempre que pueda casarme contigo. No te preocupes por nada”.

Desafortunadamente mi futuro suegro falleció una semana antes de la fecha fijada para la boda. Esta se retrasó pero finalmente pudimos celebrar la boda el 4 de mayo de 1944. Mayo es un hermoso mes de primavera, pero el día de nuestra boda llovió fuertemente. Ofició el Reverendo Bin-ho Lee, de la Iglesia de Jesús. Más tarde, después de la liberación de Japón, el Reverendo Lee iría a Corea del Sur y establecería un seminario ecuménico llamado Seminario Jung-ang. Mi esposa y yo comenzamos nuestra vida de casados en mi alojamiento en Heukseok-dong. Realmente la amaba y cuidaba tan bien de ella, que la dueña de la pensión decía: “¡Oh!, realmente debes amarla, porque la tratas como si estuvieras manejando un huevo”.

Conseguí un trabajo en la sucursal de la compañía Kyongsong Kashi-ma Gumi Construcción Co., en Yongsan, para mantener a nuestra familia mientras llevaba a cabo, también, el trabajo de la iglesia. Entonces, un día en octubre, la policía japonesa irrumpió repentinamente en nuestra casa.

“¿Conoce usted a tal y a tal, de la Universidad de Waseda?”, exigían. Sin ni siquiera darme la oportunidad de responder, me sacaron de la casa y me llevaron a la seccional de Policía de la provincia de Gyeonggi. Era detenido porque uno de mis amigos, arrestado por ser comunista, había mencionado mi nombre a sus interrogadores.

Apenas haber entrado en la dependencia policial, fui sometido a tortura. “Eres un miembro del Partido Comunista, ¿no? ¿No estabas trabajando

con ese granuja mientras estudiabas en Japón? Ni siquiera te molestes en tratar de negarlo. Todo lo que tenemos que hacer es una llamada a la Jefatura de Policía de Tokio y nos lo dirán todo. No mueras como un perro. ¡Danos la lista de los miembros del Partido!”

Me golpearon con una mesa -a la que se le rompieron las cuatro patas contra mi cuerpo- pero me negué a dar los nombres de las personas que habían trabajado conmigo en Japón. La policía japonesa fue adonde yo estaba viviendo con mi esposa, revolió todo y descubrió mis diarios. Ellos los trajeron y los miramos, página por página. Me exigieron que les hablara de las personas cuyos nombres encontraban. Negué todo, aunque yo sabía que me podían matar debido a mi silencio.

La policía me pisoteó sin piedad con sus botas de púas militares hasta que mi cuerpo quedó tan flácido como si estuviera muerto. Luego me colgaron del techo y me hamacaban de ida y vuelta. Como un corte de carne colgando en una carnicería, me seguían balanceando y empujándome con un palo. Pronto se me llenó la boca de sangre y comenzó a gotear sobre el suelo de cemento, debajo de mí. Cada vez que perdía el conocimiento, vertían un balde de agua sobre mi cuerpo. Cuando recobraba la conciencia, volvía a empezar la tortura. Me tapaban la nariz y clavaban el pico de una tetera en mi boca, obligándome a tragar agua. Cuando mi estómago quedaba hinchado por el agua me ponían boca arriba en el suelo, como una rana, y empezaban a patearme en el abdomen con sus botas. Así lograban que el agua subiera a mi esófago, y eso me hacía vomitar hasta que todo se volvía negro. Después de haber sido torturado de esta manera, durante varios días sentí como si tuviera fuego dentro del esófago. El dolor era tan intenso que no podía soportar tragar ni una cucharada de sopa. No tenía energía y sólo estaba tumbado boca abajo en el piso, completamente incapaz de moverme.

La guerra estaba llegando a su fin. La policía japonesa estaba desesperada. Me torturaron de una manera que las palabras no pueden describir. Yo soporté, sin embargo. Nunca les di los nombres de ninguno de mis amigos. A pesar de que perdía la conciencia y la recuperaba, me aseguré de no darles lo que querían, aunque me costara la vida. Por último, cansados de torturarme, mandaron llamar a mi madre. Cuando llegó, mis piernas estaban tan hinchadas que no podía pararme por mi cuenta. Tuve que poner uno de mis brazos por encima de los hombros de dos policías que me ayudaron a ir a pie hasta la sala de visitas. Mi madre estaba llena de lágrimas, aún antes de poner los ojos en mí.

“Soporta un poco más”, dijo. “Yo conseguiré, de alguna manera, un abogado. Por favor, aguanta y no mueras antes de eso.” Mi madre vio que mi cara estaba cubierta de sangre y me suplicó: “No importa cuánto bien estés tratando de hacer. Es más importante que te mantengas vivo. Pase lo que pase, no te mueras”.

Sentí pesar por tan benemérita mujer. Me hubiera gustado gritar: “Madre”, abrazarla y gritar en voz alta con ella. Pero no podía hacer eso: sabía perfectamente por qué la policía japonesa la había llevado allí. Mi madre seguía rogándome que no muriera, pero todo lo que pude hacer a cambio fue parpadear con mis ojos hinchadísimos y ensangrentados.

Durante el tiempo que estuve encarcelado en la seccional de policía de Gyeonggi, fue la señora Giwan Lee, la dueña de la pensión, quien me suministró alimentos y ropa. Lloraba cada vez que me visitaba. Yo la consolaba diciendo: “Aguante un poco más. Esta era está llegando a su fin. Japón será derrotado pronto. Usted no necesita llorar”.

No eran palabras vacías. Dios me había dado esa creencia. Tan pronto como la policía me liberó -en febrero del año siguiente- llevé a la orilla del río Han todos mis diarios, que habían sido apilados en la pensión. Allí los

quemé, sin excepciones, para que no causasen más problemas a mis amigos. Si no hubiera hecho eso, esos escritos podrían atraer perjuicios cada vez que me detuviera la policía. Mi cuerpo no se recuperó fácilmente de la tortura. Tuve sangre en las heces durante bastante tiempo. La dueña de la pensión y su hermana ayudaron con gran sinceridad y dedicación a mi recuperación física.

Finalmente, el 15 de agosto de 1945, Corea fue liberada de Japón. Fue el día que todos los coreanos habían estado esperando, un día de tremenda emoción. Los gritos de “¡Mansei!” y las olas de la Bandera Taeguk cubrían toda la península. Yo no podía, sin embargo, participar en las festividades. Mi corazón estaba muy triste porque podía prever la terrible calamidad que estaba a punto de caer sobre la península de Corea. Me fui solo a una pequeña antesala y me sumergí en la oración. Poco después, mis temores se hicieron realidad. Aunque liberada de la ocupación japonesa, nuestra patria fue cortada en dos en el paralelo 38. En el Norte un régimen comunista, que negaba la existencia de Dios, había llegado al poder.

Una orden que debe ser obedecida



Inmediatamente después de la liberación nuestro país quedó sumido en un caos indescriptible. Aún teniendo dinero, no era fácil obtener el arroz. Mi esposa y yo habíamos agotado el arroz de nuestra casa, de manera que me puse en camino a Baekcheon, provincia de Hwanghae, al norte de la comunidad de Seúl y al sur del paralelo 38, para recoger algo del arroz comprado de antemano. En mi camino, sin embargo, recibí una revelación que decía: “¡Vete a través del paralelo 38! ¡Encuentra al pueblo de Dios que está en el Norte!”.

De inmediato crucé el paralelo 38 y me dirigí hacia Pyongyang. Sólo había pasado un mes desde el nacimiento de nuestro primer hijo. Estaba preocupado por mi esposa. Sabía que ella me estaría esperando ansiosamente, pero no había tiempo para regresar a casa yendo en dirección al Norte. Los mandamientos de Dios son algo muy serio; deben ser cumplidos sin reservas ni vacilaciones. No tomé nada conmigo, a excepción de la Biblia que había leído docenas de veces, llenando sus ya gastadas páginas con subrayados y notas -dirigidas a mí mismo- en letra del tamaño de huevos de hormiga.

Ya fluían los refugiados. Corrían hacia el sur escapando del régimen comunista. En particular, el rechazo del Partido Comunista hacia la religión

significaba que muchos cristianos buscaban libertad de culto. Los comunistas etiquetaban a la religión como “el opio de los pueblos”, y procedieron de manera que nadie podía tener religión. Este era el lugar al que fui siguiendo el llamado del Cielo. Ningún pastor querría ir a tal lugar, pero yo sí lo hice, y con mis propios pies.

Como el número de refugiados que iba hacia el sur aumentaba, el Norte empezó a endurecer su seguridad fronteriza. No me fue fácil cruzar el paralelo 38. Durante el tiempo que me llevó caminar 48 kilómetros hasta la frontera -y luego, hasta mi llegada a Pyongyang- nunca me pregunté por qué tenía que asumir un compromiso tan difícil.

Llegué a Pyongyang el 6 de junio. El cristianismo había puesto raíces tan profundas allí que la ciudad era conocida como “El Jerusalén del Oriente.” Durante la ocupación, los japoneses habían intentado varias maneras de suprimir el cristianismo. Obligaron a sus ciudadanos, como señalé, a la adoración en los santuarios sintoístas. Incluso había que inclinarse en la dirección del palacio imperial en Tokio, donde vivía el emperador. Después de llegar a Pyongyang, comencé mi labor evangelizadora en la casa del señor Choi-seob Nah, que vivía en el barrio de Kyongchang-ri, cerca de la Puerta Oeste de Pyongyang.

Empecé por el cuidado de los niños del vecindario. Les contaba historias infantiles que ilustraban a versículos de la Biblia. Eran niños, pero hablaba con ellos en la forma cortés del idioma -normalmente reservado a los adultos- y hacía lo posible para cuidar de ellos. Al mismo tiempo mantenía la esperanza de que alguien viniera con el deseo de escuchar el nuevo mensaje que debía transmitir. Había días en que pasaba observando la puerta de entrada todo el día, esperando que alguien viniera. Pronto, las personas con fe sincera empezaron a reunirse a mí alrededor.

Podía hablar con ellas toda la noche, enseñándoles el nuevo mensaje.

No importaba quién era el que viniera a mí. Podría ser un niño de tres años o una anciana ciega con la espalda encorvada. Trataba a todos con amor y respeto. Me inclinaba delante de ellos y les servía como si hubieran venido del Cielo. Aún si mis invitados eran viejos, hombres y mujeres, solía compartir el tiempo con ellos hasta altas horas de la noche.

Nunca me dije: “Uf, aborrezco que vengan tales personas de edad”. Cada uno es precioso. Ya sea hombre o mujer, joven o viejo, cada uno tiene un valor alto e igual.

La gente escuchaba a un joven de 26 años de edad hablar con ellos sobre las Epístolas a los romanos y el Libro de las Revelaciones. Lo que oían era diferente de lo que habían escuchado en otros lugares, de manera que gradualmente comenzó a reunirse gente buena. Un joven que venía todos los días y me escuchaba hablar, pero luego se iba sin decir una palabra, era Wonpil Kim. Se convirtió en el primer miembro de mi familia espiritual. Se había graduado de la Escuela Normal de Pyongyang y trabajaba como maestro. Nos turnábamos en preparar el arroz para comer y así fue como se formó la relación de maestro espiritual y discípulo.

Una vez que comenzaba a dar conferencias sobre la Biblia, no podía parar hasta que los miembros de la congregación se excusaran diciendo que debían ir a otros lugares. Predicaba con tanta pasión que transpiraba por todo el cuerpo. A veces me tomaba un descanso y entraba en una sala aparte, donde, solo, me quitaba la camisa y exprimía el sudor. Esto no solo era así en el verano sino también en el frío del invierno. Esa era la cantidad de energía que vertía en mi enseñanza.

Para los servicios, todos tenían vestimenta limpia y blanca. Cantábamos el mismo himno docenas de veces, en un acto de fe muy apasionado. Los miembros de la congregación estaban tan conmovidos e inspirados que todos empezábamos a llorar. La gente nos llamaba “la iglesia que

llora” Cuando terminaban las ceremonias, los fieles daban testimonio de la gracia que habían recibido. Durante estos testimonios nos sentíamos ebrios de gracia. Era como si nuestros cuerpos estuvieran flotando en el cielo.

Muchas personas de nuestra iglesia tenían experiencias espirituales. Algunos entraban en trance, otros profetizaban, algunos hablaban en lenguas y otros podían interpretar. En ocasiones asistían creyentes que no pertenecían a nuestra iglesia. Entonces, un miembro de la congregación iba a verlo con los ojos cerrados y le tocaba en el hombro. Entonces esa persona, repentinamente, empezaba a orar con lágrimas de arrepentimiento. En tales casos, el caluroso fuego del Espíritu Santo pasaba a través de nuestra concurrencia. Cuando el Espíritu Santo hacía su trabajo, varias personas eran curadas de largas enfermedades, tan limpiamente como si nunca las hubieran tenido.

Circuló el rumor de que alguien había comido algo de mi arroz sobrante y se había curado de una enfermedad abdominal. La gente comenzó a decir: “La comida de la iglesia tiene efectos medicinales”, y muchas personas empezaron a esperar a que yo terminara de comer con la esperanza de comer todo el arroz que pudiera dejar.

A medida que se hacían conocidos estos fenómenos espirituales, nuestra congregación creció. Pronto tuvimos tanta gente, que ya no podíamos cerrar las puertas. La abuela Sungdo Ji y la abuela Se-hyun Ok fueron a la iglesia porque cada una de ellas tuvo un sueño donde se les dijo: “Un joven maestro espiritual ha venido del Sur y ahora está al otro lado de Mansudae. Vaya a reunirse con él”. Nadie las evangelizó. Venían a la dirección que se les daba en sueños. Cuando llegaban, se mostraban felices de ver que yo era la persona de la que habían oído hablar en sus sueños. Sólo tenía que ver sus caras para comprender por qué habían venido. Cuando

respondía a sus preguntas -sin haber hablado antes con ellas acerca de lo que querían saber- quedaban fuera de sí de alegría y de sorpresa.

Yo enseñaba la palabra de Dios a través de historias relativas a mis propias experiencias. Tal vez por esta razón muchas personas pudieron encontrar respuestas claras en cuestiones que no habían podido entender hasta entonces. Algunos creyentes de las grandes iglesias de la ciudad cambiaron su afiliación para la nuestra después de oírme predicar. En una ocasión, 15 de los principales miembros de la Iglesia Jangdaejae, la iglesia más importante en Pyongyang, vinieron a vernos en grupo. El gesto hizo que los miembros del Consejo de Mayores de la iglesia presentaran una enérgica protesta ante nosotros.

El suegro de la señora Inju Kim era un anciano conocido en Pyongyang. La casa familiar era directamente adyacente a la iglesia a la que asistía. Sin embargo, en lugar de concurrir a esa iglesia, ella, secretamente, asistía a la nuestra. Para salir de su casa sin que sus suegros lo supieran iba a la parte trasera de la casa, subía a una de las grandes jarras de barro y luego saltaba por encima de la valla. Lo hizo cuando estaba embarazada de una hija, superando un obstáculo que tenía una altura dos o tres veces mayor que la de una persona normal. Hacía falta valor para hacer eso, pero recibió severos castigos de su suegro por ello. Yo sabía cuándo ocurría esto. Los días en que sentía un fuerte dolor en mi corazón, enviaba a alguien a casa de la señora Kim. Parados frente a la casa, mis enviados podían oír cómo ella era golpeada brutalmente por su suegro. La golpeó con tanta crueldad que derramaba lágrimas de sangre. Ella diría más tarde, sin embargo, que el conocimiento de que nuestros miembros se encontraban del otro lado de la verja le quitaba el dolor.

“Maestro, ¿cómo sabías que estaba siendo golpeada?”, me preguntaría más tarde. “Cuando nuestros miembros están a la puerta mi dolor se va, y

mi suegro considera que le exige mucha más energía golpearme. ¿Por qué es eso?”

Sus suegros la golpeaban e incluso la ataron a un poste. Pero ni eso le impidió venir a nuestra iglesia. Por último, los miembros de la familia vinieron y comenzaron a golpearme. Me arrancaron la ropa y se me hinchó la cara, pero nunca les devolví los golpes. Yo sabía que ello sólo haría que la situación se hiciera aún más difícil para la señora Kim.

A medida que más y más personas de las grandes iglesias de Pyongyang asistían a nuestros servicios, sus pastores se ponían celosos y se quejaban de nosotros ante la policía. Las autoridades comunistas consideraban que la religión era como una espina en su costado, y buscaban excusas para suprimirla. Reaccionaron, pues, ante la oportunidad que les daban estos pastores y me llevaron detenido. El 11 de agosto de 1946 fui acusado de venir del Sur con fines de espionaje y encarcelado en la oficina de seguridad Daedong. Fui falsamente acusado de haber sido enviado por el Presidente surcoreano, Sungman Rhee, como parte de un intento de éste por apoderarse del Norte. Me llevaron esposado y tres días más tarde me raparon la cabeza y me pusieron en una celda. Todavía recuerdo la amarga sensación de ver mi pelo -que había crecido durante mi tiempo como líder de la iglesia- caer al suelo. También recuerdo la cara de un cierto Lee, el que me cortó el pelo.

En la cárcel las autoridades me golpeaban sin cesar y exigían que confesara mi crimen, pero soporté. Aunque vomitaba sangre y parecía al borde de la muerte, nunca me permití perder la conciencia. A veces el dolor era tan grande que me doblaba por la cintura. Sin pensarlo, me encontraba rezando: “Dios, sálvame”. Al momento siguiente, sin embargo, me reprendía a mí mismo y oraba con confianza: “Dios, no te preocupes por mí. Sun Myung Moon no está muerto todavía. No voy a dejarme morir de una

manera tan miserable como ésta”. Y tenía razón. Aún no había llegado mi hora de morir. Tenía una montaña de tareas que cumplir antes, así como la responsabilidad de llevarlas a cabo. No era tan débil como para ser golpeado hasta la sumisión o ser sometido por algo tan trivial como la tortura y el pedir piedad.

Mi cuerpo aún tiene varias cicatrices de las heridas que recibí entonces. La carne que fue sacada de mi cuerpo y la sangre que perdí han sido sustituidas, pero el dolor de esa experiencia permanece en estas señales corporales. A menudo las miro y digo: “Tu que llevas estas cicatrices, debes tener victoria.”

Mis captores trajeron incluso a un interrogador soviético, pero no pudieron establecer que yo hubiera cometido delito alguno. Después de tres meses me hallaron inocente y me liberaron, pero para entonces mi cuerpo estaba en muy mal estado. Había perdido tanta sangre mientras era torturado, que mi vida estaba en grave peligro. Los miembros de mi iglesia me recogieron y me cuidaron. Arriesgaron sus vidas por mí sin esperar nada a cambio. Una vez que me recuperé, volví a mi labor evangelizadora. Al cabo de un año, nuestra congregación se hizo bastante grande. Las iglesias establecidas no nos dejaban en paz. Cada vez más miembros de sus congregaciones comenzaron a asistir a nuestros servicios. Por último, unos 80 pastores escribieron cartas a la policía. El 22 de febrero de 1948 fui detenido otra vez por las autoridades comunistas.

Las duras torturas habían comenzado de nuevo. Cada vez que me sentía derrumbar debido a la tortura, aguantaba diciéndome a mí mismo: “Estoy siendo golpeado por el bien del pueblo coreano. Estoy derramando lágrimas como una forma de asumir el dolor de nuestro pueblo”. Cuando la tortura era tan cruel que me llevaba al borde de perder la conciencia, escuchaba la voz de Dios. En los momentos en que parecía que mi vida

estaba a punto de terminar, Él aparecía ante mí.

Estaba programado llevarme a juicio el 3 de abril -mi 40° día de prisión- pero se demoraron hasta el día 7. Muchos de los pastores más famosos de Corea del Norte llegaron a la corte y me acusaron de todo tipo de crímenes. El Partido Comunista, despreciándome, decía: “La religión es el opio de los pueblos”. Los miembros de nuestra congregación estaban parados a un costado y lloraban de tristeza. Lloraban como si su hijo o cónyuge hubiera fallecido. No obstante, yo no derramé lágrima alguna. Algunos miembros lloraban por mí con un dolor tan grande que se retorcían de dolor, de manera que no me sentía solo mientras transitaba por el camino del Cielo. No estaba enfrentando una desgracia; por tanto, sentía que no debía llorar. Al salir de la corte, después de la sentencia, levanté las manos esposadas y las sacudí como una señal para nuestros miembros. Los grilletes hicieron un sonido metálico que me sonó como a campanas. Ese día me llevaron a la prisión de Pyongyang.

Yo no tenía miedo a la vida en la cárcel. No era la primera vez que estaba recluso. Además existía una jerarquía entre los presos de cada celda. No demoré en hacerme amigo del jefe de los prisioneros, un hombre ubicado en la parte superior de dicha jerarquía. Todo lo que tenía que hacer era intercambiar algunas palabras y, así, cualquier otro preso en posición de jefe se convertiría rápidamente en mi amigo. Cuando tenemos un corazón de amor, podemos abrirlo ante cualquiera.

Después de haber estado sentado unos días en el rincón más alejado de la celda, el preso que era jefe me movió a una posición más alta. Yo quería sentarme en un pequeño rincón junto al inodoro, pero él siguió insistiendo en que me moviera hacia una posición más elevada en la celda. No importa cuánto me negué: él insistía.

Tras hacerme amigo del preso jefe miré con atención a cada persona

en la celda. El rostro de una persona dice todo sobre ella. “¡Oh, tu cara es esta, de manera que tú debes ser así!”. “Tu rostro es de tal manera, así que debes de tener tal rasgo.”

Los presos se sorprendían al escuchar que podía decirles cosas acerca de ellos mismos mediante la lectura de sus características faciales. No les gustaba el hecho de que una persona a la que veían por primera vez pudiera decir tanto sobre ellos, pero tuvieron que reconocer que los estaba describiendo correctamente.

Podía abrir mi corazón y compartirlo con cualquiera, de manera que en la cárcel también tenía amigos, entre ellos un asesino. Se trataba de un encarcelamiento injusto para mí, pero fue un período de formación significativo. Todo período de prueba en este mundo tiene un significado importante.

En prisión, incluso los piojos son amigos. En la celda hacía muchísimo frío. Los piojos se arrastraban en fila a lo largo de las costuras de la ropa de prisión. Cuando tomábamos los piojos y los poníamos juntos, se adherían unos a otros y formaban una bola diminuta. Los enrollábamos de forma similar a los escarabajos bolita. Sabíamos que harían todo lo posible para estar juntos. Los piojos tienen la característica de excavar y juntar sus cabezas, de manera que sólo sobresalían del agujero los extremos de sus espaldas. Nos divertíamos mucho mirando esto.

A nadie le gustan los piojos o las pulgas. En la cárcel, sin embargo, incluso los piojos y pulgas se convierten en importantes compañeros de conversación. En el momento en que pones tus ojos en un bicho de cama, surge cierta comprensión en tu mente, y es importante no dejarlo pasar. Nunca sabemos cuándo, o por qué medios, Dios nos va a hablar. Por tanto, debemos ser cuidadosos al examinar con detenimiento cosas como bichos de cama y pulgas.

Un grano de arroz es más grande que la Tierra



El 20 de mayo, tres meses después de haber sido recluido en la prisión de Pyongyang, fui trasladado a la de Heungnam. Sentí indignación, pero también vergüenza ante el Cielo. Estaba atado a un ladrón, por lo que no podía escapar. Nos trasladaron en un viaje que tomó 17 horas. Mientras miraba por la ventana, se apoderó de mí un poderoso sentimiento de tristeza. Me parecía increíble que yo tuviera que viajar por una sinuosa carretera a lo largo de ríos y valles en calidad de prisionero.

La cárcel de Heungnam era, en realidad, un campo de concentración para prisioneros especiales que trabajaban en la fábrica de fertilizantes de nitrógeno Heungnam. Durante los siguientes dos años y cinco meses debí cumplir un duro trabajo forzoso en este lugar. El trabajo forzoso es una práctica que comenzó en Rusia. El gobierno soviético no podía limitarse a matar a miembros de la burguesía y a personas que no eran comunistas. El mundo estaba mirando y se necesitaba seguir con atención la opinión internacional. Por eso inventaron el castigo del trabajo forzoso. Las personas castigadas de esta manera eran obligadas a seguir trabajando hasta que morían de agotamiento. Los comunistas de Corea del Norte copiaron el sistema ruso y sentenciaron a todos los presos a tres años de trabajo forzoso. Los condenados a esa clase de labor morían antes de que llegar al

término de la pena.

Como presos, nuestro día comenzaba a las 4:30 de la mañana. Nos hacían ponernos en fila en el campo. Nuestros cuerpos y prendas de vestir eran inspeccionados en busca de artículos de contrabando. Nos hacían quitar toda nuestra ropa y cada prenda era revisada a fondo. Cada pieza de ropa era golpeada hasta que desaparecía hasta la última mota de polvo. El proceso completo duraba al menos dos horas.

Heungnam estaba sobre la costa del mar. En invierno el viento dolía como un cuchillo cortando nuestros cuerpos desnudos. Cuando la inspección había terminado se nos alimentaba con una comida horrible. Luego, a caminar cuatro kilómetros hasta la fábrica de fertilizantes. Nos conducían de a cuatro, haciendo que tomáramos la mano de la persona que iba junto a nosotros. Ni siquiera podíamos mantener la cabeza alta. Nos rodeaban guardias armados con fusiles y pistolas. Cualquier persona que hiciera que la fila se retrasara -o no podía mantenerse tomado de la mano del compañero- era golpeado severamente por tratar de escapar.

En invierno, la nieve podía alcanzar una altura mayor a la de una persona. En las mañanas de invierno, cuando marchábamos a través de esa montaña helada, yo sentía que mi cabeza giraba. El camino congelado estaba muy resbaladizo y el viento frío soplaba tan ferozmente que hacía que el pelo de mi cabeza se parara. No teníamos energía. Incluso después de haber comido el desayuno nuestras rodillas seguían doblándose. Sin embargo teníamos que seguir nuestro camino hacia el lugar de trabajo, aún si ello significaba tener que arrastrar las agotadas piernas por el camino. Mientras hacía mi trayecto a lo largo de esta ruta -que nos llevaba al borde de la inconsciencia- seguía recordarme a mí mismo que yo pertenecía al Cielo.

En la fábrica había un montículo hecho de una sustancia a la que nos

referimos en forma abreviada como “amoníaco”. En realidad era -casi seguramente- sulfato de amonio, una forma común de fertilizante. Entraba por una cinta transportadora y parecía como una cascada blanca cuando caía sobre el montículo de abajo. Estaba bastante caliente cuando llegaba por la cinta: el humo subía incluso en medio del invierno. Pronto, sin embargo, se enfriaba y se convertía en algo tan sólido como el hielo. Nuestro trabajo consistía en recoger con palas el abono del montículo y ponerlo en bolsas de paja. Nos referíamos a esta elevación, de más de 20 metros de altura, como “la montaña de fertilizante.” De 800 a 900 personas paleaban el fertilizante en un gran espacio bajo la apariencia de que trataban de cortar la montaña por la mitad.

Estábamos organizados en grupos de diez. Cada equipo era responsable de acarrear y cargar 1,300 bolsas por día, de manera que a cada persona le tocaban 130 bolsas. Si un equipo no cumplía con su cuota, se reducían sus raciones a la mitad, de manera que todos trabajaban como si su vida dependiera de ello. En un esfuerzo por ayudarnos a cargar las bolsas de fertilizante lo más eficientemente posible, habíamos hecho agujas de alambre de acero. Las utilizábamos para ayudarnos a atar las bolsas después de llenarlas. Poníamos un pedazo de alambre en una vía férrea que corría por el piso de la fábrica. El alambre era aplastado por uno de los vagones de ferrocarril pequeños utilizados para acarrear materiales; entonces podía ser utilizado como aguja. Para abrir agujeros en las bolsas utilizábamos fragmentos de vidrio que obteníamos rompiendo las ventanas de la fábrica. Los guardias deben haber sentido lástima al ver a los presos trabajando en tales condiciones, porque nunca nos impidieron romper las ventanas. Una vez me rompí un diente al intentar cortar un trozo de alambre. Aún ahora se puede ver que uno de mis dientes delanteros está roto. Me quedó como recuerdo inolvidable de la prisión de Heungnam.

Todos adelgazaban bajo la presión del duro trabajo, pero yo fui la excepción. Pude mantener mi peso de 72 kilos, lo que era objeto de la envidia de los otros presos. Siempre sobresalía en fuerza física. En una ocasión, sin embargo, me sentí muy mal. Presenté síntomas similares a los de la tuberculosis durante casi un mes. No obstante, no perdí ni un día de trabajo en la fábrica. Yo sabía que, si faltaba, otros presos tendrían que hacerse responsables de mi parte de la obra. La gente me llamaba “el hombre barra de acero”, debido a mi fuerza. Podía aguantar hasta la más difícil tarea. La prisión y el trabajo obligatorio no eran un problema muy grande para mí. No importa cuán fuerte fuera la paliza o cuán terribles las condiciones ambientales: una persona puede aguantar si lleva en su seno un propósito definido.

Los prisioneros eran también expuestos al ácido sulfúrico que se utilizaba en la fabricación de sulfato de amonio. Cuando trabajaba en la fábrica de acero de Kawasaki, en Japón, fui testigo de varios casos en los que personas que hacían la limpieza de tanques utilizados para almacenar ese ácido habían muerto por intoxicación. La situación en Heungnam era mucho peor. La exposición al ácido sulfúrico era tan perjudicial que podría causar la pérdida del cabello y llagas en la piel. La mayoría de las personas que trabajaban en la fábrica comenzaban con vómitos de sangre y morían después de unos seis meses. Queríamos usar piezas de goma en los dedos como protección, pero el ácido las atravesaba rápidamente. Los vapores del ácido también comían nuestra ropa -inutilizándola- y nuestra piel se partía y producía sangrados. En algunos casos se hacían visibles los huesos. Teníamos que seguir trabajando, sin siquiera un día de descanso, aún cuando nuestras llagas sangraban y supuraban.

Nuestras raciones consistían en menos arroz del necesario para llenar dos pequeños tazones. No había platos accesorios, pero nos daban una

sopa de rábano en agua salada. Era tan salobre que hacía arder la garganta, pero el arroz era tan duro que no se podía comer sin tragarlo con la sopa. Nadie dejaba una sola gota de ésta. Cuando recibíamos nuestro plato de arroz, los presos ponían todo el grano, de una sola vez, en la boca. Después de haber comido su propio arroz, miraban a su alrededor, estirando el cuello, para ver cuánto comían los demás. A veces alguien ponía su cuchara en el tazón de sopa de otro y surgía una pelea. Un pastor que estaba conmigo en Heungnam me dijo: “Déjame un solo grano y te daré dos vacas después de salir de aquí”. La gente estaba tan desesperada que si un prisionero moría a la hora de comer, los otros escarbaban todo el arroz que tenía todavía en la boca y lo comían ellos mismos.

El castigo del hambre sólo puede ser conocido por aquellos que lo han experimentado. Cuando una persona tiene hambre, un mero grano de arroz se convierte en algo muy valioso. Incluso ahora me pongo tenso sólo de pensar en Heungnam. Es difícil creer que un solo grano de arroz puede dar tal estímulo al cuerpo, pero cuando uno está realmente famélico se tiene por la comida una nostalgia que te hace llorar. Cuando una persona está bien alimentada el mundo parece grande, pero para un hambriento, un grano de arroz es más grande que la Tierra.

Desde mi primer día en prisión cultivé el hábito de tomar sólo la mitad de mi ración de arroz y dar la otra a mis compañeros. Me entrené de esta manera durante tres semanas; luego me comía toda la ración. Esto me hacía pensar que yo estaba comiendo arroz suficiente para dos personas, y eso hizo más fácil soportar el hambre.

La vida en prisión es tan terrible que ni siquiera puede ser imaginada por alguien que no la ha experimentado. La mitad de los presos estaban condenados a morir dentro del lapso de un año. Cada día teníamos que ver cómo los cadáveres eran llevados por la puerta de atrás sobre una ta-

bla. Trabajábamos tan duro que nuestra única perspectiva de salir parecía ser esa: como un cuerpo muerto sobre un madero. Típico de un régimen despiadado y cruel, lo que nos hacían fue claramente más allá de todos los límites de lo humano. Todos esos sacos de fertilizante, rebosantes de las lágrimas y el pesar de los prisioneros, eran cargados en barcos y llevados a Rusia.

La cárcel de Heungnam en la nieve



Después de la comida, el bien máspreciado en la cárcel era aguja e hilo. Nuestra ropa se desgastaba y se desgarraba durante el trabajo forzado, pero era difícil conseguir implementos para coserla. Después de un tiempo los presos, harapientos, comenzaban a parecerse a mendigos. Era particularmente importante remendar los agujeros en la ropa con el fin de bloquear, aunque fuera un poco, los gélidos vientos del invierno. Para esto, un pedazo pequeño de tela -encontrado tirado, por ejemplo, en la carretera- era muy valioso. Incluso si la tela estuviera cubierta con estiércol de vaca, los presos luchaban entre sí para tratar de recogerla. Una vez, mientras cargaba las bolsas de fertilizante, descubrí una aguja clavada en una de ellas, quizás dejada allí por accidente. A partir de ese momento me convertí en el maestro de la cárcel de Heungnam, tal fue mi alegría por haber encontrado esa aguja. Todos los días remendaba pantalones y rodilleras para los otros presos.

Dentro de la fábrica de fertilizantes hacía tanto calor que transpirábamos aún en pleno invierno. Se puede imaginar, entonces, cuán insoportable era durante el verano. Ni siquiera una vez, sin embargo, enrollé hacia arriba mis pantalones y dejé las canillas a la vista. Incluso durante el lapso más caluroso del verano seguí con mis pantalones atados a la manera

tradicional coreana. Otros se los quitaban y trabajaban en ropa interior, pero yo me mantuve correctamente vestido. Cuando terminaba el trabajo nuestros cuerpos estaban cubiertos de sudor y polvo de fertilizantes. La mayoría de los prisioneros se quitaba la ropa para lavarse en el agua sucia que salía de la fábrica. Yo, sin embargo, nunca me lavé en donde otros pudieran ver mi cuerpo. En cambio, ahorraba la mitad de la única taza de agua que se nos daba por día. Me levantaba temprano, mientras los demás aún dormían, para limpiarme con un pequeño trozo de paño empapado en media taza de agua. También tenía el propósito de utilizar este tiempo para centrar mi espíritu y rezar, pero yo consideraba que mi cuerpo era precioso y no quería, por tanto, exponerlo casualmente ante los demás.

Cabían 36 personas en cada celda de la cárcel. Mi espacio se encontraba en una pequeña esquina, junto al inodoro. El fluido desbordaba el artefacto en el verano y se congelaba en invierno. Era el espacio que todos evitaban. Lo llamábamos baño pero en realidad era sólo una pequeña tinaja sin siquiera tapa. No hay manera de describir el insoportable olor que venía de ella. A menudo los prisioneros experimentaban diarrea, debido a la sopa salada con bolas de arroz duro que comíamos todos los días.

Cuando estaba sentado al lado del baño oía decir: “¡Ay, mi estómago!”. La persona iba camino al baño, dando rápidos pasos cortos. Tan pronto como exponía sus nalgas, salía disparando la diarrea. Como yo estaba al lado del inodoro, a menudo era salpicado con heces acuosas. Incluso durante la noche, cuando todos dormían, alguien acusaba dolores abdominales. Cuando escuchaba a gente aullando de dolor al ser pisoteados, yo sabía que alguien venía al baño. Me levantaba y me apretaba contra la esquina. A veces la persona que venía al baño no llegaba a tiempo y la diarrea, empezaba aún antes de bajarse sus pantalones. La persona había aguantado un tiempo, por lo que salía con gran fuerza y los trozos de me-

tralla eran horribles. Si yo hubiera estado dormido y no lo hubiera oído venir, hubiera quedado cubierto por diarrea en el mismo lugar en que me acostaba. No obstante, mantuve como mío, durante todo el tiempo, el lugar al lado del inodoro.

“¿Por qué optas por quedarte allí?” preguntaban otros presos. Y yo le respondía: “Aquí es donde me siento más cómodo”. Y no lo decía porque sí. Ese era, efectivamente, el lugar donde mi corazón estaba más a gusto.

Mi opinión es que la literatura y el arte no son algo específico. Cualquier cosa que me hace sentir una afinidad de corazón puede ser literatura o arte. Si el sonido de las heces al caer en el inodoro suena bello y divertido, entonces eso es música. También las heces que me salpicaban podían ser una obra de arte, si lo encaro de esa manera.

Mi número de prisionero era el 596. La gente me llamaba “número cinco nueve seis”. En las noches, cuando no podía dormir, me quedaba mirando al techo y me repetía este número una y otra vez. Si lo decía rápido sonaba muy parecido a “eo-gul,” la palabra coreana usada para describir cómo se siente una persona cuando se la ha tratado injustamente. Con toda sinceridad consideraba que había sido encarcelado injustamente.

El Partido Comunista inició las ‘dok-bo-hwe’ o reuniones donde se leía en voz alta los periódicos u otro material. Era una forma de estudiar la propaganda comunista y nos hacían participar en una autocrítica. Además, el Destacamento de Seguridad mantenía una estrecha vigilancia sobre cada uno de nuestros movimientos. Cada día se nos ordenaba que escribiéramos lo que habíamos aprendido ese día en forma de autocrítica, pero nunca escribí ni una página. Se suponía que redactáramos algo así: “Nuestro Padre Kim Il-sung, gracias a su amor por nosotros, nos da alimento para comer cada día; nos da platos con carne y nos permite llevar una vida maravillosa. Por eso estoy agradecido”. No podía escribir nada

por el estilo. Aún si estuviera mirando a la muerte a la cara, no podía presentar una autocrítica al Partido Comunista ateo. En lugar de escribir un texto así trabajaba decenas de veces más que los otros, para poder sobrevivir en la cárcel. La única manera de salirme con la mía para no escribir una autocrítica era pasar a ser el número uno de los prisioneros. Debido a mi esfuerzo me convertí en el mejor de los prisioneros. Incluso recibí un premio de un funcionario del Partido Comunista.

Mi madre me visitó varias veces mientras estaba en prisión. No había transporte directo de Jungju a Heungnam. Tenía que tomar un tren a Seúl, donde tenía que cambiar a otro de la línea Seúl-Wonsan. El viaje insumía más de 20 horas, por lo que era muy difícil para ella. Antes de emprender un viaje, se tomaba el gran trabajo de preparar mi-sut-karu -granos en polvo- para que su hijo, que había sido encarcelado en la plenitud de su vida, lo tuviera para comer. Para hacer este polvo reunía arroz entre nuestros parientes e incluso entre los parientes lejanos del marido de mi hermana mayor. Cuando llegaba a la sala de visitas de la prisión y me veía de pie del otro lado del vidrio, en el acto se le caían las lágrimas. Era una mujer fuerte, pero la vista de su hijo pasando por tal sufrimiento, la hacía débil.

Mi madre me entregó el par de pantalones de seda que había usado el día de mi boda. El uniforme de la prisión se había gastado tanto, que se veía mi piel a través del paño. No usé, sin embargo, los pantalones de seda: los di a otro preso. En cuanto al mi-sut-karu -por el que ella se había endeudado a fin de dármelo- lo entregué allí mismo mientras ella observaba. Mi madre había invertido su corazón y dedicación para preparar ropa y alimentos para su hijo, y cuando me vio regalar los pantalones y los alimentos -sin quedarme con nada- quedó desconsolada.

“Madre” -le dije- “No soy sólo el hijo de un hombre llamado Moon. Antes que hijo del clan de los Moon soy un hijo de la República de Corea.

Y aún antes que eso, soy un hijo del mundo y un hijo del Cielo y la Tierra. Creo que es correcto para mí amar esas cosas primero, y sólo después de eso sigo tus palabras y te amo. No soy el hijo de una persona de mente estrecha. Por favor, compórtate de forma acorde a tu hijo”.

Para ella, mis palabras eran tan frías como el hielo, pero me dolía tanto verla llorar que sentía como que mi corazón se desgarraba. La extrañaba tanto que a veces me despertaba en medio de la noche pensando en ella, pero esto era una razón más para controlar mis emociones y no volverme débil. Yo era una persona haciendo el trabajo de Dios. Me resultaba más importante, entonces, vestir a una persona con un poco más de calor y llenar su estómago con un poco más de comida que preocuparme por la relación personal con mi madre.

Aún en la cárcel, disfrutaba en tomar todo el tiempo que pudiera para hablar con la gente. Siempre había alrededor de mí personas que querían escuchar lo que tenía que decir. Incluso con hambre y el frío de la vida en prisión, había calor en el acto de compartir con quienes existía afinidad de corazón. Las relaciones formadas en Heungnam me aproximaron a 12 compatriotas; fue lo más cercano a una familia, con la que podía pasar el resto de mi vida. Entre ellos estaba, ya famoso, un pastor que había servido como presidente de la Asociación de Iglesias Cristianas de Corea en cinco provincias del norte. Se trataba de personas con quienes compartí emociones intensas en situaciones en que nuestras vidas estaban al límite. Eso los hizo más cercanos a mí que mi propia carne y sangre. El hecho de haber estado junto a ellos dio sentido a mi experiencia en la cárcel. Oraba tres veces al día por la gente que me había ayudado y por los miembros de mi congregación en Pyongyang, llamando a cada uno por su nombre. Cuando lo hacía, sentía que debía pagar mil veces a la gente que me deslizaba, disimuladamente, un puñado del mi-suk-karu que habían escondido en su ropa.

Fuerzas de la ONU abren la puerta de la prisión



La Guerra de Corea comenzó cuando yo estaba preso en Heungnam. En el lapso de tres días, el ejército de Corea del Sur entregó Seúl y se vio obligado a retirarse hacia el sur. Entonces 16 países, con los Estados Unidos a la cabeza, formaron una fuerza que, por cuenta de las Naciones Unidas, intervinieron en la guerra. Las fuerzas norteamericanas desembarcaron en Incheon y empujaron hacia Wonsan, importante ciudad industrial de Corea del Norte.

Era natural que la prisión de Heungnam fuera un objetivo en las operaciones de bombardeo aéreo de los EE.UU. Cuando éste comenzó, los guardias dejaron a los prisioneros solos y entraron en los refugios antibombas. No les interesaba si vivíamos o moríamos. Un día, Jesús se apareció ante mí con cara llorosa. Esto me dio una fuerte premonición, de manera que grité: “¡Todo el mundo permanezca dentro de 12 metros alrededor de mí!” Poco después, una bomba de una tonelada explotó a sólo 12 metros de donde estaba parado. Los presos que habían permanecido cerca de mí sobrevivieron.

A medida que el bombardeo se hacía más intenso, los guardias comenzaron a ejecutar prisioneros. Llamaban a los reclusos por sus números y les decían que vinieran con raciones para tres días y una pala. Los presos

suponían que iban a ser trasladados a otra prisión, pero nunca regresaban. Eran llevados a las montañas, obligados a cavar un hoyo y, luego de muertos, enterrados allí. Llamados según la longitud de sus condenas, aquellos que tenían las más largas pasaban en primer lugar. Me di cuenta de que mi turno llegaría al día siguiente.

Esa noche las bombas cayeron como la lluvia durante la temporada de monzones. Era el 13 de octubre de 1950 y las fuerzas de Estados Unidos, tras lograr desembarcar en Incheon, habían llegado hasta la península para tomar Pyongyang. Ahora estaban presionando contra Heungnam. Esa noche atacaron Heungnam con la tremenda fuerza de los bombarderos B-29 a la cabeza. El castigo era tan intenso que parecía que todo Heungnam se había convertido en un mar de fuego. Los altos muros alrededor de la prisión comenzaron a caer y los guardias corrieron por sus vidas. Por último, la puerta de la cárcel que nos había mantenido aislados en ese lugar se abrió. Alrededor de las dos de la mañana del día siguiente, con calma y dignidad, salí caminando.

Había estado encarcelado durante dos años y ocho meses, por lo que mi apariencia era un espectáculo terrible. Mi ropa interior y exterior estaba hecha jirones. Vestido con esos trapos me fui con el grupo de gente que me seguía en la cárcel a Pyongyang, pero no a mi ciudad natal. Algunos de ellos eligieron venir conmigo en lugar de ir a buscar a sus esposas e hijos. Podía imaginar que mi madre debería estar llorando, preocupada por mi bienestar. Pero era más importante cuidar de los miembros de mi congregación en Pyongyang.

En el camino a esta ciudad pudimos ver claramente cómo Corea del Norte había estado preparándose para esta guerra. Las principales ciudades habían sido conectadas por carreteras de dos carriles que se podían utilizar con fines militares en caso de emergencia. Muchos de los puentes

habían sido contruidos con suficiente cemento como para permitirles resistir el peso de tanques de 30 toneladas. El fertilizante que los presos de Heungnam habían puesto en las bolsas -con riesgo de sus vidas- había sido enviado a Rusia a cambio de un armamento anticuado que luego fue desplegado a lo largo del paralelo 38.

Tan pronto como llegué a Pyongyang salí en busca de cada uno de los que habían estado conmigo antes de mi encarcelamiento. Necesitaba saber dónde estaban y cuál era su situación. Habían sido dispersados por la guerra, pero me sentía responsable de ubicarlos y ayudarlos a encontrar una manera de llevar adelante sus vidas. Yo no sabía donde podrían estar, de manera que mi única opción era buscar esquina por esquina.

Después de una semana de búsqueda, había encontrado sólo a tres o cuatro personas. Había guardado un poco de arroz en polvo que recibí mientras estaba en prisión, así que lo mezclé con agua para hacer torta de arroz, y lo compartí con ellos. En el viaje desde Heungnam sacié el hambre con una o dos papas congeladas. No había tocado el polvo de arroz. Me sentía feliz sólo de verlos comer, con impaciencia, la torta de arroz.

Me quedé en Pyongyang durante 40 días buscando a todo aquel en quien podía pensar, fueran jóvenes o viejos. Al final nunca supe lo que pasó a algunas de esas personas, pero nunca se borraron de mi corazón. En la noche del 2 de diciembre comencé a caminar hacia el Sur. Miembros de la Iglesia, incluidos Wonpil Kim y yo, seguimos atrás de un grupo grande de refugiados cerca de 12 kilómetros.

Llevábamos con nosotros a un miembro que no podía caminar bien. Había sido uno de los que me siguieron al salir de Heungnam. Su nombre de familia era Park. Había sido puesto en libertad antes que yo. Cuando lo encontré en su casa, todos los demás miembros de su familia habían salido para el Sur. Estaba solo y con una pierna rota. Lo puse en una bicicleta y lo

lleve conmigo. El ejército de Corea del Norte ya había recuperado la carretera llana para uso militar, por lo que viajábamos a través de los campos de arroz congelados, dirigiéndonos hacia el sur tan rápido como podíamos. El ejército chino no estaba muy lejos de nosotros, pero era difícil ser ligero cuando había alguien que no podía caminar. El camino era tan malo que lo cargaba en la espalda y alguien llevaba la bicicleta atrás. Seguía diciendo que no quería ser una carga para mí y trató varias veces de quitarse la vida. Lo convencí de que siguiera, a veces regañándolo en voz alta. Nos mantuvimos juntos hasta el final.

Éramos refugiados huyendo, pero aún teníamos algo que comer. Íbamos a las casas cuyos habitantes se habían ido hacia el sur antes que nosotros y buscábamos cualquier plato de arroz u otro alimento que pudiera haber quedado. Hervíamos todo lo que encontrábamos, fuera arroz, cebada o papas. Apenas nos daba para mantenernos con vida. No había tazones de arroz y tuvimos que utilizar trozos de madera como palillos, pero la comida estaba buena. La Biblia dice: “Bienaventurados los pobres”, ¿no? Podíamos comer cualquier cosa que hiciera que nuestros estómagos rebosaran de satisfacción. Incluso un humilde trozo de torta de cebada sabía tan bien que no nos habríamos sentido celosos ni de la comida de un rey. No importaba lo hambriento que estuviera: siempre me aseguraba de dejar de comer antes que los demás. De este modo, ellos podrían comer un poco más.

Después de caminar una larga distancia nos acercamos a la orilla norte del río Imjin. De alguna manera sentí que era importante cruzar el río rápidamente y que no había ni un momento que perder. Estaba convencido de que teníamos que superar ese obstáculo para poder seguir con vida. Empujé a Wonpil Kim sin piedad. Kim era joven y se quedaba dormido mientras caminábamos, pero yo seguía forzándolo y llevando la bicicleta.

Esa noche cubrimos 32 kilómetros y llegamos a la orilla del río Imjin, el cual, por suerte, estaba congelado. Seguimos a algunos refugiados que iban delante de nosotros a través del río. Una larga fila de éstos se extendía, además, detrás de nosotros. Tan pronto como habíamos cruzado el río, las fuerzas de las Naciones Unidas cerraron el paso y no permitieron que la gente cruzara. Si hubiéramos llegado al río apenas pocos minutos más tarde, no habríamos podido cruzarlo.

Después de hacerlo, Wonpil Kim miró el camino por el que habíamos venido y preguntó: “¿Sabías que el paso del río estaba a punto de ser cerrado?” “Por supuesto que lo sabía”, le dije. “Este tipo de cosas suceden a menudo a cualquiera que toma la senda del Cielo. La gente no sabe que, con frecuencia, la salvación está justo allí, más allá del siguiente obstáculo. No teníamos ni un solo minuto que perder. Si hubiera sido necesario los habría tomado del pescuezo y sacado de allá”.

Kim parecía conmovido por mis palabras, pero mi corazón estaba inquieto. Cuando llegamos al punto en que el paralelo 38 divide la península en dos, puse un pie en Corea del Sur, el otro en Corea del Norte y comencé a rezar. “Por ahora, estamos siendo empujados hacia el sur, pero pronto voy a regresar al norte. Reuniré a las fuerzas del mundo libre detrás de mí para liberar a Corea del Norte y unir el Norte y el Sur”. Esto es lo que recé durante todo el tiempo que caminamos junto a los refugiados.

Capítulo III

EL HOMBRE CON EL ESTÓMAGO MÁS LLENO

“Tú eres mi maestro espiritual”



Después de cruzar el río Imjin viajamos a través de Seúl, Wonju y Kyungju. Llegamos a Busan el 27 de enero de 1951. El suelo de Busan estaba repleto de refugiados llegados del norte. Parecía como si toda la población del país se hubiese concentrado allí, ocupando todos los lugares en los que fuese posible vivir, y no cabía nadie más. No quedaba otra opción que entrar en el bosque por la noche para escapar del frío, y de día bajar a la ciudad en busca de comida.

Mi cabello, que había mantenido corto durante mi estadía en prisión, había crecido en abundancia. Mi pantalón, al que por dentro le había cosido el algodón de un acolchado, estaba absolutamente gastado. Mis ropas estaban tan impregnadas de mugre grasosa que cuando llovía las gotas rodaban sobre la tela. De las suelas de mis zapatos no quedaba casi nada de tan agujereadas que estaban: era como caminar descalzo. Por donde me mirasen era el rey de los miserables, el más pordiosero de los mendigos. Como no tenía trabajo ni dinero en el bolsillo, no me quedaba otra que pedir comida.

Aun mendigando, empero, mantenía mi dignidad. Yo era muy suspicaz, y si a la primera mirada notaba que alguien no me iba a dar nada, le decía con firmeza: “¡Oiga, usted debe ayudar a la gente necesitada si quiere reci-

bir bendiciones después!” Y así obtenía comida. Entonces nos reuníamos en círculo en un área soleada y compartíamos lo que habíamos recibido entre decenas de personas. Aun sin poseer nada y mendigando alimento, fluía entre nosotros una cálida amistad.

“¡Miren esto!” -oí a alguien gritar- “¿cuántos años han pasado?” Me volví para ver quién llamaba con tanta alegría y vi que era Deokmun Eom, un amigo de mis días de estudiante en Japón, quien se había gustado de mis canciones y con quien terminé confraternizando toda la vida. Hoy es uno de los arquitectos más representativos de Corea por haber diseñado el Centro Cultural Sejong y el Hotel Lotte. No dudó en abrazarme pese a mis ropas raídas y me arrastró a su casa.

“Vamos”, dijo. “Vamos a mi casa”. Se había casado y vivía en un solo ambiente. En medio del pequeño cuarto colgó un acolchado, con lo que dividió la habitación en dos, y mandó a su esposa y a sus dos hijos pequeños al otro lado.

“Dale” -dijo- “cuéntame cómo viviste todo este tiempo. Siempre me pregunté dónde y cómo estarías viviendo. La pasábamos como íntimos amigos, pero siempre fuiste más que un amigo para mí. ¿Sabías que internamente siempre sentí un gran respeto por ti?”

Hasta ese momento yo nunca había compartido abiertamente mi corazón con ninguno de mis amigos. A tal punto era así que en Japón, si ellos venían cuando estaba leyendo la Biblia, enseguida la guardaba. En la casa de Deokmun Eom hablé de mí por primera vez.

No alcanzó la noche para que le contara todo. Le hablé de mi encuentro con Dios, de las cosas nuevas de las que me había dado cuenta, del cruce del paralelo 38 para ir a Pyongyang a comenzar una iglesia y de haber sobrevivido a la prisión de Heungnam. Me llevó tres días enteros contarle todo. Luego de escuchar mi relato, Deokmun Eom se levantó de golpe y

comenzó a hacerme una gran reverencia.

“¿Qué te pasa? ¿Qué estás haciendo?”, le pregunté. Tiré de su mano para impedirselo, pero fue inútil. “A partir de ahora tú eres mi gran maestro”, dijo. “Esta reverencia es el saludo a mi maestro, así que por favor acéptalo.” Él ha estado a mi lado desde entonces, como amigo de toda la vida y como discípulo.

Cuando dejé la habitación de Deokmun Eom conseguí un trabajo pesado, nocturno, en el muelle 4 del puerto de Busan. Cuando cobraba me compraba un guisado de porotos en la estación de Cho-ryang. Para que no se enfriase envolvía las viandas, fuertemente atadas con trapos, en pedazos de manta. Cuando me compré uno, estuve abrazado al recipiente más de una hora antes de comerlo. Eso ayudó a calentar mi cuerpo, congelado después de haber estado trabajando toda la noche en el frío del muelle.

Para entonces me alojaba en un refugio para obreros del barrio Cho-ryang. La habitación era tan pequeña que, aun acostado en diagonal, mis pies tocaban la pared. Pero aun así afilé un lápiz y comencé con dedicación a escribir el primer borrador del “Wolli Wonbon” (texto original de “El Principio Divino”). El hecho de que yo fuese financieramente pobre no era un problema. Aunque uno viva dentro de una pila de basura, nada es imposible si uno tiene voluntad.

Wonpil Kim, que acababa de cumplir 20 años, también hizo de todo. Trabajaba como empleado en un restaurante y traía las sobras del arroz pegado al fondo de las ollas, que luego hervíamos y compartíamos. Nacido con un don para el dibujo, consiguió trabajo como pintor en una base norteamericana.

En eso subimos hasta Beomnaetgol, en Beomil-dong, y construimos una choza. Debido a que Beomnaetgol está cerca de un cementerio, en aquel tiempo no había más que un barranco rocoso. No teníamos un te-

rreno del que pudiésemos decir que era nuestro, por lo que apisonamos una sección de una pendiente empinada e hicimos las bases de una vivienda. Ni siquiera teníamos pala, así que tomamos, a escondidas, una pala pequeña de la cocina de alguien y más tarde la retornamos sin que el dueño se diera cuenta de que faltaba. Con Wonpil Kim rompimos las piedras, cavamos la tierra y cargamos balasto. Levantamos las paredes con ladrillos hechos de barro y paja, desarmamos unas cajas de víveres vacías que nos dieron en la base estadounidense y las pusimos de techo. Cubrimos el suelo con bolsas negras de plástico.

No había otra choza como esa. Por ser una vivienda apoyada en las rocas, un enorme pedazo de piedra sobresalía en el centro de la habitación. Las únicas posesiones que teníamos eran un pequeño escritorio detrás de la piedra y un caballete de Wonpil Kim. Cuando llovía teníamos una fuente natural dentro de nuestra vivienda. Era muy romántico escuchar el sonido del agua que fluía por debajo de donde estábamos sentados. Por la mañana, después de dormir en esta habitación helada -en la que se filtraba la lluvia y el agua discurría debajo- corría el agua de nuestras narices. Pero éramos felices de tener, aunque más no fuera, un pequeño espacio donde poder acostarnos y relajar nuestras mentes. El entorno era miserable, pero lleno de esperanza porque estábamos en el camino de la voluntad de Dios.

Cuando Wonpil iba a trabajar a la base, yo lo acompañaba hasta el pie de la colina. Cuando volvía por la tarde, bajaba a esperarlo. El resto del tiempo ni dormía: le sacaba punta al lápiz, me sentaba en el escritorio y me dedicaba a escribir el Wolli Wonbon. No había arroz en el tarro, pero el cuarto estaba lleno de lápices. Wonpil Kim me ayudó de muchas maneras, tanto material como espiritualmente, para que pudiera concentrarme en la escritura. Debía estar cansado después de trabajar todo el día, pero me hacía compañía hasta que, por falta de sueño, yo me quedaba

dormido en el baño. El me seguía hasta allí para ver si me sentía bien, pero no sólo eso. Él decía: “Me gustaría contribuir, aunque sea un poco, con el libro que estás escribiendo”. Entonces empezó a dibujar retratos de soldados estadounidenses con el fin de ganar dinero para comprar lápices y otras cosas. En aquel tiempo estaba de moda, entre dichos soldados, hacer un retrato de sus esposas o de sus novias antes de regresar a su patria. Pegaba una tela en marcos de madera, pintaba los retratos y recibía cuatro dólares por cada uno.

Yo me sentía tan agradecido por su dedicación que, cuando él dibujaba, me sentaba a su lado en silencio y hacía lo posible por ayudarlo. Después de que se iba a trabajar a la base yo encolaba consistentemente la tela, cortaba la madera para los marcos y los pegaba. Durante el tiempo que le llevaba salir del trabajo y llegar a casa, le lavaba sus pinceles y le compraba la tintura que necesitase. Entonces, sobre la tela encolada, él dibujaba con un lápiz 4B. Al principio sólo le encargaban de a uno o dos retratos, pero de repente se hizo conocido y ya ni dormía porque debía dibujar veinte o treinta de ellos.

Ni bien aumentó el trabajo, yo, que solamente preparaba los marcos con la tela, también tuve que tomar el pincel. Una vez que Wonpil había dibujado el contorno de la cara, yo coloreaba los labios y la vestimenta. Empleábamos dinero que ganamos juntos, después de adquirir los lápices y el material de dibujo, para las cosas de la iglesia. Era muy importante dejar registro escrito de la palabra de Dios, pero más importante y urgente aún era propagar Su voluntad a muchas más personas.

El loco apuesto que vive junto al pozo de agua



Cuando construimos la casa de adobe en Beomnaetgol y comenzamos una iglesia, solamente tres personas estaban allí presentes para oírme predicar. Pero yo no hablaba pensando que eran solamente tres los que me escuchaban. Lo hacía con voz sonora, como dirigiéndome a millares, a millones, a toda la Humanidad, aunque no los viese. Predicaba con voz potente, al mundo entero, los principios que había comprendido.

Había un pozo de agua delante de nuestra casa. Entre la gente que venía a buscar agua comenzó a circular el rumor de que en la casa de barro vivía un loco. Era entendible que la gente susurrara en esos términos: en una región deshabitada, un hombre de aspecto miserable vivía en una casa que parecía embrujada y gritaba como si estuviese dándole órdenes al mundo. Parece que cuando escucharon decir que habría grandes cambios en el Cielo y en la Tierra y que Corea uniría al mundo, los rumores acerca de mí se expandieron hasta los confines de la colina. Fuera por efecto de esos rumores o porque querían ver al loco que vivía cerca del pozo, el hecho es que empezó a venir gente. Una vez vino un grupo de estudiantes de un seminario teológico y hasta un grupo de profesores de la Universidad de Mujeres Ewha. Los rumores fueron complementados con el de que yo era

un hombre esbelto, de buen aspecto, por lo que las mujeres de mediana edad comenzaron a subir la colina para ver “al loco apuesto” como una forma de pasar el tiempo.

El día que terminé de escribir el Wolli Wonbon, dejé mi lápiz y oré: “Ahora es el momento de evangelizar; por favor, envíame santos a los que pueda dar testimonio”, y me fui hacia el pozo. Era el 10 de mayo, finales de la primavera. Llevaba puestos unos pantalones tradicionales de Corea forrados de algodón y una chaqueta vieja. Estaba transpirando. En ese momento vi que una mujer joven subía hacia la fuente, secándose el sudor de la frente.

Ni bien se acercó le dije: “Dios te ha estado dando mucho amor los últimos siete años”. Ella se sobresaltó, sorprendida. Es que siete años atrás ella había decidido dedicar su vida a la obra de Dios. “Mi nombre es Hyunshil Kang”, dijo, “y soy evangelista de la Iglesia Beomcheon del barrio al pie de esta colina. Escuché que había un loco viviendo aquí, así que vine a darle testimonio”.

Así fue como ella me saludó. Una vez que terminó de hacerlo -y ya dentro de la casa- recorría con ojos extrañados el lastimoso cuarto y mirando fijamente el escritorio preguntó: “¿Por qué tienes tantos lápices allí?”

“Hasta esta mañana”, le contesté, “estuve escribiendo un libro que revela principios del universo. Se me ocurre que Dios te ha enviado aquí para que escuches la Palabra”.

“¿De qué me estás hablando?”, dijo. “Vine aquí porque me dijeron que subiera a predicar al que vive cerca del pozo”.

Le acerqué un cojín, la invité a sentarse y me senté yo también. Se oía el sonido del agua que fluía por debajo de nosotros. “En el futuro, Corea desempeñará un papel similar al de la cima del mundo”, le dije. “Llegará el tiempo en que gente de todo el mundo se lamentará de no haber nacido

coreana”.

Me contempló con una expresión de asombro ante lo que le parecía un absurdo. Al escucharme decir: “Así como Elías apareció como Juan el Bautista, Jesús vendrá a Corea usando un cuerpo carnal”. Se enojó y replicó: “¿Me estás diciendo que Jesús, como si no tuviese dónde ir, vendrá a un lugar tan miserable como Corea?”

Y siguió “¿Has leído el libro del Apocalipsis? Yo...”

“¿Me lo dice como alguien que estudió en el Seminario teológico de Koryo?” la interrumpí.

“¿Eh? ¿Cómo sabes eso?” -preguntó ella.

“¿Cómo podría haberte esperado si no supiera ni siquiera eso de ti? Dijiste que viniste aquí a darme testimonio, de manera que, adelante. Enseñame”.

Hyunshil Kang, como teóloga experta, citaba versículos bíblicos uno tras otro, atacándome. Me desafiaba tan ferozmente que me mantuvo ocupado respondiendo a sus retos con voz fuerte, como si fuese el sonido de la chimenea de una locomotora. Nuestro debate se extendió hasta que oscureció, así que serví la cena. Lo único que teníamos para acompañar el arroz era un kimchi desabrido, pero nos sentamos en la sala con el sonido del agua corriente. Entre los dos comimos todo y debatimos de nuevo. Ella volvió al día siguiente, y al otro, y después de haber polemizado conmigo dejó la Iglesia de Beomcheon y se convirtió a la nuestra.

Un día muy ventoso de noviembre, mi mujer vino a verme a la choza en Beomnaetgol. Traía de la mano a un niño de siete años. Mi hijo había nacido el año que salí de casa para ir a comprar arroz y me fui para Pyongyang; se había convertido en un muchachito. Yo no me atrevía a mirarlo de frente. Tampoco podía acariciar su rostro para mostrarle mi alegría, ni pude abrazarlo. Me quedé parado como una estatua de piedra, sin decir

palabra.

Sin necesidad de que ella me lo dijera, podía imaginar el dolor que esa madre y ese niño habrían sufrido a causa de la guerra. En realidad yo sabía dónde y cómo vivían, pero aun no era el momento de cuidar de mi propia familia. Así como le había pedido, antes de casarnos, que creyera en mí y me esperara, una día yo podría ir contento a buscarlos. Pero aun no era el momento. La cabaña era estrecha y estaba destartalada, pero era nuestra iglesia. Varios miembros comían conmigo. Vivían allí y estábamos estudiando la palabra de Dios; No era el lugar para traer a mi familia. Mi esposa le dio un vistazo a la cabaña, se decepcionó mucho y se fue cuesta abajo.

Una iglesia sin denominaciones, una iglesia que no es iglesia



Si es verdad el dicho de que uno vive tanto como insultos recibe, yo podría vivir cien años más. Además, mi estómago está repleto: no de comida, sino de los insultos que me comí, muchos más que el común de la gente. Diría entonces que nadie en el mundo tiene la panza tan llena como yo.

Las iglesias protestantes tradicionales, que se me opusieron y me apedrearon cuando fui a Pyongyang a comenzar una iglesia, también se me opusieron en Busan. Incluso antes de fundar una iglesia como debe hacerse, nos cuestionaron inquisitivamente. Calificativos como “hereje” y “pseudo” fueron agregados como parte de mi nombre propio. De hecho, decir “Sun Myung Moon” era lo mismo que decir “hereje” o “pseudo-religioso”, al punto de que nadie me nombraba sin usar esos adjetivos como prefijo.

En 1954, en medio de una violenta persecución, desmontamos la choza de Busan y subimos a Seúl, pasando por Daegu. En mayo del año siguiente alquilamos una casa en el barrio de Bukhak, cerca del Parque Jangchoongdan, y colgamos un cartel que decía “Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Mundial”. Le pusimos ese nombre porque

no queríamos pertenecer a ninguna denominación. Menos aún tenía yo la intención de crear una nueva.

“Cristianismo mundial” se refiere a todo el cristianismo, el de todas las épocas y países. “Unificación” sugiere el propósito a perseguir. “Espíritu Santo” es una expresión que sugiere armonía entre los mundos espiritual y físico, centrada en el amor contenido en la relación padre-hijo. En otras palabras, hablamos de una iglesia “respaldada por el mundo espiritual centrado en Dios”. En particular, la unificación era mi ideal para ir construyendo el mundo ideal de Dios. La unificación no es una unión. Una unión se da cuando se juntan dos, pero una unificación se concreta cuando dos se hacen uno. “Iglesia de la Unificación”, que se convertiría en nuestro nombre más tarde, era el que otros nos pusieron. En aquellos días, los universitarios nos llamaban “la Iglesia de Seúl.”

Pero no me gusta tanto la palabra “kyo-hwe” (iglesia). Sus caracteres chinos significan literalmente reunión (“hwe”) de enseñanza (“kyo”). La palabra religión, jong-kyo, está compuesta de dos caracteres chinos que significan “central” y “enseñanza”, respectivamente. En otras palabras, una iglesia es una reunión en la que se enseñan las cosas fundamentales. La palabra “kyo-hwe” no implica ninguna razón por la cual los otros y yo debamos compartir algo. Pero la gente usa la palabra “kyo-hwe” con un significado especial. Yo no quería pertenecer a esta categoría específica: deseaba una iglesia sin denominaciones.

La verdadera religión intenta salvar a una nación aun si tiene que sacrificar su propia institución. Intenta salvar al mundo aun a costa de sacrificar a su país y trata de salvar a la Humanidad aún si eso implica sacrificar al mundo. En ningún momento debe priorizarse la propia denominación o institución.

No tuvimos más remedio que colgar el letrero de iglesia, pero en mi

corazón yo estaba dispuesto a quitarlo en cualquier momento. Una vez que uno cuelga el cartel que dice “iglesia”, está diferenciando a ésta de lo que no lo es. No es correcto dividir en dos lo que es una sola cosa. Ese no era tampoco mi sueño ni el camino que iba a seguir. Si tengo que quitar el rótulo a fin de salvar a la nación o al mundo, estoy dispuesto a hacerlo sin vacilar.

Pero la realidad, como dije, nos obligó a colgar en el portón el letrero que decía “iglesia”. Hubiese lucido mejor si lo hubiéramos colgado en una parte alta. El alero de la casa era muy bajo y no era el lugar apropiado para colocarlo. Al final lo emplazamos al alcance de un niño. De hecho, los chicos del barrio lo quitaron, jugaron con él y terminaron rompiéndolo en dos partes. Como era históricamente importante para nuestra iglesia, no podíamos tirarlo a la basura, así que lo atamos con alambres y lo clavamos firmemente en el portón. No sé si fue porque nuestro letrero fue tratado con tanto desprecio que también nosotros fuimos indescriptiblemente despreciados.

En una habitación de 2.4 m², con un alero tan bajo que la gente tenía que agachar la cabeza para entrar, seis personas nos juntábamos a orar. Nuestras frentes prácticamente chocaban. La gente del barrio se reía de nuestro letrero. Se burlaban preguntándose qué tipo de unificación mundial estábamos soñando en una casa tan pequeña que “había que arrastrarse para entrar en ella”. Ni siquiera trataban de averiguar el significado de ese nombre; simplemente nos miraban como si estuviésemos locos. Pero a nosotros no nos importaba. Si en Busan vivíamos mendigando para comer, ahora que teníamos una habitación para llevar a cabo los servicios, nada debíamos temer. Si bien usaba pantalones de fajina militar norteamericana, con ropa teñida de negro y zapatos de goma de igual color, yo me sentía muy digno.

Las personas que asistían a nuestra iglesia se llamaban entre sí shik-ku, o “miembro de la familia”. En aquellos días, todos ellos vivían embriagados de amor. Si alguien estaba pensando en la iglesia con deseos de ir -no importa dónde estuviese su cuerpo- podía ver y escuchar todo lo que yo estaba haciendo y diciendo. Estábamos todos unidos por un cable eléctrico de amor conectado con Dios. Una mujer podría estar en casa preparando el arroz y de repente salir corriendo a la iglesia, dejándolo a medio hacer. Otra decía que se iba a cambiar la falda y salía corriendo a la iglesia con su prenda agujereada. Y si a alguna otra su marido le rapaba la cabeza para que no saliese de su casa, venía igual a la iglesia en esas condiciones.

Ni bien se incrementó el número de miembros, comenzamos a predicar en los recintos universitarios. En la década de 1950, sus estudiantes poseían el mejor nivel intelectual. En primer lugar predicábamos frente a las universidades de Ewha Women University y Yonsei University; poco después, el número de estudiantes que acompañaban nuestra iglesia había crecido notoriamente.

El profesor de música de la Universidad de Ewha, Yoon-young Yang y el profesor Choong-hwa Han, a cargo de la inspección del dormitorio estudiantil, también vinieron a visitarnos. Y no sólo profesores sino también muchos estudiantes. No se unían a nosotros de a uno o dos sino por decenas. Crecíamos en progresión geométrica, lo cual fue una sorpresa, no solamente para las iglesias tradicionales sino también para nosotros.

A los dos meses de haber comenzado a predicar en las cercanías de las universidades, el número de fieles creció explosivamente, sobre todo con estudiantes de Ewha y Yonsei. Fue muy veloz, como si una repentina brisa de primavera hubiese soplado y cambiado los corazones de los estudiantes en un instante. Decenas de alumnos de Ewha se incorporaban a nosotros en un solo día. Si alguien trataba de detenerlos, protestaban: “¿Por qué?

¿Por qué no me deja salir? Si quiere impedir que salga, tendrá que matarme. ¡Máteme!”, y saltaban el cerco del dormitorio. De nada sirvió intentar detenerlas. Les gustaba más nuestra iglesia -aunque olía a pies sucios- que su pulcro instituto. Eran estudiantes obstinados.

Por último, la rectora Hwal-lan Kim (Helen Kim) envió al profesor Young-oon Kim, del Departamento de Bienestar Social Religioso, a nuestra iglesia. El profesor Kim había estudiado teología en Canadá, y era un teólogo por quien Ewha tenía grandes expectativas. La rectora Kim envió adrede al profesor Kim, cuya especialidad era la teología, con la esperanza de que encontrara los puntos débiles de nuestra doctrina y así impedir que sus estudiantes siguieran desertando en masa hacia nuestra iglesia. Pero el profesor Kim se convirtió en uno de nuestros miembros más entusiastas una semana después de haberme conocido. Ni bien reconoció nuestra iglesia, otros profesores y estudiantes comenzaron a confiar más en nosotros. El número de nuestros seguidores creció como una bola de nieve.

Como la situación se salió de control, las iglesias protestantes volvieron a atacarnos con el argumento de que les robábamos sus miembros. Eso me amargó: era injusto. Nunca forcé a nadie a hacer algo más que escuchar mis sermones o que asistir a nuestra iglesia. Si los echaba por la puerta principal, volvían a entrar por la puerta trasera; si trancaba el portón, saltaban el cerco. No alcanzaban mis fuerzas para detenerlos. Los más perplejos eran los administradores de Yonsei y Ewha. Apoyados por fundaciones cristianas, no podían quedarse mirando cómo sus estudiantes y profesores emigraban hacia otro grupo religioso.

Despidos y expulsiones en las universidades de Ewha y Yonsei



Desbordadas por la crisis, las universidades de Ewha y de Yonsei optaron por medidas extremas únicas en su historia. Ewha despidió a cinco profesores, incluyendo al profesor Young-oon Kim, y expulsó a catorce estudiantes. Cinco de ellos ya se graduaban. En la universidad de Yonsei también despidieron a un profesor y expulsaron a dos estudiantes.

El capellán de la universidad, en aquellos días, había intentado asesorar a los estudiantes. “¿Acaso no pueden asistir a esa iglesia después de graduarse para que no influya en la universidad?”, pero no le hicieron caso. Por el contrario, los estudiantes protestaron fuertemente: “En la universidad hay muchos ateos y hasta hijos de chamanes. ¿Por qué solamente nos expulsan a nosotros?”.

Pero las autoridades de la escuela les reiteraban su postura: “Nuestra escuela es privada y, por ser cristiana, podemos expulsarlos a voluntad”, y los echaron. Cuando los medios se enteraron del incidente, un periódico publicó un editorial titulado: “En un país donde hay libertad de culto, las medidas de expulsión son erróneas”, y agitó la opinión pública. La Universidad de Ewha, financiada por una fundación cristiana de Canadá, temía

atraerse problemas de apoyo financiero si se expandía el rumor de que muchos de sus estudiantes iban a una iglesia considerada hereje. En aquellos días, Ewha era muy diligente en tomar asistencia a los estudiantes en las tres horas semanales en que celebraban capilla, y lo reportaba a la sede misionera.

Una vez que los estudiantes fueron expulsados y los profesores despedidos, la opinión pública comenzó a cambiar más y más a nuestro favor. Para revertir eso, Ewha comenzó a propagar falsos rumores, tan lamentables que ni siquiera me atrevo a hablar de ellos. Pero cuanto más falso es el rumor, más atrae a la gente. Estos rumores dieron origen a otros rumores, igualmente falsos, y nuestra iglesia fue atormentada durante más de un año por ellos.

Yo no deseaba que el incidente se agrandase. Me negaba a causar problemas. Traté de persuadir a estudiantes y profesores de que podían llevar una vida de fe silenciosa, sin necesidad de irse del dormitorio y causar tanto escándalo público. Ellos, sin embargo, se mostraron inflexibles. Me dijeron: “¿Por qué no? Yo también quiero recibir la gracia divina, como los demás” y a medias me convencieron. Al final, todos fueron obligados a abandonar sus escuelas. No podía sentirme cómodo por ello. Los expulsados, en un intento por aliviar su dolor interior, fueron en grupo a orar a un monasterio en el monte Samgak. Como habían sido expulsados de sus escuelas, sus familias estaban enojadas con ellos y sus amigos los evitaban. No tenían un lugar apropiado al que concurrir. Escalaron el monte y ayunaron, sumidos únicamente en la oración, derramando lágrimas y con agua corriéndoles por las narices. Enseguida, aquí y allá, algunos comenzaron a hablar en lenguas. Dios siempre se manifiesta cuando estamos al borde de la desesperación. Los estudiantes que habían sido expulsados de sus escuelas y rechazados por sus familias y por la sociedad, encontraron a

Dios en el retiro del monte Samgak.

Me fui hasta allí a verlos y les repartí comida. Habían adelgazado bastante por el ayuno, y los consolé. “Ya es bastante mortificante y triste que los hayan expulsado. No es necesario que encima ayunen” les dije. “Si no han hecho nada que les dé remordimientos de conciencia, no es deshonoroso recibir insultos, ni los convierte en pecadores. Así que no se desanimen y esperemos nuestro momento”.

Más adelante, las cinco estudiantes que estaban a punto de graduarse se inscribieron en Sookmyung Women’s University y lograron su título, pero este incidente fue decisivo para granjearme una muy mala reputación. Al publicarse estruendosamente, en los diarios, el incidente con Ewha y Yonsei, los malos rumores que circulaban sobre las religiones emergentes fueron atribuidos, en su totalidad, a nuestra iglesia. Un rumor que comenzaba con “tal vez sea así” se volvía un “por cierto es así”.

Me dolió ser sometido a un trato tan injusto. De amargado y enojado que estaba sentí ganas de retrucar a gritos, pero opté por no decir ni una palabra y no enfrentarlos. Teníamos mucho que hacer y un largo camino por delante. No teníamos tiempo para quedarnos peleando. Yo pensaba que los malentendidos se resolverían con el tiempo y que no era necesario involucrar tanto nuestros sentimientos en ello. No me preocupé. Me hice el que no escuchaba a quienes públicamente decían: “A Sun Myung Moon que lo parta un rayo”, ni a la prédica tirana de los ministros cristianos que proponían orar por mi muerte.

Pero los rumores, en lugar de aplacarse, se propagaban más y más a cada día que pasaba. El mundo entero parecía haberse unido para señalarme con su dedo acusador. Ni bajo el intenso calor de la fábrica de fertilizantes del campo de concentración de Heungnam me había descubierto el torso, pero daba vueltas la especie de que yo, justamente yo, bailaba des-

nudo. Desde ese día, las personas que venían a nuestra iglesia por primera vez me miraban con ojos desconfiados: “¿Será cierto que este tipo baila desnudo?” Sabiendo mejor que nadie que se necesitaría mucho tiempo para aclarar este tipo de malentendidos, no dije ni una palabra de excusa. Para conocer mejor a alguien hay que tratarlo personalmente. Era inútil tratar de explicar algo a personas que sin dudarlo afirman cosas de alguien que ni siquiera han visto, de modo que lo soporté en silencio.

El incidente de las universidades de Ewha y Yonsei puso a nuestra iglesia completamente a un paso de la destrucción. Sobra decir que clavaron en mi frente la imagen de “pseudo-religioso”, pero, además, las iglesias protestantes tradicionales se unieron para pedir al gobierno que me castigase.

En eso, el 4 de julio de 1955 la policía irrumpió en nuestra iglesia y me llevó detenido junto con Wonpil Kim, Hyo-young Yoo, Hyomin Yoo y Hyo-won Yoo. Los pastores y presbíteros de las iglesias protestantes tradicionales, de la mano de la clase influyente, enviaron una carta a los políticos para que se cerrara nuestra iglesia. Por eso fue que los cuatro miembros que estaban conmigo desde el principio tuvieron que acompañarme a prisión. El asunto no terminó ahí. La policía revolió a fondo mi pasado y encontraron “el crimen” de haber “eludido” el servicio militar. Salido de la prisión de Corea del Norte, cuando llegué al Sur ya había sobrepasado la edad de cumplir con la conscripción. Pero igual me acusaron de violar esa ley.

En ramas chamuscadas también crecen nuevos brotes



Los detectives de la Sección de Inteligencia Especial de la Oficina de Orden Público me llevaron detenido a la comisaría de Chungbu. Era absurdo que me detuviesen por evadir el servicio militar. Quedé estupefacto, pero fui detenido. Soy alguien que, aunque tengo boca, no puedo hablar en esos casos. Aun siendo falsamente acusado, no puedo proferir una palabra de protesta. Hubo quien me vio soportándolo y me dijo que no tenía agallas, pero lo tomé como que era el camino que me había tocado y me aguanté una y otra vez. Pensé que si ésa era la ruta a seguir para cumplir la misión que se me había encomendado, no me quedaba otra. Debía seguirla a cualquier precio. Al ser precisamente esa la razón de mi vida, jamás me desalentaría, y cuanto peor me iba, más honrosamente me comportaba ante cualquiera.

Una vez que lo decidí así, la policía no tenía habilidad para manipularme. Al redactar el informe, yo le iba enseñando al agente qué debía escribir. Cuando le dije: “¿Por qué no usa esta palabra? Allí tiene que ponerlo de esta manera”, los demás se caían de espaldas.

Al escribir el informe como yo indicaba, cada una de las frases era claramente correcta, pero su contenido, en el contexto general, terminó

siendo el opuesto a la intención de ellos. Las policías se enojaron y lo rompieron en pedazos.

El 13 de julio de 1955, al sexto día de haber sido llevado a la comisaría de Chungbu, volví a ser encarcelado, esta vez en la prisión de Seodaemun, Seúl. Me esposaron, pero ello ni me avergonzó ni me entristeció. La vida en la cárcel no era ningún obstáculo en mi camino. Era un motivo sólido para despertar sentimientos de ira pero no servía como trampa para desalentarme. Al contrario: para mí era como haber obtenido los fondos para comenzar un negocio. Vencí la vida en prisión con este pensamiento: “A mí la cárcel no me hará desaparecer. No puedo morir. Esto es apenas una plataforma para dar el gran salto hacia un mundo de liberación”. Que lo malo decline y lo bueno prospere es lógica terrenal y ley celestial. Aunque entre en una montaña de estiércol, saldré limpio si mantengo un corazón puro y verdadero. Cuando me llevaban esposado, algunas mujeres me miraban de reojo y fruncían sus rostros en señal de reprobación, con la expresión de quien siente náuseas ante el obscuro fundador de una falsa religión. Pero yo no tenía nada que temer ni de qué avergonzarme. Para ponerlo en palabras llanas: aunque me acosasen a mí y a la iglesia, jamás trastabillaría. Pero... ¿cómo no me iba a doler? Hacia el exterior me mostraba con la frente en alto, pero más de una vez sentí un nudo en la garganta y una tristeza que calaba mis huesos. Cada vez que mi corazón se debilitaba, apretaba los dientes y me decía: “Yo no soy un hombre al que una prisión lo acabe. Me pondré de pie nuevamente y sin falta. Con toda certeza me levantaré de nuevo. Todo este dolor lo llevaré oculto en mi corazón. Yo asumo toda la carga de la iglesia”.

Pensaban que si yo iba a prisión la iglesia se acabaría y que los miembros, de inmediato, se dispersarían. Pero no ocurrió lo que esperaban. Mientras estuve en prisión venían a visitarme todos los días. Hasta se pe-

leaban por verme primero. Las visitas comenzaban a las 8 de la mañana, pero desde la madrugada esperaban, haciendo fila, fuera de la prisión. Aumentó gradualmente el número de personas que, cuanto más se me insultaban y más solitario me quedaba, me consolaban y lloraban por mí. Yo no les demostraba mi afecto. Más bien acostumbraba darles una reprimenda: “¿Para qué vienen? ¿Por qué tanto ruido?” Aun así, me seguían con lágrimas en los ojos. Era la expresión de su fe y de su amor. No me querían porque yo les hablara bien o con elocuencia. Me querían porque conocían el amor que había en el fondo de mi corazón. Nuestros miembros reconocían mi sinceridad. Jamás podré olvidar a los que me acompañaron incondicionalmente cada vez que iba esposado a declarar a la corte. Llevaré siempre en mis recuerdos la imagen de sus rostros, apesadumbrados al verme sentado en el banquillo de los acusados.

“¿Cómo puede ser que este hombre los haga enloquecer tanto?”, comentaban los guardias de la prisión al ver a nuestros miembros venir en masa a la prisión. “No son ni su esposa, ni su marido, ni sus hijos ¿Cómo pueden serle tan leales?”, se admiraban otros.

También hubo un guardia que pensó para sí: “Dicen que Moon es un dictador y un explotador, pero eso no es más que un falso rumor”. Y se unió a nuestra iglesia. En definitiva, a los tres meses de haber sido encarcelado me liberaron, declarado inocente de todos los cargos. Ese día, el director de la prisión y los jefes de sección me despidieron cortésmente. Después de tres meses, todos ellos estaban con nosotros. La razón de que sus corazones se volcaran hacia mí era muy simple: una vez que tuvieron la oportunidad de observarme de cerca se dieron cuenta de que era completamente diferente de la persona descrita por los rumores que habían oído. En este caso, los escandalosos y falsos comentarios que circulaban en la sociedad nos habían servido para evangelizar.

Cuando fui llevado por la policía, los medios de comunicación y la sociedad hicieron un bullicio tremendo, pero cuando fui declarado inocente y puesto en libertad, hicieron silencio. Apenas en un rincón perdido de un solo periódico se pudo leer: “El Reverendo Moon, declarado inocente, fue puesto en libertad.” Apenas en tres líneas. Habían diseminado por todo el país los rumores falsos y maliciosos, pero enterraron silenciosamente el hecho de que esos dichos habían sido fabricados y carecían de sentido. Nuestros miembros protestaron: “Maestro, esto es injusto, nos enoja, no podemos soportarlo”. Lloraron delante de mí, pero me quedé callado y los tranquilicé.

Nunca olvidé el dolor que sentía cuando me acusaban y se burlaban de mí. Cuando muchos me culpaban y no había lugar para mí en toda la península de Corea, pude soportarlo y superarlo, pero aquella tristeza aún permanece en una esquina de mi corazón. Puedo ser como un árbol: azotado por el viento y la lluvia y chamuscado por el fuego, pero nunca me permitiré ser un árbol que muera. Hasta en las ramas chamuscadas salen nuevos brotes cuando llega la primavera. Si sigo caminando honrosamente, abrazando firmes convicciones en mi corazón, el mundo también me reconocerá algún día.

Las heridas nos entrenan



La gente calificaba de herejía la nueva verdad que yo predicaba y me arrojaban piedras, pero Jesús, nacido en la tierra del judaísmo, también fue acusado de un hereje y fue crucificado. En comparación, la persecución que sufrí no fue tan dolorosa ni mortificante. Podía soportar cualquier dolor que infligiesen a mi cuerpo. Sin embargo, la acusación de herejía contra nuestra iglesia no podía ser más injusta. Muchos de los teólogos que la han estudiado desde sus comienzos dijeron que era una nueva teología, muy original y sistemática, y la recibieron complacidos. A pesar de ello, el hecho de que la controversia que rodeaba a nuestra iglesia haya crecido y se haya expandido, más que una cuestión teológica fue algo engendrado por las circunstancias.

La mayoría de nuestros miembros venían de otras iglesias. Esa fue precisamente la causa de que la nuestra se convirtiese en la enemiga de las tradicionales. Cuando el profesor Yoon-young Yang, uno de los profesores de la universidad de Ewha que se había unido a nosotros, fue trasladado a la comisaría para ser interrogado, se descubrió que unos 80 pastores cristianos, incluida la rectora Hwal-lan Kim, habían escrito cartas a las autoridades policiales criticando a nuestra iglesia. No es que nosotros hubiéramos hecho algo malo, sino que era una clara expresión represiva del

sectarismo extremo causada por una ambigua sensación de temor y de crisis.

Personas de diversos grupos religiosos se sentían atraídas por nuestra iglesia y sus nuevas enseñanzas. Venían por más que yo los echase casi amenazándolos: “¿Por qué viniste aquí? ¡Vuelve a tu iglesia!”. Enseguida estaban de vuelta. Los que acudían a mí no querían escuchar a nadie más: ni a sus profesores ni a sus padres, pero a mí me escuchaban. Yo no les daba dinero ni comida, pero creían en mí y venían a verme. La razón era que yo les abría un camino para aliviar sus sofocados corazones. Antes de conocer la verdad, yo también estuve sofocado: lo sentí cuando miraba al cielo y a la gente a mí alrededor, de manera que los entendía bastante. Todas aquellas dudas acerca de la vida, para las que no encontraban respuestas, desaparecían como si fuesen lavadas al comprender la palabra de Dios. Como los jóvenes que venían a mí encontraban por primera vez las respuestas a las cuestiones que abrumaban sus corazones, adherían a nuestra iglesia y querían acompañarme aun cuando el camino fuera sufrido y arduo.

Yo les había encontrado y abierto el camino; era quien los guiaba para recuperar familias derrumbadas, a sentir que recuperaban el país y el mundo. En definitiva los guiaba en el camino a Dios. Recuperar la sociedad, la nación, el mundo y, finalmente, volver a Dios. Todos los que venían a mí lo sabían; ellos querían ir conmigo en búsqueda de Dios. No puedo entender cómo a algunas personas eso les parecía mal. Solamente buscaban a Dios, pero tuvieron que sufrir toda clase de persecuciones y las críticas del mundo.

En medio de las dificultades que nos envolvían -dentro de la controversia por la herejía- quien más me dificultó las cosas fue quien era mi esposa en aquellos días. A partir de nuestro reencuentro en Busan, ella y sus fa-

miliares comenzaron a exigirme que eligiera entre dejar inmediatamente la iglesia y vivir los tres como una familia normal o que nos divorciáramos. Incluso me fue a ver a la prisión de Seodaemun, sacó los papeles del divorcio y me exigió que firmara. Pero yo, sabiendo cuán importante es el matrimonio en la construcción de un mundo pacífico de Dios, soporté sus insultos en silencio.

Ella fue tan agresiva que ni a los miembros de la iglesia podía contar el episodio. Yo podía soportar lo que fuera necesario -insultos y maltratos- pero me era difícil sobrellevar ofensas hacia nuestra iglesia y nuestros miembros. Ella embestía contra nuestra iglesia a toda hora, insultando a sus integrantes, destrozando los muebles y adornos, tomando objetos que no le pertenecían cada vez que se le antojaba y hasta arrojando heces humanas. Cuando ella aparecía era imposible realizar un servicio de culto. Finalmente, tan pronto como vino a la cárcel de Seodaemun, accedí a su demanda y puse mi sello en los papeles del divorcio. Sin haber tenido la oportunidad de mantener mis propias convicciones, sufrí el divorcio.

Aún hoy, cuando pienso en mi ex mujer, lo siento por ella. Llegó a ese extremo por la influencia de su propia familia -que era muy cristiana- y por la instigación de su templo tradicional. Cuando pienso en cuánto llegó a cambiar y lo comparo con lo firme que se mostró antes de casarnos, vuelvo a darme cuenta del poder que tienen los prejuicios del mundo y los conceptos establecidos.

Pasé por el dolor del divorcio y de ser acusado de hereje, pero no me quebré en lo más mínimo. Eran cosas que debía asumir para redimir el pecado de Adán y Eva en el camino hacia el país de Dios. Dicen que el momento justo antes del amanecer es el más oscuro. Me aferré a Dios y vencí la oscuridad con la oración. Excepto los pocos momentos en que dormía un poco, dedicaba el día a la oración.

Lo más importante es tener un corazón sincero



Luego de tres meses, ya libre de culpa, retorné a la sociedad. Comprendí una vez más que estaba en deuda con el amor y la vida de Dios. Para pagarla busqué un lugar donde volver a iniciar, desde el principio, una iglesia. Yo no rogué: “Dios, por favor, constrúyenos una iglesia.” Nunca me quejé ni sentí vergüenza de haber tenido una iglesia pequeña e insignificante. Mientras tuviese un lugar para orar me sentiría agradecido. No deseaba un espacio amplio y cómodo.

Para conseguir un lugar en el que pudieran reunirse los miembros para ofrecer el servicio, obtuvimos un préstamo de dos millones de wones (hoy 2,000 dólares) y compramos una casa casi desmoronada en una pendiente de Cheongpa-dong. Era una de esas casas clasificadas como “propiedad enemiga”, es decir, que había estado disponible desde que fuera abandonada por los japoneses que habían ocupado Corea. Era una casa pequeña, de menos de 20 “pyoung” de superficie (66 m²), ubicada al final de un callejón largo y estrecho, para llegar al cual había que adentrarse bastante por un camino tan oscuro y solitario, que parecía una caverna. Por lo demás, no sé qué había sucedido allí para que las columnas y las paredes estuvieran cubiertas de una suciedad negruzca. Con los jóvenes de nuestra iglesia le pasamos soda cáustica, la limpiamos por cuatro días y se quitaron casi

todas las manchas oscuras.

Luego de mudarnos a la iglesia de Cheongpa-dong, prácticamente no dormía. Me sentaba y oraba inclinado en el piso del dormitorio principal hasta que se hacían las tres o las cuatro de la mañana. Me quedaba dormido con la ropa puesta, en la posición de un camarón, y a las cinco me levantaba para comenzar las actividades del día. Continué con ese estilo de vida durante siete años. A pesar de dormir apenas una o dos horas diarias, nunca tuve sueño durante el día. Mis ojos brillaban como la estrella de la mañana, y nunca me sentía cansado.

Mi mente estaba tan dedicada a las cosas que tenía para hacer que hasta me daba pena emplear tiempo en comer. No me hacía preparar una mesa: comía en el piso, agachado sobre el plato. Me repetía constantemente -y oraba con un corazón que siembra una semilla en medio de todo tipo de falsos rumores y oposición- las siguientes exhortaciones: “¡Derrama tu devoción! ¡Derrámala aunque tengas sueño! ¡Derrámala hasta el agotamiento! ¡Derrámala aunque sientas hambre!” Y estaba convencido que algún día cosecharía lo sembrado. Sentía que si no llegaba a cosecharlo en Corea, ciertamente lo cosecharía en algún otro lugar del mundo.

Un año después, nuestra iglesia tenía más de cuatrocientos miembros. Si los nombraba uno por uno en mi oración, veía sus rostros pasar uno tras otro, por mi mente, incluso antes de nombrarlos. A algunos los veía llorar y a otros reír. En mi oración me daba cuenta de cómo estaba cada uno.

A veces, cuando estaba nombrando a alguien, sentía en mi interior: “hoy esta persona vendrá a la iglesia”, y venía sin falta. Iba a visitar al que vi enfermo en mi oración y le preguntaba: “¿Te duele algo?” “Así es”, me respondía. Cada vez que los miembros se sorprendían “¿Cómo sabía, Maestro, que yo estaba enfermo? ¡Es increíble!”. Yo me limitaba a sonreír.

Esto ocurría en ocasión de la consagración de los matrimonios. Antes de la ceremonia preguntaba a los novios si habían mantenido su castidad. Un día, al preguntar a un candidato en particular, me contestó en voz alta que sí. Le pregunté de nuevo y me aseguró que sí. Le pregunté por tercera vez y me dio la misma respuesta. Lo miré fijamente a los ojos y le dije con voz temerosa: “Tú cumpliste el servicio militar en Hwacheon, en la provincia de Gangwon-do, ¿no?” Con voz llena de miedo me respondió que sí. “Cuando te dieron vacación fuiste a un motel en la ruta a Seúl, ¿no? Ese día te acostaste con una mujer de falda roja. Lo sé muy bien. ¿Por qué me mientes?” Me enojé y lo eché. Si mantenemos abiertos los ojos del corazón, se llega a saber lo que otros ocultan.

Había quienes venían a la iglesia arrastrados por la fuerza de fenómenos paranormales, más que por la palabra de Dios. Muchas personas piensan que los poderes espirituales son lo máximo y se aferran a ellos. Sin embargo, aquello que llamamos comúnmente milagros tiende a seducir a la gente en general. Una fe que se basa en sucesos inexplicables o milagrosos no es una fe saludable. Todo pecado debe, ineludiblemente, ser reparado mediante una redención. Nunca hay que apoyarse en el poder espiritual. A medida que nuestra iglesia se asentaba, no hablé más con los miembros sobre lo que veía con los ojos de mi corazón.

El número de miembros creció gradualmente pero yo, fuesen decenas o centenas, los trataba como si fuesen una sola persona. Fuese una anciana o un hombre joven, los escuchaba con toda mi devoción. De todos los miembros escuché decir lo mismo sobre mí. “Nadie en toda la República de Corea me escucha como lo hace el Maestro Moon”. Las abuelas me contaban desde cómo se casaron hasta de los achaques de su anciano.

Me gusta escuchar las historias de los demás. Por eso, cada vez que alguien, sea quien sea, se abría y me contaba, perdía la noción del tiempo.

Escuchaba durante diez o veinte horas sin parar. La persona que pide conversar tiene urgencia. Busca una soga que la salve, de manera que debía escucharla con toda mi devoción. Esa es la manera de amar la vida de esa persona y de pagar las deudas de mi vida. Lo más importante es valorar y respaldar esa vida. De la misma manera que yo escuchaba a los demás con todo mi corazón, hacía escuchar intensamente a Dios mi más sincero corazón y le oraba derramando llanto.

Rezaba con lágrimas toda la noche. No había día en que el suelo de madera se secara. Estaba mojado con mi sudor. Tiempo después, estando en los Estados Unidos, recibí la noticia de que los miembros estaban planeando restaurar a nueva la Iglesia de Cheongpa-dong y envié un telegrama ordenando que detuviesen la obra de inmediato. Es cierto que esa iglesia era un lugar que contenía mi propia historia personal, pero, más que eso, era el testimonio vivo de la historia de nuestra iglesia. ¿De qué serviría que hiciesen un bello predio si desaparecía nuestra historia? Lo importante no era el aspecto exterior sino el ideal alojado en su interior. Podrá ser deficiente, pero su valor radica en la tradición y en la luz allí existente. Un pueblo que no sabe respetar su propia tradición está destinado a declinar.

En las columnas de la Iglesia de Cheongpa-dong está grabada la historia: “Tal día, por tal y tal motivo, se abrazó a este pilar y lloró”. Ver la columna a la que me abracé y lloré me hace llorar de nuevo. Ver el marco desencuadrado de la puerta me trae recuerdos. Hoy, sin embargo, no queda nada del piso de madera. Los rastros de las lágrimas se han ido junto con el piso donde me inclinaba en oración y derramaba lágrimas. Lo que necesito es el recuerdo de aquel dolor. No importa que el estilo o la apariencia externa sean viejos. Con el paso del tiempo llegamos a tener muchas iglesias bien construidas, pero yo me siento más cómodo orando en la antigua y estrecha casa de la colina en Cheongpa-dong.

Pasé mi vida orando y predicando, pero todavía siento temor cuando me paro frente a muchas personas. Hablar frente a otros de asuntos públicos es algo que da vida a muchas personas, pero también mata a otras. Para mí es una cuestión de suma importancia llevar por el camino de la vida a la gente que me escucha. Es trazar una línea definida en la encrucijada entre la vida y la muerte.

Todavía no decido de antemano el contenido de mis sermones, porque si los preparo de antemano podría entremezclar en ellos mis objetivos particulares. Podría hacer alarde del conocimiento que he acumulado, pero no me permitiría derramar el perfil más sincero y fervoroso de mi corazón. Antes de aparecer en público rezo por más de diez horas y concentro mi devoción. Con ello profundizo mis raíces. Aunque a las hojas se las coman los insectos, si la raíz es profunda no hay problema. Si bien en ocasiones mis palabras pueden incomodar, basta con tener un corazón sincero.

Por la época en que fundamos la iglesia yo vestía una chaqueta militar que habían usado los norteamericanos y ropa de fajina teñida de negro. Subía a la tarima y predicaba empapado en sudor y lágrimas. No había día en que no llorase amargamente. Las lágrimas llenaban mi corazón y fluían hacia afuera. Eran días en los que mi espíritu parecía estar distanciándose, como si estuviera a punto de expirar. Mi ropa estaba empapada y gotas de sudor rodaban de mi cabeza.

En los días de la Iglesia de Cheongpa-dong todos pasaron momentos difíciles, pero en particular Hyowon Eu sufrió mucho a causa de una enfermedad pulmonar que le dificultaba todo. Aún así dio conferencias, dieciocho horas diarias, durante tres años y ocho meses. El alimento no era satisfactorio, pero aguantó con dos raciones diarias de cebada. Para acompañarla recurrió apenas a un kimchi, al que solo dejábamos fermentar de

un día para el otro. A Hyowon Eu le gustaban los camarones pequeños, salados. Dejaba un bote con estos camarones en una esquina de la habitación y de vez en cuando iba y los pinchaba con un solo palito, racionándolos. Así fue como soportó días difíciles. Me dolía en el alma verlo agotado por el hambre, tendido en el piso y sin fuerzas. Me hubiese gustado poder darle mariscos. Todavía hoy, cuando pienso que, aún doliente, grabó y ordenó mis palabras -que fluían como una cascada- se me paraliza el corazón.

Gracias al sacrificio de muchos miembros, la iglesia crecía sólidamente. Con estudiantes de escuela intermedia y secundaria formamos la agrupación juvenil “Sunghwa”. Esos estudiantes se organizaron entre ellos por número y, turnándose, daban a nuestros misioneros la vianda que sus madres les habían preparado para llevar a la escuela. Cuando los misioneros llevaban ese arroz a su boca, no podían evitar las lágrimas pensando en el hambre del joven que había saltado una comida. La devoción era, para los jóvenes, más importante que la comida en sí. Redoblamos nuestra determinación con un corazón apremiado: “Cumplamos Su voluntad, aunque nos cueste la vida”.

En medio de esas dificultades salieron misioneros hacia todas partes del país. Había tantos rumores maliciosos que era triste, para nuestros miembros, no poder decir a la gente que eran de la Iglesia de la Unificación, pero limpiaban las calles, ayudaban en tareas domésticas a quien lo necesitara y abrían escuelas nocturnas para alfabetizar a la gente y predicarles la palabra de Dios. La tarea insumía varios meses, hasta que lograban una afinidad de corazón y así, sirviendo a la gente, nuestra iglesia fue creciendo. Aun no olvido a los miembros de los primeros tiempos, pioneros que, aunque tenían fuertes deseos de ir a la universidad, desistieron de hacerlo y optaron por permanecer a mi lado y dedicarse a la iglesia.

Capítulo IV

POR QUÉ TRABAJAMOS GLOBALMENTE

Pagando el precio final para seguir el camino de Dios



Tan pronto como salí de la prisión de Seodaemun fui al templo budista de Gabsa, en el monte Gyeroung, en la provincia Choong-Cheong. Necesitaba curar las heridas de las torturas que recibí en la prisión Seodaemun. Además necesitaba un bosque en el que pudiera orar y reflexionar sobre el futuro de nuestra iglesia. Esto ocurrió poco después del final de la Guerra de Corea y hasta el mero hecho de encontrar suficiente comida para sobrevivir era, a menudo, una tarea difícil. A pesar de estas dificultades inmediatas, era importante hacer planes a más largo plazo. Todavía no teníamos una iglesia con capacidad suficiente como para que todos nuestros miembros asistieran al servicio, pero sentí que era importante pasar un tiempo mirando hacia el futuro lejano.

Tras el colapso del régimen colonial japonés y la liberación de Corea en 1945, los dos países no habían establecido relaciones diplomáticas. Japón no había reconocido al gobierno de Seúl y Corea consideraba a Japón un país enemigo. Yo pensaba que era importante, para los dos, tener reanudado el contacto para cuando la situación del mundo fuera considerada a nivel global. Preparé mi plan para llevar a cabo una labor evangélica en Japón y luego llamé a Bongchun Choi para que me encontrara en la mon-

taña, detrás del templo Gabsa.

“Necesitas ir inmediatamente a Japón. No verás a Corea nuevamente antes de tu muerte”. Estas fueron mis primeras palabras: las pronuncié cuando él llegó. Debe haberse sorprendido al oírme hablar así, pero no dudó en lo más mínimo al responder. Simplemente contestó “¡sí!” Los dos cantamos una canción de la iglesia que comienza diciendo:

*Llamado de Dios, honramos el llamado;
Señor, iremos donde sea que tu digas.*

Bajamos juntos de la montaña con la moral alta. El nunca preguntó cómo iba a ganarse la vida en Japón o cómo se suponía que comenzaría sus actividades allí. Bongchun Choi fue esa clase de hombre audaz, pero le tomó tres años, hasta 1958, establecerse en Japón. Esto requería que pusiera su propia seguridad bajo riesgo considerable.

Corea y Japón no establecieron relaciones diplomáticas por otros siete años. De hecho, Corea, debido a que el doloroso recuerdo del sufrimiento que padeció bajo el dominio de Japón estaba todavía muy fresco, rechazaba cualquier propuesta de apertura de contactos con este país. Tuve a nuestro misionero “de contrabando” en este país enemigo por el bien futuro de Corea.

En lugar de rechazar todo contacto, Corea necesitaba evangelizar a Japón. Así estaría en la posición de ser su socio principal en la relación bilateral. Corea era pobre materialmente. Necesitaba abrir un canal hacia el liderazgo de Japón, poner a Japón de su lado y luego vincularse con los Estados Unidos. Así sería cómo Corea podría sobrevivir. Como resultado de la exitosa campaña para enviar un misionero a Japón y debido al sacrificio de Bongchun Choi, un joven líder excepcional llamado Osami Kuboki se

unió a la iglesia junto con un grupo de jóvenes que le siguieron. La iglesia japonesa quedó firmemente establecida como resultado del trabajo que ellos realizaron.

Al año siguiente enviamos misioneros a América. No hubo “contrabando” esta vez. Fueron a través de los canales legales, con pasaportes y visados gestionados y recibidos antes de partir. Para obtener los pasaportes fueron ayudados por algunos ministros del gabinete del Partido Liberal, entidad política que había desempeñado un papel relevante en la tarea de encarcelarme en la prisión de Seodaemun. Anteriormente se habían opuesto a nosotros, pero ahora nos estaban ayudando. Los Estados Unidos, en aquellos días, parecían un país muy lejano. En nuestra iglesia, algunos se opusieron a la idea de enviar misioneros allí, diciendo que era más importante hacer crecer nuestro movimiento en Corea. Convencí a los miembros, sin embargo, diciéndoles que a menos que la crisis de Estados Unidos se resolviera, Corea también sería destruida. En enero de 1959 enviamos a Young-oon Kim, uno de los profesores que habían sido despedidos de la Universidad de Mujeres de Ewha. Luego, en setiembre de ese año, enviamos a David S. C. Kim. Ellos comenzaron en Estados Unidos un trabajo que estaba dirigido a todo el mundo.

El dinero ganado honradamente, usado preciosamente



Los fondos acumulados gracias a operaciones de negocios son sagrados. Para que los beneficios obtenidos por las empresas sean sagrados, sin embargo, es importante no mentir ni pretender una ganancia excesiva. Cuando llevamos a cabo negocios debemos ser siempre honestos y nunca obtener una utilidad de más del 30 por ciento. El dinero ganado de esta manera honorable debe, por supuesto, usarse preciosamente. Debe ser gastado donde haya un claro propósito e intención. Es de esta forma que he administrado las operaciones comerciales toda mi vida. Creo que el propósito de los negocios no es simplemente hacer dinero sino también apoyar la labor misionera que es la obra de Dios.

Una razón por la que trabajé para crear fondos para la labor misionera a través de los negocios es la de que no quería tomar el dinero de nuestros miembros para este propósito. No importa qué tan alto pueda ser el propósito: el envío de misioneros al extranjero no puede lograrse sólo con desearlo. Se necesitan fondos, que debían ser dinero ganado en nombre de la iglesia, fondos obtenidos de una manera honorable. Sólo entonces podríamos estar orgullosos de todo lo que hicimos.

Mientras pensaba en diversas opciones para hacer dinero, los sellos

postales llamaron mi atención. En aquellos días yo sugería a los miembros que se escribieran cartas entre sí por lo menos tres veces al mes. Enviar una carta costaba 40 wones, pero sugerí que no se limitaran a colocar un sello postal de ese precio. En su lugar sugerí usar 40 sellos postales de 1 won. Tomamos los sellos cancelados de esas cartas, los vendimos y logramos hacer un millón de wones en el primer año. Al ver que los sellos postales, que parecían insignificantes, podrían generar grandes cantidades de dinero, los miembros continuaron este trabajo durante siete años. También se vendían fotografías en blanco y negro -de lugares famosos o personalidades del entretenimiento popular- para que se las coloreara con pintura. Estos emprendimientos contribuyeron significativamente al funcionamiento de nuestra iglesia.

A medida que ésta crecía, los sellos postales y las fotografías pintadas ya no eran suficientes para generar los fondos que necesitábamos para nuestro trabajo misionero. Teníamos que llevar nuestro negocio a un nivel superior si es que íbamos a enviar misioneros a todo el mundo. En 1962, antes de que el gobierno coreano redenominara la moneda, la iglesia invirtió 720,000 wones en un torno que los japoneses habían utilizado pero abandonaron en 1945. Tras la redenominación, valía 72,000 wones. La moneda de Corea fue atada al dólar a 125 wones por cada unidad norteamericana, de modo que el valor oficial de la inversión fue de \$ 576. Pusimos este torno en la sala de almacenamiento de briquetas de carbón de la casa “propiedad del enemigo” que estábamos utilizando como nuestra iglesia, y la llamamos “Industrias Tongil”.

“Para ustedes este torno puede parecer insignificante,” dije entonces a los miembros. “Ustedes pueden preguntarse qué tipo de negocio vamos a hacer mediante la instalación de maquinaria antigua y usada. La máquina que ustedes ven aquí, sin embargo, se multiplicará en poco tiempo para

convertirse en 7,000 y hasta en 70,000 tornos: La compañía se desarrollará junto con la Defensa y la industria del automóvil de Corea. La máquina que instalamos hoy será, sin duda, la piedra angular de la construcción de la industria automovilística de nuestro país. Tengan fe. Tengan la convicción de que esto va a suceder, con toda seguridad”.

Esto fue lo que dije entonces a los miembros que se reunieron frente a la sala de almacenamiento de briquetas de carbón. Fue un comienzo humilde, pero nuestro propósito era noble y grande. Los miembros respondieron a mi llamado y trabajaron con dedicación. Como resultado, en 1963 fuimos capaces de iniciar otro negocio en una escala algo mayor. Se trataba de construir un barco pesquero. El barco fue botado en un muelle en la sección Manseok-dong de Incheon y bautizado como “Cheon Seung Ho”, que significa “Victoria de los Cielos”. Unos 200 miembros asistieron a la ceremonia en la que este barco de pesca fue enviado al océano.

El agua es fuente de vida. Todos nacemos del vientre de nuestra madre. Dentro de estos vientres hay agua, por lo que nacemos a partir de agua. Yo puse en marcha el barco con la creencia de que, de forma similar a cómo recibimos la vida del agua, tenemos que salir al mar y rendir allí una serie de pruebas. ¿Con qué intención? La de ser capaces de sobrevivir a otras pruebas: las que enfrentaremos en tierra firme.

El “Cheon Seung Ho” era un barco excepcional. Navegó a través del Mar Amarillo y pescó muchos peces. La reacción de muchos miembros, sin embargo, fue que nuestra iglesia tenía mucho que hacer en tierra firme: no había necesidad de salir al mar y capturar peces. Me di cuenta, sin embargo, de que el mundo estaba a punto de entrar en una era oceánica. La botadura del “Cheon Seung Ho” era un pequeño -aunque valioso- primer paso en la apertura de esa época, pero yo ya estaba imaginando un océano más grande y con barcos de mayor porte y velocidad que éste.

El poder de la danza mueve al mundo



No somos una iglesia rica. Somos una iglesia pobre, iniciada por personas que no podían proveer suficientes víveres para mantenernos bien alimentados. No teníamos los lujosos edificios que tenían otras iglesias, pero comíamos cebada cuando los demás comían arroz y guardábamos el dinero de a poco. Luego compartimos ese dinero con personas que eran más pobres que nosotros. Nuestros misioneros dormían en habitaciones sin calefacción, poniendo sus mantas para dormir directamente sobre el piso de cemento. Cuando llegaba la hora de comer, era común que se quitaran el hambre comiendo apenas algunas papas cocidas. En todos los casos hemos hecho lo posible para no gastar dinero en nosotros mismos.

En 1963 utilizamos el dinero que habíamos ahorrado de esta manera para seleccionar a 17 niños. Con ellos formamos el conjunto de baile Seonghwa llamado “Los angelitos”. Corea, en aquellos días, tenía muy poco en materia de espectáculos culturales. No teníamos nada para presentar a la gente de otros países, por no hablar ya de actuaciones que nosotros pudiéramos ver y disfrutar. Todos estaban demasiado ocupados -tratando de sobrevivir- como para recordar la antigua danza de Corea o el hecho de que teníamos un patrimonio cultural que se remontaba a 5,000

años atrás.

Mi idea era que estos 17 niños aprendieran a bailar, para luego enviarlos a todo el mundo. Muchos extranjeros sólo sabían que Corea era un país pobre y que había librado una guerra terrible. Yo quería mostrarles las hermosas danzas de Corea, para que se dieran cuenta de que el coreano es un pueblo culto. Podíamos insistir lo que quisiéramos en que teníamos 5,000 años de tradición, pero nadie nos creería si no teníamos nada que mostrar.

Nuestras danzas, con bailarines vestidos de Hanbok girando suavemente alrededor, son un patrimonio cultural maravilloso. Pueden dar una nueva experiencia a los occidentales, acostumbrados a ver bailarines saltando sobre sus piernas desnudas. Nuestros bailes están imbuidos de la historia dolorosa del pueblo coreano.

A medida que el bailarín levanta un pie envuelto en un beoseon blanco (las tradicionales polainas coreanas) y lo mueve hacia adelante para dar un solo paso, ella vuelve la cabeza suavemente y levanta su mano blanca. Conforme yo veía la suave sutileza de sus movimientos, parecían desvanecerse todas las preocupaciones y frustraciones de mi corazón. No aparece ningún intento de conmover a la audiencia con palabras pronunciadas con voz de trueno. En cambio, cada paso de baile, realizado con delicadeza y finura, conmueve el espíritu de la audiencia. Es el poder del arte. Permite comunicarse a las personas que no entienden el idioma del otro. Permite, a quienes ignoran la historia del otro, a comprender su corazón

En particular, las inocentes expresiones faciales y las luminosas sonrisas de los niños apuntarían a borrar por completo la imagen oscura de un país que hasta hacía muy poco había estado en guerra. He creado este grupo para difundir la danza tradicional de nuestro país -de 5,000 años de historia- al pueblo de los Estados Unidos, el país más civilizado del mundo

en ese momento. La sociedad que nos rodeaba, sin embargo, nos colmaba de críticas. Antes incluso de ver las danzas de Los Angelitos, empezaron a criticar.

“Las mujeres de la Iglesia de la Unificación bailan día y noche”, fue uno de esos comentarios indignantes: “Y ahora parece que han dado a luz a niños que también bailan”. Pero ni siquiera esas opiniones podían sacudir mi resolución. Yo estaba seguro de querer mostrar al mundo lo que era la danza de Corea. Quería que la gente que nos acusó de bailar desnudos tuviera la oportunidad de ver los movimientos bellos y suaves de los bailarines caminando ligeramente con sus polainas beoseon. No eran bailes salvajes, de esos en los que se da vueltas y vueltas sin ningún ritmo. Eran bailes suaves, interpretados por bailarines vestidos con el traje tradicional de nuestro país.

Los Ángeles abren un camino a través de un bosque oscuro



Dos cosas debemos dejar a nuestros descendientes cuando vayamos a morir. Una es la tradición y la otra es la educación. Un pueblo sin tradición fallará. La tradición es el alma que permite a un pueblo a seguir. Un pueblo sin alma no puede sobrevivir. El segundo valor importante es la educación. Ese pueblo también fracasará si no educa a sus descendientes. La educación nos da el poder para vivir con nuevos conocimientos y objetivos. A través de la educación, las personas adquieren sabiduría para la vida. Cualquier persona que no sepa leer será ignorante, pero una vez instruida sabrá cómo utilizar su conocimiento para administrar su propia vida. La educación da la sagacidad necesaria para comprender los principios con los que funciona el mundo. Para abrir un nuevo futuro al pueblo coreano debemos transmitir a nuestros descendientes la tradición que se nos ha legado durante miles de años y también proporcionarles educación en torno a cosas nuevas. La tradición y los nuevos conocimientos deben integrarse adecuadamente a nuestras vidas, haciendo renacer una cultura original. La tradición y la educación son importantes aunque sea imposible decir cuál tiene prioridad sobre la otra. Nuestro ingenio para integrar a los dos también nos llega a través de la educación.

Junto a la compañía de danza fundé la Escuela de Artes de los Angelitos, más tarde llamada Escuela de Arte Sunhwa. Su objetivo era difundir en el mundo nuestros ideales a través de las artes.

La cuestión de si tuvimos la capacidad de administrar bien la escuela, tenía para mí una importancia secundaria. En primer lugar puse en marcha mi plan. Si el propósito es claro y para bien, es necesario echarlo a andar rápidamente. Quería educar a los niños a amar el cielo, a su país y a la humanidad.

Escribí mi lema para la escuela como una pieza de caligrafía. Decía en caracteres chinos: “Amar al cielo, amar a la humanidad, amar al país”. Alguien me preguntó, entonces, porqué ponía ‘amar al país’ al final, cuando decía que mi propósito era mostrar la cultura única de Corea al mundo. Le contesté diciendo: “Si una persona ama el cielo y ama a la humanidad, ya ha amado a su país. Amar el país ya se ha logrado en el proceso”.

Si un coreano puede hacer que el mundo lo respete, ha logrado el propósito de hacer que el mundo sepa acerca de Corea. Los Angelitos fueron a muchos países y mostraron la excelencia de la cultura coreana, pero nunca hicieron reivindicaciones nacionalistas de tipo político. La imagen de Corea como ámbito de gran cultura y tradición fue plantada profundamente en las mentes de las personas que vieron sus actuaciones y les dieron su aplauso. En ese sentido, Los Angelitos hicieron más que nadie para llevar a Corea al mundo y practicar el amor por su país. Siento una gran satisfacción cada vez que veo las actuaciones de Sumi Jo y Young-ok Shin, graduadas de la Escuela de Arte Sunhwa y convertidas en cantantes de renombre mundial, así como de Julia Moon y Sue-jin Kang, que están entre las mejores bailarinas en el mundo.

Desde 1965, cuando celebraron su primera actuación en los Estados Unidos, Los Angelitos han ido introduciendo la hermosa tradición de Co-

rea en todo el mundo. Fueron invitados por la familia real británica para actuar en presencia de Su Majestad la reina Isabel II. Fueron invitados a participar en la celebración del Bicentenario de la Independencia de los Estados Unidos, donde se presentaron en el Centro John F. Kennedy para las Artes Escénicas. Dieron un espectáculo especial para el Presidente Richard M. Nixon y formaron parte del Festival de cultura y artes escénicas que fue parte de los Juegos Olímpicos de Seúl. Los Angelitos son conocidos en todo el mundo como embajadores culturales para la paz.

En 1990, cuando visité Rusia, Los Angelitos actuaron la noche anterior de que yo me retirara del país, donde había sido recibido por el Presidente Mihail Gorbachov. Las niñas se situaron en el centro de Moscú, ojo ancestral del comunismo. Después de bailar vestidas con Hanbok, estos pequeños ángeles cantaron canciones populares de Rusia con sus hermosas voces. Los gritos de “¡otra...!” se repitieron de la audiencia, por lo que fue imposible para ellas salir del escenario. Al fin, agotaron su repertorio.

La primera dama, Raisa Gorbachov, estaba sentada entre la audiencia. Corea del Sur y Rusia todavía no habían establecido relaciones diplomáticas: era muy raro que la esposa del Presidente asistiera a una representación cultural de tal país. De hecho, la señora Gorbachov se sentó en la primera fila y aplaudió con entusiasmo durante todo el programa. Después de la actuación fue detrás de bambalinas, entregó flores a la compañía y en repetidas ocasiones alabó la grandeza de la cultura coreana, diciendo: “Los Angelitos son realmente los ángeles de la paz. Yo no sabía que Corea del Sur tenía una cultura tradicional tan hermosa. Durante toda su presentación sentí como si estuviera viviendo un sueño acerca de mi propia infancia.” La señora Gorbachov abrazó a cada miembro de la compañía y les dio un beso en la mejilla, diciendo: “¡Mis angelitos!”

En 1998, los Angelitos visitaron Pyongyang. Encarnaron el primer

intercambio cultural -totalmente privado, no gubernamental- y ofrecieron allí tres actuaciones. Ellos bailaron el bonito “Baile del Noviecito” y el colorido “Baile del Abanico”. Los ojos de la gente de Corea del Norte, viendo la presentación, se llenaron de lágrimas otra vez. La imagen de una mujer que sollozaba sin control fue capturada por la lente de un fotógrafo de prensa. Yongsoon Kim, presidente de la Comisión para la Paz de Asia-Pacífico -entidad de Corea del Norte- elogió a los Angelitos después de su actuación, diciendo: “Ellos han abierto un camino estrecho a través del bosque oscuro.”

Eso fue exactamente lo que Los Angelitos hicieron. Demostraron, por primera vez, que los coreanos del Norte y del Sur, que se habían dado la espalda por mucho tiempo, eran capaces de reunirse en un solo lugar y disfrutar de las actuaciones del otro. La gente suele pensar que la política mueve el mundo, pero no era así en este caso. Son la cultura y el arte quienes lo hacen. Es la emoción, no la razón, la que afecta a las personas en lo más íntimo de su corazón. Cuando éstos cambian y son capaces de acoger cosas nuevas, las ideologías y los regímenes sociales, como resultado, cambian. Los Angelitos hicieron más que promocionar nuestra tradición cultural en el mundo: crearon estrechos caminos entre dos mundos, completamente diferentes uno del otro.

Cada vez que me encuentro con Los Angelitos les digo: “Ustedes deben tener corazones hermosos para realizar hermosas danzas. Ustedes deben tener el corazón hermoso para tener bellos rostros”. La verdadera belleza es la que brota desde dentro de nosotros. Los Angelitos han sido capaces de conmover los corazones de personas de todo el mundo, porque la belleza de la tradición de Corea y la cultura espiritual explícita en sus bailes, son relevantes. De esta manera, los aplausos a Los Angelitos son en realidad aplausos a la cultura tradicional de Corea.

Nuestro futuro reside en el mar



Desde la infancia, mi mente siempre ha volado a lugares lejanos. En mi ciudad natal quería subir a la montaña y anhelaba llegar al mar. Cuando llegué a Seúl quería ir a Japón. Siempre he soñado con ir a lugares más vastos que aquellos en los que estaba.

En 1965 me embarqué en mi primer viaje alrededor del mundo. Mi maleta estaba llena de tierra y piedras de Corea. Mi plan era que, a medida que avanzara, plantaría tierra y piedras de Corea en cada país. Durante diez meses hice una gira por 40 países, incluyendo Japón, Estados Unidos y Europa. El día que salí de Seúl, cientos de nuestros miembros se dirigieron en decenas de autobuses para verme partir y llenaron la sala de embarque del aeropuerto Kimpo. En aquellos días, salir hacia el extranjero era un acontecimiento importante. Nuestros miembros abarrotaron el aeropuerto ese día de enero en que un fuerte viento frío soplaba desde el noroeste. Nadie les había dicho que lo hicieran, pero obedecieron a su corazón. Recibí esa expresión de afecto con profunda gratitud.

En ese momento estábamos realizando trabajo misionero en diez países. Mi plan era aumentar a 40 países en dos años. Para sentar las bases de este crecimiento decidí visitar ese número de naciones en mi viaje. Mi primera parada fue Japón, donde recibí una magnífica acogida.

Formulé la siguiente pregunta a los miembros japoneses. “¿Son ustedes ‘de Japón’ o han trascendido el estado de ser “de Japón”? “Dios -continué- no quiere lo que es ‘de Japón’; no lo necesita. Lo que precisa es gente que vaya más allá. Tienen que ir más allá de las fronteras de Japón para convertirse en japoneses que aman al mundo, si quieren ser personas que puedan ser útiles a Dios”. Puede que no haya sido fácil para ellos oír esto, pero fui muy claro.

Mi segundo destino fue Estados Unidos. Entré al país por el aeropuerto de San Francisco, donde me reuní con nuestros misioneros. Desde allí recorrimos todo el país. Durante el tiempo que estuve de gira por América, percibí claramente que ese era el país que dirigía al mundo. La cultura a crearse en el futuro debía levantarse con los Estados Unidos como fundamento. Me propuse, a continuación, comprar una instalación para dar seminarios en los Estados Unidos. Debía tener capacidad para, por lo menos, 500 personas. Sería un centro internacional que recibiría a personas de más de 100 países. Raza, nacionalidad y religión no harían diferencia alguna. Creo que el mundo desarrolla mejores sociedades cuando las personas han trascendido la raza, la nacionalidad y la religión y, bajo una amplia variedad de opiniones, se reúnen y discuten con franqueza sobre la paz mundial.

Durante mi gira por los Estados Unidos visité todos los estados, excepto Alaska y Hawái. Alquilamos una furgoneta y manejamos día y noche. A veces el conductor estaba tan cansado, que comenzaba a dormitar. “Escucha esto”, le decía para despertarlo: “Sé que estás cansado, pero yo no he venido aquí para hacer turismo. Estoy aquí para hacer un trabajo importante. Tenemos que ir rápido”.

No perdíamos el tiempo en sentarnos a comer. Dos rebanadas de pan, un trozo de salchicha y pepinillos en vinagre, eran una buena comida para

nosotros. Comíamos el desayuno, el almuerzo y la cena de esta forma. También dormíamos en el coche, que era nuestro alojamiento, nuestra cama y nuestro restaurante. Comimos, dormimos y rezamos en ese pequeño vehículo. No había nada que no pudiéramos hacer allí. Yo tenía un propósito particular que cumplir; por tanto, me resultaba fácil soportar los inconvenientes menores del cuerpo físico.

Después de los Estados Unidos y Canadá fui a Centro y Sur América y luego a Europa. Para mis ojos, Europa estaba totalmente incluida en la esfera cultural del Vaticano. Incluso los Alpes, que se supone son tan difíciles de escalar, parecían tener poca importancia en comparación con el Vaticano.

Fui al Vaticano, donde los europeos se reúnen para orar. Rezaba con tal fervor que gotas de sudor corrían por mi cara. Rezaba para que la religión, que se había dividido entre tantas denominaciones y grupos, pudiera ser unificada rápidamente. Dios creó un solo mundo, pero la gente se dividió de la forma que más le convenía. Volví más convencido que nunca, de que estas divisiones deben ser borradas y el mundo debe ser unificado. Desde Europa fui a Egipto y al Oriente Medio, y terminé mi gira después de diez meses.

Cuando regresé a Seúl mi maleta estaba llena de tierra y piedras de 120 lugares en 40 países. Cuando plantaba la tierra y las piedras que había sacado de Corea, tomé tierra y piedras de cada lugar y los llevé de vuelta a mi país. De esta manera conecté a Corea con esos 40 países, como preparación para el día futuro en que el mundo de paz se consagrara con centro en Corea. Comencé los preparativos para enviar misioneros a los 40 países.

Mientras recorría el mundo, nadie sabía que yo trazaba planes para hacer negocios a escala mundial. Como la iglesia creció y el número de misiones aumentaba, la cantidad de fondos necesarios para apoyar estas

actividades aumentaba dramáticamente. Teníamos que hacer negocios a gran escala a fin de apoyar estas actividades. Al recorrer 48 estados de los Estados Unidos, presté mucha atención a los tipos de empresas que podían apoyar las actividades que habíamos planeado.

Recordé entonces que los estadounidenses comen carne todos los días. Miré el precio de una vaca. Una vaca, que costaba \$25 en Miami, costaba \$400 en Nueva York. También comprobé el precio del atún. Sorprendentemente, un atún costaba más de \$4,000. El atún pone más de 150 huevos a la vez, mientras que una vaca tendrá sólo una cría por vez. Era evidente que la captura de atún sería un negocio mucho más redituable que la cría de ganado.

Surgía el problema de que los estadounidenses no comían carne extraída del mar, pero los japoneses eran muy aficionados al atún. Había muchos japoneses que vivían en los EE.UU., y los restaurantes operados por japoneses vendían atún crudo a un precio alto. Además, los estadounidenses que habían aprendido a disfrutar de pescado crudo gustaban de comer atún.

El planeta en que vivimos está más cubierto por océanos que por tierra. Estados Unidos tiene costas sobre dos océanos, y por tanto muchos peces. Para iniciar una explotación agrícola o cría de ganado tendríamos que comprar la tierra, pero eso no es necesario en el océano. Todo lo que necesitábamos era un barco. Podíamos ir tan lejos como fuera necesario para capturar peces. El océano está lleno de cosas para comer. En la superficie del océano existe una activa industria, la del transporte marítimo. Los buques transportan cosas que se hacen en países de todo el mundo para ser vendidos en otros lugares. El océano es un tesoro que garantiza a la humanidad un futuro brillante.

Compramos varias embarcaciones en los Estados Unidos. No fueron

buques de gran tamaño –como para que lucieran en un álbum de fotos– sino de entre 11 y 13 metros de eslora. Se podía buscar el atún con los motores apagados. Eran barcos de pesca, del tamaño de un yate, que no tendrían accidentes graves. Quedaron surtidos en Seattle, San Francisco, Tampa y Alaska. También compramos una instalación para repararlos.

Hicimos mucha investigación propia. Colocamos un bote en cada región y medimos la temperatura del agua. Revisamos todo para ver cuántos atunes capturamos cada día y colocamos los datos en un gráfico. No sólo tomamos los datos que los expertos habían creado anteriormente: nuestros miembros mismos bajaron al agua para reunir la información. Los resultados de los estudios realizados por famosos profesores universitarios del área fueron usados como referencia, pero fui en persona a aquellas zonas, viví allí y lo corroboré todo. No hay dato más fiable que el que creamos nosotros.

Debimos superar un montón de problemas para crear este material, pero no lo guardamos sólo para nosotros sino que lo compartimos con la industria pesquera. También desarrollamos nuevas zonas de pesca. Si se pesca mucho en una zona, se agota la población de peces. Es importante ir a nuevas áreas. En poco tiempo hicimos un impacto significativo en la industria pesquera de los Estados Unidos.

Entonces comenzamos otro negocio: el de capturar peces en mar abierto. Un barco sale al océano y captura pescado durante –por lo menos– seis meses sin volver a puerto. Cuando el buque dispone de todos los peces que puede llevar, otro, de transporte, sale, le recoge la pesca y lo provee de alimentos y combustible. El barco cuenta con cámaras de frío en las que se puede almacenar pescado durante mucho tiempo.

El nombre de nuestro barco es “New hope” (Nueva esperanza), y es bien conocido por ser capaz de atrapar muchos peces. Yo mismo conduje

ese barco y capturé atún. A menudo las personas tienen miedo de subirse a los barcos. Cuando sugiero a los jóvenes que lo hagan, a veces su primera reacción es de miedo. “El mar me marea”, les escuchamos decir. “Sólo de subirme a un barco empiezo a transpirar. Siento como que voy a morir”. Por tanto, lo primero fue subir a un barco yo mismo. Desde ese día nunca he perdido oportunidad alguna de salir en un barco en siete años, con cientos de experiencias de pesca. Incluso ahora, ya cerca de los 90 años de edad, me gusta salir al océano cada vez que tengo el tiempo, mientras más y más jóvenes dicen querer salir en las naves. Más mujeres también dicen que quieren hacerlo. En cualquier tarea, si el líder lo hace primero, la gente lo sigue. Como resultado, ya soy bien conocido como pescador de atún.

Sería de poca utilidad, sin embargo, solamente capturar el atún. Debemos ser capaces de venderlo a un precio adecuado. Hemos creado una instalación de procesamiento de atún, e incluso yo mismo vendí el producto. Lo ponemos en camiones refrigerados y salimos a venderlos. Si la venta era difícil, fundábamos nuestros propios restaurantes de mariscos y vendíamos el atún directamente a los consumidores. Una vez que tuvimos nuestros propios restaurantes, la gente no podía ignorarnos.

Estados Unidos tiene tres de las cuatro áreas de pesca más grandes del mundo. Sin embargo, existe poca gente dedicada a la captura de peces y su industria pesquera es relativamente subdesarrollada. El gobierno ha tomado medidas destinadas a apoyar la industria de la pesca pero no ha logrado un efecto positivo importante. Ofreció barcos a un 10% de su costo, siempre que los compradores los utilizaran durante dos años y medio, pero pocas personas aprovecharon esta facilidad. ¡Qué frustrante es esto! Cuando empezamos a poner dinero en la industria pesquera, causamos revuelo en cada puerto al que fuimos. Esto no es sorprendente, ya que muchas comunidades suelen prosperar cuando nosotros invertimos.

Nuestro trabajo, en última instancia, es ser pioneros en nuevos mundos. No era simplemente la captura de peces. Estábamos tomando caminos no transitados por otros. ¡Qué emocionante es ser pioneros en los caminos que otros no se han animado a recorrer!

Los océanos cambian constantemente. Dicen que la mente de la gente cambia de la noche a la mañana, pero el océano cambia de un momento a otro: por eso es misterioso y hermoso, abarca todo en el cielo y la tierra. Soy muy aficionado a la naturaleza, porque ésta nunca engaña. Si es alta, se hace más baja y si es baja se hace mayor. En todos los casos, ajusta su altura para ser plana. Si estoy sentado sosteniendo una caña de pescar, parece como si tuviera todo el tiempo del mundo.

¿Qué hay en el océano que pueda cruzarse en nuestro camino? ¿Quién está allí para apurarnos? Tenemos un montón de tiempo para nosotros mismos. Todo lo que necesitamos hacer es observar el océano y hablar con él. Cuanto más tiempo pasa una persona en el mar, más fuerte será el perfil espiritual de su vida. El océano, sin embargo, puede estar tranquilo en un momento pero de un momento a otro cambiar rápidamente al siguiente, y nos enviar un fuerte oleaje. Olas, muchas veces de la altura de una persona, se elevarán por encima del barco como si lo fueran a devorar. Un fuerte viento derrama lágrimas en la vela y hace un ruido terrible.

Sin embargo, piensen en esto. Incluso cuando las olas suben y está soplando un terrible viento, los peces en el agua no tienen problemas para dormir. Se rinden a las olas; no les ofrecen resistencia. Esto es lo que he aprendido de los peces: no tener miedo, no importa lo fuertes y altas que sean las olas. Dejo que me lleven. Me hago uno con el barco, y nos levantamos con las olas. Una vez que empecé a hacer eso, mi corazón nunca se estremeció. No importaba qué tipo de olas enfrentara. El océano ha sido, para mí, un maestro maravilloso.

Último avión a Estados Unidos



Volví a Estados Unidos a fines de 1971. Tenía tareas que debía llevar a cabo allí, pero lograrlo no fue fácil. No era la primera vez que iba a ese país, pero tuve que esperar un tiempo inusualmente largo para recibir mi visa. Algunos miembros sugirieron que retrasara mi partida, pero yo no podía hacerlo. Explicárselo a los miembros era toda una complicación, pero era importante que yo dejara Corea en la fecha designada. Así que decidí ir primero a Japón y recibir la visa de EE.UU. mientras estaba en ese país. Tenía prisa por salir de Corea.

El día de mi partida fue bastante frío. Muchos miembros vinieron a verme partir pero no pudieron entrar al terminal. Cuando llegó el momento de irme a través del puesto de control de pasaportes, se descubrió que al pasaporte le faltaba el sello del jefe de área de la sección de pasaportes de la Cancillería. Este sello era requerido como prueba de que el gobierno me permitía salir del país. Debido a esto perdí el vuelo que había sido programado.

Los miembros que se habían preparado para mi partida se deshicieron en disculpas y me sugirieron que regresase a casa y esperase mientras localizaban al jefe de sección para sellar mi pasaporte. “No, -les dije- voy a esperar aquí en el aeropuerto. Vayan rápidamente y obtengan el sello”.

Tenía extrema urgencia por resolver el punto. Esto ocurrió un domin-

go, por lo que el jefe de sección no estaba en el escritorio. Pero yo no podía darme el lujo de preocuparme por estas cuestiones. Nuestros miembros fueron a la casa del jefe de sección e hicieron que sellara mi pasaporte. Así pude embarcar en el último vuelo que salía de Corea ese día. A la noche el gobierno declaró el estado de emergencia nacional e impuso fuertes restricciones a los viajes al extranjero para los ciudadanos privados. Yo había tomado el último vuelo que me permitiría ir a Estados Unidos.

Solicité una visa norteamericana en Japón, pero me fue denegada otra vez. Más tarde descubrí cuál era el problema. El gobierno de Corea todavía tenía un registro en el que yo figuraba como detenido por la policía colonial japonesa justo antes de haber sido exonerado del cargo de comunista. Los primeros años de la década de los 70 fue una época en la que el comunismo se extendía con ferocidad. Enviamos misioneros a 127 países, pero fueron expulsados de cuatro estados comunistas. Evangelizar en países con esa clase de gobiernos, en esa época, podría causar la muerte. Nunca me di por vencido, sin embargo, y continué enviando misioneros a la Unión Soviética y otros países comunistas.

Nos referimos a nuestro trabajo misionero en los países comunistas de Europa del Este como “Operación Mariposa.” Una larva debe pasar por un largo periodo de sufrimiento antes de que le crezcan alas y se convierta en mariposa. Sentimos que el sufrimiento de nuestros misioneros -que actuaban de incógnito en los países comunistas- era similar al de las larvas. Es difícil para una mariposa salir de su capullo, pero una vez que tiene sus alas puede volar hacia el lugar que desee. De la misma manera, sabíamos que una vez que el comunismo llegara a su fin, a nuestros misioneros les crecerían alas y comenzarían a volar.

La misionera Young-oon Kim, que había ido a los Estados Unidos a principios de 1959, recorrió las principales universidades de ese país para

transmitir la palabra de Dios. En ese proceso se reunió con Peter Koch, un estudiante alemán de la Universidad de Berkeley. Este joven decidió suspender sus estudios y comenzar la obra evangélica en Rotterdam, Holanda.

Misioneros a los países comunistas de Asia fueron enviados desde Japón. Debieron que ser enviados a lugares donde sus vidas podrían estar en peligro, sin ni siquiera un seminario especial para celebrar su partida. Un padre que debe soportar ver cómo su hijo es castigado preferiría recibir ese castigo él mismo. Hubiera preferido ir como misionero yo mismo. Mi corazón estaba lleno de lágrimas cuando enviaba a los miembros a los lugares donde serían vigilados y posiblemente ejecutados por sus actividades religiosas. Una vez que partieron pasé la mayor parte de mi tiempo en oración. Profundas plegarias era lo mejor que podía hacer para ayudar a proteger sus vidas. La obra misionera en los países comunistas era un trabajo peligroso. Un misionero nunca sabía cuando el Partido Comunista podía aprehenderlo.

Las personas que fueron como misioneros a los países comunistas ni siquiera podían decir a sus padres hacia dónde se dirigían. Los progenitores conocían bien los peligros de ir a esos países y nunca hubieran dado permiso para que sus hijos fueran a ellos. Gunther Werzer fue descubierto por la KGB y deportado. En Rumania, donde la dictadura de Ceaucescu estaba en su apogeo, la policía secreta interceptaba las llamadas telefónicas de nuestros misioneros.

Fue como si éstos hubieran entrado en la boca del lobo. El número de misioneros que fue a los países comunistas, sin embargo, siguió creciendo. En 1973 se produjo un terrible incidente en Checoslovaquia, donde 30 de nuestros miembros, incluidos los misioneros, fueron puestos bajo custodia. Una misionera perdió su vida a la temprana edad de 24 años. Fue la primera mártir: falleció mientras evangelizaba en un país comunista. Al año siguiente, otra persona perdió la vida en la cárcel.

Cada vez que me enteraba de que uno de nuestros miembros había muerto en prisión, todo mi cuerpo se congelaba. No podía hablar ni comer. Ni siquiera podía rezar. Permanecía inmóvil durante un tiempo, sin poder hacer nada. Era como si mi cuerpo se hubiera convertido en piedra. Si esas personas nunca se hubieran encontrado conmigo, o si nunca hubieran oído lo que yo enseñaba, nunca hubiesen terminado en una celda fría y solitaria y no hubieran muerto en esas condiciones. Cuando murieron, sufrieron en mi lugar. “¿Era tan valiosa mi vida como para ser canjeada por la de ellos? ¿Cómo voy a asumir la responsabilidad de la evangelización del bloque comunista si ellos eran los que padecían en mi lugar?”

Yo no podía hablar. Caí en una tristeza que parecía no tener fin, como si hubiera sido arrojado a aguas profundas. Vi a nuestro misionero, que había muerto frente a mí bajo la forma de la mariposa amarilla que se había escapado de la cárcel de Checoslovaquia. Ella agitó sus alas como si quisiera decirme que fuera fuerte y me levantara. En el ejercicio de su actividad misionera, en el mismo riesgo de su vida, nuestra misionera se había transformado en una hermosa mariposa.

Los misioneros, que trabajaban en circunstancias extremas, a menudo recibieron revelaciones en sueños y visiones. Fueron aislados y no podían comunicarse libremente con otros, por lo que Dios les hizo revelaciones para darles a conocer el camino que debían seguir. Sucedió a menudo que un misionero -que se había recostado para dormir por un corto tiempo- tenía un sueño donde se le decía: “¡Levántate rápidamente y ve a otra parte!”. Ellos hacían lo que se les decía en el sueño, sólo para descubrir después que la policía secreta había allanado el lugar en el que habían estado recostados. En otro caso, un miembro tuvo un sueño en el que una persona, a la que nunca había visto antes, se le acercaba y le decía cómo llevar a cabo su labor misionera. Más tarde, cuando me conoció por primera vez,

exclamó: “Usted es la persona que vi en mi sueño.”

Así fue cómo yo había arriesgado mi vida y las de nuestros miembros para derrocar el comunismo y construir el Reino de Dios. Sin embargo, Estados Unidos no me daba una visa porque sospechaba que era comunista. Por último, en Canadá, después de presentar los materiales que ilustraban mi fe anticomunista, pude recibir el permiso de Washington.

La razón por la que enfrenté todos estos problemas para ir a América era luchar contra las oscuras fuerzas que había causado la degradación moral de Estados Unidos. Salí de Corea para emprender una guerra contra las fuerzas del mal. En ese momento, todos los grandes problemas del mundo -el comunismo, las drogas, la decadencia general y la inmoralidad- estaban mezclados en un guiso infernal. Yo declaré: “He venido a América como bombero y como médico”. Si una casa se incendia, el bombero tiene que venir. Si alguien está enfermo, el médico hace una visita. “Yo era como un bombero que había ido a América para extinguir las llamas de la inmoralidad y como un médico para curarla de la enfermedad que le hizo perder de vista a Dios e ir hacia el precipicio.

Poco después de llegar a los Estados Unidos visité el país, hablando sobre los temas “El Nuevo Futuro del Cristianismo” y “La Voluntad de Dios y de los Estados Unidos”. Hablé delante de grandes audiencias, criticando las debilidades de América en una forma que nadie más lo haría.

“América fue fundada en el espíritu puritano”, dije. “Ha llegado a ser el país más fuerte del mundo, en sólo 200 años, porque ha recibido el amor ilimitado y la bendición de Dios. La libertad de América viene de Dios, pero hoy Estados Unidos ha puesto a Dios a un lado. Los estadounidenses han perdido el amor que recibieron de Él. A menos que Estados Unidos recupere su espíritu, no tiene futuro. Vine a despertar su conciencia y a salvar a América de la destrucción. ¡Arrepiéntanse! Deben arrepentirse y volver a Dios”.

El Reverendo Moon, la semilla para una nueva Revolución Americana



La reacción inicial de los estadounidenses hacia mí fue fría, más allá de toda descripción. Cínicamente se preguntaban cómo un líder religioso, procedente de un país insignificante llamado Corea, que apenas había sobrevivido al hambre y la guerra, se atrevía a conminar a los estadounidenses al arrepentimiento.

No fueron sólo los estadounidenses quienes se me opusieron. La reacción del Ejército Rojo Japonés, en alianza con los comunistas internacionales, fue particularmente fuerte. Incluso fueron capturados por el FBI cuando trataban de colarse en el seminario de Boston, donde yo me alojaba a menudo. Hubo tantos intentos de hacerme daño, que mis hijos no podían asistir a la escuela sin guardaespaldas. Debido a las continuas amenazas contra mi vida, hablé detrás de un vidrio a prueba de bala durante un período.

A pesar de esta oposición, las conferencias dadas por el hombre de ojos pequeños de Oriente acaparaban más y más interés. La gente comenzó a escuchar enseñanzas totalmente diferentes a las que habían escuchado hasta entonces. El contenido de las conferencias, que trataban sobre los principios fundamentales del universo y buscaban despertar el espíritu

fundacional de Estados Unidos, era un soplo de aire fresco para los estadounidenses que habían caído en el infierno de la inmoralidad y la indolencia.

Los estadounidenses experimentaron una revolución de la conciencia a través de mis conferencias. Los jóvenes comenzaron a seguirme. Me llamaban “Padre Moon” o “Reverendo Moon”. Se cortaban el pelo que les llegaba hasta los hombros y la barba desaliñada. Cuando las apariencias cambian, la mente también cambia. Dios empezó a entrar en los corazones de los jóvenes sumidos en el alcohol y las drogas.

A las conferencias asistía gran variedad de jóvenes, más allá de las denominaciones religiosas. Cuando yo interrumpía mis sermones para preguntar: “¿Hay algún presbiteriano aquí?”, muchos jóvenes sacudían sus manos, diciendo “aquí, aquí.” Si les preguntaba: “¿Hay algún católico?”, otras manos volvían a subir. Cuando le preguntaba: “¿Hay bautistas sureños?”, otra vez mucha gente respondía: “Yo, yo”.

“¿Por qué vienen a escucharme en lugar de ir a escuchar un sermón de su propia religión?”, les pregunté. “Vayan a casa y a su propia iglesia a escuchar la palabra de Dios.”

Más y más personas comenzaron a reunirse. Incluso los líderes de las Iglesias Presbiteriana y Bautista llegaron, trayendo con ellos a los jóvenes de sus iglesias. Conforme pasó el tiempo “el Reverendo Moon” se convirtió en el icono de una revolución de la conciencia en la sociedad norteamericana.

Enseñé a los jóvenes cómo soportar las dificultades. Les enseñé el principio básico de que una persona debe ser capaz de controlarse a sí mismo antes de poder controlar el universo.

“¿Quieren llevar la cruz del dolor?”, les pregunté. “Nadie quiere ir por el camino de la cruz. Tu corazón puede desear ir por ese camino, pero tu

cuerpo dice “no”. Sólo porque algo sea agradable a la vista no significa que sea bueno para el corazón. Hay muchas cosas que parecen buenas, pero un examen de su aspecto interior muestra que son malas. Si ustedes se dan cuenta de que buscan sólo las cosas agradables a los ojos y tratan de seguir ese camino, deben detenerse inmediatamente y decir “¡bribón!”. Además, si sienten el deseo de comer sólo cosas gustosas a la boca, deben regañar a su cuerpo diciendo: “¡Bribón!” y contenerse. Los jóvenes son atraídos por el sexo opuesto, ¿no? En este caso tiene que tomar una posición firme en contra de tales impulsos. Si una persona no puede controlarse a sí mismo no puede hacer nada en este mundo. Tengan en cuenta que si ustedes se destruyen, el universo se destruye”.

Les enseñé a valorar el lema que yo había seguido cuando joven: “Antes de intentar dominar el universo debes perfeccionar la capacidad de dominarte a ti mismo”. Me paré en medio de una civilización materialista y hablé de los asuntos de la mente y el corazón. La mente no puede ser vista con los ojos o sostenida con la mano. Sin embargo es evidente que estamos regidos por nuestras mentes. Sin nuestras mentes no somos nada. Hablé sobre el amor verdadero. Dije que la auténtica libertad sólo se puede disfrutar cuando tenemos una clara comprensión de nosotros mismos, sobre la base del fundamento del amor verdadero y de la capacidad de ejercer el autocontrol.

Asimismo, les destacué el valor del trabajo. El trabajo no es sufrimiento sino creación. La razón por la que una persona puede trabajar toda su vida y ser feliz es que el trabajo está conectado al mundo de Dios. El trabajo que las personas realizan no es otro que tomar las cosas que Dios creó y darles forma de diferentes maneras. Si ustedes piensan que están haciendo algo para darlo a Dios como recuerdo, el trabajo no debe ser visto de una manera negativa. Muchos jóvenes estadounidenses estaban tan inmersos

en la vida de ricos que les proporciona su civilización materialista, que habían olvidado la alegría de trabajar. Así que les enseñé a trabajar con regocijo.

También desperté en ellos la alegría y el amor por la naturaleza. Los jóvenes fueron atrapados por la cultura inmoral de las ciudades y esclavizados por las vidas egoístas. Así que hablé con ellos acerca de la preciosidad de la naturaleza, que nos es dada por Dios. Dios nos habla a través de la naturaleza. Es un pecado destruirla en aras de un momento de goce o una cantidad insignificante de dinero. La naturaleza que eventualmente destruimos se volverá contra nosotros en forma de veneno y dificultará la vida de nuestros descendientes. Tenemos que volver a la naturaleza y escuchar lo que nos dice. Dije a los jóvenes de América que, cuando abrimos nuestro corazón y escuchamos lo que la naturaleza nos dice, podemos oír la palabra de Dios.

Monumento a Washington, 1976



En setiembre de 1975 fundamos el Seminario Teológico de la Unificación en Barrytown, estado de Nueva York. La localidad se encuentra ubicada al norte de la ciudad de Nueva York. La facultad fue concebida con carácter interreligioso: hemos tenido profesores que representan al judaísmo, el protestantismo, el catolicismo y el budismo. Cuando dan una conferencia sobre sus propias religiones, los estudiantes les hacen preguntas muy difíciles. Las clases siempre se convertían en foros de intenso debate. Cuando todas las religiones se juntan y debaten, comienzan a romperse los conceptos incorrectos que tienen unos de otros y pueden comprenderse mejor. Los jóvenes superdotados terminaban sus maestrías en nuestro seminario y entraban en los programas de doctorado de Harvard, Yale y otras importantes universidades. Hoy son personas capaces de liderar el mundo religioso en una escala global.

En 1974 y 1975 fui invitado a hablar en el Capitolio. Hablé delante de los miembros de la Cámara de Representantes sobre el tema “Una nación bajo Dios”. Me dirigí a los congresistas de la misma manera en que lo habría hecho con los jóvenes en la calle, diciendo: “Estados Unidos nació a través de la bendición de Dios. Esta bendición, sin embargo, no era solo para los estadounidenses sino para el mundo, a través de América. Estados

Unidos debe entender el principio de esta bendición y sacrificarse para salvar al mundo. Para ello debe tener un despertar que le permita volver a su espíritu fundacional. El cristianismo, que ha sido dividido en docenas de denominaciones, debe estar unido, absorber a todas las religiones y abrir un nuevo futuro para la civilización mundial”.

Fui el primer líder religioso extranjero en ser invitado a hablar en el Congreso de los EE.UU. Después de ser invitado por segunda vez, muchas más personas se interesaron en conocer a este hombre, el Reverendo Moon de Corea.

Al año siguiente -el 1º de junio- celebramos el 200º aniversario de la independencia de Estados Unidos en el Yankee Stadium de Nueva York. En ese momento el país sentía la amenaza del comunismo. Su juventud vivía muy lejos de la voluntad de Dios, envuelta en perversidades tales como la droga y el aborto. Sentí que Estados Unidos estaba gravemente enfermo. Fui a la celebración con la sensación de ser un cirujano, cortando y abriendo el corazón de Nueva York, que reclamaba ser curado.

El día de la celebración llovió muchísimo, pero nadie se levantó de su asiento. La banda comenzó a tocar la canción “You are my sunshine”, y todos en el estadio comenzaron a corearla. Cantaban una canción sobre el sol pero se estaban empapando por la lluvia. Sus bocas invocaban al sol, pero sus ojos lloraban. En cierto momento, la lluvia y las lágrimas se mezclaron.

Hice algo de boxeo cuando estaba en la escuela. Puedes golpear a un buen boxeador con muchos golpes cortos, y aún así te das cuenta de que eso no lo afecta. Si puedes darle un golpe sólido en la barbilla, sin embargo, aun el más fuerte boxeador se sentirá sacudido. Contaba con dar un sólido golpe en la barbilla a Estados Unidos. Sentí que era necesario hacer un acto mucho más grande que los que había llevado a cabo hasta ese mo-

mento para que el nombre “Sun Myung Moon” quedara indeleblemente grabado en la sociedad estadounidense.

Washington, la capital de los Estados Unidos, es un lugar que está en línea recta desde el edificio del Capitolio. Existe una torre llamada “Monumento a Washington”. Tiene la forma de un lápiz afilado parado sobre su extremo. Hay una gran zona de césped que se extiende desde el monumento hasta el Lincoln Memorial. Esta área representa el corazón de América. Establecí un plan para celebrar una gran manifestación en ese lugar.

Para celebrar una reunión allí necesitábamos el permiso del gobierno nacional y de la Policía de Parques Nacionales. El gobierno se mantuvo rechazándonos y no fue sino hasta 40 días antes del evento que recibimos el permiso.

Nuestros miembros me apuntaron que era un plan demasiado ambicioso y que no debíamos seguir adelante. El National Mall, que rodea el Monumento a Washington, era un parque abierto en el centro de una zona urbana. No había muchos árboles: sólo una gran extensión de césped. Si la multitud era pequeña, allí estaría para que todos la vieran. Para llenar un área tan grande tendrían que asistir cientos de miles de personas. Nuestros miembros deseaban saber cómo podía lograrse. Antes de esto, sólo dos personas habían celebrado grandes eventos en el Mall. El Dr. Martin Luther King había realizado una manifestación por los derechos civiles en los escalones del monumento a Lincoln, y el Reverendo Billy Graham hizo lo propio. Este era, por tanto, un lugar con mucho simbolismo, el lugar al que yo estaba desafiando.

Recé muchas horas para esta reunión. Escribí cuatro veces el discurso que iba a pronunciar. Una semana antes del evento, aún tenía sentimientos encontrados acerca de lo que diría. Por último, tres días antes, completé el

texto. En general no hablo con textos preparados, pero hice una excepción en este caso debido a mi preocupación de que el evento saliera bien. Sabía que iba a ser un suceso muy importante aunque no estaba muy seguro de qué manera.

Nunca olvidaré lo que pasó ese 18 de setiembre de 1976. La gente comenzó a llegar al Monumento a Washington desde temprano en la mañana. Unas 300,000 personas se reunieron. Es imposible decir de dónde habían venido, pero denunciaba diferencias de color de pelo y de piel. Todas las razas que Dios envió a la tierra se reunieron ese día. Fue una asamblea que, por su escala mundial, no requiere descripción adicional alguna.

Me paré frente a la multitud y declaré: “Vine a Estados Unidos para salvar a sus jóvenes de la inmoralidad y hacerlos la juventud de la esperanza”. El discurso fue interrumpido varias veces por gritos y aplausos. Las enseñanzas del Reverendo Moon de Oriente proveyeron una nueva inspiración a los jóvenes norteamericanos, que vivían en una época de confusión. Ellos daban gritos de aceptación a mi mensaje de pureza sexual y de valoración de la familia verdadera. La acogida fue tan entusiasta que me hizo sudar de emoción también.

La revista “Newsweek”, en un resumen gráfico de fin de año de los principales acontecimientos de 1976, publicó mi fotografía y se refirió a mí como parte de “el movimiento renovador de la década de los 70”. Un creciente número de personas comenzó a mirarme con precaución y miedo. Para ellos, yo no era más que un extraño mago que había venido de Oriente. No era un blanco en el que podían poner su fe y seguir. El hecho de que yo estuviera diciendo cosas diferentes a lo que habían oído en sus iglesias les hizo sentir muy inseguros. No podían permitir una situación donde los jóvenes blancos mostraban respeto y seguían a “un asiático con ojos largos y delgados como los de un pez”. Comenzaron a difundir rumo-

res de que yo le había lavado el cerebro a inocentes jóvenes blancos. Este grupo opositor se reunió al final, atrás de los que gritaban su apoyo. Yo sabía que una nueva crisis estaba a punto de caer sobre mí. No tenía miedo, sin embargo, porque estaba haciendo claramente lo correcto.

Estados Unidos es un país con mucha discriminación racial y religiosa. Es ampliamente conocido como un país de libertad e igualdad, donde las personas de todas las razas vienen para realizar su sueño americano. De hecho, sin embargo, hay fuertes controversias, derivadas de la discriminación racial y religiosa. Son enfermedades crónicas, difíciles de curar, que están incrustadas en lo profundo de su historia y son mucho más graves que las enfermedades sociales, tales como la inmoralidad y el materialismo que surgió de la opulencia de la década de 1970.

En aquel tiempo yo estaba visitando las iglesias afro-americanas en un esfuerzo por fomentar la armonía ecuménica. Entre los líderes negros había algunos que, al igual que el Dr. King, estaban procurando reconocimiento público para acabar con la discriminación racial y lograr el mundo de paz de Dios.

Algunos de estos ministros tenían imágenes colgadas en los sótanos de los mercados de esclavos que existieron por cientos de años antes de ser proscritos. Uno de ellas era la de un hombre negro que fue quemado vivo mientras pendía de un árbol. Otra era de hombres y mujeres negros despojados de sus ropas y mirados como mercancía por potenciales compradores de esclavos. Otro era de un bebé negro llorando mientras era arrebatado de su madre. Uno no podía creer que los seres humanos hayan sido capaces de tales actos de barbarie, representados tan claramente en las imágenes.

“Esperen y vean”, dije en una reunión en Chicago el 24 de octubre de 1975. “Dentro de los próximos 30 años habrá un Presidente de los Estados

Unidos nacido de una familia interracial de negros y blancos”.

La profecía que hice ese día se ha hecho realidad en Estados Unidos con la investidura del Presidente Barack Obama, quien pasó gran parte de su vida adulta en Chicago. Esta predicción no se hizo realidad por sí misma. Muchas personas han derramado su sangre y sudor para acabar con las luchas entre las confesiones, y los esfuerzos han finalmente brotado como una flor.

No llores por mí sino por el mundo



Sorprendentemente, un número de ministros de las iglesias establecidas en los Estados Unidos asistieron a la reunión que tuvo lugar en el Monumento a Washington. Llevaron a muchos miembros de sus congregaciones con ellos. Habían decidido que mi mensaje trascendía las denominaciones y que yo estaba inspirando a los jóvenes. Yo había estado llamando a la gente a trascender las diferencias de denominación y de religión. Esas palabras se hicieron realidad en esta reunión. La reunión en el Monumento a Washington fue un milagro. El récord de 300,000 personas de esa manifestación no ha sido superado hasta hoy.

A menudo mi presentación era seguida por malas acciones. Algunos en Estados Unidos dibujaron bigotes en carteles con mi fotografía en un aparente intento de asociarme con Hitler. Me llamaron “antisemita” y afirmaron que perseguía judíos. A medida que el número de jóvenes seguidores y ministros que querían aprender el Principio aumentaba de manera espectacular, las iglesias establecidas también comenzaron a perseguirme y a ejercer presión sobre mí. Además, los izquierdistas de América reaccionaron contra mi posición de que era responsabilidad de los Estados Unidos detener la propagación del comunismo en el mundo. Empezaron a buscar maneras de frenar mis actividades.

A medida que yo ganaba popularidad, todo tipo de temores y dudas sobre mi persona comenzaron a ser planteadas. Las cosas que no habían sido un tema comenzaron, de repente, a presionarme como problemas graves. Los conservadores dijeron que yo era demasiado liberal y que mis enseñanzas tirarían abajo los valores tradicionales. En particular estaban descontentos con la nueva percepción de la cruz que yo estaba enseñando.

Jesús vino como el Mesías. No fue voluntad previa de Dios que fuera crucificado. Con su ejecución, el plan de Dios para que la humanidad viviera en un mundo de paz fue desviado. Si Israel hubiera recibido a Jesús como el Mesías en ese momento, hubiera creado un mundo de paz en el que las culturas y las religiones de Oriente y Occidente se hubiesen convertido en una. Sin embargo, Jesús murió en la cruz. Con ello, la obra divina de la completa salvación espiritual y física se retrasó hasta después de la Segunda Venida. Esta posición sobre el drama de la cruz -que yo presenté- atrajo una gran oposición. Tanto las iglesias establecidas como la comunidad judía llegaron a considerarme como su enemigo. Trataron, de varias maneras, de sacarme de América, cada uno por sus propias razones.

En última instancia, fui encarcelado de nuevo. Todo lo que había hecho fue restablecer la moral de un país que había caído en la degradación. Trabajé para que fuera un país que estuviera en consonancia con la voluntad de Dios, pero se me acusaron de no pagar mis impuestos. Esto sucedió cuando yo estaba ya con más de 60 años de edad.

Durante el primer año que estuve en América, el dinero recibido de donaciones de todo el mundo fue colocado en una cuenta bancaria en Nueva York. Era común, en ese momento, tener las cuentas de los grupos religiosos bajo el nombre de su respectivo líder. Los fondos de esta cuenta habían producido ingresos, por intereses, durante tres años y medio. Fui acusado de no pagar impuestos sobre estos ingresos. Finalmente fui lleva-

do a la Institución Correccional Federal de Danbury, Connecticut.

El día antes de presentarme en esta prisión tuve mi reunión final con los miembros en el centro de formación Belvedere en Tarrytown, Nueva York. Los miembros colmaron la propiedad y vertieron lágrimas por mí. Miles de personas que me seguían se reunieron en Belvedere ese día. Levanté mi voz y les dije que no perdieran el ánimo “Soy inocente”, agregué: “No he hecho nada malo”.

“Puedo ver una brillante luz de esperanza creciendo más allá de Danbury”, les señalé después. “No lloren por mí sino por los Estados Unidos. Amén”. Me puse delante de los jóvenes inmersos en la tristeza y levanté mi puño como un signo de esperanza.

La declaración que hice antes de entrar en la cárcel causó un gran revuelo entre las personas religiosas. Se inició un “Movimiento del sufrimiento común”, y se produjo una oleada de oraciones que me apoyaban. El día en que fui a la cárcel, no tenía de qué temer. Estoy acostumbrado a la vida en la cárcel, pero este no era el caso de la gente que me rodeaba. Temían que algunas personas que se oponían firmemente a mí hicieran algo para poner fin a mi vida. Me dirigí a la prisión con la cabeza bien alta.

“¿Por qué mi padre va a prisión?”



Incluso en la cárcel de Danbury seguí mi principio de vivir para el bien de los demás. Me levantaba temprano y limpiaba los lugares sucios. En la cafetería, otros se inclinaban sobre sus alimentos, tomaban una siesta o charlaban entre ellos, pero yo seguí con mi espalda recta y esperé mi turno. Cuando se me dio trabajo que hacer trabajé con más esmero que los otros, y me quedaba viendo cómo lo hacían. En mi tiempo libre leía la Biblia. Un preso, viendo que lo hacía día y noche, me dijo: “¿Es esta tu Biblia? Aquí está mi Biblia. ¡Echa un vistazo!” Lanzó una revista para mí. Eché un vistazo y vi que era una revista pornográfica, titulada “Hustler”.

En la cárcel yo era conocido como una persona que trabajaba sin hablar, leía y meditaba. Después tres meses me hice amigo de los prisioneros y los guardias, así como de una persona que había consumido drogas y del preso que había dicho que la revista pornográfica era su Biblia. Después de un mes o dos, los prisioneros comenzaron a compartir conmigo los artículos que recibían desde el exterior. Una vez que pudimos abrir nuestros corazones, fue como si la primavera hubiera llegado al interior de la prisión.

Los Estados Unidos no querían que yo realmente fuera a la cárcel. Eligieron acusarme mientras yo estaba fuera del país, en viaje a Alemania, y

hubieran estado satisfechos si yo hubiera optado por no regresar. No estaban tratando de meterme en la cárcel; sólo querían sacarme del país. Me estaba volviendo muy conocido en América. El número de mis seguidores crecía rápidamente, así que querían poner una barrera en mi camino. Al igual que en Corea, yo era una espina en el costado de las iglesias establecidas. Porque sabía que este era su propósito, decidí regresar a Estados Unidos e ir a la cárcel. Todavía tenía cosas que hacer en ese país.

Creo que ir a la cárcel no es algo completamente malo. Si busco gente que esté en el valle de las lágrimas del arrepentimiento, debo derramar lágrimas yo mismo. A menos que experimente las desgracias en mi propio corazón, no puedo exigir que los demás se sometan a Dios. El Cielo trabaja de manera extraña. Después de ser encarcelado, 7,000 ministros y líderes religiosos acusaron al gobierno de los EE.UU. de violar la libertad religiosa e iniciaron un esfuerzo por salvarme. Entre ellos estaba el reverendo Jerry Falwell, de la Convención Bautista del Sur, y el liberal Dr. Joseph E. Lowery, quien impartió la bendición durante la asunción del Presidente Obama. Ellos se plantaron a la vanguardia de los esfuerzos para salvarme. Además, mi hija In Jin marchó con ellos. Se detuvo frente a unos 7,000 clérigos y leyó una carta que, con lágrimas, había escrito para mí.

“Buenas noches, señoras y señores. Mi nombre es In Jin Moon. Mi padre es el Reverendo Sun Myung Moon. Yo soy su segunda hija. El día 20 de julio de 1984, fue como si el fin del mundo hubiera llegado a mi familia. Fue el día en que mi padre entró en la cárcel de Danbury. Nunca me hubiera imaginado, ni en un millón de años, que esto pudiera sucederle, sobre todo aquí en América, la tierra de la libertad, la tierra del Dios que mi padre ama profundamente y sirve.

Mi padre ha trabajado duro desde que llegó a América. Casi nunca he visto a mi padre dormir. Siempre está trabajando y orando. Nunca he visto

a nadie tan dedicado al sueño de los Estados Unidos y a Dios.

Ahora, Estados Unidos ha encarcelado a mi padre, quien no se preocupa por su sufrimiento personal. Su vida ha estado llena de lágrimas y tribulaciones mientras trataba de hacer la voluntad de Dios. Mi padre tiene ahora 64 años. No es culpable de ningún crimen. Sin embargo esta noche, mientras hablamos, podría estar terminando de lavar los platos en la cafetería de la prisión o de fregar el suelo. El lunes pasado, cuando lo visité en la cárcel, vi a mi padre por primera vez en ropa de prisión. Yo lloraba y lloraba.

Pero mi padre me dijo que no lloráramos por él y ni nos enojáramos con el gobierno que lo encarceló. Me dijo, como ha dicho a sus millones de seguidores en todo el mundo, que debíamos cambiar nuestra ira y dolor por una acción de gran alcance para hacer, a este país, verdaderamente libre de nuevo.

Estoy muy agradecida a todos ustedes por estar aquí esta noche. Están luchando por la libertad religiosa de todos los estadounidenses y de todas las personas del mundo. La libertad religiosa es el fundamento de todas las libertades. Agradezco a todos, desde el fondo de mi corazón, por defender la libertad religiosa”.

Mi condena fue reducida seis meses por buena conducta. Fui puesto en libertad tras cumplir 13 meses. El día que salí se celebró en Washington D.C. un banquete para celebrar mi liberación; 1,700 rabinos judíos y prelados cristianos se reunieron y me esperaron. En mis reflexiones, durante la reunión, reiteré mi posición a favor de trascender las religiones y confesiones. Hablé en voz alta al mundo, sin necesidad de preocuparme por la reacción de quienes se oponían a mí.

“Dios -dije- no es un denominacionista. No está vinculado por argumentos secundarios sobre la doctrina. No hay distinciones sobre nacio-

nalidad o raza en el gran corazón paternal de Dios. Tampoco hay muros entre las naciones o culturas. Hoy, incluso, Dios sigue haciendo lo posible para abarcar a todos los pueblos como hijos Suyos. Los Estados Unidos sufren problemas raciales por confusión de valores y por degradación moral. Son los problemas de la sequía espiritual, la decadencia de la fe cristiana y el comunismo ateo. Estas son las razones por las que he respondido al llamado de Dios y vine a este país. Hoy el cristianismo debe tener un gran despertar, unirse como uno solo. El clero también debe reexaminar el papel que ha desempeñado hasta ahora y arrepentirse. La situación que se dio hace 2,000 años, cuando Jesús vino y llamó a la gente a arrepentirse, se repite hoy. Debemos cumplir la importante misión que Dios ha dado a Estados Unidos. La situación no puede continuar como hasta ahora. Tiene que haber una nueva reforma”.

Una vez liberado, no hubo nada que me detuviera. Hablé con voz aun más fuerte que antes para dar un mensaje de advertencia a una América caída. Hablé varias veces, con palabras muy vigorosas, reclamando volver al amor de Dios y a la moral, pues eran la única forma de revitalizar a los Estados Unidos.

Estuve preso sin haber hecho nada malo, pero la voluntad de Dios estaba allí también. Después de mi liberación, la gente que había trabajado para ella se turnaba para venir a Busan, Beomnaetgol y Seúl. Llegaron para averiguar de qué se trataba ese “espíritu del Reverendo Moon” que había atraído a tantos jóvenes en América. Sus visitas eran breves, pero encontraron tiempo para aprender acerca de nuestra doctrina antes de regresar. A su regreso a los Estados Unidos organizaron la Conferencia del Liderazgo del Clero Americano, una organización que continúa llevando a cabo actividades de apoyo a la paz y la fe que trasciende a las confesiones.



Capítulo V

FAMILIAS VERDADERAS FORMAN GENTE VERDADERA

Mi esposa, Hak Ja Han Moon



La primera vez que vi a mi esposa era una jovencita de 14 años y acababa de graduarse de la escuela primaria. Era una niña tranquila. Rara vez se hacía notar, nunca levantaba la voz y siempre tomaba la misma ruta hacia y desde la iglesia. Un día me fue presentada como la hija de uno de nuestros miembros de la iglesia, la señora Soon-ae Hong.

“¿Cuál es tu nombre?”, le pregunté. “Mi nombre es Hak Ja Han,” respondió con pronunciación clara y correcta. En ese momento, antes de que supiera lo que estaba pasando, le dije: “¡Así que Hak Ja Han ha nacido en Corea!”. Lo repetí tres veces y a continuación, orando, dije: “¡Dios! Gracias por el envío a Corea de una mujer tan maravillosa como Hak Ja Han”.

Luego la miré y le dije: “Hak Ja Han, me temo que vas a tener que hacer un montón de sacrificios.” Todas estas palabras salieron de mi boca de forma espontánea en el momento en que la conocí. Más tarde la señora Hong me dijo que le pareció extraño que yo dijera lo mismo tres veces después de ver a su hija. Mi esposa me dijo que ella también recordaba aquella breve primera reunión. Recordó todo lo que dije entonces, como si yo estuviera dando un monólogo, y lo guardó en su corazón. Dijo que se sentía como si hubiera recibido una revelación importante sobre su futuro, y no

podía olvidarlo.

Su madre, la señora Hong, era de una devota familia presbiteriana, criada en la fe cristiana. Su ciudad natal era Jungju, que también es mi ciudad natal, pero ella vivió en Anju hasta llegar a Corea del Sur durante la Guerra de Corea. Cuando comenzó a asistir a nuestra iglesia, la señora Hong llevaba una vida muy devota en Chuncheon y crió a su hija en una forma muy estricta.

Mi esposa asistió a una escuela de enfermería operada por la Iglesia Católica. Las normas eran allí tan estrictas que -me dijeron- era como vivir en un monasterio. Ella tenía carácter suave. Durante el tiempo en que fue criada por su madre, solamente iba y venía entre su casa y su escuela. Aparte de ésta, la única vez que salía de la casa era cuando venía a nuestra iglesia.

Yo tenía cuarenta años y sentí que había llegado el momento de casarme. Todo lo que necesitaba hacer era esperar a que Dios me dijera: “El momento ha llegado, cástate”, y yo haría lo que se me dijera. A partir de octubre de 1959, la señora Seungdo Ji, una anciana de nuestra iglesia, lideró un esfuerzo para preparar mi compromiso cuando aún no había candidata. Uno de los miembros, que habían estado orando por mi esposa durante siete años sin saber quién sería, me dijo que había tenido un sueño. En él vio que Hak Ja Han era mi esposa. Además, la señora Ji me contó un día otro extraño sueño que había tenido.

“¿Qué tipo de sueño es?” -exclamó-. “Vi decenas de grullas que venían volando. Traté de ahuyentarlas con mis brazos pero siguieron llegando y finalmente cubrieron al Reverendo Moon con sus plumas blancas. ¿Es una especie de presagio para el futuro?” El “Hak” del nombre Hak Ja Han es el carácter chino para “grulla”.

Entonces mi esposa tuvo un sueño en el que yo aparecía y le decía: “El

día está cerca, así que haz los preparativos”. Mi esposa me comentó más tarde que, en el sueño, me decía en tono humilde: “He vivido hasta ahora en conformidad con la voluntad de Dios. En el futuro, igualmente, voy a seguirla como su sierva, no importa cuál sea”.

Pocos días después de que mi futura esposa tuviera este sueño, pedí a la señora Hong que trajera a su hija. Fue nuestra primera reunión después de haber sido presentado a ella a sus 14 años. Aquel día le hice a esta jovencita muchas preguntas. En todos los casos, ella respondió con serenidad y claridad.

Llamé a la señorita Hak Ja Han de nuevo, unos días más tarde. Ella no tenía idea de lo que iba a decirle. Cuando le dije: “Mañana por la mañana tendremos una ceremonia de matrimonio”, respondió simplemente: “¿Es eso todo?” y no hizo más preguntas ni trató de opinar algo en contra. Parecía incapaz de oponerse. Así de pura y suave era. Cuando se trata de la obra de Dios tiene, sin embargo, una fuerte determinación.

Nos comprometimos el 27 de marzo de 1960 y realizamos la ceremonia matrimonial dos semanas después, el 11 de abril. Yo llevaba un samokwanda, el vestido formal de funcionarios de la corte, ahora comúnmente utilizados en las ceremonias de bodas tradicionales, y ella llevaba un jok-duri, la tradicional tiara de novia.

Durante la ceremonia, le dije que estaba a punto de embarcarse en un curso difícil. “Creo que ya eres consciente de que casarte conmigo no será como cualquier otro matrimonio. Nos estamos convirtiendo en marido y mujer para completar la misión que nos fue dada por Dios, para ser Padres Verdaderos y no para perseguir la felicidad de dos personas como hacen otros en este mundo. Dios quiere lograr el Reino de los Cielos en la tierra a través de una familia verdadera. Tú y yo viajaremos por un difícil camino para convertirnos en Padres Verdaderos que abrirán las puertas

del Reino de los Cielos para otros. Es un camino que nadie más ha emprendido en la historia: ni siquiera yo sé lo que ello implica. Durante los próximos siete años experimentarás muchas cosas difíciles de soportar. No te olvides, aunque sea por un momento, que la vida que vivimos es diferente a la de los demás. No hagas nada, no importa lo trivial que sea, sin hablarlo primero conmigo, y debes obedecer todo lo que te diga.”

Ella respondió: “Mi corazón ya está determinado. Por favor, no te preocupes.” Pude ver en su expresión que una fuerte determinación la animaba. Las experiencias difíciles de soportar comenzaron para ella el día después del casamiento. La primera dificultad que enfrentó fue que no podía ver a su madre. Su madre, su abuela y su bisabuela habían mantenido el linaje de la familia como viudas. Así que la relación entre madre e hija era particularmente fuerte. Le dije a mi suegra, sin embargo: “No vengas aquí muy seguido para ver a tu hija. De hecho, no dejes que yo te vea en los próximos tres años”. No era sólo su madre. También le dije que se distanciara de su familia. Ella iba a ser la madre de nuestra iglesia y sentí que no iba a poder cumplir con su responsabilidad si iba a estar conversando con sus parientes o dejarse involucrar en emociones privadas. Incluso entonces, los extraños rumores sobre mí continuaron circulando, y no debe haber sido fácil para una mujer joven soportarlos.

En el momento de nuestro matrimonio, la Iglesia de la Unificación ya se había establecido en 120 comunidades en toda Corea. Dentro de ella, sin embargo, hubo quienes criticaron nuestro matrimonio. Algunos la envidiaban o la odiaban y circularon muchas historias.

Como si no fuera suficiente que yo la dejara viviendo sola en casa de otra persona, yo tenía a las ancianas de nuestra iglesia, que me acompañaban a dondequiera que yo fuera. Finalmente, mi trato frío hacia mi esposa puso fin a todas las críticas y a la envidia. De hecho, la gente comenzó a

simpatizar con ella y criticar mi forma de tratarla.

“Va demasiado lejos, señor”, me dijeron. “Si usted se casó con ella, debe vivir con ella. ¿Qué está haciendo, que ni se tienen tiempo de estar juntos?” La gente que había estado criticando a mi mujer, una por una, empezó a ponerse de su lado.

A pesar de su corta edad, mi esposa recibió una formación severa. Durante el tiempo que vivimos juntos, nunca tuvo un momento para sí misma. Vivía al límite, como si estuviera caminando sobre una fina capa de hielo y preguntándose: “¿Habrá paz hoy? ¿Habrá paz mañana?” Ella podía ser criticada por mí por decir que yo le gustaba o por seguirme donde yo fuera. Era necesario que se convirtiera en una madre, pero estoy seguro de que eso le causó mucho dolor en su corazón.

Yo podría decir una palabra de pasada y no pensar mucho más en esto. Ella, sin embargo, tenía que ajustarse a sí misma con cada palabra, así que estoy seguro de que su sufrimiento fue grande. Nos tomó siete años ajustarnos mutuamente. Me permitió comprender, una vez más, que la cosa más importante en una relación matrimonial es que las dos personas se conviertan en uno en materia de confianza.

Una belleza interior incomparable



Mi esposa y yo nos hicimos una promesa después de casarnos: “No importa cuán alterados o enojados podamos llegar a estar, no vamos a permitir que alguien piense que el Reverendo Moon y su esposa tuvieron una pelea. No importa cuántos hijos podamos tener, no vamos a dejar ver señal alguna de que pudimos haber tenido una pelea. Los niños son Dios. Los niños son Dios muy pequeño con amor. Así que cuando un niño dice “¡mamá!”, y llama, siempre se debe responder “¿qué necesitas?”, con una sonrisa”.

Después de pasar por una formación estricta a lo largo de siete años, mi esposa se convirtió en una madre maravillosa. Todos los rumores acerca de ella desaparecieron. Llegó a nuestra familia una pacífica felicidad. Mi mujer dio a luz a 14 niños. Se abrazó a nuestros hijos con tanto amor que cuando está lejos de casa, acompañándome en una gira, nunca se olvida de enviar cartas y postales a nuestros hijos todos los días.

Debe haberle sido difícil criar a 14 niños por 20 años, pero nunca se quejó. Más de una vez debí ir al extranjero y dejar a mi esposa cuando estaba a punto de dar a luz. Había días en que yo no podía hacer nada por ella, incluso después de leer, en una carta de un miembro, que ella estaba en tales dificultades financieras que existía la preocupación sobre si esta-

ba recibiendo suficiente nutrición. Ni siquiera entonces dijo una palabra de queja. Lo que aún ahora me preocupa es que mi esposa, por tener que ajustarse a un marido que sólo duerme dos o tres horas por noche, ha pasado por la vida teniendo sólo dos o tres horas de sueño cada noche también.

Mi esposa tiene un corazón tan enorme que incluso le daría su anillo de bodas a algún necesitado. Cuando ve que alguien precisa ropa, la compra y se la da. Cuando se encuentra con alguien que tiene hambre, le compra comida. Cuando recibimos regalos de la gente, muchas veces lo entregó a otro sin siquiera abrirlo. Una vez estábamos de gira en Holanda y tuvimos la oportunidad de visitar una fábrica procesadora de diamantes. Queriendo expresar el remordimiento que sentí por anteriores actitudes mías hacia mi esposa, le compré un anillo de diamantes. Yo no tenía mucho dinero, de manera que no podía comprarle uno grande, pero elegí uno que me gustó y se lo regalé. Pero ella regaló ese anillo. Cuando vi más tarde que no estaba en su dedo, le pregunté dónde había ido a parar.

Ella respondió: “¿Dónde crees que fue a parar? Lo pasé a otra persona”. Un día vi que había sacado un envoltorio de tela grande y trabajaba en silencio para empacar algunas ropas, así que le pregunté por qué lo hacía.

“¿Qué vas a hacer con esa ropa?”, le pregunté. “Tengo un uso para ellas”, dijo. Llenó varias envolturas de tela con la ropa sin decir mucho acerca de lo que pensaba hacer con ellas. Pronto me enteré de que estaba preparándose para enviarla a nuestros misioneros en países extranjeros.

“Esto es para Mongolia, este es para África y este es para Paraguay”, dijo. Se veía muy dulce cuando dijo eso, con una ligera sonrisa tímida. Todavía hoy, toma sobre sí la atención de nuestros misioneros en el exterior.

En 1979, mi esposa creó las organizaciones Alivio Internacional y Fundación Amistad, que han realizado proyectos de servicio en países como

Zaire, Senegal y Costa de Marfil. La Fundación proporciona alimentos a los niños pobres, medicina a los enfermos y ropa a aquellos que no pueden costearla. En Corea creó el Banco Aewon, que lleva a cabo, desde 1994, programas de ayuda a niñas jefas de hogar y distribuye comida gratuita y ayuda a coreanos del Norte. Mi mujer también ha estado muy activa en las organizaciones de mujeres durante algún tiempo. La Federación de Mujeres para la Paz Mundial, organización no gubernamental, tiene oficinas en unos 80 países y es reconocida como entidad consultiva general por el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas.

A lo largo de la historia humana las mujeres han estado en posición de ser perseguidas. El mundo que viene, sin embargo, será un mundo de reconciliación y de paz, basado en el carácter maternal, el amor y la sociabilidad de la mujer. Está llegando el tiempo en que el poder de las mujeres va a salvar el mundo.

Durante el período en que yo estaba particularmente ocupado con mi trabajo público, nuestros hijos tenían que vivir cerca de la mitad del año sin sus padres. En nuestra ausencia, residían en nuestra casa con miembros de la iglesia como una comunidad. La casa estaba siempre llena de miembros. A la hora de comer, siempre había invitados a los que se daba prioridad sobre nuestros hijos.

Debido a este entorno, nuestros hijos crecieron con una sensación de soledad que no es experimentada por los niños de otras familias. Aún peor fue el sufrimiento que tuvieron que soportar a causa de su padre. Dondequiera que fuesen eran señalados como hijos del “líder del culto Sun Myung Moon”. Ellos pasaron por períodos en que anduvieron a la deriva, pero siempre regresaron a su lugar. No fuimos capaces de apoyarlos mucho como padres, pero cinco de ellos se graduaron de la Universidad de Harvard y yo no podría estar más agradecido por esto. Tienen ahora

la edad suficiente como para ayudarme en mi trabajo, pero sigo siendo el padre estricto. Todavía les enseño que deben ser personas que hagan más que yo para servir al Cielo y vivir por el bien de la humanidad.

Mi esposa se mantiene fuerte frente a casi todo, pero la muerte de nuestro segundo hijo, Heung Jin, fue difícil para ella. Ocurrió en diciembre de 1983. Ella estaba conmigo en Kwangju, Corea, participando en una reunión de Victoria sobre el Comunismo. Recibimos una llamada telefónica internacional diciendo que Heung Jin había estado involucrado en un accidente de tráfico y había sido transportado a un hospital. Tomamos un vuelo al día siguiente y fuimos directamente a Nueva York, pero Heung Jin yacía inconsciente en la cama del hospital.

Un camión que viajaba a velocidad excesiva bajo por una colina en dirección opuesta y, tratando de frenar, entró en el carril donde estaba conduciendo Heung Jin. Dos de sus mejores amigos estaban en el coche con él en ese momento. Heung Jin dobló el volante hacia la derecha, para el lado del conductor, recibiendo la mayor parte del impacto del camión. Al hacerlo salvó la vida de sus amigos. Fui al lugar, cerca de nuestra casa, donde había ocurrido el accidente. Las marcas negras de los neumáticos, virando hacia la derecha, aún eran visibles.

Heung Jin fue finalmente para el mundo celestial en la madrugada del 2 de enero. Había cumplido 17 años un mes antes. El dolor de mi esposa, al tener que enviar a un niño que había criado con amor al mundo celestial delante de ella, no se puede describir con palabras. No podía llorar, sin embargo. De hecho, era importante que no derramara lágrimas. Somos personas que conocemos el mundo del espíritu eterno. El espíritu de una persona no desaparece como el polvo sólo porque se pierda la vida física. El espíritu va al mundo espiritual. Como padres, el dolor de saber que nunca podríamos ver o tocar a nuestro hijo amado en este mundo, era

casi insoportable. Mi esposa no pudo llorar: sólo pudo poner sus manos amorosas sobre el coche que llevó el cuerpo de Heung Jin. Poco antes del accidente, nuestro hijo se había comprometido con Hoon Sook, que estaba estudiando ballet. Llamé a Hoon Sook y hablé con ella sobre romper la relación.

“Si la relación no se interrumpe, eso significará que tendrás que vivir toda tu vida sola. Eso no será fácil para ti y no sería justo para tus padres. Es mejor olvidar que el compromiso existió alguna vez”.

Hoon Sook se mantuvo firme, sin embargo. “Soy consciente de la existencia del mundo espiritual”, dijo. “Por favor, déjame pasar mi vida con Heung Jin”. Hoon Sook se convirtió en nuestra nuera 50 días después de la partida de Heung Jin. Mi esposa y yo nunca olvidaremos la forma en que ella sonreía brillantemente mientras sostenía una foto de Heung Jin durante la ceremonia del matrimonio espiritual.

Parecía que mi esposa quedaría devastada cada vez que enfrentara tales situaciones difíciles, pero nunca fue siquiera sacudida. Incluso en las circunstancias más difíciles e insoportables cruzó la cima de las montañas. Nunca perdió su sonrisa serena. Cuando los miembros de la iglesia piden consejo a mi esposa para la crianza de sus hijos, ella les dice: “Tengan paciencia y esperen. La época en que los hijos andan a la deriva es sólo temporal. No importa lo que hagan: abrácenlos, ámenlos y espérenlos. Los hijos siempre volverán al amor de sus padres.”

Nunca le levanté mi voz a mi esposa. Esto no es debido a mi carácter sino porque ella nunca me ha dado motivos para hacerlo.

Promesas que nunca deben romperse



Es tradicional que las novias y los novios que están a punto de casarse hagan ciertas promesas el uno al otro. Son promesas que nunca se deben romper. En primer lugar, un esposo y una esposa siempre deben tenerse confianza y amarse. En segundo lugar, no deben dañar el corazón del otro. En tercer término deben educar a sus hijos y a sus nietos para que mantengan la pureza sexual. Y en cuarto, todos los miembros de su familia deben ayudar y alentar a los demás a formar una familia verdadera e ideal. La castidad antes del matrimonio y la fidelidad en él son de máxima importancia. Estos son los puntos que enseño para que las personas puedan vivir adecuadamente como seres humanos y familias saludables.

El matrimonio es más que la simple unión de un hombre y una mujer. Es una ceremonia preciosa para continuar la obra de Dios Creador. El matrimonio es el camino por el cual un hombre y una mujer se hacen uno, crean una nueva vida y establecen el amor verdadero. A través del matrimonio se crea un nuevo futuro. Se forman las sociedades, se construyen las naciones y el mundo del Dios de la paz se realiza con familias casadas en el centro. Es en la familia donde el Reino de Dios de los Cielos se lleva a cabo.

Por lo tanto, los maridos y las esposas deben ser centros de la paz. No sólo debe haber amor entre el esposo y la esposa, sino que la pareja también debe ser capaz de lograr la paz entre todos los parientes de la familia del marido. No es suficiente con que los cónyuges vivan bien, juntos y con amor. Todos los familiares deben también amarse los unos a los otros. Les digo a las novias y a los novios que tengan muchos hijos. Tener muchos hijos y criarlos es una bendición de Dios. Es inadmisibles que los seres humanos apliquen su propio nivel de juicio y, arbitrariamente, aborten preciosas vidas dadas a ellos por Dios. Toda vida que nace en este mundo encarna la voluntad de Dios. Toda vida es noble y preciosa; por ello debe ser cuidada y protegida.

El marido y la esposa deben mantener la confianza entre ellos y fomentar su amor. La promesa en la que más énfasis a las personas que se preparan para casarse, es la tercera, es decir, enseñar a sus hijos a mantener la pureza sexual.

Esta es una promesa obvia, pero se ha vuelto difícil de mantener en la sociedad de hoy. Cuanto más malo se vuelve el mundo, más importante es cumplir estrictamente la promesa de la pureza sexual.

La perfección de los seres humanos y la paz en el mundo llegan a través de la familia. El propósito de la religión es que todos se transformen en personas de bien y logren un mundo ideal de paz. No importa cuánto se pongan de acuerdo los políticos: ellos no traerán la paz. Una potencia militar formidable no traerá la paz. El punto de partida para lograr la paz es la familia.

El aspecto más difícil de la vida de familia es criar a los hijos adecuadamente. Hacemos que nazcan en amor y los criamos en amor, pero ellos no necesariamente crecen en la forma en que los padres desean. Para peor, la civilización materialista de hoy destruye las mentes inocentes de los jó-

venes. Los muchachos que, de otro modo, crecerían hasta convertirse en personas maravillosas, están sucumbiendo ante la cultura de la droga, que a menudo implica la delincuencia y la inmoralidad sexual.

Cuando llegué por primera vez a Estados Unidos en 1971, los vientos del promiscuo sexo libre soplaban en todo el país. La sociedad estaba inmersa en un mar de confusión. Los jóvenes que habían recibido una educación maravillosa cayeron uno a uno. La inmoralidad sexual era tan seria que -se me informó- 8 millones de personas contraían, cada año, enfermedades de transmisión sexual.

Lo que hacía a todo más grave era que los políticos, los académicos y los miembros del clero sabían que esto ocurría, pero estaban ocupados en encubrir el problema. Estaban tratando de ignorar la realidad porque ellos mismos no han mantenido la pureza sexual. Las personas que no son sexualmente puras no pueden obligar a sus hijos a que lo sean.

La inmoralidad y la degradación de la moral sexual entre los adultos destruyen familias y arruinan a los hijos. La licenciosa vida personal de los adultos mata la vida de los niños. ¿Por qué la sociedad de hoy no tiene un nivel de felicidad acorde a su riqueza material? Porque las familias están siendo destruidas. Para salvar a las familias, los adultos deben llevar una vida adecuada. La crianza de los hijos en la pureza sexual vendrá después de eso.

La madre es la fortaleza que protege a la familia. No importa cuánto pueda cambiar la sociedad: la familia puede mantenerse sana y pacífica sólo si existe el sacrificio y el servicio de la madre. Sólo en una familia tal pueden crecer niños hermosos. Un cangrejo, que camina de lado, no puede decir a sus hijos que caminen hacia adelante. En la educación de nuestros hijos, lo que los niños ven y aprenden en la familia es lo más importante. Los padres deben dar buen ejemplo. Los hijos verdaderos vienen

de familias verdaderas. La verdad es siempre lo más sencillo.

El período más difícil para criar a un niño es la adolescencia. Durante este período, todos los niños son un príncipe o una princesa. Piensan centrándose sólo en sí mismos y por ello tienen la tendencia a rebelarse contra lo que digan los padres. Si éstos no responden con comprensión, existe la posibilidad de que el niño vaya por un camino muy malo. Por otra parte, un adolescente será profundamente conmovido por todo lo que parece conectarse con su corazón. Tal vez, un día de otoño una niña experimente felicidad y sonría por el sólo hecho de ver un caqui cayendo de un árbol que ha perdido todas sus hojas. No lo puede explicar, pero de alguna manera se conecta con su corazón, y le da felicidad.

Esta es una señal de que el carácter original de la creación de Dios habita en su corazón. Por tanto, cuando un niño está atrapado en las emociones del amor durante la adolescencia, su visión del mundo puede verse empañada y su capacidad de juicio disminuida. Cuando un joven y una joven adolescentes se encuentran y comienzan a hablar, pueden sentirse ruborizados y registrarse un cambio en sus ritmos cardíacos. Si sus mentes no están en concordancia con el estándar de Dios en ese momento, seguramente irán tomando los tonos del mundo del mal, pierden la razón con la que controlan sus cuerpos. Los ojos de su mente y de su cuerpo se convierten en uno y funcionan juntos. Cuando adquirimos la nariz del amor, empezamos a amar los olores que usualmente odiábamos. Cuando adquirimos la boca de amor, empezamos a amar a los sabores por los que sentíamos rechazo. Queremos escuchar historias de amor toda la noche. Queremos mantenernos tocando a la persona que amamos.

Durante la adolescencia, nuestras células abren de par en par las puertas, tanto las del cuerpo físico como las del espíritu para recibir amor. Los adolescentes piensan que se puede ser feliz simplemente por entrar en

una relación amorosa. Las puertas del amor deben abrirse cuando sea el momento adecuado. Los niños deben entender que tienen que esperar ese instante y no otro. Los padres deben enseñar estas cosas a sus hijos adolescentes con mucho cuidado. El amor es un proceso mediante el cual crecemos para parecernos a Dios. A pesar de lo que el mundo nos pueda decir, no es algo para ser disfrutado como se nos antoje.

Amar es dar y olvidar



La familia es la única institución creada por Dios. Es la escuela del amor, donde los seres humanos pueden aprender a amarse unos a otros y vivir juntos en paz, y es el centro de entrenamiento donde practicamos cómo construir un palacio de paz en el mundo. Es el lugar donde aprendemos a ser un esposo o esposa que vive por el bien de su cónyuge y que viajará en el camino eterno del amor. La familia es el refugio para la paz mundial y debe ser un lugar donde los niños digan: “Nunca hemos visto a nuestros padres pelear”.

Nos encontramos con todo tipo de cosas en la vida. Incluso la pareja más amorosa puede tener momentos en los que puede discutir enfadarse y levantar sus voces. Cuando los niños entran en la habitación, sin embargo, toda divergencia debe cesar de inmediato. No importa que tan enfadado uno pueda estar. Debe dirigirse hacia su cónyuge en paz cuando los niños están presentes, porque deben crecer pensando que su familia está llena de alegría y que sus padres siempre se aman.

Los padres son como un segundo Dios para sus hijos. Si les preguntas a tus hijos pequeños: “¿A quién quieres más? ¿A Dios o a mamá y papá?” y ellos dicen que quieren más a papá y mamá, significa que también quieren a Dios. La educación más valiosa tiene lugar en la familia. Ustedes no

encontrarán felicidad y paz en otro lugar. La familia está destinada a ser el Reino de los Cielos. No importa que una persona posea una riqueza increíble y una enorme fama, o que incluso posea todo el mundo. Si las cosas no están bien en la familia de esa persona, no puede ser feliz. El Reino de Dios comienza en la familia. Si el marido y la esposa están unidos en el amor verdadero y construyen una familia ideal, esta se conectará directamente con el mundo.

Vi algo interesante cuando estaba en la cárcel de Danbury. Estábamos utilizando una máquina excavadora para nivelar una pendiente y hacer una cancha de tenis. Cuando llovía teníamos que esperar a que parara y empezar de nuevo cuando salía el sol. Este proceso de arranque y parada se prolongó durante meses. Tuvimos un período de lluvia y no pudimos trabajar durante 20 días consecutivos. Cuando la lluvia cesó y salimos para iniciar el trabajo de nuevo, encontramos que una especie de aves acuáticas había creado un nido entre las malezas. Era un lugar que estaba allí no más, a unos metros de donde los prisioneros caminaban para hacer ejercicio.

Al principio ni siquiera nos dimos cuenta de que las aves estaban allí. Su camuflaje era tan perfecto que las plumas se confundían con el follaje. Recién cuando el ave puso sus huevos nos dimos cuenta de que había un pájaro sobre la hierba. Estaba sentado sobre unos huevos que parecían piezas de grava negra. Una vez que los polluelos salieron del huevo, la madre iba a buscar algo de comida, la traía de vuelta al nido y lo ponía en el pico de las crías. Cuando la madre regresaba al nido con la comida, sin embargo, nunca volaba directamente al nido. Se posaba sobre la tierra -un poco lejos de éste- y luego caminaba el resto del trayecto. Cada vez que se acercaba al nido, lo hacía desde una dirección diferente. Esta era su sabia manera de dificultar a los posibles depredadores la ubicación del nido donde estaban sus crías.

Las crías comieron el alimento que su madre les traía y se hicieron más grandes. A veces, cuando un prisionero caminaba cerca del nido, la madre volaba y lo mantenía lejos con su afilado pico. Tenía miedo de que el recluso pudiera lastimar a sus polluelos.

El pájaro de agua entendía el verdadero amor de padre. El amor verdadero está dispuesto a renunciar a la propia vida sin hacer cálculo alguno. El corazón del pájaro que estaba dispuesto a sacrificar su vida, si era necesario, para proteger a sus hijos, era amor verdadero. Los padres van por el camino del amor, no importa cuán difícil resulte. Un padre de familia está preparado, si es necesario, para enterrar su vida en aras del amor y este es el verdadero amor.

La esencia del amor es dejar a un lado cualquier idea de tener a otros viviendo para uno. Es vivir para el bien de los demás y darse en un todo. El amor da pero luego olvida que ha dado, y continúa dando sin cesar. Es un amor que da con alegría. Es el amor que una madre siente cuando carga a su hijo en brazos y deja que se alimente de su pecho.

Un padre sufrirá por su hijo hasta que parezca que sus huesos van a derretirse, pero nunca siente que sea un trabajo difícil. El verdadero amor comienza en Dios y llega a nosotros de Dios. Así que cuando los progenitores dicen a sus hijos: “Si quieres más a uno o a otro, es por la gracia de tus padres”, los niños deben ser capaces de responder: “Si no hubiera encontrado una pareja para mí, no sé lo que hubiera hecho”.

La familia es un paquete de amor. Cuando vamos al Reino de los Cielos y abrimos ese paquete, saltan hacia afuera un padre y una madre maravillosos. Saltan hijos hermosos. Saltarán un abuelo y una abuela benevolentes. Es el paquete de amor, es el lugar donde el ideal de Dios se realiza y donde podemos ver la culminación de su obra. La voluntad de Dios consiste en lograr un mundo en el que el amor se haga real, y la familia sea el

lugar donde se desborde el amor divino.

Sólo tenemos que escuchar la palabra “familia” para que empecemos a sonreír. Esto es porque ella está llena de amor verdadero y realmente vive para nuestro bien. El verdadero amor da amor y después se olvida incluso del hecho de que dio. El amor de los padres que viven para sus hijos y de los abuelos que viven para sus nietos es el verdadero amor. También lo es el amor que impulsa a una persona renunciar a la vida por su país.

La familia pacífica es la piedra angular del Cielo



Muchos occidentales viven vidas verdaderamente solitarias. Sus hijos dejan la casa una vez que cumplen 18 años y los padres sólo ven sus caras el día de Acción de Gracias o Navidad. Los hijos casi nunca visitan a sus padres para saber cómo están. Una vez que se casan, viven separados de los padres, con sus cónyuges. Los padres viven solos hasta que son tan viejos que ya no pueden valerse por sí mismos. En ese punto se mudan a un hogar de ancianos. Muchos occidentales envidian la cultura de Oriente. He oído que los occidentales comentan los méritos de la estructura de la familia asiática.

Estas personas dicen: “En Oriente, los abuelos viven en la familia como sus miembros más antiguos, y es realmente maravilloso”. “Los niños respetan a sus ancianos”. Así es como se supone que debe vivir la gente. ¿De qué sirve estar abandonado en un hogar de ancianos, sin poder ver a sus hijos ni saber siquiera qué día es y solamente manteniéndose vivos?”

Por desgracia la estructura familiar de Oriente, objeto de la envidia de los occidentales, se deteriora progresivamente. Estamos abandonando las tradiciones que han llegado hasta nosotros a lo largo de miles de años. Hemos echado a la basura la ropa tradicional, nuestra comida y nuestra estructura familiar. Durante la jornada de recaudación de fondos caritativos

de fin de año de Corea, se hace un informe sobre el número de personas mayores que viven solas, y este número aumenta cada año. Cada vez que veo estas historias en las noticias, me da pena. La familia es el ámbito en el que los miembros de la familia viven juntos. Si éstos están dispersos y los padres se quedan solos, entonces ya no es una familia. El sistema de familia ampliada es una hermosa tradición de Corea.

Recomiendo que tres generaciones vivan juntas como familia. No sólo lo hago porque es una forma de mantener la tradición de nuestro país. Cuando el esposo y la esposa tienen un hijo, le pasan todo a ese niño. Hay un límite, sin embargo, a lo mucho que los padres pueden transmitir a un niño. Los padres representan el presente y el futuro de los niños. Los abuelos representan el pasado. Así, pues, sólo cuando los abuelos, los padres y los hijos viven juntos es que éstos pueden heredar toda la fortuna del pasado y del presente. Amar y respetar a tu abuelo es heredar la historia del pasado y aprender del mundo del pasado. Los niños aprenden una preciosa sabiduría de sus padres sobre la manera de vivir en el presente, mientras que los padres los preparan para el futuro, amando a sus hijos.

El abuelo está en posición de representar a Dios. No importa lo inteligente que un joven pueda ser: no puede conocer todos los secretos de este mundo enorme. Los jóvenes no pueden conocer los diferentes secretos de la vida, que vienen a nosotros a medida que crecemos, a lo largo de un curso natural. Esta es la razón por la que el abuelo se convierte en la historia de la familia. El abuelo es un maestro precioso, que pasa a los nietos toda la sabiduría que ha aprendido mediante la acumulación de sus propias experiencias.

El abuelo más antiguo del mundo es Dios. Por tanto, una vida en la que se recibe el amor del abuelo y se vive por el bien del abuelo es una vida en la que se llega a comprender el amor de Dios y vivir para Su bien. Tene-

mos que mantener esta tradición con el fin de abrir el almacén secreto del Reino de Dios y recibir Su tesoro de amor. Cualquier país que ignore a sus ancianos, abandona su carácter nacional e ignora sus raíces.

Cuando llega el otoño, el castaño va perdiendo su humedad, y sus hojas comienzan a caer. La capa exterior de las castañas cae. Hasta la capa interna -que rodea la nuez- se seca.

Este es el ciclo de la vida. Lo mismo ocurre con los seres humanos. Nacemos como niños, crecemos en el amor de nuestros padres, encontramos una compañera maravillosa y nos casamos. Todo esto ocurre en la cadena de la vida, hecha de amor. Al final llegamos a ser como una castaña, que se seca en el otoño. Los ancianos no son una categoría diferente de personas. Todos llegamos a ser viejos. No debemos tratar a las personas de edad irrespetuosamente, sin importar lo seniles que puedan estar.

Hay un dicho coreano que dice: “Todo puede lograrse cuando hay armonía en el hogar”. Cuando hay paz en la familia, todo va bien. La familia pacífica es la piedra angular del Reino de los Cielos: funciona con el poder del amor. Si amamos el universo como amamos a nuestra familia, no hay nada que nos impida ir al sitio que queramos. Dios existe en el centro del amor, como padre de todo el universo. Por eso, el amor en la familia se vinculará directamente a Dios. Cuando la familia se completa de amor, el universo se habrá completado.

Diez años de lágrimas derriten el corazón de un suegro



No hace mucho, los medios de comunicación coreanos publicaron una historia sobre una mujer japonesa que vive en Mil-yang, Corea, quien recibió un premio por el profundo servicio a su familia. El artículo decía que la mujer había llegado a Corea como la esposa de un coreano, al que había conocido a través de la presentación de un grupo religioso. El hombre se casó con ella pese a la oposición de su familia. La esposa japonesa había cuidado de su suegra coreana -que tenía dificultades para moverse- y de su anciano suegro con gran devoción. La gente de la comunidad recomendó que fuera reconocida por sus acciones filiales, decía el artículo.

La suegra estaba paralizada de la cintura para abajo y clasificada por las autoridades de salud pública coreanas en el segundo nivel más alto de discapacidad física. Desde el primer día de su matrimonio, la nuera cargaba a su suegra en la espalda, hasta diferentes hospitales, para que pudiera ser tratada. Debido a que pasó mucho tiempo dedicándose a sus suegros, casi nunca tuvo tiempo para visitar a su familia en Japón. Cuando se enteró de que iba a ser premiada por sus acciones, protestó diciendo que simplemente había hecho lo correcto.

Esta nuera es Kazuko Yashima, quien llegó a Corea a través del matrimonio internacional e intercultural de nuestra iglesia. Estos son los matrimonios donde los hombres y las mujeres son unidos a través de las diferencias religiosas, nacionales o raciales. Hay muchos hombres jóvenes en las zonas rurales de Corea que no pueden encontrar novias. Las novias que vienen a Corea en estos matrimonios internacionales e interculturales y que se casan con jóvenes de las zonas rurales, son incondicionales.

Ellas cuidan de sus ancianos suegros, alientan a sus maridos a tener fuerza y esperanza y llegan a tener hijos y los crían. Van a vivir a las comunidades rurales que los coreanos han abandonado porque es muy difícil vivir allí. ¡Qué cosa tan maravillosa están haciendo! Este programa se ha llevado a cabo por más de 30 años.

Miles de mujeres de otros países se han establecido en Corea a través de este programa de matrimonio internacional e intercultural. En las comunidades rurales, despobladas por los jóvenes que se han ido a las ciudades y el llanto de un recién nacido no se ha escuchado durante mucho tiempo, los ancianos se han alegrado mucho al ver el nacimiento de los hijos de estas parejas: tratan a los niños como si fueran sus propios nietos. En una escuela primaria en la provincia de Choong-cheong, más de la mitad de los 80 estudiantes que asisten a ella son hijos de los matrimonios internacionales e interculturales organizados por nuestra iglesia. El director del instituto ha dicho que la escuela tendrá que cerrar si su cuerpo estudiantil disminuye más, y por tanto reza a diario para que nuestros miembros no abandonen la comunidad. En la Corea de hoy, unos 20,000 niños de matrimonios internacionales e interculturales están matriculados en escuelas primarias de todo el país.

Cada año, cerca de la fecha aniversario de la independencia de Corea del Japón, los programas de televisión presentan historias sobre algunos

japoneses muy especiales que se paran frente a la cámara y piden disculpas por las acciones perpetradas por su país durante la ocupación. Ellos mismos no cometieron esos crímenes pero se disculpan por las acciones de sus antepasados. La mayoría de ellos son miembros de nuestra iglesia, que han derribado los muros entre las naciones por medio de matrimonios internacionales e interculturales. Debido a sus acciones, nuestra costumbre de ver a los japoneses como enemigos se ha reducido en grado significativo.

Había un hombre joven e inteligente que me seguía. En 1988 quería casarse y solicitó que yo le consiguiera esposa. Resultó unido a una mujer japonesa. El padre de este joven reaccionó de forma muy negativa por esta unión.

“¿Con todas las mujeres que existen en el mundo, tenías que casarte con una japonesa?”, le dijo. Durante la ocupación, él había sido uno de los coreanos reclutados para el trabajo forzado y llevado a una mina de carbón en la prefectura de Iwate, en el noroeste de Japón. Arriesgó su vida para escapar de la mina y caminó más de un mes a Shimonoseki, donde pudo subir a un barco de vuelta a Corea. De manera que albergaba un odio enorme hacia Japón. Al escuchar que su hijo se uniría a una mujer japonesa, amenazó con rechazarlo.

“Tu has traicionado a la familia”, le dijo. “Voy a quitar tu nombre del árbol familiar. Ninguna mujer de ese país enemigo va a poner los pies en esta casa jamás, así que váyanse. Ella no es adecuada para ti, así que no me importa si se van o se mueren”.

El padre se mostró inflexible pero el joven siguió adelante e hizo lo que sentía era lo correcto. Se casó con la mujer japonesa y llevó a su esposa a su ciudad natal, en Nag-an, Corea. El padre ni siquiera les abrió la puerta de entrada. Algún tiempo después aceptó a regañadientes aquel matri-

monio, pero aun entonces continuó hostigando a su nuera. Cada vez que ella parecía tener dificultades con algo, el suegro decía: “Eso no es nada comparado con lo que tu gente me hizo. Deberías haberte esperado esto cuando decidiste casarte en nuestra familia”.

Cada vez que los familiares se reunían para una fiesta importante, el suegro hacía que ella se sentara cerca de él y le decía todas las cosas que le hicieron en la mina de carbón de Iwate. Cada vez, la nuera respondía diciendo: “Padre, te pido perdón en nombre de Japón. Lo siento”. Ella derramaba lágrimas y pedía su perdón. Durante el tiempo que descargaba su ira contra ella, lo escuchaba contar las mismas historias una y otra vez hasta que terminaba, y ella continuaba disculpándose.

Esto continuó durante unos diez años; luego se detuvo. Familiares notaron que su actitud fría hacia la nuera se había convertido en mucho más cálida, y que incluso parecía que ella le agradaba. Así que le preguntaron.

“¿Por qué se comporta de manera tan amable con la nuera?”, le dijeron. “Ella es una mujer japonesa. ¿No la odias?”

“Yo no la odio” dijo. “Todo el odio que había acumulado en mi corazón se ha ido”. Y agregó: “Nunca la odié. Sólo estaba liberando el odio que había en mí por haber sido reclutados para trabajar en la mina. Gracias a ella el odio ha desaparecido. A partir de ahora voy a ser amable con ella, porque es mi nuera”. La nuera había pagado por los pecados de los japoneses. Este es un ejemplo del camino de la redención que llevará a la humanidad a un mundo de paz.

El verdadero significado del matrimonio



Para lograr un mundo pacífico ideal, no existe un camino más corto que la formación de matrimonios internacionales, interculturales, interraciales e interreligiosos. Cosas que ni siquiera podríamos calcular cuánto tiempo nos llevaría realizarlas mediante otros métodos, pueden lograrse milagrosamente en apenas dos o tres generaciones con este tipo de matrimonios. Así, para que un mundo pacífico pueda lograrse mucho más rápido, deberían formarse matrimonios entre personas que trasciendan sus fronteras y se casen con ciudadanos de un país al que consideren enemigo. Antes de casarse con alguien nacido en un país enemigo alguien diría: “¡A esos no los puedo ni ver!”, pero si uno de éstos se convierte en su cónyuge, la mitad de ese alguien ya comienza a sentirse parte de aquel país, y los sentimientos de odio comienzan a desaparecer como nieve que se derrite. Si logran mantenerse unidos por dos o tres generaciones, el odio será erradicado completamente.

No me refiero a estos matrimonios solamente más allá de las fronteras nacionales. Casarse con alguien de otra religión es también tan importante como derribar fronteras. De hecho, en ciertos países, un casamiento entre personas de diferente religión es aun más difícil que casarse con alguien de un país enemigo. Si se casan entre facciones religiosas que han

vivido en conflicto, llegarán a armonizar trascendiendo su religión. En tales matrimonios, nadie le cerrará la puerta de golpe al otro en la cara simplemente porque haya sido criado y haya vivido siempre una cultura o tradición diferente. Deben formarse matrimonios entre blancos y negros, entre coreanos y japoneses y africanos. El número de matrimonios internacionales, interculturales, interraciales e interreligiosos ya supera los diez millones. De ellos está naciendo un linaje completamente nuevo, una corriente de ser humano enteramente nueva, trascendiendo las razas blanca, negra y amarilla.

Lo más importante de todo es enseñarles a los jóvenes el significado sagrado y el valor del matrimonio. Actualmente Corea tiene uno de los índices de nacimiento más bajos del mundo. El no tener niños es algo riesgoso. Un país sin descendencia es un país sin futuro. Yo les enseño a los jóvenes a que deben mantenerse sexualmente puros y que una vez que sean bendecidos en matrimonio deberían tener, por lo menos, tres hijos. Los hijos son una bendición de Dios. Tener y criar hijos es criar ciudadanos del reino celestial, de modo que es un gran pecado vivir una juventud promiscua y abortar los bebés resultantes de una vida inmoral.

Uno no se casa para sí mismo, sino por el bien de su cónyuge. Buscar solamente una persona hermosa o una persona que viva bien para casarse, es una mentalidad equivocada. Debemos vivir por el bien de los demás; tampoco al casarnos debemos olvidarnos de este principio. Por más que una mujer sea poca dotada, hay que casarse con la actitud de amarla aun más que si fuese una mujer hermosa. La más preciosa de todas las bendiciones, es el amor de Dios. Contraer matrimonio es recibir y practicar esa bendición. Tenemos que entender su precioso valor, vivir una vida conyugal en verdadero amor y construir una familia verdadera.

La paz mundial no es algo tan colosal. La familia debe tener paz para

que la sociedad se vuelva más pacífica y a la larga desaparezcan los conflictos entre naciones; precisamente eso se traducirá en una paz mundial. Esto demuestra cuán importante es una familia sana y sólida, y cuán grande es su responsabilidad. La expresión “Lo único que importa es que yo viva bien, y cuide de mi familia”, no existe en mi biblioteca.

El matrimonio es la unión de dos personas, pero implica mucho más, ya que en definitiva crea lazos entre dos familias, y más aun, entre dos clanes o tribus y hasta puede implicar la unidad en armonía entre dos países. Es aceptar la cultura del cónyuge y superar rencores históricos, es ir uniéndose. Una unión en matrimonio entre una persona coreana con una persona japonesa, es la unión en armonía de la Corea y el Japón. Cuando se unen en matrimonio una persona blanca con una persona negra, es la unión en armonía de las razas blanca y negra. Y los hijos de esa unión son seres armonizados que han heredado al mismo tiempo la sangre de ambos pueblos. Son el origen de una nueva raza, que trasciende a blancos y negros. Y así, luego de varias generaciones, desaparecerán las divisiones u hostilidades entre naciones o entre razas, convirtiendo a toda la Humanidad en una sola familia, pudiendo crear así un mundo pacífico.

Recientemente se ha incrementado el número de coreanos que se casan con extranjeros, y vemos también en Corea cada vez más familias formadas por personas de diferente nacionalidad y religión. Las llaman “familias multiculturales”. No es tan fácil la convivencia afectiva en un matrimonio formado por un hombre y una mujer que crecieron en ambientes muy diferentes; y menos aun en una esfera cultural tan homogénea como la coreana. Para que vivan felices en un matrimonio internacional, intercultural, interracial o interreligioso, se necesitará que ambos hagan un esfuerzo extra para comprenderse y cuidarse mutuamente. Si nuestros matrimonios internacionales pueden convivir en amor y exitosamente, es porque

se han unido centrados en Dios.

Para que las familias multiculturales puedan asentarse bien, varias instituciones regionales de bienestar social administran programas en los que se enseña el idioma coreano y la cultura. Pero mientras no cambie el concepto de lo que es un matrimonio, todos estos esfuerzos pueden resultar inútiles. Si una mujer piensa: “¿Para qué me habré casado con este hombre? Si no me hubiese casado con él, viviría mejor”, su vida conyugal será un infierno. Más urgente que enseñarles el idioma y la cultura coreana, es brindarles una comprensión correcta de lo que es el matrimonio.

El matrimonio no es apenas la convivencia de un hombre y una mujer casables. El matrimonio se construye sobre la base del sacrificio. El hombre debe vivir para su mujer, y la mujer debe vivir para el hombre. Hasta que desaparezca del todo nuestro egoísmo, debemos vivir incesantemente para el cónyuge. Ese corazón sacrificado, es un corazón de amor. El amor no es apenas que un hombre y una mujer se hayan encontrado para disfrutar y pasarla bien; el amor es dar la vida por el otro. Hay que casarse luego de haber tomado semejante determinación.

El verdadero amor reside en una verdadera familia



Por más que una pareja se ame, para perfeccionar una familia feliz necesitan constituir un hogar en el que haya indefectiblemente padres que sean un cerco protector, y debe haber hijos a quienes ellos amen y les importen. Una familia recién puede ser un nido de felicidad cuando es sólida. Por tremendo que fuere el éxito que uno obtuvo a nivel social, uno se volverá desafortunado si su familia se derrumba.

La base del amor es un corazón sacrificado con el que se brinden totalmente el uno al otro. Si el amor de los padres es un amor verdadero, es porque ese amor hace que quieran darle todo a sus hijos, y aun más. Los padres que realmente aman a sus hijos, no recuerdan cuánto les han dado. No debe haber un solo padre que lleve un registro y les diga a sus hijos cuánto lleva gastado en calzado y ropa para ellos, ni de cuánto sudor le ha costado criarlos. Por el contrario, los padres se sienten mal por no haber podido darles a sus hijos más de los que les han dado.

Cuando niño seguía a mi padre, que era apicultor, y observé mucho cómo se comportan las abejas. Cuando una abeja revolotea por el jardín y huele la fragancia de una flor, apoya firmemente sus patas en ella, retira la cola hacia atrás, y succiona a más no poder. Si en ese momento uno se

acerca a la abeja y tira de ella, no hay manera de separarla de la flor. Suciona al riesgo de su vida.

El amor de padres que atienden una familia es igual a una abeja afeerrada a una flor. Aunque se corte su hilo de vida, no soltarán la cuerda del amor hacia sus hijos. El verdadero amor de los padres es un amor tal que dan la vida por los hijos; es más, hasta se olvidan que la han dado. No importa cuán largo y arduo sea el camino, lo transitan con todo gusto. El amor de los padres es el amor más grandioso del mundo.

Aunque uno viva en una buena casa y se alimente con opulencia, si uno no tiene padres, tendrá un gran vacío en su corazón. En el corazón de quien se ha criado sin el amor de sus padres se ocultan una soledad y un vacío que nada puede llenar. La familia es el lugar donde se recibe el amor verdadero de los padres, y se aprende el amor. Quienes de niños no han podido recibir amor, viven el resto de la vida hambrientos de amor, y no solo sienten dolor sino que además pierden la oportunidad de aprender el elevado deber moral que debe cumplirse apropiadamente hacia la familia y la sociedad. El amor verdadero es un valor que no hay manera de aprender en otro lugar que no sea la familia.

Una verdadera familia es aquella en la que marido y mujer se aman mutuamente como si el otro fuese su padre o su madre, o su hermano o hermana; es el lugar donde el marido ama a su mujer como a Dios, y la mujer respeta a su marido como respeta a Dios. Bajo ninguna dificultad que enfrentaremos podemos abandonar a nuestros hermanos, ni podemos abandonar a nuestra madre. La palabra divorcio ni debería existir. Como el esposo representa a su padre y a su hermano, una mujer no debería abandonar a su marido, del mismo modo que no puede abandonar a su padre o hermano; lo mismo es para el marido con respecto a su mujer. El lugar donde los esposos viven considerándose mutuamente seres de valor

absoluto, es una verdadera familia desbordante de genuino amor.

Aunque marido y mujer provengan de diferentes razas y trasfondos culturales, si han constituido una familia con el amor de Dios, no puede haber conflictos culturales entre los hijos nacidos de ellos. Esos hijos amarán y apreciarán el país, la cultura y la tradición de su padre tanto como de su madre con el mismo amor que sienten hacia sus padres. La solución a los conflictos de las familias multiculturales no dependerá de qué tipo de conocimientos se les enseña, sino de que esos padres crien a sus hijos con amor verdadero, o no. El amor de los padres, como el rocío, penetra la carne y los huesos de sus hijos y es además el fertilizante que los hará crecer como maravillosos ciudadanos globales, que acepten al país de su padre y al de su madre como si fuese uno solo y el mismo.

La familia es la escuela donde se aprende y se enseña el amor por la humanidad. Hijos que crecen en el cálido amor de sus padres, al salir fuera de casa cuidarán con amor a quienes estén en necesidad, tal cual lo aprendieron en el hogar. Quienes crecieron compartiendo el amor afectivo de sus hermanos y hermanas, vivirán en sociedad compartiendo un cálido afecto con sus vecinos. Quienes fueron criados con amor, considerarán a cualquier persona del mundo como si fuese de su propia familia. Un corazón de amor que nos lleve a tratar al prójimo como familiar propio y nos haga compartir lo nuestro con los demás, comienza en una verdadera familia.

Otra razón por la cual la familia es importante es porque la familia se expande hacia el mundo. Una familia verdadera es el comienzo de una sociedad verdadera, de una nación verdadera y de un mundo verdadero; es el punto de partida de un mundo pacífico, del país de Dios. Los padres trabajan a destajo para sus hijos (*literal: hasta que se les derritan los huesos), pero no simplemente para alimentar a los propios; quien ha recibido

abundante amor podrá trabajar para los demás y para Dios.

La familia es el lugar donde se comparte un desbordante amor. La familia es apenas un cerco de protección de los miembros de la familia, no es un lugar para encerrar el amor. Por el contrario, el amor debe desbordar de manera tal que salga fuera y fluya sin cesar. Por más que desborde, el amor nunca se secará, porque se recibe de Dios. El amor que Dios nos da es un amor que por más que se extienda nunca se ve su fin, no, más bien cuanto más se extiende más fuentes cristalinas brotarán. Quien haya crecido alimentándose de ese amor podrá vivir una vida verdadera.

Dejando un legado de amor



Una vida verdadera es una vida en la que debemos abandonar nuestros deseos privados y vivir para el bien público. Esta es una verdad enseñada por los principales líderes religiosos del pasado y presente, de Oriente y Occidente: Jesús, Buda o Mahoma. Es una verdad tan conocida que, lamentablemente, parece haberse devaluado. El paso del tiempo o los cambios en el mundo, sin embargo, no pueden disminuir el valor de esta verdad. Esto es porque la esencia de la vida humana nunca cambia, ni aun en medio de las rápidas transformaciones el mundo circundante.

El maestro con quien tenemos la relación más estrecha es nuestro corazón. Es más valioso que nuestros amigos más cercanos y aún más valioso que nuestros padres. Así que, a medida que avanzamos en nuestra vida, debemos preguntarle: “¿Estoy viviendo una vida buena en este momento?” Cualquier persona puede escuchar a su corazón. Si llega a la conclusión de que su corazón es su maestro, púlanlo y mantengan con él una estrecha relación durante toda su vida. Si una persona oye el sonido de su corazón derramando lágrimas, tiene que detener de inmediato lo que está haciendo. Cualquier cosa que haga sufrir al corazón, lo arruinará. Cualquier cosa que haga que el corazón se sienta triste, hará que finalmente la persona

caiga en la tristeza.

Para que una persona pueda pulir su corazón hasta que quede tan claro como el cristal, es absolutamente necesario pasar un tiempo en conversación directa con el corazón en un entorno en el que se esté lejos del mundo y solo con el corazón. Será un momento de intensa soledad, pero aquél en que llegamos a estar cerca de nuestro corazón. Es el momento de la oración y la meditación. Es un momento en el que podemos tomar dominio de nuestro corazón. Cuando nos aislamos del ruido que nos rodea y permitimos que nuestros pensamientos se calmen, se puede ver en lo más profundo de nuestro corazón. Eso sí: tomará mucho tiempo y esfuerzo recorrer el camino hasta que el corazón esté calmo. No va a suceder en un día.

Así como el amor no es para nuestro bien personal, tampoco la felicidad y la paz son para nosotros mismos. Así como el amor no puede existir sin un socio, la felicidad y la paz tampoco pueden existir sin el suyo. Sólo pueden existir en el contexto de una relación con un compañero. Nada puede lograrse si amamos solos. Cualquier ideal que podamos imaginar solos, no servirá para nada. No podemos ser felices solos o hablar de paz solos. Dado que es el compañero quien permite que éstos existan, ese compañero es más importante que nosotros.

Ustedes pueden haber visto a una madre cargando un bebé, sentada en la entrada del metro y vendiendo comidas hechas en casa a la gente que pasa. Para estar en ese lugar, justo a tiempo para la hora más transitada de la mañana, tendrá que pasar toda la noche preparando esas comidas y cargar a su quejoso hijo hasta llegar a la estación. La gente que pasa puede decir: “Oh, usted podría estar mejor si no tuviera a ese niño a su cargo”, pero es por el bien del niño que la madre vive esa vida. El niño que carga es el cable de salvación de la madre.

Dicen que la gente puede esperar vivir unos 80 años. Serían 80 años de

alegría, ira, tristeza, felicidad y de todas las otras emociones mezcladas. Puede parecer un largo tiempo, pero si restamos los lapsos en que una persona pasa durmiendo, trabajando y comiendo, y luego el tiempo que dedica a hablar, a reír, a divertirse con los demás, a asistir a bodas y funerales y a estar en cama enfermo, quedan sólo unos siete años. Una persona puede vivir 80 años, pero sólo pasa alrededor de siete con sí misma.

La vida es como una banda elástica. Los mismos siete años dados a dos personas diferentes pueden significar siete años o setenta. El tiempo, por sí mismo, está vacío. Nosotros tenemos que poner cosas en él. Lo mismo ocurre con la vida. Todo el mundo quiere vivir su vida teniendo un lugar cómodo para dormir y cosas buenas para comer. Comer y dormir, sin embargo, son simplemente formas de dejar escapar el tiempo. En el momento en que una persona termina de vivir su vida, su cuerpo es enterrado en el suelo y toda la riqueza y la gloria se convierten en nada más que una burbuja y desaparecen. Sólo los siete años que vivió para sí mismo se mantendrán y serán recordados por la posteridad. Esos siete años son la huella que queda en el mundo de una vida que duró 80.

No venimos a este mundo, o nos vamos de él, por nuestra propia voluntad. No tenemos la capacidad de tomar decisiones con respecto a nuestro destino. Nacemos aunque no elegimos nacer. Vivimos aunque no elegimos vivir. Morimos aunque no elegimos morir. No tenemos autoridad sobre nuestras vidas, así que: ¿cómo podemos presumir que estamos, de alguna manera, mejor que otros? No pedimos nacer por nuestra propia voluntad, poseer algo que sea nuestro para siempre o evitar la muerte. De manera que cualquier jactancia de nuestra parte sólo sería patética.

Incluso si alcanzamos una posición más alta que otros, el honor es sólo temporal. Si acumulamos más posesiones que los demás, debemos dejarlas a todas cuando estemos a las puertas de la muerte. El dinero, el honor y

el conocimiento fluyen alejándose de nosotros en el tiempo y desaparecen con el paso de los años. No importa lo noble y grande que una persona pueda ser. La suya es nada más que una vida miserable, que terminará en el momento en que no tenga a mano su salvavidas.

La condición humana es tal que, sin importar lo mucho que podamos reflexionar en torno a esta cuestión, nunca comprenderemos por qué tenemos que vivir. Debemos darnos cuenta de que, así como no nacimos por nuestra propia voluntad, tampoco estamos destinados a vivir nuestras vidas para nuestro propio bienestar.

La respuesta a la pregunta de cómo debemos vivir nuestras vidas es, por lo tanto, simple. Hemos nacido del amor, así que debemos vivir viajando por el camino del amor. Nuestras vidas fueron creadas para recibir el inmenso amor de nuestros padres, por lo que debemos vivir nuestras vidas enteras devolviendo ese amor, único valor que podemos elegir por nosotros mismos. Nuestro éxito o fracaso dependen de cuánto amor seamos capaces de dar en el poco tiempo real del que disponemos.

En algún punto, todos se despojan de sus cuerpos físicos como si fueran ropa vieja y mueren. En coreano, “volver” es una expresión común para decir morir. “Volver” significa regresar de dónde venimos, es decir, volver a nuestras raíces fundamentales. Todo en el universo se mueve en ciclos. La nieve que se acumula en los montes se derrite y fluirá bajando por las laderas y formando un arroyo que luego se convierte en río y desemboca en el océano. La nieve que desemboca en el océano absorbe el calor de los rayos del sol. Se convierte en vapor de agua, vuelve al cielo y se prepara para convertirse en copos de nieve o en gotas de lluvia. Volver a nuestro lugar de origen es, de esta manera, lo que llamamos muerte. Entonces, ¿a dónde volvemos los seres humanos cuando morimos? El cuerpo y el corazón se unen para formar una vida humana. La muerte es el acto

de desprendimiento del cuerpo. Así que vamos al lugar desde donde llegó el corazón.

Nunca podemos hablar de la vida sin hablar también de la muerte. Tenemos que entender con precisión qué es la muerte, incluso si lo hacemos sólo para entender el propósito de la vida. El tipo de vida que tiene valor verdadero sólo puede ser comprendido por la persona que se encuentra en una situación difícil, donde la muerte parece inminente. Es la persona que clama al cielo con desesperación, pidiendo que no se le permita vivir ni un día más. Si nuestros días son así de preciosos, ¿cómo deberíamos vivirlos? ¿Cuáles son las cosas que debemos cumplir antes de cruzar la línea divisoria de la muerte?

Lo más importante es no cometer pecado y vivir una vida sin sombras. Hay mucho debate religioso y filosófico sobre qué es pecado, pero está claro que no debemos participar en aquellos actos que hagan sentir culpable a nuestra conciencia. Cuando hacemos cosas que nos producen una conciencia culpable, esto siempre deja una sombra en nuestro corazón.

La siguiente acción más importante es trabajar significativamente más que otros. Todas las vidas son limitadas, se extiendan por sesenta, setenta años o un período aún mayor. Dependiendo de cómo utilicemos ese tiempo, podemos vivir una vida que sea dos o tres veces más fructífera que otras. Si cortan el tiempo en segmentos y después viven cada segmento de una manera significativa, su vida será verdaderamente preciosa. Vive tu vida con una actitud de dedicación y diligencia, diciéndote, por ejemplo que plantarás dos o tres árboles en el mismo tiempo en que otro planta uno. No vivas para ti mismo. Debes vivir para los demás; no para tu familia sino para tus vecinos; no para tu propio país sino para el mundo. Todo el pecado del mundo surge cuando se pone al individuo en primer lugar. Los deseos y las ambiciones dañan a los vecinos de una persona y arrui-

nan a la sociedad en general.

Todo en el mundo pasará con el tiempo. Los padres, el marido o la mujer y los hijos a los que amamos: todos pasarán. Lo único que quedará con nosotros, al final de nuestras vidas, es la muerte. Cuando una persona muere, sólo queda su tumba. Por favor, consideren por un momento lo que se puede colocar en esa tumba para demostrar que ustedes vivieron una vida valiosa. Las posesiones y la posición social que acumularon durante su vida desaparecerán de su lado. Una vez cruzado el río de la muerte, tales cosas no tienen sentido. Debido a que hemos nacido y vivido en el amor, éste es lo único que permanecerá con nosotros cuando estemos en nuestras tumbas. Recibimos nuestras vidas en el amor, vivimos compartiendo el amor y retornamos en medio del amor. Es importante que vivamos nuestras vidas de manera tal, que podemos dejar tumbas de amor, detrás nuestro, cuando nos vayamos.



Capítulo VI

EL AMOR TRAERÁ LA UNIFICACIÓN

El poder de la religión para cambiar a la gente hacia la bondad



En 1990, el Presidente iraquí Saddam Hussein organizó una invasión armada a Kuwait. Fue el comienzo de la guerra en el Golfo Pérsico, uno de los polvorines del mundo. Mientras el mundo estaba a punto de ser arrastrado por la vorágine de la guerra, llegué a la conclusión de que los líderes cristianos y musulmanes debían unirse y poner fin a este conflicto. Inmediatamente comencé a ponerme en contacto con personas de ambos lados. A pesar de que la tierra en disputa no tenía relación directa con Corea, era mi responsabilidad hacer todo lo posible para detener un conflicto en el que seguramente morirían muchos inocentes.

Tan pronto como comenzó la invasión de Irak envié a miembros de nuestra iglesia al Medio Oriente y reuní a los representantes de diversas entidades religiosas para proponer una conferencia regional. Muchos se preguntarán por qué yo, una persona sin relación aparente con el Medio Oriente, propondría tal conferencia. Creo que todas las religiones deben buscar la forma de contribuir a la paz mundial. El conflicto entre el cristianismo y el islam es mucho peor que el conflicto entre la democracia y el comunismo. No hay nada más temible que una guerra religiosa.

Imploré al Presidente George W. Bush que no iniciara una guerra

contra el mundo árabe. En la mente del Presidente, él libraba una guerra contra Irak, pero en la mente de los musulmanes, la religión está en una posición más elevada que el estado nacional. Me preocupaba que, si se atacaba a Irak, el mundo árabe se uniera contra los Estados Unidos. Poco después de la invasión a Irak, nuestra iglesia reunió a líderes religiosos de Siria y Yemen y celebró una conferencia de emergencia en la que llamó al mundo árabe a no ir a una guerra contra el Presidente Bush. Ganara quien ganara, ¿qué se conseguiría con ello? ¿Qué valor tendría, si eso significaba que lloverían bombas para destruir casas y campos y se perderían preciosas vidas?

Cada vez que se observaron signos de crisis en el Medio Oriente, nuestros miembros han arriesgado sus vidas para trabajar con las ONG más importantes del mundo en Israel y Palestina. No me sentía cómodo enviando a nuestros miembros a lugares en los que sus vidas podían estar en peligro. Estando yo en Brasil cultivando la tierra, o de visita en un campamento de refugiados en África, mi corazón siempre estuvo con los miembros que habían trabajado con rapidez para ir al polvo de Oriente Medio. Rezo para que la paz llegue al mundo con rapidez y ya no sea necesario enviar a nuestros miembros a esas tierras de muerte.

Todos nos sentimos como si hubiéramos sido alcanzados por un rayo en 2001 cuando las torres gemelas del World Trade Center en Nueva York se vinieron abajo. Algunas de las personas que vieron esto lo describieron como un inevitable choque de civilizaciones entre el islam y el cristianismo. El islam y el cristianismo, sin embargo, no son religiones de conflictos y confrontación, son religiones que dan importancia a la paz. No es razonable decir que el islam es radical y que, además, es básicamente diferente al cristianismo. Las religiones son idénticas en su esencia.

Reunimos a unos 40 especialistas en religión y en 1991 publicamos “Es-

critura Mundial: una antología comparativa de los textos sagrados”. Este libro fue el resultado de comparar y estudiar los términos que aparecen en los textos sagrados del cristianismo, el islam, el budismo y otras religiones del mundo. Encontramos que los textos sagrados utilizan términos iguales o similares el 73 por ciento del tiempo. El restante 27 por ciento son términos que representan los puntos únicos de cada religión. Esto significa que el 73 por ciento de las enseñanzas de las principales religiones del mundo son las mismas en todas ellas. Unos pueden llevar turbante, otros pueden usar cuentas de oración alrededor de su cuello y otros pueden llevar la cruz, pero todos están buscando las verdades fundamentales del universo y entender la voluntad del Creador.

Hay quienes a menudo se convierten en amigos, incluso cuando todo lo que tienen en común es el mismo pasatiempo en particular. Cuando dos extraños se encuentran y descubren que comparten la misma ciudad natal, se pueden comunicar entre sí como si se hubieran conocido durante décadas. Por lo tanto, es verdaderamente trágico que las religiones, que comparten las mismas enseñanzas en el 73 por ciento de las veces, no sean capaces de comunicarse unas con otras. Pueden hablar de las cosas que tienen en común y tomarse unos a los otros de la mano. En cambio, hacen hincapié en sus diferencias y se critican unos a los otros. Todas las religiones en el mundo hablan sobre la paz y el amor. Sin embargo, luchan entre sí por la paz y el amor.

El judaísmo, la religión de Israel, preconiza paz, como el islam. Por nuestra experiencia en la elaboración de “Escritura Mundial” llegamos a la conclusión de que no son las religiones las que están equivocadas, sino las formas en que las religiones son enseñadas. La fe errónea trae prejuicios y el prejuicio lleva a conflictos.

Puse un pie en Jerusalén por primera vez en 1965. Fue antes de la Gue-

rra de los Seis Días. Jerusalén estaba todavía bajo el control territorial de Jordania. Fui al monte de los Olivos, donde Jesús derramó lágrimas de sangre antes de ser llevado ante el Sanedrín. Entonces ya estaba la iglesia del Monte de los Olivos. Puse mi mano sobre un olivo de 2,000 años, que habría sido testigo de la oración de Jesús esa noche. Fijé tres clavos en ese árbol: uno por el judaísmo, otro por el cristianismo y el otro por el islam. Recé para que llegue el día en que estos tres credos se conviertan en uno. No podemos esperar lograr un mundo de paz a menos que el judaísmo, el cristianismo y el islam se hagan uno. Los tres clavos todavía están allí, y el mundo de la paz está aún muy distante.

El judaísmo, el islam y el cristianismo están muy divididos, pero comparten una raíz común. El tema que los mantiene divididos es la comprensión con respecto a Jesús. Para abordar este problema, el 19 de mayo de 2003 pedí que se restara importancia a la cruz en las relaciones entre las religiones abrahámicas. Así celebramos una ceremonia en la que se quitó la cruz. Entonces la enterramos en el llamado “campo de sangre” (acéldama), la tierra que Judas el Iscariote, se dice, compró con los 30 siclos de plata que recibió por traicionar a Jesús. Luego, el 23 de diciembre de ese año, unos 3,000 Embajadores para la Paz de todo el mundo, trascendiendo las diferencias de religión, junto con 17,000 israelíes y palestinos, se reunieron en el Parque Independencia de Jerusalén, para eliminar simbólicamente la corona de espinas de la cabeza de Jesús y sustituirla por otra “de la paz”. Junto a casi 20,000 personas que se congregaron allí, realizamos una marcha por la paz. A través de esa marcha, transmitida en vivo a través de internet a todo el mundo, proclamé que se le había devuelto a Jesús su autoridad como Rey de la Paz. Después de siglos de incompreensión y división se ha creado una oportunidad para que el cristianismo, el judaísmo y el islam se reconcilien.

Al-Aksa, la tercera mezquita más sagrada del islam -después de las de La Meca y Medina- se encuentra en Jerusalén. Es el lugar donde se dice que Mahoma ascendió al cielo. Los líderes de la mezquita guiaron a los líderes cristianos y judíos que habían participado en la marcha por la paz, hacia la parte más interior del edificio. El islam es también una religión que ama la paz. Hemos abierto una puerta que había estado cerrada fuertemente y abrimos el camino para que muchos líderes musulmanes se comuniquen en un nuevo nivel con sus hermanos cristianos y judíos.

A los seres humanos le gusta la paz pero también el conflicto. Los seres humanos pueden tomar a los toros más buenos y hacerlos pelear entre sí. Tienen gallos que se agraden con sus puntas y se picotean hasta que comienzan a caer pedazos de carne suave. Luego se darán vuelta y dirán a sus hijos: “No pelees con tus amigos. Juega bien”. En última instancia, la razón fundamental por la que las guerras se producen no es la religión o la raza: es la naturaleza de los seres humanos. Los seres humanos son el problema. A la gente de hoy gusta le mencionar, como causas de los conflictos armados, cosas tales como la ciencia o la economía, pero el problema fundamental es realmente la humanidad.

El papel de la religión es cambiar a los hombres hacia el bien para eliminar la naturaleza maligna de quienes encuentran placer en la lucha. Examinen las principales religiones del mundo. Todas ellas proponen el ideal de mundo de paz. Todos quieren ver a un reino de los cielos, una utopía o un paraíso. Las religiones tienen diferentes nombres para este ideal, pero todas están buscando básicamente el mismo tipo de mundo. Existen numerosas religiones y muchas de ellas están divididas en facciones y denominaciones, pero la esperanza fundamental de todas estas es ser una. Su meta es el Reino de los Cielos y el mundo de la paz. Es el reino de amor que cure el corazón humano.

El río no rechaza las aguas que fluyen hacia él



El individualismo corrompe el mundo de hoy. Las personas son destruidas por el individualismo. Además, el individualismo expresado en una persona obstaculiza el crecimiento y el desarrollo de otras. Por extensión, será perjudicial para el desarrollo de la nación como un todo. La codicia que está en los corazones de los pueblos es el mayor obstáculo en el camino que conduce al mundo de paz. La avaricia de las personas da lugar a la avaricia de la nación y los corazones manchados con avaricia causan conflictos entre los individuos y las naciones. Numerosas personas, a lo largo de la historia, han derramado sangre y muerto en los conflictos que se produjeron como resultado de la avaricia.

Para eliminar esos conflictos es necesaria una revolución que cambie los valores erróneos y pensamientos tan extendidos en el mundo de hoy. Los complejos problemas que nuestras sociedades enfrentan se pueden resolver rápidamente si se produce, antes, una revolución en el pensamiento de los pueblos. Si los individuos y las naciones empiezan a mirar hacia afuera, hacia la otra persona primero o la otra nación primero y a trabajar conjuntamente con ellos, los problemas de la sociedad moderna se resolverán.

A lo largo de mi vida he desarrollado esfuerzos por la paz. Allí donde la

palabra “paz” aparece, me emociono, se me hace un nudo en la garganta, se me hace difícil tragar la comida y empiezan a brotar lágrimas de mis ojos. Me conmueve profundamente sólo el imaginar el día en que el mundo se convierta en uno y comience a disfrutar de la paz. Tal es la naturaleza de ese supremo valor: une a las personas que piensan diferente, sean de diferentes razas y hablen diferentes idiomas. Nuestros corazones anhelan este mundo y albergan la esperanza de que se haga realidad. La paz requiere acciones concretas. No es un sueño vago.

La búsqueda de la paz no siempre ha sido fácil. Ha habido muchas dificultades y ha requerido grandes sumas de dinero. Yo no hice esto, sin embargo, por mi honor personal. Tampoco lo hago por el beneficio financiero. Todo lo que hice fue invertir mi esfuerzo completo para que podamos tener un mundo donde una fuerte y verdadera paz eche raíces. Durante el tiempo en que he estado haciendo este trabajo, nunca estuve solo porque, en última instancia, la paz es el deseo de cada persona en el mundo. Es extraño, sin embargo. A pesar de que todo el mundo quiere la paz, todavía no ha llegado.

Es fácil hablar de paz pero lograrla, sin embargo, no es fácil. Esto es así porque la gente deja de lado la verdad, el elemento más importante para lograr un mundo de paz. Hacen como si no supieran que está ahí. Antes de hablar de la paz entre individuos o entre naciones, tenemos que hablar de la paz entre nosotros y Dios. Cada religión se considera a sí misma como la más alta, mira hacia abajo y rechaza a las otras religiones.

No es justo construir cercas contra otras religiones y confesiones. Una religión es como un gran río que fluye hacia un mundo ideal de paz, por una larga distancia, antes de llegar a la gran extensión del mundo de paz. En su camino llegará a cruzarse con numerosos arroyos que desembocan en él. Los arroyos dejan de ser arroyos desde el punto en que se juntan al

río. Desde ese momento, ellos también son parte del río y se hacen uno con él.

El río no rechaza ninguna de las corrientes que desembocan en él. Acepta a todas. Abraza a todas las corrientes y forma un flujo único, ya que continúa hacia el océano. La gente de hoy no entiende esta simple verdad. Los arroyos que buscan el río y desembocan en él son las numerosas religiones y denominaciones de hoy. Cada corriente tiene su origen en una fuente diferente, pero todas van al mismo destino. Están buscando un mundo ideal, desbordante de paz.

La paz nunca vendrá a esta tierra si no derribamos los muros que bloquean el camino entre las religiones. Durante miles de años, las religiones crecieron en alianza con determinados grupos étnicos, por lo que están rodeados de altos muros culturales. Tirarlos abajo es una tarea extremadamente difícil. Durante miles de años, cada religión se ha rodeado de barreras elevadas e insistido en que son la única verdadera. En algunos casos las religiones han expandido su influencia y entraron en conflictos y peleas con otras. Han colgado el nombre de Dios en lugares que no tienen nada que ver con Su voluntad.

La voluntad de Dios se encuentra en la paz. Un mundo fragmentado por diferencias de nacionalidad, raza y religión, donde los hombres se atacan y luchan unos contra otros y derraman la sangre de los demás, no es lo que Dios quiere. Cuando derramamos sangre y luchamos unos contra otros en Su nombre, sólo le causamos dolor. Un mundo hecho trizas ha sido creado a partir de los deseos de la gente por alcanzar su propia riqueza y gloria. Esto no representa la voluntad de Dios. Dios claramente me lo dijo. Yo sólo soy Su muchacho de los mandados, el que recibe Sus palabras y las realiza en la Tierra.

El camino para lograr la paz en un mundo donde las religiones y las

razas se hagan uno, ha sido agotador. Muchas veces fui rechazado por la gente o mis propias habilidades fueron pocas, pero yo no podía dejar de lado esta misión. Cuando los miembros y colegas que trabajan conmigo lloraban de angustia debido a la dificultad de la tarea, incluso sentía envidia de ellos.

“Si deciden que este camino no es para ustedes, tienen la opción de parar y dar marcha atrás”, les dije. “O si lo intentan una y otra vez y todavía no pueden lograrlo, tienen la opción de morir en el intento”.

“Pero deben tener piedad de mí”, agregué, “porque soy una persona que no tiene esas opciones”.

El mundo se compone de unos 200 países. Para que todos puedan disfrutar de la paz, el poder de la religión es absolutamente necesario y está en el amor que emana de ella. Soy una persona religiosa, cuya función es transmitir el amor: es natural que trabaje por la paz mundial. No hay ninguna diferencia entre el islam y el cristianismo en su compromiso de lograr un mundo de paz. En Estados Unidos estoy conduciendo a un movimiento por la paz que reúne a 20,000 clérigos sin tener en cuenta su denominación. A través de este movimiento, estamos demostrando que el cristianismo, el islam, el judaísmo, el budismo y todas las religiones del mundo pueden reunirse. Estamos dedicando todos nuestros esfuerzos a cambiar los corazones endurecidos de la gente. Mi propósito de hoy es el mismo que el de ayer. Se trata de crear un mundo único, con Dios en el centro y con una sola soberanía.

El mundo entero se unirá. Todos los territorios pertenecerán a una nación. Toda la humanidad será ciudadana de un país y todos compartiremos una cultura. No habrá ninguna posibilidad de división o conflicto en un mundo que se ha convertido en uno. Esto marcará el comienzo de la paz verdadera.

“Concedan libertad de cultos en la Unión Soviética”



La idea marxista de que el espíritu se origina en la materia está equivocada desde su raíz. Los seres humanos son creados por Dios y todos los seres son cuerpos unificados que tienen aspectos materiales y espirituales. En resumen, la teoría y la filosofía del comunismo están equivocadas. Durante el período en que yo estaba estudiando en Japón, trabajé junto con los comunistas por la independencia de Corea. Eran buenos amigos que estaban dispuestos a dar su vida, si era necesario, por la independencia de nuestra patria, pero nuestra manera de pensar era fundamentalmente diferente. De manera que, una vez que la independencia fue lograda, tuvimos que ir por caminos separados.

Me opongo al materialismo histórico del comunismo. Dirigí un movimiento para la victoria sobre el comunismo en todo el mundo y aconsejé a los sucesivos Presidentes de EE.UU. que protegieran al mundo libre frente a la estrategia comunista de construir un mundo rojo. Los países comunistas que estaban descontentos con mis acciones trataron de quitarme del medio a través de actos de terror, pero yo no los odio ni los considero enemigos. Me opongo a la filosofía y a la ideología del comunismo, pero nunca he odiado a sus pueblos. Dios quiere que incluso los comunistas

entren en su unicidad.

En ese sentido, mi visita a Moscú -en abril de 1990- para una reunión con el Presidente Mihail Gorbachov y mi viaje a Pyongyang, al año siguiente, para una reunión con el Presidente Kim Il-sung, no fueron viajes sencillos. Ambos fueron realizados a riesgo de mi vida. Era mi destino hacerlos para transmitir la voluntad del Cielo a estos hombres. Muchos años antes de aquel primer viaje yo había dicho que, en idioma inglés, la palabra Moscú suena similar a “must go” (tengo que ir).

Yo tenía, desde hacía mucho tiempo, varias certezas en relación al comunismo. Pude prever que varios signos que apuntaban a la caída del comunismo comenzarían a aparecer después de los años 60, después de la revolución bolchevique. Dije que caería en 1987, en el 70° aniversario de la revolución. Así que quedé entusiasmado en 1985 cuando me enteré de que el Dr. Morton Kaplan, un conocido politólogo de la Universidad de Chicago, proponía celebrar una conferencia internacional titulada “La caída del imperio soviético”. Le pedí que me visitara en la cárcel de Danbury para que pudiéramos discutir los detalles. La primera cosa que le dije cuando nos conocimos fue que yo quería que declarara “el fin del comunismo soviético” antes del 15 de agosto de ese año.

El Dr. Kaplan respondió: “¿Declarar el fin del comunismo soviético? ¿Cómo puedo hacer una cosa tan arriesgada?”, e indicó que no estaba dispuesto a hacerlo. Es la chispa final la que quema con más brillo. En 1985, la Unión Soviética fue aumentando su influencia en todo el mundo y no había signos externos de su declive. Era natural que el Dr. Kaplan se mostrara reacio. Si hacía una declaración prediciendo un evento específico -y resultaba ser falsa- su reputación podía quedar destruida en una noche.

“Reverendo Moon” -dijo- “le creo cuando usted dice que el comunismo soviético caerá. Pero no creo que suceda ahora. Así que en lugar de

declarar el fin del comunismo soviético, ¿qué tal si decimos “la declinación del comunismo soviético?” Vi también que estaba proponiendo suavizar el título de la conferencia y usar algo distinto a “La caída del imperio soviético”.

Estas fueron propuestas que no podía aceptar. Si una persona tiene una convicción, debe ser valiente y poner todas sus energías para luchar, incluso si tiene miedo. “Dr. Kaplan” -le dije- “¿qué quiere decir? Cuando le pido que declare el fin del comunismo, es porque lo tengo lo suficientemente claro como para justificarlo. El día en que usted declare el fin del comunismo le quitará energía a la Unión Soviética y ayudará a lograr su colapso pacífico. ¿Por qué vacila?”.

Al final, el Dr. Kaplan declaró “el fin del comunismo soviético” en una conferencia de la Academia de Profesores para la Paz Mundial (PWPA) celebrada en Ginebra, bajo el título “La caída del imperio soviético: perspectivas de una transición a un mundo post-soviético.” Era algo que nadie se atrevía a considerar. Como Suiza era un país neutral, Ginebra era un importante centro de acción para la Comisión de Seguridad del Estado Soviético (KGB). Muchos de sus agentes trabajaban desde allí para llevar a cabo actividades de espionaje y terrorismo en todo el mundo. El hotel Intercontinental, donde se celebró la conferencia de la PWPA, estaba frente a la embajada soviética, cruzando la calle. Resulta fácil imaginar cuánto miedo debe haber sentido el Dr. Kaplan. Unos años más tarde, sin embargo, se hizo muy conocido como el académico que había predicho el fin del comunismo soviético.

En abril de 1990 asistí a la Conferencia Mundial de Medios de Comunicación celebrada en Moscú. Inesperadamente, el gobierno soviético me dio en el protocolo el nivel de jefe de estado, comenzando en el aeropuerto. Fuimos transportados hasta el centro de Moscú en una caravana

escortada por la policía. El coche que me llevaba viajó por la sección amarilla de la carretera, que sólo el Presidente o los invitados del Estado están autorizados a utilizar. Esto fue antes del colapso de la Unión Soviética, por lo que el gobierno estaba ofreciendo este tratamiento excepcional a un anticomunista.

En la conferencia pronuncié un discurso alabando el movimiento hacia la perestroika. Dije que esta revolución debía hacerse sin derramamiento de sangre y que debía ser una revolución de la mente y del espíritu. El propósito de mi visita era asistir a la Conferencia Mundial de Medios de Comunicación, pero mi mente estaba centrada en una reunión con el Presidente Gorbachov.

En ese momento, este dirigente era muy popular dentro de la Unión Soviética tras los éxitos de sus políticas de perestroika. Podría haberme reunido diez veces con el Presidente de los EE.UU. si lo hubiera querido, pero la reunión con Gorbachov fue mucho más complicada. Me preocupaba que incluso una sola reunión pudiera ser difícil de lograr. Yo tenía un mensaje para darle: era muy importante que me encontrara con él. El estaba reformando la Unión Soviética, auspiciando allí vientos de libertad, pero a medida que pasaba el tiempo se hizo evidente que el propio Gorbachov se convertiría probablemente en un blanco de la reforma. Si la situación no se controlaba, él mismo podía caer en un gran peligro.

“Si no se reúne conmigo, no tendrá manera de aprovechar la ola de la fortuna celestial. Y si no puede hacerlo, no va a durar mucho.” Tal vez oyó esta expresión de preocupación porque al día siguiente me invitó al Palacio del Kremlin. Subí a una limusina proporcionada por el gobierno y entré bien adentro del Kremlin. Al ingresar en la Oficina Presidencial, mi esposa y yo tomamos nuestros asientos y ex ministros de la Unión Soviética se sentaron junto a nosotros. El Presidente Gorbachov esbozó una gran

sonrisa y nos dio una enérgica explicación de los éxitos de su perestroika. Entonces me guió hasta una sala, donde nos reunimos los dos solos. Utilicé esta oportunidad para darle el siguiente mensaje.

“Señor Presidente: usted ha alcanzado un gran éxito a través de la perestroika, pero ella, por sí sola, no será suficiente para la reforma. Es necesario que de inmediato usted permita la libertad religiosa en la Unión Soviética. Si usted trata de reformar sólo el mundo material, sin la participación de Dios, la perestroika estará condenada al fracaso. El comunismo está a punto de terminar. La única manera de salvar a esta nación es permitir la libertad de religión. Este es el momento de actuar con la valentía que ha demostrado en la reforma de la Unión Soviética y convertirse en un Presidente que trabaja para lograr la paz mundial”.

La cara del Presidente Gorbachov se endureció ante la mención de la libertad religiosa, como si no la hubiera estado esperando. Pero como era de esperar de un hombre que había permitido la reunificación de Alemania, rápidamente relajó su expresión y sobriamente aceptó mis palabras. Yo continué diciendo: “Corea del Sur y la Unión Soviética deben abrir ahora relaciones diplomáticas. En ese contexto, por favor, invite a una visita al Presidente surcoreano, Tae-woo Roh”. También le proporcioné una lista de razones por las que era positivo, para los dos países, tener relaciones diplomáticas. Después de haber terminado de decirle todo lo que yo le quería expresar, el Presidente Gorbachov me hizo una promesa con un tono de certeza que no le había escuchado hasta ese momento.

“Estoy seguro”, dijo, “de que las relaciones entre Corea del Sur y la Unión Soviética se desarrollarán sin problemas. Yo también creo que es necesario la estabilidad política y el aflojamiento de las tensiones en la península de Corea. Comenzar relaciones diplomáticas con Corea del Sur es sólo cuestión de tiempo. No hay obstáculos. Como me sugirió, me reuniré

con el Presidente Tae-woo Roh”.

Cuando estaba a punto de despedirme del Presidente Gorbachov ese día, me quité el reloj y lo puse en su muñeca. Pareció un poco desconcertado de que lo tratara como si fuera un viejo amigo, de manera que le dije con firmeza: “Cada vez que sus reformas tengan dificultades, por favor mire este reloj y recuerde la promesa que me hizo. Si lo hace, seguramente el cielo abrirá un camino para usted”.

Como prometió, en junio de ese año, el Presidente Gorbachov se reunió con el Presidente Roh en San Francisco para una cumbre bilateral. Luego, el 30 de setiembre de 1990, Corea del Sur y la Unión Soviética firmaron un acuerdo histórico y establecieron relaciones diplomáticas por primera vez después de 86 años. Por supuesto, la política es trabajo de los políticos y la diplomacia el de los diplomáticos. A veces, sin embargo, cuando una puerta se ha cerrado por un largo tiempo, un religioso puede ser más eficaz.

Cuatro años después, el Presidente Gorbachov y su señora visitaron Seúl. Mi esposa y yo los recibimos en nuestra casa del barrio de Hannam-dong. Él ya había sido removido del poder por un golpe de estado dado por las fuerzas anti reformistas de oposición a la perestroika. Había renunciado a su puesto como Secretario General del Partido Comunista soviético, al que disolvió. Como comunista, había eliminado al Partido Comunista. El ex Presidente y la primera dama utilizaron palillos para comer el bulgogi y el jabchae que habíamos preparado cuidadosamente. Cuando se le sirvió sujeong-gwa como postre, repitió varias veces: “Corea tiene excelentes alimentos tradicionales”. El ex Presidente y su esposa lucían muy diferentes a cuando él estaba en su cargo. La señora Gorbachov, que había sido una entusiasta docente marxista-leninista en la Universidad Estatal de Moscú, llevaba un collar con un crucifijo.

“Señor Presidente, usted hizo una gran cosa”, le dije. “Renunció a su

puesto como Secretario General de la Unión Soviética, pero ahora se ha convertido en el Presidente de la paz. Debido a su sabiduría y valentía, ahora tenemos la posibilidad de lograr la paz mundial. Usted ha hecho la más importante, eterna y bella obra para el mundo. Es un héroe de la paz que hizo la obra de Dios. El nombre que será recordado para siempre en la historia de Rusia no será el de Marx, Lenin o Stalin. Sólo será Mihail Gorbachov”. Elogié ampliamente la decisión del Presidente Gorbachov de lograr la desintegración de la Unión Soviética, patria del comunismo, sin derramamiento de sangre.

En la respuesta que me dio, el ex Presidente Gorbachov dijo: “Reverendo Moon, me he sentido muy reconfortado por sus palabras. Escucharlas me da energía. Dedicaré el resto de mi vida a proyectos que sean para el bien de la paz mundial.” Y tomó mis manos firmemente.

La unificación de Corea traerá la unificación mundial



Cuando salía del Palacio del Kremlin -después de reunirme con el Presidente Gorbachov- me volví hacia Bohi Pak, que me había acompañado, y le di una instrucción especial.

“Tengo que reunirme con el Presidente Kim Ilsung antes de finales de 1991”, le dije. “No hay tiempo. La Unión Soviética va a terminar el próximo año o el otro. Nuestro país es el problema. De alguna manera tengo que reunirme con el Presidente Kim y prevenir que no estalle una guerra en la península de Corea”.

Yo sabía que cuando la Unión Soviética colapsara, la mayoría de los regímenes comunistas en el mundo también caerían. Corea del Norte se vería arrinconada. Era difícil decir qué actos de provocación podría cometer. La obsesión de Corea del Norte en torno a las armas nucleares hace que la situación sea aún más preocupante. Para evitar una guerra con Corea del Norte necesitábamos un canal para hablar con ellos, pero no lo teníamos en ese momento. Tenía que reunirme como fuera con el Presidente Kim y recibir su compromiso de no atacar primero a Corea del Sur.

La península de Corea es una versión reducida del mundo: si se derrama sangre en ella, sería derramada en el mundo. Si no hay reconciliación

en la península, no la habrá en el mundo. Si se unifica la península, puede sobrevenir la unificación del mundo. A partir de la década de 1980, sin embargo, Corea del Norte había estado trabajando duro para convertirse en una potencia nuclear. Los países occidentales advertían que lanzarían un ataque contra Corea del Norte si fuera necesario. Si la situación llegaba al extremo, era difícil decir qué movimiento desesperado podía intentar Corea del Norte. Necesitaba, pues, abrir un canal de comunicación con este país.

No fue una tarea fácil. Bohi Pak se comunicó con el Viceprimer Ministro de Corea del Norte, Dal-hyun Kim, pero la respuesta fue firmemente negativa. “El pueblo de Corea del Norte conoce, del Presidente Moon, sólo que es el líder del movimiento internacional por la victoria sobre el comunismo”, dijo el Viceprimer Ministro. “¿Por qué le daríamos la bienvenida al líder de un grupo de conservadores anticomunistas? Una visita a Corea del Norte del Presidente Moon no será permitida en absoluto”.

Bohi Pak no se dio por vencido. “El Presidente Nixon de los Estados Unidos era un fuerte anticomunista” -le recordó al funcionario de Corea del Norte- “pero visitó China, se reunió con el Presidente Mao Zedong y abrió las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y China. Fue China quien se benefició de esto. Hasta entonces, China había sido catalogada como una nación agresora, pero ahora se está elevando como un país central en el escenario mundial. Para que Corea del Norte tenga credibilidad internacional, debe establecer amistad con un anticomunista de nivel mundial, como es el Presidente Moon”.

Finalmente, el Presidente Kim nos invitó a mi esposa y a mí el 30 de noviembre de 1991. Estábamos en Hawái en ese momento, así que rápidamente viajé a Beijing. Mientras esperábamos en el salón vip del aeropuerto de Pekín que el gobierno de China había dispuesto para nuestro uso, un

representante del gobierno de Corea del Norte llegó y nos entregó la invitación oficial. El sello del gobierno de Pyongyang era claramente visible en el documento.

“La República Democrática Popular de Corea extiende una invitación al señor Sun Myung Moon, de la Iglesia de la Unificación, a su esposa y a su comitiva a entrar en la República. Su seguridad está garantizada durante el período de su estancia en Corea del Norte”.

La firma decía “Dal-hyun Kim, Viceprimer Ministro, Gabinete de la República Democrática Popular de Corea. 30 de noviembre de 1991”. Nuestro grupo tomó un vuelo especial de Air Koryo (avión número JS215) dispuesto para nosotros por el Presidente Kim. Nunca antes había sido preparado un vuelo especial del Presidente Kim para cualquier jefe de estado extranjero, así que este era un tratamiento muy excepcional.

La aeronave voló sobre el Mar Amarillo hasta el Sineuiju, sobre mi ciudad natal Jungju y sobre Pyongyang. La ruta especial se había trazado para dejarme ver el centro urbano en el que había nacido. Mi corazón empezó a latir con fuerza cuando lo miré, teñido de rojo por la luz del sol poniente, y sentí profundamente paralizado todo mi ser. Me pregunté: “¿puede realmente ser mi ciudad natal?”. Quería saltar de inmediato y comenzar a correr alrededor de las colinas y los valles.

En el aeropuerto Sunan de Pyongyang me dieron la bienvenida miembros de mi familia que yo no había visto durante 48 años. Mis hermanas más jóvenes, que solían ser tan bellas como las flores, se habían convertido en abuelas que entran en sus últimos años. Me tomaron las manos, doblaron las cejas y empezaron a llorar desesperadamente. Mi hermana mayor, ahora con más de 70 años, me tomó del hombro y lloró. Sin embargo, yo no lloré.

“Por favor”, dije, “no hagas esto. Es importante para mí conocer a mi

familia, pero he venido a hacer la obra de Dios. Por favor, no hagas esto. Conténganse”. Dentro de mi corazón, sin embargo, yo estaba derramando lágrimas como si fuera una cascada. Miraba a mis hermanas por primera vez en más de 40 años, pero no podía abrazarlas y llorar con ellas. Mantuve el control de mi corazón y me dirigí a nuestro lugar de alojamiento.

A la mañana siguiente, como tuve por costumbre toda mi vida, me desperté temprano y comencé a orar. Si había algún tipo de aparato de vigilancia en la casa de huéspedes, mi oración por la unificación de la península de Corea habrá sido registrada en su totalidad. Ese día recorrimos la ciudad de Pyongyang. La ciudad estaba bien fortificada, con las consignas, en rojo, de la ideología juche.

En el tercer día de nuestra visita abordamos un avión para visitar el Monte Kumgang. Aunque era temporada de invierno, las cataratas del Kuryong-yeon no se habían congelado y aún manaba un fuerte flujo de agua. Después de recorrer todas las áreas del monte Kumgang, abordamos un helicóptero, en nuestro sexto día, para ser transportados a mi ciudad natal. Apareció ante mis ojos la casa de mi infancia que, por extrañarla tanto, hasta en mis sueños llegaba a ella corriendo en un paso. Apenas podía creer lo que veían mis ojos. ¿Era real o estaba soñando? Me quedé frente a la casa un rato largo, como una estatua de piedra. Después entré. La había conocido cuadrada, con su ala principal, el ala de invitados, la bodega y el establo construidos alrededor de un patio central, pero ahora sólo conservaba el ala principal. Entré en la sala mayor, donde había nacido. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas. Los recuerdos de lo que la casa había sido en mi infancia volvieron a mí con claridad, como si hubiera estado allí ayer. Abrí la pequeña puerta que conducía desde la habitación principal a la cocina y miré hacia el patio trasero. El castaño al que yo solía treparme había sido cortado. Me parecía oír a mi madre, llamándome

dulcemente. “¿Mis ojitos chiquitos tienes hambre?” La tela de algodón de su vestido tradicional pasó rápidamente ante mis ojos.

Visité la tumba de mis padres y ofrecí un ramo de flores. La última vez que vi a mi madre fue cuando ella vino a visitarme a la cárcel en Heungnam y lloraba en voz alta. Su tumba estaba escasamente cubierta por la nieve que había caído la noche anterior. La removí con la palma de mi mano y acaricié suavemente la hierba que había crecido sobre la lápida. La textura áspera de la hierba me recordó la rugosidad de la piel de mi madre en la parte posterior de su mano.

Mi encuentro con el Presidente Kim Ilsung



Yo no había ido a Corea del Norte porque quisiera ver mi ciudad natal o el monte Kumgang. Quería reunirme con el Presidente Kim Ilsung y tener una discusión seria sobre el futuro de nuestra patria. Sin embargo, seis días después de mi llegada al país, no había ninguna palabra sobre si podría arreglarse una reunión con el Presidente Kim. Sin embargo, cuando regresé en helicóptero al aeropuerto Sunan de Pyongyang, después de visitar mi ciudad natal, encontré que el Viceprimer Ministro Dal-hyun Kim inesperadamente había venido a buscarme.

“El Gran Líder Kim Ilsung lo recibirá mañana”, me dijo. “El lugar será la Residencia Presidencial Majeon en Heungnam, por lo que tendrá que abordar un vuelo especial de inmediato e ir a la Heungnam”.

Pensé para mis adentros: “Dicen que tiene muchas residencias presidenciales. ¿Por qué, de todos los lugares, Heungnam?” En mi camino vi un gran cartel de la “Fábrica de Fertilizantes Nitrogenados Heungnam”, donde había estado. Me recordó mis tiempos en la cárcel y me dio una sensación extraña. Pasé la noche en una casa de huéspedes y fui, al día siguiente, a reunirme con el Presidente Kim.

Al acercarme a la residencia oficial encontré al Presidente Kim a la entrada, esperando para saludarme. Los dos nos abrazamos al mismo tiem-

po. Yo era un anticomunista y él era el líder de un partido comunista, pero la ideología y la filosofía no eran importantes en el contexto de nuestra reunión. Éramos como hermanos que se reunían por primera vez después de una larga separación. Este era el poder de pertenecer a la misma gente y compartir la misma sangre.

Desde el primer momento dije al Presidente Kim: “Señor Presidente, por su cálida consideración he podido conocer a mi familia. Hay, sin embargo, 10 millones de coreanos que son miembros de familias separadas entre el Norte y el Sur y no están siquiera en condiciones de saber si sus parientes en el otro lado están vivos o muertos. Me gustaría pedirle que les conceda la oportunidad de que se encuentren entre ellos”.

Pasé un poco más de tiempo hablando de mi visita a mi ciudad natal y apelé a su amor por el pueblo coreano. Él y yo hablamos el mismo dialecto, por lo que estábamos a gusto uno con el otro.

El Presidente Kim respondió: “Siento de la misma manera. A partir del próximo año empecemos un movimiento que permita a los compatriotas separados del Norte y del Sur encontrarse”. Su aceptación de mi propuesta era tan natural como el derretimiento de la nieve en la primavera.

Después de hablar de mi visita a Jungju cambié de tema en torno a mi punto de vista sobre las armas nucleares. Con todo respeto propuse que Corea del Norte acuerde una declaración sobre la desnuclearización de la península de Corea y firme un acuerdo de salvaguardias con el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA).

El Presidente Kim respondió con sinceridad: “Presidente Moon, piense por un momento. ¿Para matar a quién voy a fabricar armas nucleares? ¿Para matar a mi propia gente? ¿Parezco esa clase de persona? Estoy de acuerdo en que la energía nuclear sólo debe utilizarse para fines pacíficos. He escuchado con atención lo que usted tiene que decir, y espero que esté bien”.

En ese momento, las relaciones Norte-Sur estaban en un momento difícil por la cuestión de las inspecciones nucleares en Corea del Norte, por lo que yo había hecho mi propuesta con algunas reticencias. Todos los presentes, sin embargo, se sorprendieron de que el Presidente Kim respondiera en un tono tan agradable. En este punto continuamos nuestro encuentro pasando a un comedor, donde tomamos un temprano almuerzo.

“Presidente Moon, ¿está usted familiarizado con los fideos de papa congelada? Es un plato que comí muy a menudo cuando era partidario activo, como en el monte Baekdu. Por favor, pruebe algunos”.

“Por supuesto que los conozco”, le dije con alegría. “Estábamos acostumbrados a disfrutar de este plato en mi ciudad natal”.

“Bueno, estoy seguro de que en su ciudad natal lo comía como un manjar”, continuó. “Yo lo comía para sobrevivir. La policía japonesa solía buscarnos por todos lados hasta la cima del monte Baekdu. No teníamos la oportunidad de sentarnos para una comida decente. ¿Qué hay para comer en la parte superior de monte Baekdu, aparte de las papas?”

“Empezábamos a hervir las papas, y si la policía japonesa venía por nosotros, enterrábamos las papas en el suelo y salíamos corriendo. Era tan frío que cuando llegábamos de vuelta, las papas se habían congelado. Lo único que podíamos hacer era extraerlas, fundirlas y convertirlas en polvo para hacer los fideos”.

“Señor Presidente” -le dije- “usted es un experto en fideos de papa congelada”.

“Eso es correcto. Saben bien mezclados en la sopa de frijoles y también tienen muy buen gusto si se comen en sopa de sésamo. Es un plato fácil para la digestión porque las papas tienen tendencia a pegotarse, y te llenan.

“Además, Presidente Moon” -continuó- “saben muy bien si los haces como en la provincia de Ham-Gyung: tomas algo del kimchi de hojas de

mostaza y lo pones sobre los fideos. Deberías probarlo”.

Hice lo que me sugirió y comí mis fideos de papa congelada con kimchi de hojas de mostaza sobre ellos. El agradable sabor de los fideos combinaba con el kimchi picante y dejó mi estómago liviano.

“Hay muchas delicias en el mundo”, dijo el Presidente Kim: “Yo no estoy interesado en ninguna de ellas. No hay nada mejor que las tortas de papa, maíz y batatas que yo solía comer en mi ciudad natal”.

“Es un gusto similar al de compartir los alimentos”, dije. “Es bueno que las personas que comparten una patria puedan satisfacerse de esta manera.”

“¿Cómo te fue cuando visitaste tu ciudad natal?”, me preguntó.

“Estaba cargado de muchas emociones”, le dije. “La casa donde viví todavía estaba allí. Me senté en la sala principal para pensar en el pasado. Yo casi esperaba oír la voz de mi difunta madre, llamándome. Fue una emoción muy profunda.

“Ya veo”, dijo. “Eso demuestra que nuestro país necesita estar unificado inmediatamente. He oído que, de joven, eras muy travieso. ¿Tuviste oportunidad de correr mientras estuviste allí esta vez?

Todos en la mesa se echaron a reír por el comentario del Presidente. “Quería trepar un árbol e ir a pescar, pero oí que usted me estaba esperando, así que vine aquí rápidamente. Espero que me invite a volver en algún momento”.

“Por supuesto que sí, Presidente Moon. ¿Te gusta cazar? A mí me gusta mucho la caza. Creo que si vas a la caza del oso en el monte Baekdu, disfrutarás mucho. Los osos tienen cuerpos grandes y parecen descoordinados, pero son muy ágiles.

“Una vez me encontré cara a cara con un oso”, dijo el Presidente Kim. “El animal me miró y no movió un músculo. Si yo hubiera empezado a correr, ¿sabes lo que hubiera sucedido, no? Entonces, ¿qué iba a hacer? Me quedé

mirando derecho hacia él, sin moverme. Pasaron una, dos, tres horas. Pero el oso sólo seguía mirándome. Ya sabes cuán famoso el monte Baekdu por su clima frío. Yo tenía miedo de morir congelado antes de que el oso me comiera”.

“¿Y qué pasó?”

“Bueno, Presidente Moon, ¿ves al oso sentado aquí o no me ves a mí?” Me reí en voz alta y el Presidente Kim vertió de inmediato una sugerencia:

“Presidente Moon”, dijo, “la próxima vez que vengas vamos a ir juntos a cazar en el monte Baekdu.”

Le respondí rápidamente con mi propia invitación. “Señor Presidente, a usted le gusta pescar, ¿no? En la isla Kodiak, en Alaska, se puede capturar el fletán, que es tan grande como los osos. Vamos a ir a pescarlos algún día.”

“¿Fletanes grandes como osos? Bueno, definitivamente tendré que ir”.

Ambos fuimos capaces de comunicarnos bien sobre nuestras aficiones comunes de caza y pesca. En cierto momento sentimos que teníamos mucho que decir al otro y que habíamos empezado a hablar como viejos amigos que se reunían después de una larga separación. Nuestras risas hacían eco en todo el comedor. También le hablé de monte Kumgang.

“Fui al monte Kumgang. Realmente es una bella montaña”, le dije. “Es necesario que se desarrolle como un destino turístico de nuestro pueblo”.

“El monte Kumgang será uno de los activos de nuestra patria unificada,” dijo el Presidente Kim. “Así que me aseguré de que sólo ciertas personas puedan tocarlo. Si es desarrollado de forma equivocada, podría ser arruinado. Tú tienes ojo internacional para esto. Si alguien como tú desea hacerse cargo y desarrollarlo para nosotros, podría confiar en ti”. El Presidente Kim fue tan lejos como para pedirme que desarrollemos y promovamos el monte Kumgang.

“Señor Presidente”, le dije, “usted es como mi hermano mayor.”

Él respondió: “Presidente Moon, a partir de ahora, vamos a hacer referencia el uno al otro como hermano mayor y hermano menor”. Y tomó mi mano con fuerza. El Presidente Kim y yo nos tomamos de la mano mientras caminábamos por el pasillo y nos tomamos fotografías conmemorativas. Luego salí de la residencia.

Después de irme me dijeron que el Presidente Kim dijo a su hijo, Kim Jong-il, que “el Presidente Moon es un gran hombre. He conocido a mucha gente en mi vida, pero no hay ninguno como él. Tiene una escala amplia de pensamiento y desborda con el corazón. Me sentí cerca de él. Me hizo sentir bien estar con él. Hubiera querido que se quedara por largo tiempo. Quiero encontrarme nuevamente con él. Después de mi muerte, si hay cosas que discutir relativas a las relaciones Norte-Sur, siempre debes buscar el consejo del Presidente Moon”. Por lo tanto, parecía que nos habíamos comunicado muy bien.

Poco después de mi estancia de una semana y de que partiera de Pyongyang, el Primer Ministro Yon-hyun Mok encabezó una delegación de Corea del Norte a Seúl y firmó un acuerdo para la desnuclearización de la península de Corea. El 30 de enero del año siguiente, Corea del Norte firmó un acuerdo de salvaguardias nucleares con la OIEA, cumpliendo así las promesas que el Presidente Kim me había hecho. Cuando oí acerca de los resultados que se lograron, sentí que mi viaje a Pyongyang, a riesgo de mi vida, tuvo un impacto significativo. Lo encontré muy gratificante.

La tierra puede ser dividida, pero no su gente



La península de Corea es el último país dividido que queda en la tierra. Tenemos la responsabilidad de unificarla. No podemos dejar a nuestros descendientes una patria seccionada en dos. Es inadmisibles que un pueblo esté dividido en mitades y de que no seamos capaces de reunirnos con nuestros padres o hermanos que viven en la otra mitad. El paralelo 38 -la línea de cese del fuego que nos dividió entre Norte y Sur- es una línea trazada por los seres humanos. La tierra se puede dividir con raya, pero no la gente. No nos olvidemos de ello; sigamos extrañándonos, unos a otros, incluso después de estar separados por más de cincuenta años. Ello demuestra que somos un solo pueblo.

El pueblo coreano es conocido tradicionalmente como “gente de ropa blanca,” por el color de nuestra vestimenta. El blanco es el símbolo de la paz. Nuestra gente es gente de paz. Durante la época de la ocupación japonesa, coreanos, chinos y japoneses vivían en Manchuria y Siberia, a veces ayudándose entre sí y otras veces matándose. Durante ese tiempo, los coreanos nunca llevaron espadas o cuchillos. Los japoneses y los chinos lo hacían, pero no nosotros. En su lugar, llevábamos piedra para encender fuego. Encender un fuego en las heladas extensiones de Manchuria y Siberia era una forma de proteger la vida. Este es el tipo de personas que

somos. Respetamos el cielo y defendemos los principios morales, la paz y el amor. Nuestro pueblo ha derramado mucha sangre durante la época de la ocupación japonesa y la guerra de Corea. Esto, sin embargo, no logró la unificación de nuestro país o el establecimiento de una soberanía de paz. Nuestro país fue quebrado por la cintura, en dos partes, y la otra mitad se convirtió en el mundo oscuro del comunismo.

No podremos restablecer la soberanía de nuestro pueblo si no logramos la unificación. No podremos tener paz mientras estemos divididos entre el Norte y el Sur. Sólo después de que logremos la unificación pacífica y restauremos nuestra soberanía podremos avanzar para lograr la paz mundial. El pueblo coreano fue creado para traer la paz a este mundo. Todo tiene un nombre y los nombres tienen significado. Las prendas de “la gente de la ropa blanca” es fácil de ver, tanto de día como de noche. El blanco es el mejor color para usar como una señal durante la noche, porque es el más fácil de ver en la oscuridad. Nuestro pueblo está destinado a transmitir mensajes de paz por todo el mundo, tanto de día como de noche.

El Norte y el Sur están divididos por la línea de cese del fuego, pero esto no es un problema. Una vez que retiremos esa línea vamos a encontrar otra, aún mayor, entre nosotros y Rusia y China. Para que nuestro pueblo pueda disfrutar de la verdadera paz tendremos que superar también esa otra línea de cese del fuego. Será difícil pero no imposible. Lo importante es nuestra propia actitud.

Yo creo que cuando una persona suda debería sudar hasta la última gota que tiene en su interior. Debe sudar incluso el último fragmento de su corazón. De esa manera no tendrá de qué lamentarse y todo estará más limpio y en orden. Lo mismo ocurre cuando se intenta algo difícil. La dificultad solamente terminará cuando hayas alcanzado la victoria en cada etapa y todo haya quedado claro. Todo lo que intentes debe ser puesto

completamente en orden: luego volverá. No podemos restablecer la plena soberanía de nuestro pueblo sin pasar por esas fuertes dificultades.

Mucha gente habla hoy acerca de la unificación pacífica. Yo, sin embargo, hablé sobre esto desde el momento en que la gente no se atrevía siquiera a utilizar la frase “reunificación pacífica”, por temor a ser acusados de violar la Ley Anticomunista y la Ley de Seguridad Nacional. Hoy, cuando la gente me pregunta qué debe hacerse para lograr la unificación, repito lo que siempre he dicho sobre este asunto: “Si Corea del Sur ama a Corea del Norte más de lo que ama al Sur y Corea del Norte ama a Corea del Sur más de lo que ama al Norte, podemos unificar la península hoy mismo”.

Fui capaz de arriesgar mi vida para ir a Corea del Norte y reunirme con el Presidente Kim en 1991 porque había una base de amor dentro de mí. Logré acuerdos con el Presidente Kim acerca de las reuniones de familias separadas, la cooperación económica Norte-Sur, el desarrollo del monte Kumgang como destino turístico, la desnuclearización de la península de Corea y el trabajo hacia una conferencia cumbre Norte-Sur. Nadie pensaba que un anticomunista podía ir a un país comunista y abrir las compuertas de la unificación, pero yo sorprendí al mundo.

Antes de mi encuentro con el Presidente Kim ofrecí una charla de dos horas titulada “La sangre es más espesa que el agua” en el salón de la Asamblea Mansudae, sede de la Asamblea Popular Suprema, máximo órgano legislativo de Corea del Norte. Hablé ese día a sus dirigentes acerca de “una forma para unificar el Norte y el Sur a través del amor”. Me puse delante de ellos, que estaban armados con las enseñanzas de Kim Il-sung, y les dije exactamente lo que creía.

“El Norte y el Sur deben unificarse” -les dije- “pero las armas de fuego y las espadas no nos harán uno. La unificación Norte-Sur no ocurrirá por la fuerza militar. Incluso la guerra de Corea fracasó en este sentido y es

una locura para cualquiera pensar que se puede hacer otro intento usando la fuerza militar. Tampoco se logra la unificación con la ideología juche que ustedes abrazan. ¿Qué hacer, entonces?

El mundo no funciona sólo por el poder de los seres humanos. Debido a la existencia de Dios, nada puede ser hecho sólo con el esfuerzo humano. Incluso en situaciones de maldad -como una guerra- Dios lleva a cabo Su Providencia. Por ello, el Norte y el Sur no pueden estar unidos a través de una ideología juche que coloca al hombre en el centro. A una patria unificada sólo puede llegarse mediante el Diosismo. Dios nos protege y nuestro tiempo de la unificación se acerca.

La unificación es el destino, la tarea que debemos llevar a cabo en nuestro tiempo. Si no podemos cumplir ahora con la sagrada tarea de la unificación, no seremos capaces de mantener la cabeza alta en presencia de nuestros antepasados o descendientes por el resto de la eternidad. ¿Qué es el Diosismo? Es la práctica del amor perfecto de Dios. Ni la derecha ni la izquierda pueden unificar el Norte y el Sur. Sólo será posible cuando haya un pensamiento directriz que sea capaz de armonizar a estas dos partes. Para recorrer el camino del amor, ustedes deben disculparse ante el mundo por su invasión al Sur. Entiendo que Corea del Norte tiene a 20,000 agentes de espionaje residiendo en el Sur. Envíen una orden a todos ellos para que se entreguen a las autoridades surcoreanas. Si hacen eso, yo voy a darles una educación que rectifique su ideología y los convierta en patriotas que contribuyan a la unificación pacífica del Norte y el Sur”.

Golpeaba la mesa mientras hablaba. La expresión en las caras del señor Ki-bok Yoon y del Viceprimer Ministro, Dal-hyun Kim, creció en tensión y miedo. Yo era consciente de los peligros a los que me exponía al hacer estas declaraciones, pero tenía que decirlo porque era lo que había ido a decir. No estaba simplemente tratando de sorprender al público. Yo sabía

que mi discurso iba a ser notificado de inmediato, palabra por palabra, al Presidente Kim y al Presidente Kim Jong-il. Por lo tanto, debía expresar mi propósito claramente.

Cuando terminé, miré a mí alrededor y vi que sus rostros estaban blancos del miedo. Algunos de los norcoreanos presentes protestaron, exigiendo saber cómo podía atreverme a hablar de esa manera. Los miembros que estaban conmigo me dijeron: “El discurso tuvo un tono muy fuerte y la atmósfera, entre la audiencia, no es el mejor”. Sin embargo, yo era inflexible.

“¿Por qué vine aquí?”, les pregunté. “No a ver la tierra de Corea del Norte, por cierto. Si tuviera que salir de aquí sin decir lo que tenía que decir, el cielo me castigaría. Aunque mi discurso de hoy sea utilizado como excusa para negarme una reunión con el Presidente Kim o expulsarnos del país, aún así tenía que decir lo que vine a decir”.

Después de mi visita -el 8 de julio de 1994- el Presidente Kim murió súbitamente. Su muerte se produjo en un momento en que las relaciones Norte-Sur estaban en la peor etapa posible. Se habían desplegado misiles Patriot en el territorio de Corea del Sur y “los halcones” de Estados Unidos, que abogaban por la destrucción de las instalaciones nucleares en Youngbyun, ganaban terreno. Parecía que la guerra podía estallar en cualquier momento. Corea del Norte anunció que no recibiría a nadie que quisiera asistir al funeral desde fuera del país, pero sentí que era importante enviar a alguien a fin de cumplir con mi obligación como persona que había formado una relación de hermanos con el Presidente Kim.

Llamé a Bohi Pak. “Ve de inmediato a Corea del Norte como mi representante, para acompañar el sentimiento por la muerte del Presidente Kim.”

“Nadie puede entrar en Corea del Norte ahora”.

“Sé que es difícil, pero debes ir de alguna manera. No me importa si tienes que cruzar a nado el río Yalu. Entra y expresa mis condolencias”.

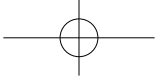
Bohi Pak viajó por primera vez a Beijing y arriesgó su vida para comunicarse con Corea del Norte. Luego, el Presidente Kim Jong-il dio la instrucción de hacer una excepción para un representante del Presidente Moon. “Escóltlenlo a Pyongyang”, agregó.

Después de expresarle las condolencias, el Presidente Kim Jong-il se reunió con Bohi Pak y amablemente lo saludó, diciendo: “Mi padre siempre dijo que el Presidente Moon estaba trabajando duramente para la unificación de nuestra patria. Me alegro de que hayas venido.”

En 1994, la península de Corea atravesaba por una crisis que podía haber explotado en cualquier momento. Pero fuimos capaces de alejar el peligro nuclear en la península de Corea gracias a la relación que yo había formado con el Presidente Kim Ilsung. Enviar un representante para expresar mis condolencias no fue simplemente una cuestión social.

Describí mi reunión con el Presidente Kim con detallada consideración. Deseaba ilustrar acabadamente mi punto de vista acerca de la importancia de la fe y la lealtad entre dos personas. Me encontré con él por el bien de la unificación pacífica de nuestra patria. Tuve oportunidad de expresar mi preocupación por el destino de nuestro pueblo con fe y lealtad. Como resultado, después de su muerte, su hijo, el Presidente Kim Jong-il, aceptó a nuestro representante en las ceremonias fúnebres y en el luto general. No hay pared que no se pueda escalar y no hay un sueño que no se pueda realizar cuando compartimos nuestro amor con corazón sincero.

Cuando fui a Corea del Norte pensé en ella como mi patria y como la casa de mi hermano. No fui allí con el deseo de conseguir algo de ellos sino con el propósito de compartir con ellos mi corazón de amor. El poder del amor tocó no sólo el Presidente Kim Ilsung sino también a su hijo, el



♦ EL AMOR TRAERÁ LA UNIFICACIÓN ♦

Presidente Kim Jong-il. Desde entonces -y es así hasta este día- nosotros y Corea del Norte hemos mantenido una relación especial. Cada vez que las relaciones Norte-Sur se ponen difíciles, hemos jugado un papel en la apertura de una puerta. Todo se basa en el hecho de que me reuní con el Presidente Kim Il-sung, que le transmití mi corazón sincero y construí una relación de confianza con él. Esa es la importancia de la confianza.

Ni por pistolas ni espadas, sino por el amor verdadero



No es sólo la línea de cese del fuego lo que divide a nuestro pueblo. Las regiones del sudeste (Youngnam) y suroeste (Honam) también se dividen por una línea invisible. Además, los coreanos que viven en Japón están divididos entre la Unión de Residentes Coreanos en Japón -Mindán-, que tiene vínculos con Corea del Sur- y la Asociación General de Residentes Coreanos en Japón -Chongryon- que tiene vínculos con Corea del Norte. El conflicto entre las dos organizaciones se ubica en las ciudades de origen de sus respectivos miembros. La segunda y tercera generación de coreanos residentes en Japón, que nunca han ido al lugar de origen de sus padres, viven todavía en conflicto dentro de las líneas trazadas por sus padres. Las dos organizaciones utilizan un lenguaje ligeramente diferente, envían a sus hijos a escuelas diferentes y no se casan entre sí.

En el 2005 puse en práctica mi largamente acariciado sueño de crear unidad entre los coreanos en el Japón, así como los coreanos de las regiones de Youngnam y Honam. Invité a 1,000 miembros de Mindán y a otros 1,000 del Chongryon a Seúl y los uní en relaciones de hermandad y fraternidad con 1,000 personas de la región Youngnam y otras 1,000 de Honam.

Es casi imposible, para Chongryon y Mindán, sentarse juntos en Japón y hablar de la unificación pacífica del Norte y del Sur. La tarea de reunir a estas personas en un solo lugar fue difícil pero muy emocionante. Me gratificó ampliamente verlos sentarse juntos y abrazarse. Un funcionario de Chongryon, presente en el evento, estaba de visita en Seúl por primera vez. Habló con lágrimas en los ojos. Comentó que lamentaba profundamente todos los años que había pasado librando una lucha de poder en la Guerra Fría, sobre todo porque no estaba seguro de qué parte de la península había venido su padre. Dijo que se sentía enormemente avergonzado por haber vivido su vida con una línea divisoria sin sentido dibujada en su corazón.

Para entender completamente la división de la península de Corea y el conflicto entre las dos partes, debemos buscar exhaustivamente en el pasado, el presente y el futuro. Cualquier incidente hunde sus raíces en el pasado.

La división de la península de Corea fue creada por una historia de lucha entre el bien y el mal. Cuando la guerra de Corea estalló, la Unión Soviética, China y otros países comunistas brindaron su ayuda a Corea del Norte. De manera similar, 16 países liderados por Estados Unidos enviaron a sus fuerzas armadas en ayuda de Corea del Sur. Además, cinco países enviaron equipos médicos y otros 20 proporcionaron suministros de guerra. Ningún otro conflicto había convocado a tantos países en los combates. La razón por la cual todo el mundo se vio envuelto en una guerra que tuvo lugar en el pequeño territorio de Corea fue porque era una lucha de poder entre las fuerzas del comunismo y las de la libertad. Se podría decir que Corea llegó a representar al mundo y que el bien y el mal, como en el Armagedón, lucharon ferozmente sobre su suelo.

El general retirado y ex Secretario de Estado de EE.UU., Alexander

Haig, hizo una declaración inesperada en su discurso de felicitaciones por el 10º aniversario del diario The Washington Times, que se celebró en 1992.

“Soy un veterano de la Guerra de Corea. Como comandante, estaba a cargo del ataque contra Heungnam, al que organicé tan poderoso como pudimos. Estoy profundamente conmovido al saber que el Reverendo Moon estaba detenido por los comunistas y fue puesto en libertad por el ataque de ese día. Parece que fui enviado para liberar al Reverendo Moon. Ahora, él está aquí para salvar a América. “The Washington Times” es un periódico que salvará al pueblo americano al proporcionar una visión equilibrada de la historia, que no es ni de derecha ni de izquierda y nos muestra el camino a seguir. Como vemos, no hay nada como la coincidencia en la historia”.

Hace algunos años, en Corea, algunas personas reclamaron que la estatua del general Douglas MacArthur fuera retirada. “Si las fuerzas de las Naciones Unidas no se hubieran sumado al esfuerzo de la guerra, el país no estaría dividido en Norte y Sur, como lo está hoy”, era el argumento. Me sorprendió oír eso. Tal concepto sólo podía emitirse desde el Partido Comunista de Corea del Norte.

A nivel mundial se hizo un gran sacrificio, y sin embargo la península sigue dividida. No sabemos la fecha exacta en que se concretará la unificación, pero está claro que estamos avanzando fuertemente en esa dirección. Hay muchos obstáculos que superar en el camino hacia la unificación. A medida que nos encontremos cara a cara con cada uno de ellos, tenemos que trabajar para derribarlos y luego seguir adelante. Aunque esto puede insumir mucho tiempo y resultar difícil, la unificación vendrá irremisiblemente si trabajamos con la misma desesperación que tendríamos si estuviéramos nadando en el río Yalu.

Tras la desintegración de la Unión Soviética, Rumania resistió por

algún tiempo al cambio entre los países comunistas de Europa Central y Oriental. Luego, a fines de 1989, experimentó un sangriento levantamiento de su pueblo. Tan pronto como el régimen fue derrocado, Nicolae Ceaucescu, que había gobernado el país durante 24 años, fue ejecutado junto con su esposa. Había sido un dictador brutal que masacraba sin piedad a los que se le oponían. En cualquier país, una de las razones de que un dictador tienda a apretar el puño, es que teme por su vida para el caso de que pierda el poder. Si un dictador puede estar seguro de que su vida no será puesta en peligro, no iría directamente hacia un callejón sin salida, al estilo de Ceaucescu.

Nuestro país también se unificará en poco tiempo por un medio u otro, de manera que tanto políticos como economistas deben hacer los preparativos necesarios en sus respectivos campos de especialización. Como persona religiosa, trabajaré denodadamente, preparándome para saludar a la Corea unificada, en la que podamos abrazar a la gente de Corea del Norte con amor y compartir una paz común.

He estudiado la unificación de Alemania por largo tiempo. Escuché las experiencias de aquellos que estuvieron involucrados en la tarea de instrumentar una unificación sin que se disparara una sola bala o se derramara una sola gota de sangre. Al hacerlo, mi esperanza era encontrar una forma apropiada para Corea. He aprendido que la razón principal para que Alemania pudiera ser unificada en paz era que los líderes de Alemania Oriental comprendieron que sus vidas no estarían en peligro después de la unificación. De no haberlo entendido así, no habrían permitido que la unificación se produjera tan fácilmente.

Tenemos que transmitir una comprensión similar a los gobernantes de Corea del Norte. No mucho tiempo atrás, en Japón fue publicada una novela basada en Corea del Norte. En esta novela de ficción, los gobernantes

de Corea del Norte, en repetidas ocasiones, miraban un vídeo de la ejecución de Ceaucescu y gritaban: “¡Eso es lo que nos va a pasar si perdemos el poder! ¡Bajo ninguna circunstancia podemos resignar nuestras posiciones!” Por supuesto, sólo era una novela publicada en Japón pero debemos, sin embargo, dedicar nuestra atención a este problema real y encontrar una solución para los líderes de Corea del Norte a fin de lograr una rápida unificación.

Construir un mundo de paz en la península coreana no es realmente difícil. Cuando Corea del Sur viva plenamente para el bien de Corea del Norte, ésta no tratará de luchar contra el Sur y la paz llegará de forma natural. El poder que puede conmover a un niño rebelde no es el puño o la fuerza bruta. Es el poder del amor, que brota naturalmente desde dentro del corazón. Más que el arroz o el fertilizante, es importante para nosotros dar amor a Corea del Norte. No debemos olvidar nunca que sólo si tenemos en cuenta su situación y vivimos para su bienestar, con un corazón amoroso y sincero, el Norte se abrirá hacia nosotros.

Capítulo VII

EL FUTURO DE COREA, EL FUTURO DEL MUNDO

La península coreana reescribe la historia de la humanidad



Soy una persona que echa de menos su ciudad natal. Tanto, que a menudo la visito en mis sueños. Queda mucho más allá de Seúl: es Jeongju, un lugar del territorio de Corea del Norte que tiene montañas y mares. Mi corazón, en todo tiempo y en todo lugar, va hacia donde hay amor y vida. Todos nacemos con el linaje de nuestros padres y, debido a que crecemos alimentándonos de su amor, no podemos olvidar a nuestros lugares de origen porque es allí donde el suelo está impregnado del amor de quienes nos procrearon. Por eso es que, cuanto más envejecemos, más extrañamos nuestro lugar de origen. Partimos de allí, y allí debemos retornar. La gente no puede abandonar su esencia. En 2004 terminé mis actividades luego de 34 años en los Estados Unidos y regresé a la península de Corea, lugar acompañado por la fortuna celestial.

No sabemos en qué preciso momento la madrugada se convierte en día ni en qué instante el atardecer se transforma en noche. Los humanos ignoramos las cosas del cielo y en qué momento suceden. Así ocurre también con nuestra vida. Los instantes que pueden decidir el éxito o el fracaso pasan sin que seamos conscientes de ello. Lo mismo acontece con los países. No podemos saber cuándo vendrá la buena o mala suerte a una nación. Al

igual que ello, los humanos no conocen la fortuna celestial, una fuerza que mueve al mundo y es el principio en torno al cual gira el universo. Aunque no lo sepamos, existe claramente algo llamado fortuna celestial, que obra la Providencia de Aquél que creó el mundo.

El universo se mueve en exacta conformidad con un orden particular. Todos los seres del mundo poseen cierto principio desde antes de existir. Cuando viene un niño al mundo, abre los ojos y respira sin que nadie se lo enseñe. Nada ni nadie lo obligan a hacerlo: lo hace por sí solo. “Lo que es por sí solo”, es una llave importante para resolver los secretos universales.

Muchas cosas suceden por sí solas en la naturaleza, aunque en realidad, la expresión “por sí solas” no es apropiada. Dentro de los fenómenos naturales que aparentemente ocurren por sí solos, existe una direccionalidad del universo que no conocemos. Esa es la “suerte” del universo, lo que yo llamo fortuna celestial. Aún no podemos saberlo, pero en el proceso de los ciclos del universo habrá por cierto un inminente período de una suerte o de un destino de gran alcance. Si entendemos el principio por el cual la primavera sigue al invierno y ésta a su vez es seguida por el verano, podremos prever el futuro que espera a nuestro país, Corea.

Los sabios se alinearán con las leyes y el ritmo del universo. Quienes han dejado un camino en la historia han sido, todas, personas que se ajustaron a las leyes y al ritmo del universo. Cuando yo estaba en América solía pescar en el río Hudson, cerca de mi casa. Si bien desde niño he sido un excelente pescador, últimamente tengo días en los que regreso a casa desanimado por no haber pescado ni siquiera una carpita. Los peces tienen un período y una ruta de paso. Que haya agua no significa que siempre pasarán peces por allí. Ignorando esto, es inútil pasarse día y noche esperando con la caña en la mano. Lo mismo ocurre con la fortuna celestial. Si no tenemos un ojo para ver el futuro, no veremos la fortuna celestial

aunque esté delante de nuestros ojos. Necesitamos una percepción aguda, capaz de ver la fortuna celestial.

La dirección de la civilización del mundo se ha venido desarrollando hacia Occidente. Es decir: la civilización continental de Egipto dio paso a las civilizaciones peninsulares de Grecia y Roma para luego desarrollar la civilización insular de Gran Bretaña. Luego se movió otra vez, ahora hacia el continente norteamericano. Continuó su marcha al oeste, cruzando el Océano Pacífico y llegando a Japón. Sin embargo, el traslado de la civilización humana no se detuvo allí. La fuerza que levantó enormemente al Japón se está trasladando ahora hacia la península coreana. La civilización humana se está preparando para dar frutos en la península de Corea.

Si la civilización insular de Japón quiere conectarse con el continente, debe pasar inevitablemente por una península. Por supuesto, en Asia también están las penínsulas de Indochina y de Malasia. Pero ellas no poseen antecedentes suficientes como para heredar la civilización moderna. Únicamente la península coreana puede cumplir ese rol porque, entre otras razones, está en posición distinguida desde el punto de vista geopolítico. Separada por el Océano Pacífico, está de cara a Japón y a los Estados Unidos. También está conectada a los continentes de Asia y Europa y comparte fronteras con China y Rusia. Por eso ha sido, desde la antigüedad, un punto estratégico en las luchas de poder entre las grandes potencias del mundo y tuvo que sufrir muchos sacrificios como consecuencia de ello.

Durante la Guerra Fría, Corea luchó a muerte contra el comunismo. Todavía hoy se entreveran en ella los intereses de las grandes potencias, por lo que sigue siendo un país dividido que no puede alcanzar la paz completa. Ubicada en un punto de contacto donde colisionan los intereses de cuatro países, ha llegado el momento de que la península coreana asuma un papel importante en la prevención de los conflictos y en lograr la

cooperación entre dichas naciones para conducir el mundo hacia la prosperidad y la paz.

La fortuna celestial trae consigo una enorme responsabilidad. Ahora que la península de Corea la recibe, deberá desempeñar un papel similar al del ruleman, asegurándose de que estos países no choquen entre sí, sino que cooperen estrechamente por el bien de la prosperidad y la paz global. Estando fijo en determinada posición del eje de una máquina, el ruleman permite, al mismo tiempo, que el eje gire libremente. Manteniendo armoniosas relaciones con las grandes potencias, Corea debe ser precisamente el ruleman que permita alcanzar la paz mundial.

He venido haciendo intensos preparativos, desde hace mucho tiempo, para que cumpla ese papel. Apoyándome en las políticas de glasnost del Presidente Gorbachov, apresuré el mejoramiento de las relaciones con la Unión Soviética y además, desde la segunda mitad de los 80, ayudé positivamente a las políticas de reforma y apertura de Deng Xiao Ping en China. Comenzamos patrocinando el establecimiento de la facultad de ingeniería de la Universidad de Yanbian y luego de haber puesto los pies en territorio chino -incluso después del incidente de la plaza de Tiananmen, cuando el capital extranjero huía de China sin cesar- invertimos cientos de millones de dólares en Huizhou, provincia de Kuangtung, haciendo muchos esfuerzos en respaldo a las políticas de reforma y apertura. No lo hice por razones económicas. Soy una persona religiosa, no un hombre de negocios. Una persona religiosa es alguien que prevé los días por venir y se prepara para el futuro. Rusia, China, Japón e incluso los Estados Unidos, deben cooperar entre sí e ir desarrollando nuevas relaciones en torno a la península de Corea, que a su vez debe convertirse en el eje de la paz mundial.

Cuando me puse a trabajar para mejorar las relaciones con la Unión Soviética y China descubrí que ni siquiera existía algo tan básico como

diccionarios de idiomas chino y ruso. ¿Qué podemos llegar a hacer juntos si desconocemos la lengua del otro? En ese tiempo escuché que había un grupo de profesores empeñosos que, previendo días futuros, se esforzaban por publicar un diccionario chino-coreano y otro ruso-coreano. Sostenían el proyecto de un gran diccionario chino-coreano impulsado por el profesor Ilshik Hong del Centro de Estudios de la Cultura Coreana de la Universidad de Corea y de los profesores de ruso de la misma universidad, quienes preparaban la publicación de un diccionario ruso-coreano. Yo apoyé estos dos proyectos con fondos. Hoy, estos diccionarios siguen desempeñando un papel crucial en los intercambios de Corea con China y en sus relaciones con Rusia.

Cuando una roca cae desde la cima de una montaña, rodará hasta el fondo del valle. El fin de la civilización occidental podría ser ese. Si bien ha logrado un brillante desarrollo con la ayuda de la ciencia, su decadencia moral la está haciendo descender hacia el valle. Ese valle es precisamente el Oriente, que ha acumulado una cultura espiritual durante miles de años.

La península de Corea es el lugar donde la cultura occidental se encuentra con la oriental y, al mismo tiempo, el lugar donde la civilización continental se encuentra con la oceánica. El historiador Spengler dijo que, así como el año tiene cuatro estaciones, las civilizaciones han repetido un proceso de auge y caída. Así es, en efecto: Ya está pasando la era de la civilización del Atlántico, que había venido prosperando intensamente. Estamos en el punto de inicio de una nueva civilización: la de la civilización panpacífica. El centro de la esfera cultural del Pacífico es Asia y, con Corea en su centro, se convertirá en la protagonista de una nueva historia. Dos tercios de la población mundial viven en Asia. Las principales religiones del mundo comenzaron en el continente asiático. Asia ha sido, durante

largo tiempo la raíz espiritual de la humanidad.

En un futuro cercano, la civilización occidental y la oriental se fusionarán en la península de Corea. El mundo continúa cambiando rápidamente. La fortuna celestial se acerca a nosotros cada vez más rápido. En un tiempo de cambios -durante el cual el mundo vira completamente- la península de Corea debe realizar los preparativos necesarios para cumplir fielmente el enorme rol de conducir al mundo. Hay que terminar con un pasado teñido de prejuicios y egoísmo, y debemos saludar la era entrante con una mirada clara y un nuevo corazón.

De tierra de sufrimiento y lágrimas, a tierra de paz y amor



Hay un profundo significado en la trágica historia que el pueblo coreano ha vivido desde hace tanto tiempo. Nuestro país sufrió mucho por estar destinado a convertirse en la base del avance hacia la paz global. Si Corea puede ocupar un lugar central en el mundo es porque ha soportado tribulaciones y adversidades durante muchos años. Somos un pueblo que ha experimentado innumerables dificultades, pero nunca hemos hecho enemigos ni odiado a nadie. Varios de nuestros vecinos nos infligieron padecimientos, pero nunca llegamos a ser enemigos irreconciliables.

En el pueblo coreano late un corazón capaz de perdonar a sus enemigos. Para amar y aceptar a un adversario se requiere un constante dominio de sí mismo. Es recién después de haberse formado el pus -y estallado dentro de uno- que surge en nuestro corazón el margen que nos permite amar al enemigo, y nuestro pueblo posee ese corazón.

Las personas perseguidas son las más cercanas a Dios. Es importante tener un corazón capaz de derramar lágrimas. Quien normalmente no las derrama, lo hará si pierde a su país. Se aferra a Dios y llora amargamente. Es doloroso y difícil, pero ser capaz de derramar lágrimas y llorar se

convierte en una bendición. Porque Dios viene al corazón lavado por las lágrimas. Ha habido tantas lágrimas en el corazón del pueblo coreano, que la península en que vive logró ser la tierra que reciba la fortuna celestial.

Nuestro pueblo honra a sus antepasados. Por muertos de hambre que estemos, no venderíamos la tierra donde están enterrados nuestros ancestros para comprar alimentos. Desde antiguo hemos vivido manteniendo una filosofía de respeto al Cielo. Siempre fuimos un pueblo civilizado que consideró más importante al mundo espiritual que a las tres comidas diarias. Aceptamos al budismo y al confucianismo para dar lugar, así, a una brillante y floreciente cultura religiosa. Establecimos una de las más fuertes tradiciones cristianas del mundo en apenas corto tiempo, después de haber aceptado al cristianismo en nuestro país. Pero lo más grandioso de todo es el hecho de que, hoy, esas grandes religiones conviven en paz, sin confrontaciones. ¿Qué factor intervino para que nuestra raza fuera tan peculiar?

Desde nuestros orígenes -y como primogénitos de mentalidad religiosa, de acuerdo a nuestra mitología- siempre estuvimos dispuestos a recibir y acoger la palabra de Dios. Además, nuestro pueblo posee la sabiduría y la capacidad intelectual necesaria para hacer realidad Su voluntad. El alfabeto coreano Hangeul muestra muy bien la excelencia de nuestro pueblo. Es un tesoro dado por el Cielo.

Nuestro idioma es rico en adjetivos y adverbios capaces de expresar todos los sentimientos humanos. No hay idioma en el mundo que pueda expresar, tan claramente como el nuestro, la complejidad del corazón de las personas. El lenguaje es un reflejo de quien lo utiliza. Si el lenguaje es sutil, el corazón de quien se expresa también lo es.

¡Qué maravilloso es el alfabeto Hangeul que usamos! Adoro la expresión “HunMinJeongEum”, que fue su nombre original. Significa “sonidos

correctos para la instrucción de la gente”. Corea es el único país cuyo alfabeto tiene un significado tan hermoso. La excelencia de Hangeul se ha hecho aún más evidente en la era digital. Es asombroso que se puedan escribir todos los sonidos de este mundo a través de simples combinaciones de sus vocales y consonantes.

Desde hace más de 30 años vengo diciendo a nuestros miembros extranjeros que aprendan coreano como preparación para el futuro próximo. Recientemente, el término “Hallyu” u “ola coreana” fue acuñado por periodistas chinos para describir la rápida propagación de la cultura popular coreana en China y otros países asiáticos que, además, desean aprender coreano. Actualmente hay muchas personas en Japón, Mongolia, Vietnam, África y, en general, en todo el mundo, que saben hablar coreano. Esto no es ninguna casualidad.

El alma habita en el lenguaje. La razón por la que los japoneses se esforzaran tanto, durante su ocupación, en eliminar el idioma coreano fue para destruir el alma del pueblo; el hecho de que muchas personas hablen coreano significa que nuestra alma se está expandiendo ampliamente. Nuestra influencia cultural se ha elevado hasta ese grado.

El pueblo coreano tiene la particularidad de no querer ser una carga para los demás. Cuando yo estaba en América pude sentir su carácter obstinado. Si bien en los Estados Unidos hay varios y buenos tipos de redes de seguridad social, a los coreanos no les gusta depender de ellos. No buscan recurrir a los fondos del gobierno. Más bien quieren ganar dinero con su propio esfuerzo para criar a sus hijos a gusto y atender bien a sus padres ancianos: hasta tal punto los coreanos tienen una fuerte mentalidad independiente. Ese temperamento se manifiesta también en los misioneros que salen al mundo: no tienen ningún temor en ser enviados a un país extraño. Y esto no sólo es cierto con los misioneros sino también con

gerentes y empleados de empresas. Una vez que se les da una misión, no importa en qué lugar del mundo sea: dejan todo y van. No son indecisos ni reacios.

Los coreanos son muy diligentes. No permanecen quietos en un lugar. Andan por todos lados. Tienen espíritu emprendedor, ya que no hay lugar en el mundo donde no viva un coreano. Además no se atan a una sola cosa y exhiben su talento en una amplia variedad de áreas. Si se topan con un obstáculo en un área, no se desalientan; más bien corren a buscar con coraje otra cosa, con gran capacidad de adaptación.

Cuando hay una gran fiesta en el pueblo, la gente se agolpa y pelea para conseguir los mejores asientos. En esa situación, la persona que sin decir una palabra se sienta tranquilamente en el asiento más humilde puede ser un protagonista de esta era. La persona que se preocupa en llevar primero a su boca los alimentos, es un fracaso. Aunque fuésemos a comer tan solo un bocado, debemos pensar primero en los demás. Si deseamos recibir la fortuna celestial que viene hacia la península de Corea, tenemos que grabar en lo más profundo de nuestros corazones que antes que uno, existen los demás, todos ellos más valiosos que uno mismo.

Debimos sufrir cuando nos despojaron de todo lo que amamos. Durante la ocupación del Japón nos arrebataron nuestro valioso país. Inmediatamente después nuestro territorio fue dividido en dos. Nuestros queridos padres y hermanos quedaron separados para siempre. La península se convirtió en una tierra de lágrimas. Pero ahora es tiempo de que lloremos por el mundo. A partir de ahora, en vez de derramar lágrimas por nosotros mismos, debemos derramarlas, más sinceras e intensas, por el bien del mundo. Si así lo hiciéramos, la fortuna celestial de la península se expandirá hacia el mundo y se abrirá una era de paz global en torno al pueblo coreano.

El objetivo último de la religión del siglo XXI



El siglo XX fue un lapso tumultuoso. Ocurrieron, en ese período de 100 años, muchos más hechos significativos que en los últimos 2,000 años. Fue el siglo de las dos guerras mundiales y el del surgimiento violento -y posterior desaparición- del comunismo. Fue también el siglo en que la humanidad dio la espalda a Dios y se enterró en lo material. ¿Cómo será el siglo XXI, entonces? Hay quienes dicen que con los avances científicos la religión ya no es necesaria, pero mientras el mundo del espíritu humano no desaparezca, el papel de la religión no habrá culminado de ninguna manera.

¿Cuál es el propósito de la religión? Su propósito es establecer el mundo ideal de Dios. La razón del esfuerzo por llevar más personas hacia el mundo religioso es hacer que más y más personas se conviertan en ciudadanos del mundo de Dios. Si todos se hiciesen ciudadanos del reino de Dios tendríamos un mundo pacífico, sin guerras ni divisiones. En definitiva, el camino a seguir por las religiones es la paz.

Dios creó un mundo de amor y de paz. Insistir en que solamente la religión que uno profesa es el camino a la salvación –creando así divisiones– no es lo que Dios desea. Lo que Él espera es que toda la gente del mundo trabaje diligentemente por la paz, la reconciliación y la convivencia. Si

surgen divisiones en el hogar porque alguien de la familia asiste a la iglesia, no dudo en decirle que primero cuide a la familia. La religión es sólo un medio para construir un mundo de Dios, no es un fin en sí mismo.

La humanidad unirá todos los puntos de vista discrepantes y encontrará un punto de unión en respuesta al choque de civilizaciones. El pensamiento que guiará a la humanidad en el futuro deberá ser capaz de incluir a todas las religiones y filosofías existentes. Ya pasó el tiempo de que, como sucedió hasta ahora, un solo país vaya a la vanguardia conduciendo a la Humanidad. La era del nacionalismo también pasó.

Si seguimos como hasta ahora, en que las personas de la misma religión o raza se agrupan junto a sus iguales, la humanidad no podrá evitar más guerras. Si no trascendemos nuestros hábitos y tradiciones, jamás llegará una era de paz. Ninguna ideología, filosofía ni religión que hasta el presente haya influido en la humanidad, será capaz de establecer la paz y la unificación venideras. Deberá surgir un pensamiento que vaya más allá del budismo, del cristianismo y del islamismo. Esta es la razón por la que durante las últimas décadas, he dedicado toda mi energía a llamar a la gente a trascender sus denominaciones y su religión.

Hay más de 200 países en el mundo. Cada uno posee fronteras que lo separan de los otros, pero los países separados entre sí por fronteras no durarán eternamente. Sólo la religión puede trascender los límites nacionales. A pesar de ello, si bien las religiones deberían representar una esperanza para la gente, se han dividido en numerosas denominaciones que están ocupadas en luchar entre sí. Han caído en el pensamiento de que su religión es la verdadera y la mejor, sin percibir que el mundo ha cambiado y que se abre una nueva era.

No será fácil derribar los muros que las religiones han levantado durante miles de años. Pero para ir hacia un mundo de paz, las barreras

religiosas deberán ser inevitablemente derribadas. Las religiones deberán preocuparse por encontrar la manera de avanzar hacia un mundo unido, acercando sus divergencias y deteniendo luchas fútiles. Deberán emprender caminos concretos para cumplir bien su rol de lograr un mundo pacífico. Un futuro feliz no se construye solamente con prosperidad material. Apremia la necesidad de superar los conflictos ideológicos, culturales y raciales mediante una mayor comprensión entre religiones y una armonía espiritual.

Yo quisiera pedir tres cosas a los líderes religiosos del mundo. En primer lugar, que respeten las tradiciones de las demás religiones y hagan lo posible para prevenir el conflicto y la discordia con otros credos. En segundo lugar, que todas las comunidades religiosas cooperen entre sí para servir al mundo. En tercero, que juntos desarrollemos una estructura con la participación de todos los líderes religiosos, a fin de cumplir nuestra misión de traer paz al mundo.

El ojo derecho existe para el izquierdo y viceversa. A su vez, los dos ojos existen por el bien de todo el cuerpo. Lo mismo puede decirse de nuestras extremidades. Nada existe para sí solo. La religión tampoco existe para sí misma, sino para el amor y la paz. Una vez que se logre la paz mundial, la religión ya no será necesaria. Su objetivo último es lograr, en este mundo de la realidad, una comunidad humana llena de amor y de paz. Esa es la voluntad de Dios.

No es fácil lograr que el corazón de una persona se llene de anhelos de paz. Para que eso suceda hay que enseñarlo una y otra vez, constantemente. Por eso me dedico a proyectos educativos. Fundamos la Escuela de Artes Sunhwa incluso antes de que nuestra iglesia se sustentara por sí misma. Fundamos el Colegio Internacional Cheongshim, la Universidad de Sunmoon y otras escuelas. Fuera de Corea adquirimos la Universidad

de Bridgeport y establecimos muchas escuelas en otros países. Mi filosofía educativa de hoy es la misma que cuando fundamos la Escuela de Artes Sunhwa: formar gente que trabaje para el país, pero que ame al Cielo y a la Humanidad.

Una escuela es un lugar sublime, donde se enseña la verdad. ¿Cuáles son las verdades más importantes que deben enseñarse en la escuela? La primera es conocer a Dios y hacer su existencia real. La segunda es conocer el origen de la existencia humana y ayudar a que cada ser cumpla la responsabilidad para consigo y por el destino del mundo. Y la tercera es darse cuenta del sentido de la existencia y de que, entre todos, construyamos el mundo ideal. Sólo es posible entender estas cosas después de que se las haya enseñado con sinceridad y devoción durante un largo período.

La educación de hoy apunta a formar gente competitiva, a crear una sociedad en la que quienes triunfen sean recompensados con el monopolio de la felicidad. Esa no es la manera correcta de educar. La educación debe ser un medio para construir un mundo pacífico, en el que todos podamos vivir bien. La filosofía y los métodos de educación que nos han dominado hasta ahora deberán cambiarse por otros que permitan avanzar hacia los objetivos comunes de la humanidad. Si los Estados Unidos y Gran Bretaña educan sólo para su propio lucro, el futuro de la humanidad sería muy oscuro.

Los educadores no deben enseñar solamente cómo puede uno vivir bien para sí mismo. También deben enseñar la sabiduría que nos permita resolver los múltiples problemas sociales de esta era. Y más importante aun es el rol de los eruditos de la religión. Lo que ellos deben enseñar no son las teorías complejas de su propia religión ni de su superioridad, sino la sabiduría de amar a la Humanidad y de aportar a la realización de un mundo pacífico. Si ellos no toman la iniciativa de enseñar -a nuestros des-

cendientes- el principio de que todos somos hermanos y que el mundo es una sola familia, no podremos tener expectativas de un futuro feliz.

La más importante de las sabidurías es conocer el corazón de Dios y su ideal. Por esta razón, el papel de la religión sigue siendo importante en este siglo XXI, cuando la ciencia tecnológica parece calar el Cielo. Por consiguiente, todas las religiones deben entender con exactitud el camino a seguir por la Humanidad y cesar inmediatamente todas las luchas, grandes y pequeñas, que se hagan por beneficio propio. Tampoco deben pelear para justificar su reputación. Las religiones deben aunar su sabiduría y, combinar sus energías y trabajar diligentemente para construir el mundo ideal. Deben olvidar ese pasado manchado de luchas y odios y resolverlo pacíficamente. De otro modo, por más que nos esforcemos, no tendrá fin. Los religiosos, cuya misión es conducir a la humanidad hacia el mundo ideal, no deben olvidarse, ni por un momento, que ellos mismos son los apóstoles de la paz.

La obra de la Creación se expresa mediante actividades culturales



Previendo que los Juegos Olímpicos de Seúl (1988) serían un festival de la paz que alteraría definitivamente el viejo orden mundial de la Guerra Fría, convoqué a esta ciudad a miembros de cada país para esa ocasión. Los miembros ayudaron a guiar a los atletas y a las delegaciones de sus países. Los mandé a alentar a sus atletas, a que les obsequiaran recuerdos de su visita a Corea y a que les llevaran cosas para comer. Como tenía previsto, la China y la Unión Soviética participaron en los Juegos, conformando un festival de la paz donde congeniaron el bloque comunista y el mundo libre. El día de la ceremonia de apertura fui al Estadio Olímpico de Jamsil, me senté en la tribuna popular y observé con mucha alegría esa fiesta de paz y confraternidad.

Inmediatamente después de los Juegos Olímpicos, y con la energía recibida de ellos, fundé el equipo de fútbol profesional de Ilhwa Chunma. Habiendo ganado ya varios campeonatos, están construyendo su fama. Años más tarde compré el equipo de fútbol Club Atlético Sorocaba y fundé el Centro Esportivo Nova Esperança (CENE) de Brasil, cuna del fútbol samba. Son clubes, todos ellos, a los que continuamos operando en la actualidad.

La razón por la que formé especialmente equipos de fútbol es porque me gusta ese juego en particular. Desde niño me gustó hacer deportes; durante un tiempo hice boxeo y algo de artes marciales tradicionales de Corea, pero cuando tuve más edad el deporte que busqué fue el fútbol. En mis días de colegio solía correr diligentemente por el estadio de la escuela pateando la pelota. Ahora disfruto viéndolo. Cuando se celebró la Copa del Mundo en Seúl coloqué en línea, frente a mí, tres televisores y observé con interés todos los partidos que se transmitían. En particular no me perdí ningún partido de los que jugó Corea.

El fútbol es una maqueta de la vida. Por bien que yo sepa llevar el balón, si aparece alguien del equipo contrario más rápido y hábil, en el acto me quitará el balón y mi esfuerzo no habrá servido de nada. Si logro pasar bien y patear al arco, perfecto, pero si la pelota rebota contra el poste y sale, se acabó. A mí me tocará cuidar bien del balón, pero para anotar un gol no alcanza conmigo solo. Como le sucede a Jisung Park, se necesita un compañero que sorpresivamente le haga un pase soberbio; también se necesita alguien tan perseverante como Youngpyo Lee, que cortará el juego del equipo contrario.

Pero la persona más importante es el director técnico, que desde el costado del campo observa al equipo en su conjunto. No entra a jugar ni anota goles pero su fuerza es mayor que la de todos los jugadores juntos. El director técnico es exactamente como Dios: ve el mundo de un modo que nosotros no podemos ver y nos envía señales, así como el técnico ve aquello que los jugadores no pueden ver. Si los jugadores siguen bien las indicaciones, ganarán cien partidos de cien jugados, pero por más que el técnico dé indicaciones, si un jugador no es muy atento y juega como le plazca, definitivamente complicará el resultado del partido.

El fútbol es un deporte en el que se compite para derrotar al oponente,

pero también tiene una influencia significativa en promover la cooperación y la paz entre las naciones. Si bien los Juegos Olímpicos son el festival mundial de los atletas, los televidentes que siguen la Copa del Mundo son el doble de los que miran las Olimpiadas. Eso nos da una idea de cuánto a la humanidad le gusta el fútbol. Además tiene, apenas con una simple bola, el poder de proveer un espacio de armonía que trasciende países, razas, religiones y culturas. El fútbol y la paz entre las personas son como socios que se combinan muy bien.

Pelé, que se desempeñó como Ministro Extraordinario de Deportes de Brasil, visitó un día mi casa de Hannam-dong, en Seúl. La gente lo recuerda como el mejor jugador de fútbol del mundo, pero el Pelé que yo conocí es un maravilloso activista de la paz, porque lo que él pretendía lograr con el fútbol era precisamente paz para el mundo. Cuando me conoció, se rió y me dijo: “Una vez fuimos a jugar un partido a Gabón, en África, cuando el país estaba en guerra. ¿Cómo cree que fuimos capaces de jugar en un lugar donde las bombas estaban estallando por todas partes? ¡Hicieron una tregua para mirar el juego! Entonces me di cuenta profundamente de que el fútbol era algo más que un deporte en el que hay que patear una pelota. El fútbol es una herramienta extraordinaria de la humanidad para hacer la paz. Después de eso decidí que tenía que llevar a cabo un movimiento por la paz mundial a través del fútbol”.

Yo estaba tan impresionado con Pelé que lo tomé de la mano con firmeza. Viviendo en una sociedad tan competitiva uno acumula mucho estrés. Este crea tensión en nuestras vidas y quita la paz de nuestra mente. Cuando la tensión se acumula, es muy común que las personas se irriten y acaben pelándose. Lo que nos ayuda sanamente a aliviar el estrés son pasatiempos como los deportes y las actividades artísticas. No son solamente una manera de aliviar nuestros deseos reprimidos: también son una he-

rramienta que une a la humanidad. La razón de que yo sea dueño de equipos de fútbol y de una compañía de ballet es que esas actividades son un medio que puede traer paz. Pelé ya era consciente de ello.

Ahí mismo, ya que compartíamos el mismo ideal, creamos con Pelé un nuevo torneo de fútbol a escala internacional: la Copa de la Paz. Hemos estado realizando torneos de la Copa de la Paz cada dos años -desde 2003- llevando a Corea equipos mundialmente famosos. Se ha previsto que a partir de 2009 -tras la apertura de la 4º edición- se celebre el torneo en diferentes países. El del 2009 se celebrará en Andalucía, España. El Real Madrid y el Sevilla, equipos fuertes de este país, además de equipos de Francia, Inglaterra y América Latina, estarán entre los participantes en lo que será un buen torneo del fútbol mundial. Las ganancias que origina la Copa de la Paz se utilizan para apoyar programas de fútbol infantil y juvenil en países que atraviesan una situación difícil. En particular se utiliza para que niños con diferentes capacidades puedan, mediante el fútbol, vivir sin perder sus sueños, lo que significa una enorme contribución.

Celebramos también un torneo de fútbol juvenil en Liberia, junto con la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados. Liberia es un país donde la vida de la gente es muy sufrida tras más de 15 años de guerras tribales que han dejado exhausta a la población. Como consecuencia de una drástica reducción del número de sus habitantes -causada por las frecuentes guerras- los niños y jóvenes de ese lugar, que es una zona de protección especial bajo la ONU, se juntaron a jugar fútbol y cantarle a la paz. Mientras disfrutaban pateando el balón, automáticamente acostumbraron sus cuerpos al espíritu que puede traer la armonía entre las tribus.

Hay otro proyecto que estamos preparando con devoción: la construcción de un hermoso estadio de fútbol en medio de las zonas de residentes israelíes y palestinos. Planeamos traer entrenadores famosos de Europa e

iniciar una academia de fútbol para los niños de ambos países. Los adultos podrán apuntar sus armas unos contra otros, pero los niños de ambas partes querrán venir a la cancha a jugar juntos. Todo el mundo mueve la cabeza y dice que es poco realista, pero lo haremos indefectiblemente. Incluso un ministro israelí dice que ya hay que construirlo en el territorio de su país, mientras un miembro del gabinete palestino dice obstinadamente que debería hacerse en su zona. Yo lo haré construir en un lugar que conecte a ambos lados. No soy de dejarme presionar o de renunciar a mis sueños: soy alguien que con gran fuerza de voluntad los realiza.

Una de las cosas que me decían que era imposible de realizar fue la compañía de ballet. En estos días creció mucho el número de personas que en Corea disfrutan del ballet e incluso ya tenemos estrellas, pero cuando en aquellos días yo dije que iba a crear en Corea una compañía de danza, la idea se veía como destinada a caer en tierra estéril.

Cada vez que veo el ballet siento que ese debe ser precisamente el arte del Reino Celestial. Cuando una bailarina se para sobre la punta de sus pies y dirige la cabeza hacia el cielo, la postura es, en sí misma, la imagen perfecta de la manera en que debemos respetar a Dios. Nada puede verse más entusiasta y apasionado que esa imagen. El ballet es el arte supremo para expresarle a Él nuestro amor, utilizando los hermosos cuerpos que ha dado al ser humano.

El Universal Ballet, establecido en 1984, comenzó con “El Lago de los Cisnes” y “Cascanueces”. Luego se añadieron “Don Quijote” y “Giselle”, y sus propias creaciones originales “Shimchung” y “El amor de Chunhyang”. Ahora ha crecido a nivel internacional. El Universal Ballet recibe invitaciones desde los escenarios más famosos del mundo y sus bailarines son elogiados por su armoniosa combinación Oriente-Occidente, ya que a las características propias del ballet occidental se le suma una belleza in-

terior única de Corea. El Universal Ballet tiene una academia en Washington DC. También fundé la Orquesta Sinfónica de Nueva York y el coro internacional New Hope Singers.

El arte se asemeja a la obra creadora de Dios. Así como los artistas invierten todo su ser en sus obras, también Dios vertió su corazón en el ser humano y en el mundo que ha creado. El libro del Génesis hace parecer que las cosas fueron hechas por Dios simplemente con decir una palabra, pero no fue así de ninguna manera. Así como Dios empleó toda su energía en la creación de las aguas y la Tierra, los movimientos de las bailarinas sobre el escenario son el fruto de la creación nacida de su total entrega.

Así ocurre también con el fútbol. Los jugadores deberán poner toda su energía durante 90 minutos. Corren tras una pelota que puede venir desde cualquier lado y, en su carrera hacia el arco contrario, el jugador se juega la vida, derrochando una energía como la que Dios puso cuando creó el mundo. Poner el 100% de lo que uno tiene, entregarse completamente por algo que dura un instante, es lo más grandioso.

El dueño de los mares controla el mundo



La historia ha demostrado que el país que controla el mar se convierte en el líder del mundo. Piensen en la Gran Bretaña del siglo XVI. Ni bien la reina Isabel I sube al trono, refuerza la política marítima de su país. Movilizó capital y tecnología para construir buques fuertes, que envió al mar con gente intrépida. Ellos salieron a los océanos arriesgando sus vidas, ya que no sabían qué les esperaba en el confín de las aguas.

Los británicos, sin embargo, no siempre fueron un pueblo fuerte en el mar. Habían sido invadidos por los vikingos de Noruega y Suecia, pero se dieron cuenta de que quien perdía el mar perdía todo: así fue que, gracias a los esfuerzos de Isabel I por reforzar su esfera marítima, Gran Bretaña se convirtió en un imperio que superó a los vikingos y a España. Como resultado de esos esfuerzos, un pequeño país insular del Atlántico llegó a poseer innumerables colonias en todos los continentes y océanos. Siempre tenía alguna posesión en la que nunca se ponía el sol.

Centrada en el Reino Unido, la civilización occidental desarrolló la tecnología científica. Con la brújula los barcos británicos viajaron por el mundo, plantando su bandera y creando colonias. A medida que desarrollaban sus conocimientos y su tecnología se adueñaban del mundo.

Pero el Oriente, incluida Corea, es diferente. El mundo oriental prioriza el espíritu y no abandona lo espiritual por lo material. Si hay un conflicto entre lo material y lo espiritual, el Oriente descarta lo material. Por eso, durante tanto tiempo no pudo vivir bien en comparación al Occidente. El espíritu no siempre estará dominado por la materia.

Mientras la civilización materialista de Occidente transita por el sendero de la degradación, la oportunidad viene a Oriente. La civilización que de Egipto pasó a desarrollarse en Grecia y en Roma, pasando luego por Gran Bretaña y los Estados Unidos, se está trasladando a la región del Pacífico que rodea a la península de Corea. La era de la civilización del Pacífico está a punto de comenzar. El líder de esta nueva etapa de la civilización será el Asia, incluyendo a Corea. Que Corea y Japón hayan crecido hasta ser países internacionalmente poderosos en tan corto tiempo es una prueba de que el tiempo de Asia está por venir. No es ninguna casualidad, sino una inevitabilidad histórica.

Los Estados Unidos y Rusia no se van a quedar mirando cómo nuestro país emerge como líder. Puede llegar a haber un conflicto importante entre los EE.UU., Japón, Rusia y China en torno a Corea. Tenemos que prepararnos de dos maneras ante esta contingencia.

En primer lugar debemos protegernos creando un cinturón que enlace a Japón y a los Estados Unidos y conecte a Rusia y a China. ¿Con qué podríamos enlazar a estos países? Con una filosofía y una mentalidad unificadoras. Únicamente una filosofía que afirme que la humanidad es una comunidad global que trasciende la raza, la nacionalidad y la religión puede detener las guerras y abrir el camino hacia un mundo pacífico. Aunque más no fuere para protegernos a nosotros mismos contra los peligros de la guerra, hay que sembrar en el mundo una filosofía de paz.

Otra de las medidas que debemos tomar es aumentar nuestra capaci-

dad para vivir en una era oceánica. El Pacífico es un océano. Si no se tiene la fuerza como para regir los mares, no se puede ser uno de los líderes de la era de la civilización del Pacífico. Por más que llegue la fortuna celestial, si no estamos preparados no sabremos aprovechar la oportunidad. Si comprendimos que se inicia una era oceánica -con nuestro país cumpliendo un rol central- habrá que hacer los preparativos correspondientes.

En el mar no hay solamente peces. Un tesoro aun mayor es su valor como fuente de energía. Con la disminución de las reservas masivas de petróleo crudo, día a día crece la sensación de crisis de las fuentes de energía. Si se acaba el petróleo, la civilización quedará a oscuras. Existe un esfuerzo por desarrollar fuentes alternativas de energía a partir del maíz, pero eso no parece posible en las condiciones actuales de falta de alimentos. La verdadera fuente de energía alternativa es el océano. El futuro de la humanidad reside en la energía del hidrógeno encerrado en el mar.

Dos tercios de la superficie de la Tierra son océano. En otras palabras, dos tercios de las materias primas que alimentarán a la humanidad están enterrados bajo la superficie del mar. Sin administrar bien el océano, no podremos abrirnos un futuro. Los países desarrollados ya extraen petróleo y gas natural del océano, bombean agua de las capas profundas y las venden a precios elevados. Es apenas el comienzo del descubrimiento de los recursos del mar. Pero no está lejos el día en que la humanidad se aferre al mar para sobrevivir.

La era oceánica no empezará por sí sola. Antes que nada debo salir primero hacia el mar, correr hacia él y luchar contra las olas. Sin ese coraje no hay cómo prepararse para la era oceánica. El país que conquiste los mares puede obtener la hegemonía del mundo. Pronto vendrá ese mundo en el cual la cultura y el idioma del país que conquiste los mares predominará. Por consiguiente, hay que cuidar los mares en consonancia con la volun-

tad del Creador y administrar bien sus recursos.

El mar será la fuerza centrípeta que una al mundo. Quien quiera ser el dueño del mar deberá entrenarse para vivir allí libremente. Cuando entreno gente para pescar, mando salir diez barcos pequeños acompañando a uno grande. Cuando parten, las lanchas van en el barco grande, pero cuando llegan al mar abierto las personas que van en los barcos pequeños pasan a ser responsables por sí mismos. Deben darse cuenta por sí solas de la dirección del viento, el estado del fondo del océano y la ruta que sigue la pesca.

La era oceánica nos da una gran oportunidad



Me gusta usar la expresión “el espíritu de Alaska”. Implica levantarse a las cinco de la mañana, salir al mar y no regresar hasta bien pasada la medianoche. La persona que no captura la cuota diaria de pescado no puede regresar hasta cumplirla. Para llegar a ser un marinero, no hay más remedio que aprender a aguantar esta regla tan severa.

Embarcarse a pescar no es salir en un crucero de placer. Por más que el mar esté rebosante de peces, no se pescan solos. Se requiere un conocimiento especializado y mucha experiencia. Uno debe saber, además, cómo reparar una red y cómo atar la cuerda del ancla. Una vez que alguien recibió ese intenso entrenamiento no solamente será un buen pescador sino que además crecerá como un líder capaz de conducir a otros y sabrá superar un nuevo entorno a donde quiera que vaya. Entrenarse en la pesca es formarse como líder.

Para obtener la hegemonía del mar hay que tener barcos y submarinos que puedan abrirse camino por los mares del mundo. Corea ya es una potencia naviera. Por tener la suficiente capacidad para llegar a ser una nación marítima, ahora solamente necesita incrementar el número de personas que puedan salir directamente al mar. Nosotros somos descendien-

tes de Bogo Chang, “el Rey de los Mares”. Tenemos una fuerte tradición de salir al mar y vencer a las olas. No hay nada que no podamos hacer.

La gente teme a las olas. Con el viento, las olas forman mareas. Tiene que soplar viento y formarse mareas para que se oxigene el fondo del mar. Si un mar está calmo durante mucho tiempo, sin viento ni mareas, ese mar se muere. Si entendemos lo valiosas que son las olas, dejaremos de temerles. Si sabemos que el camino para que sobrevivan los peces es que sople un viento fuerte y las olas se enfurezcan, lo tomamos como lo atractivo del mar.

A sólo 30 metros bajo la superficie, ya no hay olas. Un submarino es tan fresco que no necesita aire acondicionado. En aguas calmas y a la temperatura apropiada, las variedades de peces van y vienen como si estuviesen danzando, igual que el ballet de Los Angelitos, luciendo trajes coloridos y moviendo con gracia sus aletas. Pronto tendremos un mundo calmo y pacífico como en el fondo del mar.

La llegada de la era oceánica significará que a Corea le llega la oportunidad de cambiar el mundo. El mar, que abraza y nutre a todos los seres vivos, es un símbolo de la feminidad. Por el contrario, la tierra es un símbolo de virilidad. Los países insulares que afloran en el mar manifiestan feminidad, mientras que los países peninsulares colgados al extremo del continente expresan la virilidad. Los pueblos peninsulares han tenido que vivir preparados para resistir la invasión de enemigos que le atacan desde el mar y desde el continente, por lo que, a diferencia de otros, son más intrépidos y de carácter nacional muy tenaz. No es casualidad que la civilización se haya desarrollado en países peninsulares como Grecia e Italia. Pudieron florecer culturas resplandecientes porque eran emprendedores y tenían un firme espíritu aventurero, suficiente para expandirse al continente y conquistar el bravo mar.

¿Han oído hablar de la marea negra? Es una corriente ubicada en el Pacífico que, por la atracción gravitatoria de la luna viaja, más de 6,000 kilómetros al año. Describir su fuerza como “tremenda” no alcanza. La fuerza de giro de la marea negra mueve todos los océanos del mundo. Si no existiese, el agua de los mares no se movería y éstos morirían. Así como el más largo y ancho río, tarde o temprano, desemboca en el mar, los más grandes océanos también deben moverse al ritmo del movimiento de la marea negra. Nuestro pueblo deberá ser como ésta, para mover al mundo. Debemos ser la fuente de energía que concentre en un lugar la fuerza vital del planeta.

Buscando qué lugar puede ser el centro de la civilización del Pacífico -y después de recorrer varias veces la costa sur de Corea- finalmente elegí Yeosu y Sooncheon. Frente al mar de Yeosu, tan calmo como un limpio espejo, el almirante Soonshin Lee infligió una gran derrota a los japoneses y es también donde murió en batalla. Yeosu, con su histórico mar, es además el punto donde se juntan las provincias de Youngnam y Honam, en el extremo de las estribaciones del monte Jiri, donde izquierda y derecha se enfrentaron entre sí después de la Guerra de Corea.

Es una tierra impregnada por el dolor de nuestro pueblo. La bahía de Sooncheon, famosa por sus cañaverales, tiene una hermosa costa y ya se ha hecho muy conocida. En ese mar de aguas cristalinas y ondulantes se puede capturar diferentes tipos de peces. En su tranquila bahía crecen abulones y algas marinas. También abundan los berberechos, otros mariscos y pulpos pequeños. Me he embarcado para navegar junto a esa costa pero también la he contemplado desde las montañas: es una tierra hermosa, a la que no le falta nada para ser el centro de los preparativos para la era oceánica venidera.

Actualmente estoy impulsando el desarrollo de la costa sur de Corea,

con base en Yeosu. Como parte de los preparativos recorrí varias de sus islas, incluida la de Geomun y he vivido allí durante meses. He adoptado como maestros a las personas que han vivido allí por décadas, cultivando la tierra y viviendo de la pesca. Estudié todo en detalle, durmiendo y comiendo en posadas humildes. Nunca estudio solamente con la boca: recorro todo yo mismo para verlo con mis propios ojos. Por eso, ahora sé qué tipo de pez se puede capturar, qué clase de redes hay que echar y en qué zona del mar, dónde crece cierto tipo de árboles y hasta en qué casa de la isla vive un anciano que sufre de parálisis. Lo aprendí todo.

El día que terminé de investigar la costa sur, invité a subir a mi avión al alcalde local -que me había ayudado plenamente por ese entonces, y lo llevé conmigo a Alaska. Como me había enseñado todo lo que sabía, yo quería devolverle el favor enseñándole todo lo que yo sabía. Salimos juntos a pescar, pues, y le enseñé qué tipos de peces hay en Alaska y cómo se hace para pescarlos. Por poco que sepa sobre algo, me siento cómodo si lo comparto.

Poco después de comenzar a promover Yeosu, la ciudad fue elegida como sede de la exposición marítima internacional que se celebrará en el año 2012. La Expo, junto con los Juegos Olímpicos y la Copa del Mundo, se encuentra entre los tres festivales de mayor alcance mundial. Durante los seis meses que dure la Expo 2012, 154 países miembros de la Oficina Internacional de Exposiciones (BIE) realizarán todo tipo de exhibiciones. Esto centrará la mirada del mundo sobre Yeosu y hará converger allí la tecnología y la cultura de los países desarrollados. ¿Alguna vez vieron la imagen de las nubes de verano pasando a una velocidad asombrosa? Una vez que las nubes se acoplan al viento, cruzan sobre las montañas y los mares con gran rapidez. No pueden vacilar. De manera similar a esas nubes, el mundo se volcará con todo su potencial hacia Yeosu y la península

de Corea.

Estoy planificando conectar todas las islas de la costa sur con puentes y construir condominios donde marineros de todo el mundo puedan alojarse y alimentarse. No serán condominios para diversión. Quiero hacer que los norteamericanos, alemanes, japoneses, brasileños y africanos que estén pescando en diferentes barcos puedan comer y dormir en una misma casa y comprendan que somos todos miembros de la misma familia humana.

La era oceánica será, al mismo tiempo, la era del espacio. En un futuro no muy lejano la tecnología aeronáutica se convertirá en una necesidad absoluta, pero entonces será demasiado tarde para que Corea tenga lista su industria espacial. He preparado un parque industrial aeronáutico en Gimpo y nos estamos preparando para construir, con nuestras propias manos, los mundialmente famosos helicópteros Sikorsky. Llegará el día en el que helicópteros con el escudo Taeguk de Corea vuelen sobre los mares y bajo los cielos del mundo.

Un simple diente de león es más precioso que el oro



Los tres grandes problemas de la sociedad moderna son: la contaminación, la preservación del medio ambiente y los alimentos. Si se descuida cualquiera de ellos, la humanidad se extinguirá. La Tierra ha sido dañada a más no poder. La avaricia ilimitada por los bienes materiales ha provocado una polución del aire y del agua que daña a toda la naturaleza e incluso ha menoscabado la capa de ozono que nos protege. Si continuamos así, la Humanidad caerá en la trampa de la civilización material que ella misma construyó y terminará desapareciendo.

Durante los últimos 20 años he actuado para proteger y preservar la región del Pantanal de Brasil. El Pantanal se encuentra en su mayor parte en Brasil pero también abarca parte de Bolivia y Paraguay. Es el humedal más extenso del mundo y está registrado en la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Estoy promoviendo una campaña ambiental mundial para preservar la vida del Pantanal tal cual Dios la creó.

El Pantanal, vasta región donde el agua, la tierra, los animales y la vegetación conviven en un único conjunto, es un lugar verdaderamente interesante. Con palabras simples, tales como “hermoso” y “fantástico”, no se lo puede describir ni justipreciarlo. Las fotos aéreas de la zona son tan

hermosas que constituyen una de las colecciones de fotos de mayor venta en el mundo. Es un tesoro de la humanidad. Es el albergue de especies tan raras como el mono capuchino de cuello blanco, el mono aullador, el papagayo, el jaguar, la anaconda y el caimán.

La flora y la fauna del Pantanal y la cuenca del Amazonas existen hoy tal como lucían en el momento de la Creación. El Pantanal muestra el estado original de todos los seres. El hombre ha destruido innumerables especies que Dios creó. Muchas especies de plantas y animales se han extinguido a causa de la codicia humana. Pero en el Pantanal todavía permanecen en su forma primigenia. Estoy planificando un museo de aves y otro de insectos en el Pantanal, así como restaurar especies extinguidas y reconstruir formas originales de la Creación.

Además de hábitat para innumerables plantas y animales, el Pantanal es una fuente importante de oxígeno para el planeta. Es el “pulmón de la Tierra”, “la esponja de la naturaleza” y una reserva de gases de efecto invernadero. Pero ese Pantanal se va deteriorando año tras año debido a la industrialización del Brasil. Si se destruye la región del Amazonas, fuente de provisión de oxígeno a la Tierra, el futuro de la humanidad será oscuro.

En una superficie que duplica a la del Japón, en las lagunas del Pantanal viven unas 3,600 especies de peces. Entre ellos está el dorado, pez de este color que llega a pesar más de 20 kilogramos. Cuando un dorado mordía mi anzuelo yo sentía que mi cuerpo era arrastrado hacia el río. Cuando comenzaba a recoger la línea con todas mis fuerzas, saltaba en el aire con sus escamas de oro brillando al sol. Incluso después de brincar fuera del agua varias veces le quedaban fuerzas para seguir peleando. Es tan fuerte que parece más bien un oso o un tigre.

Los lagos del Pantanal están siempre limpios. No importa lo que se tire al agua: se limpia tan rápido como el rayo. La razón es que viven allí varias

especies diferentes de peces, cada una de las cuales se alimenta de algo distinto. Conviviendo de una manera intrincada, devoran todo lo que ensucia el agua. El acto de alimentarse es en sí mismo el trabajo de limpieza del agua. Eso es lo diferente a nosotros. El propósito de la vida de los peces no es vivir para sí mismos: viven unos para otros, limpiando su entorno y transformándolo en un ambiente agradable.

El dorso de las hojas del aguapé del Pantanal queda negro de tantos insectos que se pegan a él. Si solamente hubiese insectos, al aguapé moriría; pero al haber peces que se comen a esos insectos, allí pueden vivir todos: los insectos, el aguapé y los peces. Eso es justamente la naturaleza. Ninguna criatura vive para sí misma: unos viven por y para otros. La naturaleza nos enseña esta grandiosa lección.

Por muchos peces que haya en el Pantanal, si se continúa pescando con tanta frecuencia, la población ictícola disminuirá. Para proteger a los peces hay que hacer piscicultura. Cuanto más valiosos sean los peces en el Pantanal, más granjas de peces hay que desarrollar. No solo hay que criar peces también insectos, aves y mamíferos. La cría de insectos ayudará a aumentar la población de aves. Al ser un lugar que proporciona un entorno en el que estas especies pueden ser criadas, el Pantanal cobra todavía más valor.

No solamente los peces abundan en el Pantanal. A la ribera de sus ríos crecen árboles de piñas, plátanos y mangos. El arroz crece tan bien que es posible obtener tres cosechas al año, incluso sembrándolo en campos sin agua. El suelo es tan rico que no es necesario contratar gente para cultivar porotos y maíz: basta con lanzar las semillas en la tierra. El ñandú, que puede ser visto caminando lentamente sobre sus amplias praderas, es tan fuerte que una persona podría montar en su lomo.

Un día viajábamos en lancha por el río Paraguay y paramos en la casa

de un poblador a orillas del río. En seguida percibió que tendríamos hambre y de su huerta nos trajo una papa dulce del tamaño de una sandía. Nos dijo que si sacaba una y dejaba enterrados los restos de la planta, seguiría obteniendo fruto de ella varios años más. Viendo que las papas dulces pueden cosecharse sin necesidad de sembrar cada año, sentí un fuerte deseo de difundir eso en los países escasos en alimentos.

La gente que pretende desarrollar los pantanos prioriza los diferentes beneficios económicos de tal desarrollo, pero ya de por sí, tal cual está, el Pantanal tiene un alto valor económico. Cuenta con bosques vírgenes de pino negro, de madera dura, con una estructura de tan alta densidad que dicen que aunque le claven estacas vivirá más de cien años. Estos árboles se utilizan para producir el ébano, que no se pudre y -dicen- dura más tiempo que el hierro. Imaginen un bosque de árboles tan preciosos y tan grandes que no alcanzan los brazos de un hombre para abrazar su tronco. Yo foresté 400 hectáreas de tierra en el Pantanal. Los árboles plantados por nuestros miembros han embellecido aun más ese auténtico paraíso. Lo que se producirá allí en abundancia hará más plena nuestras vidas.

Lo que arruina a la naturaleza es el egoísmo humano, que ha dañado al planeta al punto de que ya cuesta respirar. Es el resultado de la codicia de aquellos que, cuanto antes, quieren tener más que los demás. No podemos permitir que la Tierra se dañe más. Los religiosos deberían tomar la iniciativa en la tarea de salvar la naturaleza, creación de Dios y es regalo que El ha dado a la humanidad. No podemos postergar el trabajo de crear conciencia, en la gente, de lo valiosa que es la naturaleza y de que debemos hacer que vuelva al estado de abundancia y libertad de que gozaba cuando fue creada.

Al arraigarse la idea de que el Pantanal es un tesoro de la naturaleza, ha comenzado ya una lucha en su defensa. Un escenario privilegiado, que

debería ser protegido y embellecido, muestra ya signos de convertirse en el campo de batalla de hombres codiciosos. Hace diez años convoqué a líderes de países de todo el mundo al Pantanal y comenzamos debates sobre “la manera de proteger la naturaleza y preservar el planeta”. Se reunieron expertos y académicos internacionales en medio ambiente y les rogamos poner interés y amor en el Pantanal. Se convirtieron en sus guardianes y están cuidándolo para que no siga destruyéndose por la ambición de gente despiadada.

Al hacerse cada vez más graves los problemas ambientales, han surgido muchos grupos ambientalistas. Pero el mejor movimiento ecológico debería ser una tarea espiritual, que propague el amor. La gente gusta y cuida de aquello que pertenece a los que ama, pero, de hecho, no cuida ni ama el medio ambiente natural que Dios creó. Dios dio la naturaleza a toda la humanidad para que, de ella, obtengamos alimentos para comer y tengamos una vida plena. Esa era su voluntad. La naturaleza no es algo descartable, para usarlo yo solo y luego tirarlo. Es la base para que todas las generaciones de nuestros descendientes puedan alimentarse de manera permanente y se apoyen en ella para vivir.

El camino para cuidar y proteger la naturaleza es poseer un corazón que la ame. Deberíamos ser capaces de derramar una lágrima incluso por un atado de hierbas, así como de aferrarnos a un árbol y llorar. Hasta una simple piedra, un soplo de viento, contienen el aliento de Dios. Amar y cuidar el medio ambiente es amar y cuidar a Dios. Debemos sentir a cada criatura creada por Dios como un objeto de nuestro amor. Cualquier objeto de valor conservado en un museo no vale más que una sola de las obras de Dios. Un simple diente de león es más valioso que las coronas de oro de los reyes.

Una solución sabia a la pobreza y al hambre



Si uno no pasa hambre no conoce a Dios. Los lapsos de hambre son una oportunidad para acercarse a Dios. Cuando alguien está muerto de hambre y se acerca otra persona, se preguntará: ¿Ese no será mi hermano? ¿Esa no es mi madre?, ¿Aquella no es mi hermana? Esperamos que aparezca alguien que nos ayude. En esas situaciones, hay que tener un corazón compasivo y bondadoso.

El hambre no es solamente un problema de las zonas menos desarrolladas del mundo, como África. Lo primero que hice cuando fui a los Estados Unidos fue comprar camiones para repartir alimentos a los pobres. Si hasta en uno de los países más ricos del mundo la gente se muere de hambre, la situación en los países pobres es indescritiblemente peor. Recorriendo el mundo sentí que la amenaza más apremiante a resolver es el problema alimenticio. No se puede posponer ni un instante más. En la actualidad, unas veinte mil personas mueren a diario de hambre. No podemos fingir que lo ignoramos sólo porque nosotros y nuestras familias no lo sufren.

Con la mera distribución de alimentos no se puede resolver el hambre. Debe ser atacado con un enfoque que vaya a la raíz. Estoy pensando en dos métodos básicos y concretos para ello. El primero es proveer un sumi-

nistro suficiente de alimentos a muy bajo costo; el segundo, compartir la capacidad tecnología con quienes no la tienen para que puedan vencer la pobreza por sus propios medios y dispositivos.

La falta de alimentos traerá a la humanidad una crisis muy grave, porque con lo que se produzca en las limitadas superficies disponibles no se puede alimentar a todo el mundo. Por eso hay que mirar hacia el océano, en búsqueda de una solución. El mar es la clave para resolver la crisis alimentaria del futuro. Es la razón por la cual, desde hace décadas, comencé a incursionar en el mar. No podemos construir un mundo de paz sin resolver primero la falta de alimentos.

En Alaska se hacen fertilizantes con todos los abadejos de menos de 15 pulgadas. Es un plato maravilloso, pero como la gente no sabe cómo prepararlo, sólo lo utilizan para fertilizantes. Hace apenas veinte o treinta años, si pedíamos a los occidentales rabo de vaca, nos lo daban gratis. Ellos no sabían que a los coreanos nos gusta preparar comida con los huesos y los intestinos de las vacas. Lo mismo ocurre con los peces. Alrededor del 20 por ciento de las capturas mundiales de peces se desecha. Cada vez que veo eso pienso en las personas que se están muriendo de hambre en África, y siento dolor. El pescado es una fuente de proteínas de alta calidad mucho más fiable que la carne vacuna. ¿No sería maravilloso que hiciéramos pasta o salchichas de pescado para dar a esa gente?

Una vez que se me ocurrió eso, me aboqué de lleno a un proyecto para almacenar y procesar pescado. De nada sirve atrapar grandes cantidades si después no se lo sabe trabajar de manera adecuada. Ni el mejor pescado se puede mantener fresco más de ocho meses, incluso si se lo coloca en poderosas cámaras frigoríficas: el aire se filtra entre las grietas del hielo y el pescado pierde humedad. Aunque se le vierta agua y se vuelva a congelar, para entonces será difícil que conserve su mejor sabor y en realidad

será un producto desechado. Nosotros tuvimos éxito en convertir en harina todo el pescado desechable que juntábamos y lamentábamos tirar. Logramos algo que países avanzados como Francia y Alemania no habían logrado.

Llamamos fish powder a esa harina. Convertido en este producto, el pescado puede ser fácilmente transportado y conservado en lugares calurosos y húmedos como África. La harina de pescado es proteína pura: contiene 98% (uno de los más altos contenidos de proteína de todos los productos alimenticios), con lo que se puede salvar a la gente que se muere de hambre. También puede ser usada para hacer pan. Se necesitan menos de diez minutos para que un pescado vivo y coleando se transforme en harina. Este fresco derivado de pescado se ha utilizado para ayudar a resolver la escasez de alimentos en Croacia, Albania, Afganistán, Ruanda, Sudán y Somalia. Cada vez son más las personas que la buscan. Debemos establecer plantas procesadoras de pescado en muchos otros lugares.

Los mares abundan en peces, pero la estupenda clave para aliviar la crisis alimentaria de la humanidad es la piscicultura. Así como en las ciudades hay rascacielos, un día habrá edificios donde sólo se críen peces. Mediante sistemas de tuberías se los puede criar en edificios altos o en las cimas de las montañas. Con la cría de peces podemos producir alimentos más que suficientes para alimentar a todos los pueblos del mundo.

El mar es una enorme bendición que Dios nos ha dado. Cuando salgo al océano me concentro completamente en la pesca y el rostro se me quema hasta quedar negro. A veces pescaba esturión, otras veces pez aguja. Una razón por la que los pesco personalmente es que luego puedo enseñar a quienes no saben pescar. Llevaba al río a pobladores de Sudamérica que no sabían pescar y pasaba varios meses allí, enseñándoles mi manera de capturar. Yo recogía en persona las redes y pasaba tres o cuatro horas en-

señando a desenredarlas.

Para asegurar el suministro adecuado de alimentos a un bajo costo hay que explotar el último depósito de tesoros de la humanidad: el mar y las extensas praderas aún vírgenes. Hacerlo no será tan fácil como decirlo. Hay que ir a lugares tan calurosos y húmedos que al cuerpo le cuesta moverse. Solamente será posible si se trabaja con diligencia y devoción. El desarrollo de las grandes praderas de las regiones tropicales no es fácil de lograr sin una pasión y una devoción que expresen amor por los semejantes.

Jardim, en Brasil, es un lugar muy incómodo para vivir. El clima es muy caluroso e insectos de los que ni se sabe el nombre lo pican a uno sin previo aviso. En ese lugar me hice amigo de los pájaros y adopté a las serpientes como amigas. Ni siquiera podía calzarme zapatos allí. Andaba descalzo, sintiendo la tierra colorada de Jardim bajo mis pies, exactamente igual que un campesino. Cuando capturaba peces en el río era un pescador más. Uno podrá estar calificado para dominar a la selva virgen recién cuando escuche decir a los pobladores locales “¡Ese sí es un buen campesino! ¡Ese sí es un pescador!” No es algo que puede hacer alguien que pretenda dormir ocho horas en una cama limpia y confortable, comer tres veces al día y tomar una siesta bajo la fresca sombra de un árbol.

Esto sucedió cuando estábamos desarrollando nuestro proyecto en el Paraguay. Un grupo de nuestros miembros y yo vivíamos en una pequeña choza que compramos en Olimpo. Tenía un solo baño, que cada mañana debíamos turnarnos para usar. Me levantaba a las 3 de la mañana, hacía un poco de ejercicio y salía a pescar. Como consecuencia de esto, los miembros que estaban conmigo sufrían bastante. Era habitual preparar la carnada bien temprano, antes de que pudieran despegar los ojos. Pero para salir a pescar había que pasar por varias estancias ajenas. A veces, en la oscuridad, no podían abrir rápido el portón.

Yo los miraba y les gritaba: “¿Qué están haciendo?”. Grité con tanta fuerza y ferocidad que hasta yo me asusté. Debe haber sido muy difícil para los miembros. Pero yo siento que no puede permitirme perder ni un minuto, ni un solo segundo. No tengo tiempo para estar de brazos cruzados. La lista de cosas que debo hacer hasta que logremos un mundo de paz pasa delante de mis ojos como un recibo que sale de la caja registradora, de manera que siempre tengo prisa.

Al salir a pescar al río antes de que amaneciera, los mosquitos pululaban como una nube oscura. Sus aguijones eran tan fuertes que traspasaban los jeans, picando sin cesar. En la oscuridad no podíamos ver las líneas de pesca, ni parte de la vara. Por tanto, tuvimos que atar bolsas de plástico de color blanco a nuestras cañas; yo estaba tan apresurado que no podía esperar a que saliera el sol.

Todavía extraño a Jardim. Echo de menos todo sobre él. Cuando cierro mis ojos, aún puedo sentir el calor de su aire presionando contra mi rostro. Lo que le costaba al cuerpo era lo de menos. El sufrimiento del cuerpo desaparece enseguida. Lo importante es la felicidad del corazón. Jardim me hizo feliz.

Antes que dar pan, mejor es enseñar a hacerlo



Si se quiere resolver el problema del hambre, hay que tener voluntad de sembrar. La semilla se siembra en la tierra y no se ve, pero hay que esperar con paciencia a que germine y brote dentro del suelo. Lo mismo sucede con el hambre. A una persona que se muere por no tener para comer, antes que darle pan -y aunque mientras tanto sea difícil- hay que enseñarle a sembrar trigo y a elaborar el pan. De esa manera, el problema se puede resolver de una manera más fundamental y duradera. Tenemos que empezar a estudiar el clima, el terreno y el carácter de la gente de las zonas que sufren hambre.

En África crece un árbol llamado manchuka. La gente en el Congo, antes de vender su ganado, lo engorda con las hojas de este árbol, rico en nutrientes. Las personas también: trituran las hojas en un mortero, le agregan un poco de aceite y hacen una masa que luego fríen. Se me ocurre que se podría plantar muchos árboles de manchuka y, luego de cortarle la raíz, que es venenosa, trituarlo entero y hacer harina para pan y masas. También está la alcachofa de Jerusalén, similar a las batatas: crece tan rápido que se puede cosechar tres veces más que las cosechas destinadas a la actual ayuda alimenticia. Plantar mucha alcachofa de Jerusalén es otra manera de contribuir a resolver el problema del hambre.

En Jardim usan unas lombrices enormes para fertilizar la tierra que cultivan. Es un gusano que sólo existe en Campinas (estado de San Pablo), pero quizás podamos estudiar su hábitat, observar requisitos para criarlos en otros lugares y aprovecharlo para ayudar a la agricultura. Hay coreanos en la región de Mato Grosso estudiando los gusanos de seda. Si este cultivo tiene éxito allí, se podría hacer seda a bajo precio y jarabe nutritivo para vender y comprar alimentos.

No hay una manera mágica de solucionar el problema mundial del hambre. La gente de cada país tiene gustos y hábitos diferentes. Su flora y su fauna también son diferentes. Lo importante es preocuparse por nuestros vecinos. En primer lugar debemos asumir la actitud de mirar a nuestro alrededor y percibir si alguien pasa hambre cuando nosotros comemos hasta saciarnos. Si la humanidad no resuelve el problema del hambre, nunca tenderemos una paz verdadera. Si una persona, a mi lado, está a punto de morir de hambre, hablar de paz no es más que una extravagancia.

Distribuir alimentos a los necesitados es tan importante como proveer tecnología para que sean capaces de autoabastecerse. Para proveer tecnología hay que construir escuelas en regiones olvidadas: mientras se combate el analfabetismo hay que levantar escuelas técnicas para que enseguida los lugareños puedan capacitarse para sobrevivir. Los occidentales que conquistaron África y América del Sur no proporcionaron tecnología a los pobladores locales. Se llevaron sus recursos naturales usándolos a ellos como mano de obra. No les enseñaron maneras de mejorar su agricultura ni de cómo establecer fábricas. Eso es algo incorrecto. Nosotros, desde etapas tempranas, establecimos escuelas en el Zaire, Congo, Guyana, Paraguay y Brasil, donde se enseña agricultura y tecnología.

Otro problema que enfrentan las personas que sufren de hambre es que no pueden pagar un tratamiento médico adecuado cuando se enfer-

man. Del otro lado del mundo, en los países desarrollados, hay gente que se enferma por consumo excesivo de drogas, pero quienes pasan hambre mueren, a menudo, porque no pueden comprar medicina para la diarrea o la gripe. Por eso, mientras trabajamos para erradicar el hambre, debemos prestar apoyo médico. Tenemos que abrir clínicas gratuitas para cuidar de las personas que sufren de enfermedades crónicas.

En la región de Jardim establecí la granja de New Hope como un modelo de convivencia pacífica de la humanidad. Hemos arado una gran extensión de tierra para agricultura y establecido ranchos de ganado en las zonas altas. La granja de New Hope está en Brasil pero no pertenece solamente a los brasileños. Cualquier persona que tenga hambre puede ir a New Hope, trabajar y alimentarse. Es un lugar en el que siempre pueden alojarse y alimentarse hasta 2,000 personas de todas las razas y de todas partes del mundo. Fundamos órganos educativos -desde escuelas primarias hasta el nivel universitario- enseñamos cómo cultivar y cómo criar ganado. También vamos a enseñar cómo plantar árboles y criarlos y cómo capturar peces, procesarlos y hasta venderlos. No sólo son granjas: también aprovechamos numerosas lagunas en las cercanías del río para granjas de piscicultura y pesqueros.

En Paraguay, la región del Chaco ocupa el 60 por ciento del territorio de ese país, pero ha sido una tierra descuidada. El Chaco se formó emergiendo del mar. Todavía brota agua salada cuando se cava en el suelo. Yo tenía más de 70 años cuando fui por primera vez a Paraguay. La vida de las personas que habitaban esa tierra era indescritiblemente pobre. Verlos me causó un dolor que no puedo describir. Yo quería sinceramente hacer algo por ellos, pero no estaban dispuestos a aceptarme por el color de mi piel y mi idioma que eran diferentes a los suyos. Pero no me di por vencido.

Recorrí el río Paraguay durante tres meses, comiendo y durmiendo con la gente del lugar. A mi edad, me metí en algo que -todos me decían- era imposible. Ninguno sabía pescar bien. Se maravillaron al verme subir un pez tras otro con una caña de pescar y se reunieron alrededor de mí para ver. Les enseñé a pescar y ellos me enseñaron su idioma. Pasamos tres meses en el mismo barco y nos hicimos amigos.

Una vez que abrieron sus corazones, les hablé una y otra vez acerca de por qué el mundo debe unirse. Su primera reacción fue de indiferencia, pero fue cambiando poco a poco, año tras año. Diez años después habían cambiado tanto, que se celebró un festival de la paz mundial con gran entusiasmo.

El río Paraguay es tan ancho y profundo como el mar. Salí a pescar en un barco grande. La gente del Chaco, que estaba sin nada que hacer y pasando hambre, ahora es capaz de mantenerse a sí misma con la pesca. Los pescados que sobraban se echaban a perder, así que mandé a construir una cámara de frío a orillas del río. También se construyó una fábrica productora de harina de pescado. Los que tienen miedo de embarcarse trabajan en la cámara para almacenar y vender el pescado. Ya no sienten desesperación ni sufren a causa del hambre.

Sin embargo, resolver el problema de alimentarse para sobrevivir no significa que la paz sobrevenga inmediatamente. Tras resolver el problema del hambre hay que implementar programas de educación sobre la paz y el amor. Levanté muchas escuelas en lugares como Jardim y el Chaco. Al principio la gente no enviaba sus hijos porque éstos les ayudaban a arriar el ganado. Como resultado de haberles convencido -hablándoles en reiteradas ocasiones de que no podrían progresar si no recibían una educación escolar, aunque fuera bueno ser amigos del ganado- ha crecido mucho el número de alumnos. Les mandé construir fábricas de industria liviana

para que manufacturen productos de tecnología simple. Les va bien con la cría del ganado, de modo que, para poder trabajar en la planta, los alumnos comenzaron a ir a la escuela con diligencia.

Todos somos responsables por la gente que muere de hambre en el mundo. Tenemos que tomar la iniciativa de ayudarlos. Con claro sentido de responsabilidad, hay que encontrar la manera de alimentarlos y salvarlos. La gente que vive bien deberá bajarse un poco a una posición inferior y elevar a los que viven mal, construyendo un mundo donde todos vivamos bien.

Capítulo VIII

MENSAJE PARA JÓVENES

Descubrir sus metas cambiará sus vidas



Cuando nos encontramos con un extraño, le preguntamos: “¿Quién es usted?”. Dios también nos pregunta quiénes somos. La respuesta que más le alegra es: “Soy un joven” ¿Por qué será? Porque la juventud es la época más importante y más hermosa de la vida. La juventud debería ser un refugio de preparación para el futuro y la piedra angular de una nueva era.

Pero durante estos días es cada vez más difícil encontrar esa pasión en los jóvenes. Cada vez son más los jóvenes desdichados que deambulan sin encontrar una meta en la vida. Los grandes líderes de la historia, desde temprana edad, tenían bien claro cuál era el propósito de sus vidas. Conservaban el objetivo que albergaron en sus corazones desde niños y vivieron una vida intensa a fin de lograr ese propósito. Dormidos o despiertos, o al ir a encontrarse con un amigo, cada una de sus acciones preparaba el escenario del futuro. ¿Ustedes realmente viven así?

Todos fuimos creados como grandes personas. Ustedes no han venido a este mundo sin ningún fin. Cuando Dios creó a cada uno de nosotros lo hizo derramando todo su amor. ¿No somos seres grandiosos, entonces? Con Dios, podemos lograr cualquier cosa.

Amando a Dios me convertí en una persona completamente diferente.

Comencé a amar a la humanidad más que a mí mismo, a pensar en los problemas de todos antes que en los de mi familia o los míos. Y me esforcé por amar todo lo que Dios creó. Comencé a mirar con amor los árboles del monte y los peces en las aguas. Eduqué a mi tacto para sentir la mano de Dios en todas las cosas.

Mientras por un lado cambiaba y sintonizaba mi corazón con el amor de Dios, también me esforzaba para tener un cuerpo fuerte y saludable a fin de cumplir bien mi misión. Quería estar listo para ir a cualquier lugar, en cualquier momento en que Dios me llamase. Me entrené físicamente con el fútbol, el boxeo, el arte marcial coreano y el “Wonhwado,” un arte marcial que yo mismo desarrollé. En el Wonhwado uno mueve su cuerpo en movimientos circulares suaves, como si danzase, aplicando el principio de que mediante movimientos circulares se puede desarrollar un poder mayor que en línea recta.

Actualmente también comienzo el día con ejercicios de estiramiento de los músculos y las articulaciones, así como de respiración, que desarrollé personalmente. A veces, cuando estoy viajando y dando discursos, si no tengo tiempo de hacer estos ejercicios matinales, aprovecho el tiempo en que voy al baño para hacerlos. Cuando era joven me conformaba con 30 minutos diarios, pero ahora que soy mayor incrementé la cantidad de ejercicios a una hora por día.

El año pasado, el helicóptero en el que viajaba sufrió un accidente. La nave fue envuelta por nubes negras cargadas de lluvia y en un instante se estrelló en la cima de una montaña. Quedó dado vuelta y yo, a mi vez, colgado cabeza abajo y atado a mi cinturón de seguridad. Instintivamente me agarré con fuerza a ambos brazos del asiento. Si yo hubiese sido displicente en mis ejercicios regulares, me habría roto la cadera en el instante en que quedaba colgado. El cuerpo es el envase para guardar un espíritu

sano. No hay que ser perezosos en el entrenamiento de nuestros cuerpos.

No deben ser muchos los estudiantes que van a la escuela porque les guste estudiar. Si van es porque sus padres los mandan y no porque disfruten del estudio. Al principio somos todos iguales, pero aun sin apreciarla, si seguimos yendo a la escuela empezamos a tomarle el gusto. A partir de ese momento uno comenzará a estudiar por su cuenta y buscará un camino por sí mismo. Eso es madurar.

Pero los padres no pueden esperar hasta que los hijos maduren: “¡Tienes que estudiar, por favor, estudia un poco!”, les reprochan. Eso es porque los padres saben bien que sus hijos tienen que prepararse para el futuro mediante el estudio. Temen que quizás pierdan el momento de estudiar y un día se encuentren de cara con el futuro sin ninguna preparación.

Sin embargo, más importante que estudiar para el futuro es tener metas, que se den cuenta por sí mismos y decidan qué quieren hacer mañana, comprender cómo pueden llegar a ser útiles antes de meterse de lleno, incondicionalmente, en el estudio. En estos días parece ser que la mayoría de los jóvenes se aferran al estudio sin haberse fijado metas.

Un día pregunté a un estudiante que se veía muy dedicado al estudio del inglés:

“¿Por qué estudias tanto para aprender inglés? “Para ingresar a la universidad”, respondió. ¿Cómo se puede ser tan tonto? La universidad no es un fin. A la universidad se va una vez que uno decide que debe estudiar algo para cumplir cierto propósito.

Tampoco tengan, como meta en la vida, cuánto dinero van a ganar. Nunca he recibido un salario, pero me las arreglo para comer y sobrevivir. El dinero es un medio para lograr algo, no el objetivo. Si se dedican a hacer dinero, sepan en qué lo usarán. Cuando uno solamente ganó dinero y no tiene metas, ese dinero rápidamente desaparecerá en vano.

Los jóvenes deben decidir su profesión según su predisposición y sus gustos. Que uno quiera ser bombero, agricultor, jugador de fútbol o político, depende de cada uno. Lo que yo les pido va más allá de su profesión. Les pregunto: si llegan a ser jugadores de fútbol, ¿qué vida piensan llevar? Y si se hacen agricultores, ¿qué vida piensan llevar?

Fijarse metas es definir el significado de sus vidas. Si me dicen que quieren ser agricultores, deberían ponerse como meta probar nuevas formas de cultivo y decidirse a crear nuevos productos para resolver el problema del hambre en el mundo. Si quieren ser jugadores de fútbol, desearán dejar bien en alto el nombre de su país, pero si no les da para ello, hay que fijarse una meta tan significativa como abrir una escuela de fútbol para alimentar los sueños de los niños cuya situación no se lo permite.

Para ser un jugador de nivel internacional hay que pasar por un entrenamiento de los que cuestan sangre y sudor. Si no tienen una meta definida en su corazón, no podrán soportar la exigente formación necesaria como para alcanzar la cima del mundo en lo suyo. Únicamente teniendo una meta surgirán las fuerzas para que cuiden de sí mismos y podrán vivir una vida diferente a la de los demás.

Abracen al mundo



Fijarse una meta en la vida es como plantar un árbol. Si uno planta un azufaifo en el jardín de su casa, tendrá azufaifa en su casa. Si uno planta un manzano en el monte detrás de su casa, tendrá manzanas en el monte. Piensen bien qué meta querrán alcanzar y dónde la sembrarán. Según qué meta siembren y dónde lo hagan, su acción puede convertirse en un azufaifo en Seúl o en un manzano en África. O bien puede convertirse en una palmera en el Pacífico Sur. Al igual que el árbol que planten, la meta que siembren dará fruto en el futuro. Fíjense metas pensando dónde fructificarán mejor.

Cuando se fijen objetivos tengan mente amplia. Abarquen al mundo entero. Consideren la posibilidad de que sea en África, que no puede alejarse de la pobreza y las enfermedades. Consideren la posibilidad de que sea en Israel y Palestina, donde la gente continúa apuntando sus armas, unos contra otros, por cuestiones que también involucran a la religión. Miren también hacia Afganistán, donde la gente apenas sobrevive gracias al cultivo de la amapola, materia prima de drogas nocivas. Miren hacia los Estados Unidos, que han arrojado la economía mundial en un pozo con su avaricia extrema y su egoísmo. Consideren a Indonesia, que sufre de incesantes terremotos y maremotos. Imagínense a ustedes mismos en medio

de esos países. Piensen qué lugar y qué situación será más apropiada para ustedes. Tal vez sea adecuada la India, donde surgen nuevos conflictos religiosos. O podría ser Ruanda, que se debate en medio de la sequía y el hambre.

Espero que al fijarse un objetivo no cometan el error de poner como excusa que Corea tiene un territorio muy estrecho. Según la actividad a la que se dediquen, nuestro país puede ampliarse tanto como sea necesario; hasta pueden desaparecer sus fronteras. Si nuestro campo de acción es África, África será nuestro país. Entonces busquen qué hacer teniendo como escenario al mundo. Tal vez descubran mucho más de lo que han soñado. Ustedes no tienen más que una sola vida: dedíquennla a algo que el mundo necesite. No se puede encontrar la isla del tesoro sin arriesgar. Espero que se fijen objetivos que trasciendan nuestras fronteras.

Durante la década de 1980 envié muchos estudiantes universitarios a Japón y a los Estados Unidos. En Corea los días se hacían largos, ya que su madre patria era una sucesión de explosiones de bombas de gases lacrimógenos. Los envié para que viesen un mundo más amplio y variado. Un sapo de pozo no sabe que fuera de él existe un mundo más grande.

Yo soñaba “globalmente” cuando ni siquiera se conocía esa palabra. Me fui a estudiar a Japón para conocer un mundo más amplio. Después de la independencia de Corea quería trabajar para la Manchuria Electric Co. en Hailar, China, y aprender los idiomas chino, ruso y mongol para vivir como un ciudadano global. Todavía hoy subo a aviones y recorro el mundo. Aunque uno visite apretadamente un país por día, demorará más de medio año para visitar todos los países.

En cualquier lugar vive gente, pero las circunstancias son multifacéticas. Hay lugares donde falta agua para cocinar el arroz mientras que otros tienen demasiada. Algunos lugares carecen de electricidad mientras en

otros no se alcanza a consumir toda el fluido eléctrico que producen. Es común que algo que falta en un lugar abunde en otro. El problema es que son pocos los que cumplen el rol de repartir con justicia lo que sobra.

Lo mismo sucede con las materias primas. En algunos países se apilan montañas de carbón y hierro mineral. Ni siquiera tienen necesidad de excavar la tierra. Sólo tienen que tomar una pala y extraer el carbón y el hierro que quieran. Pero Corea tiene una grave escasez de reservas de carbón y mineral de hierro. Para extraer un poco de antracita debemos arriesgar nuestras vidas cavando a decenas de metros bajo tierra.

La tecnología presenta igual panorama. En África hay muchos lugares donde los bananos crecen naturalmente y la gente puede comer todo lo que quiera y no morir de hambre. Pero no hay tecnología para cultivar bananas a granel y procesarlas: por ello hay gente que sí pasa hambre. Si bien Corea no tiene un clima propicio para la banana, se cultivan maravillosamente. La tecnología de nuestro país podría ser de mucha ayuda en la solución del problema de la pobreza en África, así como el método para la siembra de maíz ha ayudado a aliviar la hambruna en Corea del Norte.

Una de las expresiones de moda hoy es “líder global”. Hay gente que quiere llegar a hablar fluidamente el idioma inglés para convertirse en líder mundial, pero la posibilidad de serlo no depende de su capacidad para manejar esa lengua. Poder comunicarse en inglés no es más que una herramienta. Un verdadero líder global es alguien capaz de abrazar al mundo en su corazón. Una persona que no tiene el menor interés en los problemas del mundo no podrá convertirse en líder global sólo porque hable bien el inglés.

Un líder mundial asume como propios los problemas del mundo. Debe poseer un espíritu precursor para resolverlos. Una persona apegada a un ingreso seguro y fijo, que sueña con una tranquila vida familiar después

de jubilarse, no puede ser un líder global. Quién sabe lo que le depara el futuro, pero para llegar a serlo necesita tomar conciencia de que el mundo entero es su país y de que todos los habitantes del planeta son sus hermanos. ¿Qué es un hermano? ¿Por qué Dios nos habrá dado hermanos? Los hermanos simbolizan a toda la humanidad. La experiencia de amar a nuestros hermanos y hermanas en la familia nos enseña a amar a la humanidad y a nuestros compatriotas. Eso expande nuestro amor fraternal. La figura de una familia cuyos miembros se aman es la imagen de la humanidad conviviendo en armonía. Amor fraternal es pasar hambre para que la comida alcance para hermanos. Un líder global es justamente alguien que brinda a la humanidad su amor fraternal.

Incluso la expresión “comunidad global” ya es anticuada. La Tierra es un único ámbito de vida. Si la meta de una persona es graduarse en la universidad, obtener un empleo en una empresa que le pague un sueldo elevado y llevar una vida segura, su éxito será como el de un cachorro. Pero si dedica su vida a ayudar a los refugiados en África tendrá el éxito de un tigre. La elección depende de cada uno.

Todavía sigo viajando por el mundo. No tengo un día de descanso. El mundo es como un organismo vivo: cambia constantemente y genera nuevos problemas. Yo voy hacia los lugares oscuros y aislados donde existen esos problemas. Los lugares a los que yo voy no tienen precisamente una vista hermosa ni son cómodos, pero yo siento felicidad en los lugares grises, difíciles y solitarios.

Anhelo que de nuestro país surjan líderes globales en el verdadero sentido. Espero que surja un líder político que conduzca a las Naciones Unidas y un líder diplomático que detenga los combates en las zonas conflictivas. Espero que surja un líder salvador como la Madre Teresa, que cuide de los pobres que mueren en las calles. Espero que surja un líder de la paz

como yo, que amplíe al mundo explorando las áreas de tierras y mares que otros descuidan. El punto de partida es tener un sueño y una meta. Deseo de corazón que tengan un espíritu aventurero y precursor, que sueñen con lo que otros no se atreven a soñar, que se pongan metas significativas y que se conviertan en líderes globales para beneficio de la humanidad.

Todo lo que tenemos es prestado del Cielo



La gente dice que soy una de las personas más ricas del mundo, que soy multimillonario, pero no saben lo que dicen. He trabajado duro toda mi vida pero no tengo ni una sola casa a mi nombre. Tampoco he puesto bienes a nombre de mi esposa o de mis hijos. Todo adulto en Corea tiene un sello personal con su firma, pero yo no tengo ni siquiera un sello.

Ustedes se preguntarán entonces qué beneficios he recibido por no dormir mientras los demás dormían, por no comer mientras otros comían y por trabajar sin descanso mientras otros descansaban. Yo no trabajé esperando ser rico. El dinero no tiene ningún significado para mí. Todo dinero que no sea usado para el bien de la humanidad o por el bien del vecino muere en la pobreza no es más que un pedazo de papel. Es apropiado que el dinero ganado con trabajo duro se use para amar al mundo, para trabajar en algo que lo beneficie.

Cuando envié misioneros al extranjero no les di muchas cosas, pero ellos viven bien dondequiera que vayan. Para comer y vivir se necesita solamente lo más básico. Si tenemos una bolsa de dormir, es suficiente para que vivamos. Lo importante no es qué tenemos para vivir sino cómo vivimos. La abundancia material no es una condición esencial para una vida

feliz. Es triste que la expresión “vivir bien” haya llegado a significar riqueza material. Vivir bien es vivir una vida que tenga sentido.

Salvo en ocasiones especiales, nunca uso corbata. Tampoco suelo usar vestimenta formal. Cuando estoy en casa uso un suéter. A veces pienso lo siguiente: ¿Cuánto dinero gasta la sociedad occidental en corbatas? Los traba corbatas, las corbatas y las camisas blancas son muy caras. Si todos dejáramos de comprar corbatas y usáramos ese dinero para el bien de nuestros vecinos hambrientos, el mundo sería un lugar mejor. Pero no sólo lo caro está en juego aquí. Imaginen que se desata un incendio. ¿Quién se moverá con mayor rapidez para apagar el fuego? ¿Yo, con mi suéter, o alguien de corbata? Siempre estoy listo.

También estoy a favor de no bañarse todos los días. Una vez cada tres días es suficiente. Tampoco habría que lavar los calcetines todos los días. Por la noche me los quito y los pongo en mi bolsillo trasero para usarlos de nuevo al día siguiente. Cuando estoy en un hotel, sólo uso la más pequeña de las toallas de las que están colgadas en el baño. Sólo descargo la cisterna después de haber orinado tres veces. Un trozo largo de papel higiénico se puede doblar y usarse tres veces. Pueden llamarme incivilizado o bárbaro si quieren. Lo mismo hago con la comida. Nunca acompañé el arroz con más de tres platillos complementarios. Pueden colocar delante de mí ricas viandas y suntuosas comidas, pero no estiro mi mano. Tampoco lleno totalmente mi tazón de arroz. Con tres quintos es suficiente.

Los zapatos que más me gusta calzar sólo cuestan, en un gran centro de ofertas de Corea, 49,000 wones. Los pantalones que visto a diario ya tienen más de cinco años. La comida que más disfruto en los Estados Unidos son las de McDonald's. Los ricos no la comen porque la consideran “comida chatarra”, pero a mí me gusta comer en McDonald's por dos razones: es barato y ahorra tiempo. Cuando llevo los niños a comer afuera, a menudo

voy a McDonald's. No sé cómo se enteró el presidente de McDonald's de que voy seguido, que para cada Año Nuevo la Corporación me envía tarjetas de felicitación.

Esto es algo que les enfatizo a los miembros todos los años. Les digo que beban agua en lugar de comprar helado o gaseosas. No se los digo para que ahorren dinero y tengan más para sí. Quiero que lo conserven y lo usen para ayudar al país y a la humanidad. De todos modos, no nos llevaremos nada de este mundo. Esto lo saben bien todos, pero por alguna razón la gente se desespera por tener en sus manos tantas cosas como sea posible. Todo lo que he construido durante mi vida quedará aquí y partiré liviano. En el país celestial hay montones de tesoros. ¿Qué más, entonces, hay que llevar de aquí? Cuando entendemos que vamos a un mundo mejor que este, no hay necesidad de apegarse a los bienes materiales.

Existe una canción que me gusta cantar. Se trata de un viejo tema popular que todos los coreanos conocen. Cada vez que lo canto, me siento tan a gusto como si estuviera acostado en las praderas de mi tierra natal. Por eso, me vienen lágrimas a los ojos.

*Aunque me diesen una corona de plata y piedras preciosas
No valdría más que una camisa con olor a tierra y sudor.
En mi joven pecho brota una fuente de pureza
Y hago una flauta de sauce,
Y los gorriones cantan al ritmo de mi canción.*

*Aunque me diesen tanto oro como para comprar el mundo
No valdría más que el buey que ara los campos de cebada.
En mi joven pecho brota la esperanza
Hablo libremente con las liebres,*

Y pasan los días al ritmo de mi canción.

La felicidad siempre está esperando por nosotros. Si no la podemos encontrar es porque nuestra ambición nos bloquea el camino. Cuando la codicia nos ciega, no podemos ver más allá de nuestra nariz. Ocupados en recoger una pepita de oro, no podemos ver todo el oro macizo que hay más delante. Estamos tan ocupados por llenarnos los bolsillos que no nos damos cuenta de que están agujereados. Todavía no olvido lo que viví en el campo de concentración de Heungnam. Hasta el lugar más miserable es más cómodo y tiene más abundancia que esa prisión. Todas las cosas que existen son públicas, son del Cielo. Nosotros apenas somos sus administradores.

La felicidad está en vivir por los demás



Los hijos nacen de la carne y la sangre de sus padres. Sin padres no habría hijos. Aun así, la gente pregona el individualismo como si hubiese nacido por generación espontánea. Los únicos que tal vez podrían hablar de individualismo son aquellos que no reciben ninguna ayuda de nadie. No hay nada en este mundo que haya nacido para y por sí mismo. Todos los seres creados existen los unos por los otros. Yo existo para ti y tú existes para mí.

No hay una existencia más inútil que la de una persona que sólo vive para su propio bien. Por un tiempo puede parecer que una vida egoísta beneficia al individuo, pero en última instancia es autodestructiva. El individuo tiene que vivir para la familia, la familia para su pueblo, su pueblo por el mundo y el mundo para Dios.

En todas las escuelas que fundé colgué tres lemas. El primero es: “Vive una vida sin sombras, como la hora 12 del día”. Una vida sin sombras implica una conciencia tranquila. Cuando culminamos nuestra vida en la tierra y entramos al mundo espiritual, toda ella se desplegará ante nosotros como si estuviésemos reproduciéndola en un video. Si iremos al cielo o al infierno, será determinado por cómo vivimos. Así que debemos vivir vidas muy limpias, sin la más mínima sombra.

El segundo lema es: “Vive derramando sudor por la tierra, lágrimas por la humanidad y sangre por el Cielo.” En la sangre, el sudor y las lágrimas derramadas no hay mentiras. Son verdaderas. Pero no tiene sentido derramar sangre, sudor y lágrimas por uno mismo, sino que vale la pena hacerlo por los demás.

El lema final es: “¡Una Familia bajo Dios!” Dios es uno, y todos los humanos somos hermanos. La diferencia de idioma, raza y cultura no es más que del 0.1%. Los 99.9% restantes somos iguales.

Hay catorce países insulares en el Pacífico Sur. Cuando visité las Islas Marshall y me reuní con el Presidente, le pregunté: “Esta es una tierra verdaderamente hermosa, pero debe tener muchas dificultades para conducir el país, ¿no?”

El Presidente suspiró y respondió: “Nuestra población es de apenas sesenta mil habitantes y la tierra se encuentra, en promedio, a apenas dos metros sobre el nivel del mar. De manera que si las olas crecieran sólo un metro de altura, podrían inundar gran parte del país. Nuestro problema más grave, sin embargo, es la educación. Los niños de familias ricas se van a estudiar a Estados Unidos o Europa y no regresan más. Los de familias pobres no tienen escuelas donde formarse como debe ser, de modo que, por inteligentes que sean, esos niños no pueden ser entrenados adecuadamente para el liderazgo. La preocupación de un país insular como el nuestro es que no podemos formar líderes que nos conduzcan al futuro”.

Después de escuchar el clamor del Presidente de las Islas Marshall fui directamente a Kona, en Hawái, y construí el liceo “High School of Pacific”, para niños de los países insulares. Esta escuela imparte educación secundaria a niños seleccionados de cada país del Pacífico, y si es necesario se los prepara para ingresar a la universidad. Les brindamos los pasajes aéreos a Hawái, matrícula, pensión y por supuesto computadoras para que

puedan recibir la mejor educación. Todo, con la única condición de que, cuando terminen sus estudios, regresen a su país y trabajen para servir a su pueblo y a su nación.

Vivir para el bien de los demás tiene como premisa, a veces, el sacrificio del individuo. Hace algunos años, cuando uno de nuestros misioneros estaba de gira por América del Sur, la zona donde se encontraba fue sacudida por un gran terremoto. La esposa del misionero vino corriendo hacia mí con el rostro pálido como una hoja: “¿Qué debo hacer, maestro? ¡Estoy tan preocupada que no sé qué hacer!” me preguntó con lágrimas en los ojos.

¿Qué les parece que le respondí? En vez de darle palmadas en el hombro y consolarla, le grité. “¿Estás preocupado por tu marido o estás preocupada por cuántas vidas podrá él salvar en la zona de desastre?”

Era natural que ella se preocupara por la seguridad de su marido. Pero siendo la esposa de un misionero, debía preocuparse por más que eso. En vez de orar solamente por la seguridad del esposo, ella debió orar para que su esposo salvase tantas vidas como le fuera posible.

Nada en este mundo existe sólo para sí mismo. Dios no creó al mundo para hacerlo funcionar así. El hombre existe para la mujer y la mujer para el hombre. La naturaleza existe para la humanidad y la humanidad existe para el bien de la naturaleza. Todos los seres creados existen e interactúan para el bien de los suyos. Vivir para el bien de nuestra pareja es un principio del Cielo.

La felicidad -indefectiblemente- sólo se da en relaciones recíprocas. Si alguien que vivió como cantante de un coro va a una isla deshabitada y canta con toda su voz -pero no tiene quien lo escuche- no podrá ser feliz. Darse cuenta del hecho de que existimos para otros es un gran logro que puede cambiar nuestro patrón de vida. Si mi existencia no es sólo mía sino de quienes amo, deberé ir por un camino muy diferente al que transité

hasta ahora.

La felicidad está en vivir por el bien de los demás. Así como no se puede ser completamente feliz cantando para uno mismo, no encontraremos la alegría pretendida en lo que hagamos sólo por nosotros mismos. Cuando hacemos algo por quienes amamos, aunque sea pequeño e insignificante, sentimos felicidad. Encontraremos la felicidad únicamente cuando vivamos nuestras vidas por el bien de los demás.

Soñando con un mundo sin conflictos



Desde hace muchos años he venido proponiendo un mundo en el que todas las religiones, las razas y las naciones sean como una sola. Durante miles de años, la historia ha sido una continua sucesión de hechos que separaron más y más al mundo. Cada vez que se cambiaba de religión o un nuevo régimen llegaba al poder, se modificaban las fronteras y se libraban guerras, pero actualmente estamos en la era de la globalización. En el futuro, el mundo actuará como un solo cuerpo con la ayuda de la Carretera de la Paz Internacional.

Esta autopista es un enorme emprendimiento que unirá Corea y Japón con un túnel submarino. Además, un puente sobre el mar pasará por sobre el estrecho de Bering -que separa a Rusia de América del Norte- uniendo así a todo el globo. Cuando termine su construcción, será posible viajar en auto desde el Cabo de Buena Esperanza a Santiago de Chile y desde Londres a Nueva York. Cualquier lugar del mundo estará interconectado sin bloqueos, como unido por vasos capilares. El mundo será una comunidad integrada y todos podrán viajar libremente a través de las fronteras internacionales. Una frontera que permite el tránsito libre deja de tener sentido.

Algo similar sucederá con la religión. A medida que sea más frecuente

el intercambio entre las diferentes religiones, surgirá un mayor entendimiento mutuo. Los conflictos desaparecerán y los muros que separan a las religiones se derrumbarán. Y hay más: cuando la diversidad humana conviva en una misma esfera mundial, las barreras raciales también se derrumbarán. Una vez que haya una comunicación fluida entre personas de diferentes aspectos, idiomas y razas, se producirá una revolución en la que todas las culturas del mundo confluirán.

La Ruta de la Seda no era simplemente una senda comercial para vender y comprar seda y especias. Fue también un lugar de encuentro entre Oriente y Occidente y entre el Budismo, el Islamismo, el Judaísmo y el Cristianismo. Se entremezclaron sus culturas y surgió una cultura nueva. Ahora, en el siglo XXI, la Carretera Internacional de la Paz cumplirá ese rol.

Si Roma pudo prosperar fue porque todos los caminos conducían a ella: fue el testimonio acabado de la importancia de las carreteras. Cuando se construye una, viajan la gente, la cultura y la ideología. Por eso, cuando se construye una carretera cambia la historia. Cuando terminemos la construcción de la Carretera Internacional de la Paz, el mundo podrá unirse físicamente. Un camino logra eso. No puedo dejar de enfatizar la importancia de unir al planeta. Algunos dirán que me adelanto, pero es natural, ya que un religioso debe mirar al futuro y hacer preparativos para ello. Por eso no fui entendido por el mundo y sufrí amarguras, pero he seguido adelante sin vacilar.

Para llevar a buen término la carretera se necesita de la cooperación de muchos países. A China, que tiene la experiencia de haber sido invadida por Japón, le va a parecer indeseable la idea de estar conectada a Japón por una carretera. Japón y Corea, sin embargo, no pueden conectarse con el resto del mundo sin pasar por China, por lo que debemos hacer esfuerzos para ganar la confianza de Beijing. ¿Quién lo hará? Nosotros debemos

tomar la iniciativa por ser los dueños del proyecto de la Carretera Internacional de la Paz del siglo XXI.

¿Y qué les parece un puente sobre el estrecho de Bering? Costará una suma astronómica de dinero, pero no hay de qué preocuparse. La suma que Estados Unidos gastó en Irak sería más que suficiente para construir el puente. Debemos dejar de provocar guerras; sólo traen sufrimiento a la gente. Provocar una guerra y derrochar billones de dólares es muy perverso. Llegó el momento de fundir las armas y hacer con ellas arados y podadoras.

La Carretera Internacional de la Paz es un proyecto integral global para acercar el mundo a la unidad. Es mucho más que conectar los continentes por medio de túneles y puentes. Me refiero a igualar al mundo. Cuando alguien monopoliza una tecnología y se queda con todo el lucro, altera el balance universal.

La carretera corregirá el actual desbalance de recursos subterráneos y humanos. Nivelará la riqueza para que ésta sea más uniforme y surja una mejor vida para todos. Ya saben: nivelación significa que lo que está más alto baja y lo que está más bajo se eleva hasta quedar ambos a la misma altura. Para ello se necesita el sacrificio de los que más tienen y de los que más saben. Construir un mundo pacífico no se logra con esporádicos actos de caridad o donaciones. Hay que sacrificarse constantemente. Sólo con un corazón sincero, que da todo de sí, se puede construir un mundo de paz.

La construcción de la Carretera no es más que ofrecer al mundo un medio físico de comunicación. Las personas son creadas con cuerpo y mente. También el mundo en que vivimos debe lograr una comunicación espiritual, junto con la comunicación física, para lograr una unidad completa.

La Organización de las Naciones Unidas, fundada después de la Segunda Guerra Mundial, ha venido haciendo mucho por la paz, pero a más de sesenta años de su fundación está perdiendo de vista su objetivo principal y convirtiéndose en un ámbito funcional a los intereses de los países poderosos. La ONU, creada para resolver los conflictos que estallan en el mundo, debería ser una organización que antepone los intereses mundiales a los de un solo lado. Cuando una potencia prioriza su posición y utiliza la fuerza para conseguirlos, apenas logra que un conflicto llame a otro conflicto. Por desgracia, hoy la ONU no puede hacer nada al respecto.

Para complementar estas deficiencias, la ONU debe adoptar una estructura bicameral, con una cámara alta y otra baja. Tiene que haber una cámara baja -similar a la existente- donde los representantes políticos y diplomáticos de cada nación se reúnan para abordar los problemas, y una cámara superior de representantes interconfesionales, líderes religiosos de mente abierta que hayan estudiado mucho sobre los demás credos. A diferencia de los líderes políticos, ellos no pensarán solamente en los estrechos intereses de determinada nación. Estos líderes interreligiosos, que se esforzarán por la felicidad de la humanidad y por la paz mundial con un corazón de amor que abrace a todos los pueblos, unirán sus fuerzas con las misiones diplomáticas de cada país a fin de ir construyendo un escenario en el que no haya más conflictos.

Algunos se opondrán, preguntándose por qué los religiosos se involucran en los asuntos mundiales. Sin embargo, la comunidad internacional de hoy atraviesa un período en el que necesita de la participación imperiosa de los religiosos, que han logrado una introspección a través de la práctica espiritual. Son precisamente éstos los que pueden hacer frente, con la práctica del amor verdadero, a la injusticia y al mal que prevalece en el mundo. Cuando se combinen el conocimiento y la experiencia de

los dirigentes políticos -que poseen la capacidad de analizar la situación mundial- con la sabiduría de los líderes religiosos -que poseen por trayectoria una visión interna y espiritual- el mundo será capaz de encontrar por primera vez el camino hacia la paz verdadera.

También yo, hoy, me ato fuertemente el cordón de mis zapatos y renuevo mi determinación de lograr ese objetivo, orando para que toda persona en la Tierra renazca como “ciudadano global que ama la paz”, una condición que trasciende las barreras religiosas, ideológicas y raciales.

